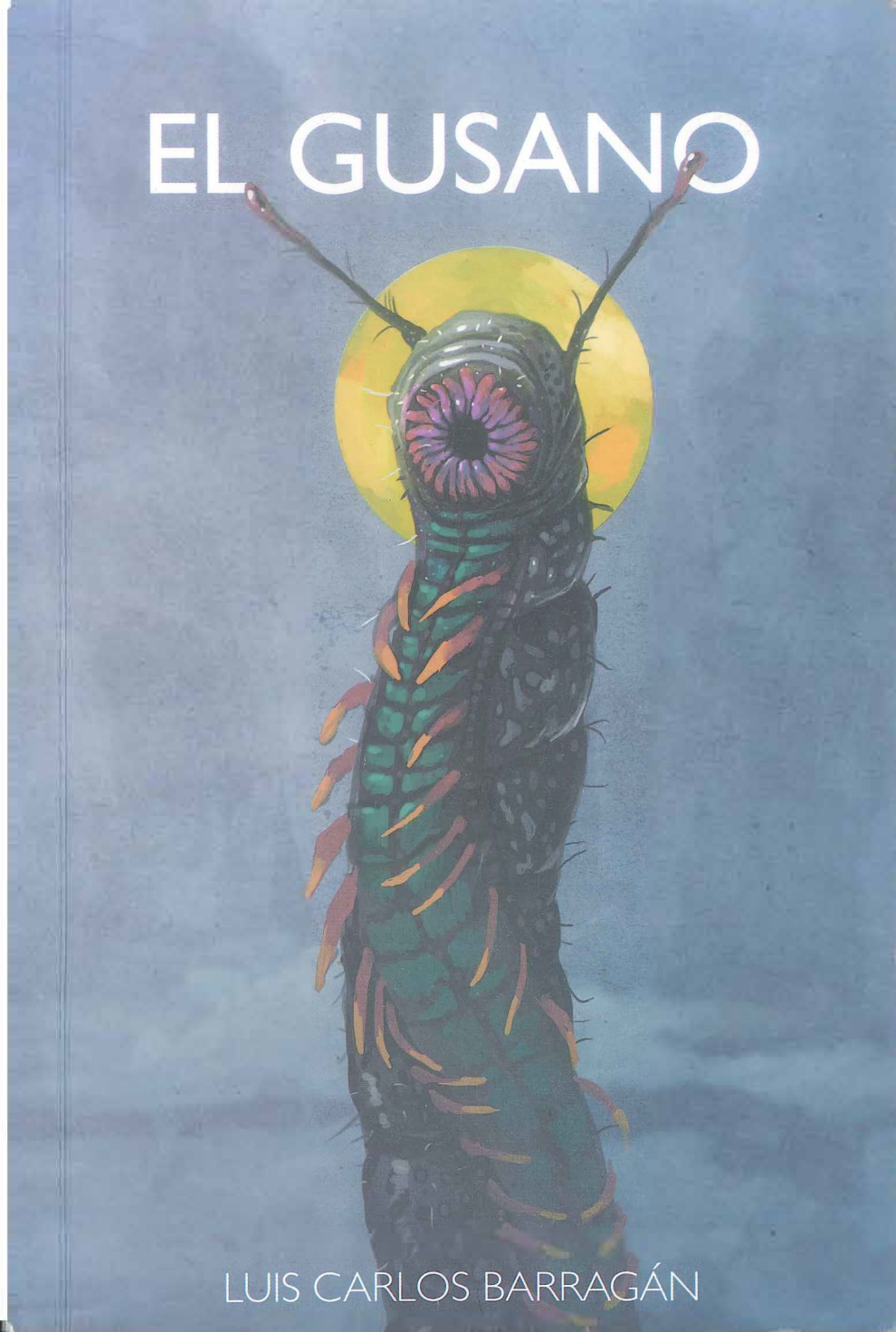
EL GUSANO



LUIS CARLOS BARRAGÁN

Luis Carlos Barragán nació en Bogotá, Colombia. Estudió Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia y tiene un Máster en Historia del Arte Islámico. En el 2012 ganó el II Premio de Historias de Amor de Timbío, Cauca, y su novela *Vagabunda Bogotá* fue ganadora del X Premio de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín y finalista del Premio Rómulo Gallegos en 2013. Ha publicado cuentos en revistas en Argentina y Colombia. Fue seleccionado en las antologías *Verbum* del grupo español *Fata Libelli*, *Fabricantes de sueños* de la Asociación Española de Ciencia Ficción y Terror, y en *Relojes que no marcan la misma hora*, en Colombia, editada por Rodrigo Bastidas. Su tesis fue galardonada con el premio George Scanlon a mejor tesis de maestría, y *El Gusano* obtuvo una mención de honor en el concurso de novela de ciencia ficción Isaac Asimov del Ateneo de Puerto Real, España, en 2018. Esta es su segunda novela.

Marzo 2020

El Gusano

Luis Carlos Barragán

PRIMERA IMPRESIÓN: NOVIEMBRE DE 2018.

Los personajes de esta novela están basados en personas reales de otra dimensión. Si hay coincidencias, son solo coincidencias.

Copyright © 2018, Luis Carlos Barragán,
tanto del texto como de las ilustraciones.

© Ediciones Vestigio S. A. S., 2018.
Calle 137 #55A - 66
Bogotá, Colombia

IMPRESIÓN
Molano Editores

DIAGRAMACIÓN
Diego Cepeda

EDICIÓN
Rodrigo Bastidas Pérez y Diego Cepeda

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
Luis Carlos Barragán

DISEÑO DE PORTADA Y CONTRAPORTADA
Nathalia Vecino

ISBN 978-958-56547-2-3

EDICIONES VESTIGIO

La presente publicación se realizó gracias a la
Beca para proyectos editoriales independientes y emergentes en literatura,
concedida por el programa Distrital de Estímulos de Idartes 2018.

Leer es volar
Plan Distrital de Lectura y Escritura
ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
BOGOTÁ MEJOR PARA TODOS

Todos los derechos reservados,
incluidos los de reproducción total o parcial.

IMPRESO EN BOGOTÁ, COLOMBIA

Para Mauricio Barragán y Gloria Castro.
Y también para Sara Ahmed.

El único viaje verdadero, el único baño en la Fuente de la Juventud, no sería visitar tierras extrañas, sino poseer los ojos de otros, ver el universo a través de los ojos de otro, de cientos de otros, ver los cientos de universos que cada uno ve, que cada uno es...

Marcel Proust, *En Busca del Tiempo perdido*.

Y vio Yahvé que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.
Y se arrepintió Yahvé de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón.
Y dijo Yahvé: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho.

Génesis 6 : 5–7

SÍNTESIS

7:40 a.m.

Los papás parecieron estar aterrados de que en las noticias hubiera luz verde para que los niños pudieran volver al jardín y al colegio. ¡Ay no, pero cómo así! Algunos pensaron que no iban a permitirlo. ¡Esto es terrible! Otros que era un problema de seguridad pública. ¡El Gobierno tiene que hacer algo! No parecía seguro, o estable, la situación todavía no se había controlado, no había manera de asegurar que no sucediera un episodio cada cinco minutos.

Mis papás eran de mente abierta y pensaban que, hicieran lo que hicieran, las cosas no iban a cambiar y no iban a quedarse por tanto tiempo encerrados cuidándome, manteniéndome como un recluso, incapaces de obligarme a no jugar, alejarme de mi perro y prohibirme visitas de mis amiguitos. Así que ese día me bañé con mi mamá mirándome, asomando su cabeza por la puerta del baño, asegurándose de que me bañara bien, que me restregara bien detrás de las orejas y en mis rinconcitos, y luego vigiló la forma en que me ponía la ropa. Me demoré más tiempo del necesario, muchas veces me distraía y me ponía a jugar con la peinilla, o la toalla, pero mi mamá me hacía caer en cuenta de que se hacía tarde.

Unas semanas atrás habría sido perfectamente normal que yo saliera desnudo y ella me vistiera, pero desde hace esas semanas ella no me quería tocar, ni acercarse, incluso si eso desafiaba todo a lo que nos habíamos acostumbrado. ¿Cómo era posible que fueran casi las ocho y no estuviera listo?

—Eres un niño grande. Ya deberías estar vestido —me decía, revisando su reloj de pulsera. En esa época no existían los celulares. Luego mi mamá carraspeó y se corrigió a sí misma—. Vestidito.

Ahora tenía que usar guantes, medias largas, y ponerme una especie de máscara, o un pasamontañas.

—Es que no pueden resistirse a tocarse cuando juegan —, dijo alguien en las noticias.

—No podemos evitar que los niños se toquen. Son niños, quieren jugar.

—César, acuérdate de que no puedes tocar a nadie. Tu mami se va a poner muy triste si tocas a alguien.

Ella misma, mientras yo la miraba, se hacía rulitos con el pelo y se pintaba con un labial muy rojo. Después de parecer una estrella pop de finales de los ochentas, se cubría todo por lo que había trabajado con una capucha de lana. Sin mirarme, sin tocarme, sin abrazarme, sin verme. Cuando salimos a la calle vi que otros niños iban caminando a la escuela sin agarrarse de la mano de sus papás, y todos estábamos vestidos así, cubiertos, algunos hasta los ojos con una especie de velo, otros vestidos como fantasmas. Casi todos los adultos también estaban cubiertos. Guantes, de cuero o de lana, chaquetas largas, pantalones gruesos, todo a pesar del calor de Timbío, Cauca, donde la temperatura podía llegar a cuarenta sin problema, así que, así como yo sudaba, todos

debían estar derritiéndose dentro de sus incómodos trajes enterizos y capas de cuero y lana. Pronto la lana mostraba la coloración del sudor bajo las axilas y la gente intentaba meterse la mano dentro de los pasamontañas para enjugarse el sudor de las cejas evitando que se metiera en sus ojos. Mi mamá me llevó a la puerta del jardín y me dejó ahí, no sin antes decirme:

—Acuérdate de lo que te dije. ¡Juicioso!

Y se despidió lanzando besos al aire y moviendo la cara como si me estuviera dando picos en los cachetes, pero sin tocarme: el inicio de lo que sería la tele caricia, el apechiche remoto.

9: 00 a.m.

Sara era una niña siria que vivía en nuestro pueblito y que hablaba el castellano de una forma muy extraña, como si cada vez que fuera a decir una palabra tuviera que lamerse los dientes. En realidad solo sabía decir hola y buenos días, de resto se quedaba callada, sin amigos, sin sonreír, sin respirar, y ahora cubierta con todos los trapos que encontraron sus papás en la casa, incluyendo un limpión para cubrirle el cuello. Los otros niños se tardaron un rato en encontrar a sus amigos porque no podíamos vernos las caras, y luego de encontrarse todos se pusieron a jugar. Todos excepto yo, porque mis amigos no aparecían. Tal vez mis amigos eran hijos de esos papás demasiado preocupados y no los habían dejado ir a estudiar al jardín.

Una sucesión de ejercicios de colorear sin salirse de las líneas, y compañeros que quieren quitarse los pasamontañas,

pero no pueden, incluso si sienten rasquiña y no pueden evitar jalárselos y acomodárselos una y otra vez. Cuando miras las caras de Mickey y los Teletubbies en las paredes, recortados en cartulina por las profesoras, sientes envidia de que sus caras de ojos enormes no estén cubiertas, y que tú tengas que tener esta cosa en la cara.

10:30 a.m.

A pesar de que los niños eran vigilados constantemente, Sara y yo estábamos solos en el salón. Sara me miró y yo la miré de regreso. El salón de clases estaba vacío. Ahora que soy grande puedo decir que estos episodios de yo te lo muestro y tú me lo muestras son más comunes de lo que la gente imagina. Casi todos mis amigos, cuando tenían seis o siete años, tuvieron una experiencia sexual extraña que recuerdan con incomodidad. No sé cómo terminamos uno frente al otro quitándonos la ropa. Y lo digo porque ella no podía hablar español y yo no podía hablar árabe. Sara era una mona de cabello crespo con cara redonda y labios pequeños, con ojos verdes, muy claros. Muchos sirios son así. Su rostro salió de la capucha con el cabello pegado a la cara por el sudor, era una masa de pelo amarilla y su carita era suave. No sonreía, era como si estuviéramos haciendo algo profundamente serio. No parecía asustada, ni regañada, ni triste. Fue ella la que me ordenó, con tono casi militar: "Quítate la ropa". Pero con mímica, mímica en imperativo. Y unos segundos después cuando yo estaba desnudo y ella estaba desnuda, me dijo, moviendo las manos: "Tócame". Un poco aterrado por lo

que estaba pasando, y tal vez a punto de llorar, recordando con miedo todas las veces que mi mamá me dijo que no tocara a nadie, que el diablo me iba a comer si tocaba a alguien, que ella ya no me iba a querer si tocaba a alguien; a pesar de todo eso, y cuando vi que ella me sonreía, di dos pasos en su dirección y puse mis deditos regordetes en su hombro. Mi mano no sintió nada extraordinario al principio, solo la piel caliente y sudada de otro niño, pero ella se movió intentando decir: "No seas tonto, tócame de verdad".

Por eso me acerqué mucho más y la abracé con fuerza. Al principio sentí su piel cálida contra mi piel, pero luego comencé a sentir otras cosas. Mis manos comenzaron a hundirse en su epidermis. Mi cuello, de alguna forma, se abrió y casi por accidente mis vertebras tocaron sus vertebras. Sentí su corazón latiendo con fuerza dentro de mi pecho. Ella fue más adelante, como tomando impulso, y dando un paso a través de mi cuerpo. Por un instante sus órganos internos pasearon dentro de los míos y nuestras venas compartieron la sangre, las hormonas y todas las otras cosas salvajes que corren en nuestro interior. Nuestros cráneos se unieron como células en una mitosis en reversa con núcleos que intentaban definirse en un instante de furia, como "yo soy yo, y tú eres tú" con ojos que navegaban entre la materia gris y una nariz que avanzaba por el complejo óseo y la calidez de la boca húmeda, en completa oscuridad. Es como restregar mi hígado con tu páncreas, como sentir que algo mío se me va a enredar en tus costillas, y que nuestras rótulas y uniones de cartílago fueran a jugar un rato. El viaje a través del sistema nervioso parece por un instante un viaje por una galaxia. Lo que ocultan los

poros de la laringe, el túnel de oscuridad y órganos grasos se convierte en un vórtex de luz, por un momento estoy rodeado de diamantes y cristales de pensamientos que pasan a una velocidad vertiginosa. Ella salió caminando por mi espalda, saboreando mis vértebras, y yo me quedé quieto, sintiendo hasta la mierda de niña de sus intestinos y sus diminutos ovarios dentro de mí.

La profesora me encontró llorando, desnudo todavía. Me había orinado del miedo, me comportaba como si tuviera alguna enfermedad mental porque no podía ver bien, y los dientes, las manos, la piel; era como si mi cuerpo fuera algo totalmente nuevo y bañado en sudor. Vean mi carita, deformada por el llanto. Esa niña me hizo algo feo.

Era una niña mala. Los otros niños, todavía cubiertos con pasamontañas y máscaras, dijeron, cuando llegaron de jugar fútbol, que ella era una niña mala. Creo que ella salió llorando por la humillación pública, llamaron a sus papás y a mí me dijeron que me pusiera la ropa tan pronto como fuera posible. Eso hice. Mi lloriqueo se convirtió en gemidos rítmicos y en sorbedera de mocos, y al final la profe me dijo: "Cálmate, César, buen niño. No fue tan terrible".

3:30 p.m.

Cuando mis papás llegaron a hablar con la profesora me dijeron que esperara afuera. Escuché desde el pasillo, mirando las paredes pintadas con las figuras deformes de Mickey Mouse y el Pato Donald, que la niña siria me había hecho fusionarme con ella. Mi mamá lloró, mi papá intentó calmarla, pero él mismo estaba bastante perturbado; ellos nunca habían experimentado

la fusión. Desde hace un mes que no se tocaban por miedo a incidentes menores que habían ocurrido mientras dormían: una mano dentro de otra mano, o un besito en el que los labios se meten en los labios, o los dientes de una boca terminan jugando a la ronda en las encías de la otra persona: un frío, una textura, una humedad terrible y hierática, una inquietud insoportable que los había hecho separarse de inmediato y escuchar con mucha calma lo que decían en las noticias.

Di pataditas en el aire por no sé cuánto tiempo hasta que mis papás salieron de la sala de profesores. Me encontraron envuelto en mi capucha con las manos cubiertas, sudando y moqueando bajo el ventilador a las tres de la tarde, aun acostumbrándome a la nueva magnitud de mi miopía. El jardín estaba vacío y sin niños se veía más serio, los muros se veían más duros y silenciosos, y la luz entraba por las ventanas de formas a las que no estaba acostumbrado, porque solo conocía cómo lucía el jardín en la mañana. No miré a mi mamá, no le di la mano, no le dije hola. Debía estar bravísima conmigo, probablemente no me dejaría volver al jardín, o tal vez me amarraría los trapos con cinturones imposibles de abrir para que nunca me pudiera quitar la ropa de nuevo. Caminamos los tres por la calle principal hasta mi casa en el primer piso sin decir palabra. Elevé la mirada por un instante mientras caminábamos, noté que la gente de Timbío, que conocía casi en su totalidad, había desaparecido, y las pocas personas afuera estaban cubiertas con velos, chaquetas y máscaras, y era como si ya no conociera a nadie. De repente nuestro pueblo se había convertido en una villa de fantasmas, las tiendas estaban solas, no se escuchaban niños jugando y las casas estaban en silencio.

4:05 p.m.

Llegamos a casa, mis papás se dieron el espacio para entrar sin tocarse y cuando estábamos adentro se quedaron mirándome, con miedo de pedirme que me quitara la ropa o la capucha. Lo que había debajo era un misterio hasta para mí. Me pidieron que los mirara a los ojos. Quería llorar otra vez, se me escaparon gemidos, pero al final intenté domar el nudo en mi garganta y los miré de frente. Mi mamá se cubrió la boca. Mi papá miró como si yo ya no fuera un niño; ahora yo sabía más que ellos sobre la fusión, la síntesis y el desbalance. Fui al baño, encendí la luz y me miré al espejo. Me quité la capucha, me busqué en el espejo y no me encontré. ¿Quién era? ¿Qué era esto? Mi ojo izquierdo se había vuelto verde claro. Mi cabello se había vuelto crespo, y mis manos habían perdido algo de gordura. Mis papás estaban detrás de la puerta y golpearon. Déjanos ver. Tranquilo. Tienes que dejarnos ver qué tan grave es.

Al final salí, mirando al suelo, ahogando gemidos, sorbiendo mocos. Ambos quedaron sin palabras notando que mi nueva nariz o mis nuevos cachetes todavía conservaban algo vago de mi cuerpo original. Te ves como si fueras un sueño de otra persona, como si acabaras de salir del paquete, como un pedazo de niño y un pedazo de niña, un porcentaje de Colombiano del Cauca y de alguien del medio oriente. Abres la boca y miras tus nuevos dientes, no encajan perfecto, pero algo es algo. Miras las uñas, crecen un poquito más adelante que antes. Eres ambidiestro, miope, tienes las manos pequeñas, los muslos gordos. Pero, sobre todo, uno de tus ojos es verde y el otro es café oscuro. Podrías asustar a tu abuela: ¿qué van a decir los vecinos?, ¿qué va a decir la tía Olga Clemencia? Dirán

que fue un accidente de transexualidad de 6 años. Dirán que los niños chiquitos se quitan la ropa porque también quieren tocar a los otros. ¿Por qué hablas en segunda persona desde el accidente? Porque ahora esta también es tu historia. Porque tú y yo estamos enlazados de ahora en adelante.

Mis papás no podían creerlo, me pidieron que hablara, y la voz que salió fue un poco como mi voz, pero al tiempo como que no. Durante horas me miraron, incluso desnudo, creyendo que tal vez me había vuelto intersexual, o que probablemente cuando llegara a la pubertad me iban a salir teticas. Una hora más tarde yo estaba sentado mirando por la ventana, esperando que alguien más hubiera pasado por lo que yo había pasado. De esto no se habla en esta familia, nadie lo va ni a mencionar. Mi condición de sintetizado, o sinteticas, como me llamaron mis primos, encobijados y cubiertos hasta los ojos riéndose de mí, no se discute, pero los niños del jardín no podían sino burlarse de todo lo que vieran raro; me llamaron el ojiciego, el bizco, el piquis, el sirio, el Marilyn Manson, el musul-loco y otras cosas así. Nunca se enteraron de la complejidad de los cambios que había sufrido desde mi primera síntesis: mis papás solo pensaron que estaría bien y que mejor era no hacer un gran lío de mi condición corporal. Las noticias intentaron normalizarlo, o suprimirlo, y lentamente el mundo cambió a mi alrededor. Me arrodillé automáticamente hacia La Meca como si fuera un tic nervioso. En un hipo se me escapó una frase en árabe: "¡Besmellah al Rahman el Rahim! En el nombre de Allah, el misericordioso, el compasivo".

En casa las horas se volvieron calladas, jugar correteando por la casa había quedado terminantemente prohibido, igual

que recibir visitas de amigos, o salir a comer helado. Vendieron mi perro, aunque nunca me dijeron a quién. Me pusieron un horario estricto, dejaron de abrazarme indefinidamente y las muestras de afecto titilaron antes de extinguirse.

Si iba al jardín, todos los niños formábamos, hablábamos poco, las profesoras nos ponían a hacer tareas que terminaban ensuciando nuestros guantes; pocas veces llegábamos a tocarnos, incluso sobre la lana. De alguna forma estábamos tan aterrorizados que nadie intentaba siquiera hacer algo. Cuando era la hora del recreo los niños comenzaron a jugar solos, si hacían algo con otros niños, era hablar. Si alguien accidentalmente tocaba a otra persona, era obvio que habría llanto. Volvía a casa en el mismo silencio, mis papás no tenían que hacer mucho para que yo me comportara. Con la gente cubierta, con el miedo al cuerpo de los otros, con el silencio, con el aburrimiento, crecí creyendo que realmente estábamos en la Segunda Edad Media. Después de todo, la experiencia con Sara me había transformado y la transformación no solo había afectado mi cuerpo.

Algo aterrador sucedía cuando me iba a dormir. Algo que escalaba por la garganta. Me definía momentáneamente como Sara. La idea de que otra persona viviera en mi cerebro me daba escalofríos. De repente perdía el control de mi cuerpo y ella se miraba en el espejo de mi subconsciente, y su mano se encontraba con mi mano en la superficie reflectiva de mi córnea. Me despertaba sudando y llorando. Corría al espejo del baño para mirarme, encendía la luz a las tres de la mañana y encontraba esto. Han pasado años, y aún, al verme al espejo sigo viendo esta cosa, esta cara extraña. Abro la boca, miro las orejas, me acaricio el cabello, miro mi ojo verde. Giro la

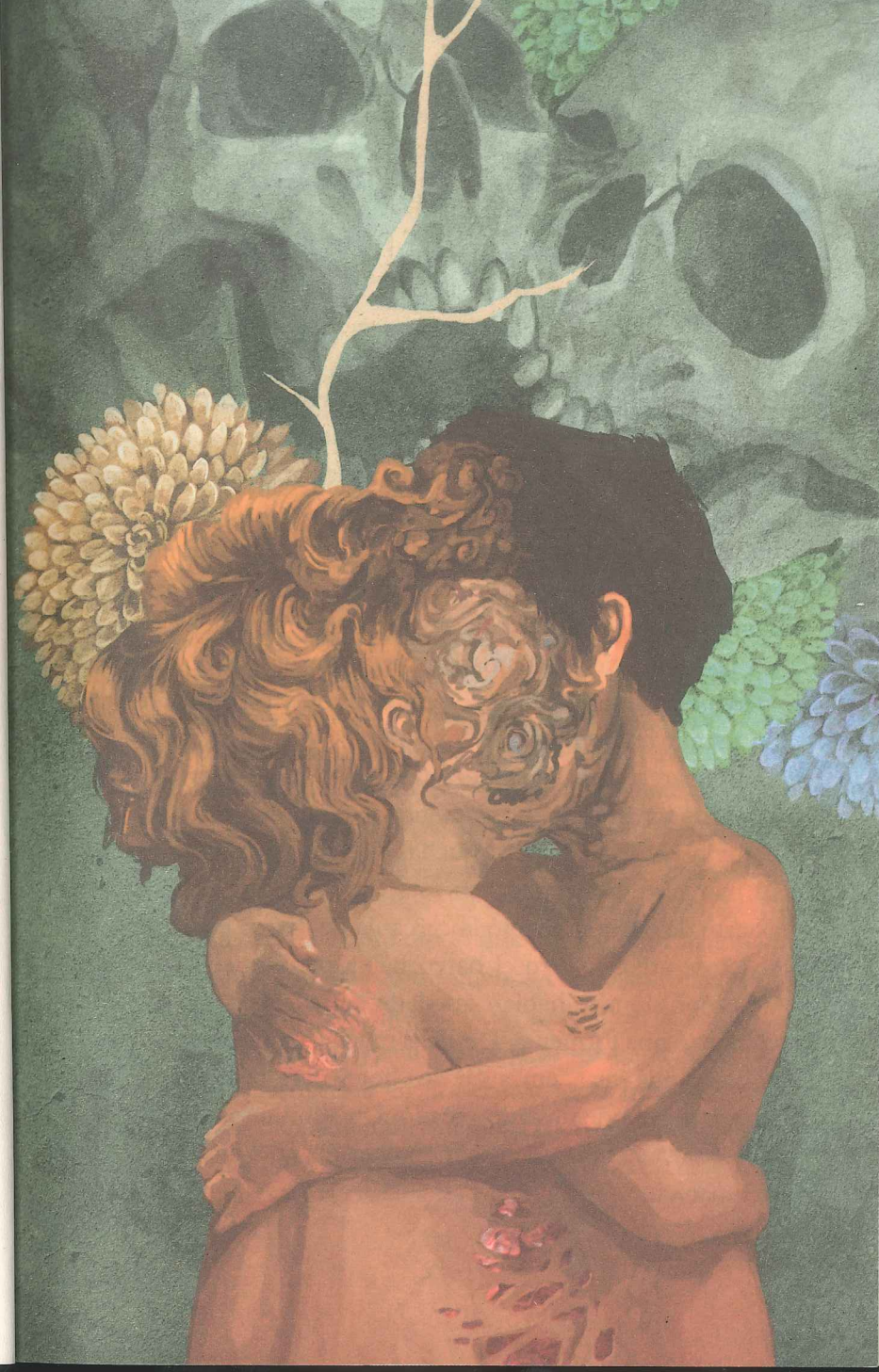
cabeza hacia el norte o hacia el sur. Mi reflejo sonríe, pero no soy yo, me toco la boca y estoy sonriendo, y no puedo detenerlo. Hablo y mi voz no es mi voz. Me quito la camisa y recorro el tacto de mi piel centímetro a centímetro. Paso a paso. Abro la boca y digo, en árabe: "Salam Aleykum".

No dormí bien una semana. De hecho, no dormí bien nunca más. El viernes estaba tan cansado que me quedé dormido sobre mi escritorio en el jardín. Luego mi mamá me encontró en el baño, sentado en el piso intentando leer Pulgarcito, moviéndome como un psicópata. La voz de Sara quiere salir por mi garganta. No entiendes, no entiendes lo que significa que haya alguien en tu cabeza y no seas tú. Una criatura que se retuerce en tu interior, como una larva.

Mi mamá y mi papá encendieron la tele para mostrarme lo que estaba sucediendo en las grandes ciudades, donde los eventos de fusión y síntesis no se habían controlado como en los pueblos pequeños. Las personas estaban tiradas en las calles, los oficinistas se quedaban dormidos en cualquier lugar, sentados en unas escaleras, recostados contra una pared, en el metro, en el Transmilenio, en sillas de restaurante, en bancas en medio de la calle. Millones de personas no podían dormir, porque, como tú sabrás, las personas que tienen adentro no dejan de hablaren la noche.

Las olas de insomnes transformaron los horarios de trabajo, cambiaron la actitud jovial a muecas y sonrisas irreconocibles que eran solo formalidades, pero luego las formalidades mismas se fundieron en la somnolencia. Gente que parecía saber perfectamente su posición en el mundo, gente de negocios, gerentes, todo tipo de yuppies terminaron cabeceando de somnolencia, despertándose de un espanto

porque habían visto esa cara otra vez, esa cara que no dejaba dormir a dos centímetros de distancia. Algunos, con ojos enrojecidos, intentaban volver a dormir, dormían en clase, en la oficina, en el restaurante con la cara hundida en el plato de sopa, se daban golpes contra las pantallas de los computadores, destrozaron teclados a cabezazos. Así fue como terminé en el doctor con mi primera receta de Seconbarbital. Los efectos secundarios se podían reducir si se combinaba con Doriden Extra Sleep. Tenía seis años y acababa de comenzar mi vida en el mundo de los inhibidores y activadores del sueño. En poco tiempo comencé a modular y reducir el sueño, podía controlar un cuarto de estar despierto y un tercio de dormido; para estar completamente despierto tenía que automedicarme y tomar pastillas de cafeína que me aceleraban el ritmo cardiaco. Bienvenidos al fantástico mundo del sueño artificial.



EL MAR
DESBALANCE POR PESO

El mar está encrespándose en la costa de una isla griega. El sol está quemando. Para algunos en la punta de la isla, es posible ver un barco pequeño en medio del mar Egeo. Nadie pensaría que es realmente importante, solo un barco más. Todos los que lo miraron lo descartan y vuelven la vista a cualquier otra cosa que estuvieran viendo. En general la Eurocopa. A veces, especialmente cuando baja la marea en esa isla, es posible ver las ruinas de una ciudad antigua. Por un par de horas de marea baja, unas gaviotas se sentaron sobre el frontispicio de un templo a Poseidón.

El barco está lleno de refugiados sirios. Llevan varias semanas navegando. Los refugiados están enfermos, no han comido bien, no tienen muchas fuerzas, ya murieron dos. El mar no está calmado en esta época del año. Cuando el puerto de Mykonos notó la cercanía del barco enviaron una señal de auxilio, pero el barco había perdido su capacidad de propulsión: se habían quedado sin gasolina. En la tarde comenzó una tormenta. Desde el muelle intentaron mantener el barco a la vista, enviaron dos botes para rescatarlos, pero el mar estaba demasiado picado. Unos minutos después de oleaje salvaje, típico de ese momento del año, el barco había desaparecido.

SURFISTAS DE CUERPOS

Tendría que haber sido muy poco tiempo después de que el primer evento hubiera sucedido cuando los restaurantes comenzaron a servir carne de animales desconocidos. De hecho, cuando la gente preguntaba: "¿Y la carne de qué es?", los meseros o no respondían, o con una sonrisita decían: "Es un catdog, o un polliperro". Debió ser dos meses después, cuando los círculos rojizos de la falta de sueño adornaban mis ojos, que mi papá desapareció. Los vecinos dijeron que era un runner. Mi mamá comenzó a tomar trago sola, su aliento olía a aguardiente, hundía en el alcohol los reproches que la volverían débil. Es como la canción de la serpiente de tierra caliente que está demente, critica la gente, porque come plátanos con aguardiente. Ella efectivamente remojaba plátano frito en aguardiente y había comenzado a fumar como una fábrica de gaseosas. La desaparición de mi padre fue un misterio, tal vez fue eso lo que hizo que mi mamá se volviera un poco más distante, menos cariñosa; ni siquiera hacía el esfuerzo de usar diminutivos para calmar la angustia de la casa, el silencio que había dejado mi papá. Cuando descubrí en el baño que en el perineo tenía una diminuta vaginita, pensé salir a contarle y a mostrarle, pero cuando la vi fumando y mirando por la ventana, con su boca en una anti-

sonrisa, una sonrisa invertida, un temperamento impasible, pensé que me iba a decir algo feo y preferí ocultarlo. Quería preguntar: "¿Dónde está mi pa?" Pero tampoco me atreví.

Mamá preparó la comida, pero cuando compró una pechuga, no sabía realmente lo que había comprado. Cuando me contó que mi papá se había ido, estaba cortando en mi plato una rebanada de carne de un animal mezclado. Sabía que tenía que ponerle atención, pero la criatura deforme parecía estar mirándome. Las gallinas se habían mezclado entre ellas, los huevos y los pollitos se habían convertido en tumores, el ADN de los gusanos que se comían comenzaba a duplicar células en el interior de sus torrentes sanguíneos con información anómala. ¿Mamá, dónde está mi pa? Al terminar la carne de un lado encontré tres corazones. Las nuevas gallinas tenían tres corazones.

De él solo recuerdo que le gustaba la rumba y que cuando sucedió lo de la fusión se puso muy triste. La última vez que salimos juntos a la calle después del evento señaló el único bailadero de Timbío, la Discoteca Municipal *Los niños buenos se acuestan temprano* y dijo: "Espero que algún día puedas ir de rumba, porque el único bailadero de Timbío lo cerraron". Ambos, ma y pa, iban de rumba casi todos los viernes y me dejaban con la abuela. Yo los veía al día siguiente, pasaba toda la noche esperándolos para verlos un poco cansados y rotos sin ganas de jugar a la mañana del sábado. Ahora no había necesidad de llamar a la abuela. Había comenzado la Segunda Edad Media, y los periódicos y las noticias la llamaban así porque las chicas colombianas, con esa voluptuosidad, prefirieron cubrirse como si fueran musulmanas muy religiosas, de las que no muestran nadita, no porque fuera pecado, porque

pecar era lo que querían, sino por miedo a fusionarse. Crecí escuchando que la gran tragedia de la década era que todas las discotecas, los bailaderos, los clubs y los balnearios estaban cerrando. De la noche a la mañana, la cantidad de gente en esos lugares se volvió mínima, los gastos hicieron quebrar negocio por negocio y se convirtieron en bodegas. La música alegre de los pueblos que ponía a la gente a bailar en los carnavales, que hacía que las personas se tocaran así fueran las manos, para dar una vueltica escuchando merengue de Ricarena, o las canciones de Fulanito, o la salsa de Héctor Lavoe, todo eso se estaba apagando, lanzaba unos últimos destellos en Bogotá o en Cali hasta dejar al país en completa sequía musical. Timbío entró así en el oscurantismo musical. Bastaba dar una vuelta por el centro para sentir ese silencio. Ahora apenas recuerdo a qué sonaba. El perreo del reggaetón, que habría tenido a miles agarrando el culo de una vieja, entrepiernados y bajando bien rico, se convirtió en una especie de quimera. La gente perreaba a tres centímetros de distancia, agarraba el aire, hacía el amor con el aire. El perreo tuvo sus últimos años convertido en el perreo remoto, con figuras que intentaban sincronizarse a una distancia de dos metros, y luego el perreo telepático. El reggaetón, el merengue y la salsa, que sonaba en la discoteca de Timbío, en las tiendas de medias, en la plaza de mercado y hasta en la panadería, quedó en silencio de golpe.

También recuerdo que, antes de que se fuera para siempre, mi papá lloró frente al televisor. El General se había suicidado. Tú eres mi mamita rica y apretaita. Muerto. Mamita, mamita, bien muerto. La desaparición del merengue se llevó a las grandes estrellas del género, unos se volvieron escritores de novelas de autoayuda como Fulanito, quien escribió: *El*

despertar, *Emprendedor, no empresario* y *Conversaciones con Jesús de Nazareth*. Elvis Crespo se había colgado del cuello en su habitación de hotel.

—La salsa, el guepajé, el jala jala, todo eso era nuestra alma, y nos la quitaron —, dijo mi papá llorando frente al televisor.

Casi eliminaron todo lo que nos hiciera querer tocarnos. Fue como si escuchar esos sonidos angelicales fuera una forma de publicidad sobre helados de chocolate para una ciudad de obesos que intentan no consumir calorías. Por eso la censura, por eso ahora en la tele intentan censurar cuando alguien se toca. Por eso la fertilización in vitro. Por eso las directivas de los colegios resoplan y enseñan a lo religioso para subrayar el "prohibido tocar", y quieren que la constitución política diga: En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Tal vez por eso mi papá se fue del todo. Porque en un mundo donde no se puede guarachar, ¿para qué seguir vivo?

*

Pero yo seguía ahí, intentando verle forma a lo que me estaba comiendo. Se decía de mi madre que había nacido en el país equivocado: cuando estábamos en casa cantaba las canciones de rock de la televisión, bailaba un poco, se arreglaba el cabello como una estrella de pop, fumaba un montón. No encajaba con el tipo de chica caderona y morena que come mucha fruta. La gente incluso pensaba que era una gringa que se había colado y que estaba capando *how are yous*, y su forma de vestir no encajaba con lo que estaba sucediendo en el nivel

político en Colombia. Ella solo encendía otro cigarrillo y le subía a *Walk Like an Egyptian*, de The Bangles, y comenzaba esa cosa que hacía en privado cuando hacíamos el oficio: bailar como una loca, agarrar algo de micrófono y correr de un lado a otro, pasar por la cocina y por los cuartos. Yo parecía una especie de masita inmóvil comparado con ella. Cuando mi papá se fue ella no lloró, ni lo lamentó, solo fue como "¡ay!, qué cosas". Nadie dijo mucho, nadie puso un denuncio en la policía. Sentí que había perdido a alguien importante, pero la falta de emociones alrededor mío me selló a sentir algo. Mi mamá intentó vivir una vida de rockera de pueblo todo lo que pudo, corriendo entre las habitaciones cantando algo en inglés, intentando apartar a mi papá de su memoria; al menos lo suficiente para que su ausencia no pudiera herirla, lo suficiente para hacerse fuerte para ser una madre viuda, independiente y fuerte, otra vez. A veces hablaba muy duro o cantaba fuerte cuando pasaba por el corredor repitiendo una de Kiss mientras barría. Quiero que se calle, pero es mi mamá. Y tengo flashbacks incontrolables sobre Sara. Tengo fiebre, tengo el cabello mojado por el sudor, estoy respirando con dificultad, mientras ella canta y canta. Mami, no puedo respirar. Pero ella seguía cantando algo de AC/DC, tal vez. ¿Mamá… será que tengo fiebre?, hasta que se cansa y prende la tele y yo prefiero ir a mi cuarto e intentar no hacer ruido. Ella le sube el volumen a las noticias mientras frita plátanos y yo sudo bajo la sábana, pensando en Sara. En querer tocarla. Se me hace agua la boca pensar en su piel. La imagino una y otra vez, fragmentándose en mi mente. Como si los pedazos de su cuerpo conformaran un caleidoscopio en mi retina.

Quiero verla. Tengo que verla. Lo único que me calma es el Seconbarbital u otros barbitúricos. Y mi mamá no responde. Es como si estuviera sorda. Quiero lanzarle un zapato. Quiero quemarle la cara con el aceite de los plátanos.

—Mami —le dije una vez.

—¿Sí?

—¿Puedo tener un gatico?

—No.

Si no estaba mostrando su incontrolable energía y su obsesión por ser independiente, estaba calmada y quieta, mirando por la ventana. Era obvio que yo ya estaba grande y podía ir a la nevera y calentar mi comida, porque ella no lo iba a hacer por mí; si es que cocinaba algo, porque la mayor parte del tiempo me decía que yo ya estaba grande como para hacer arroz y fritar un huevo. De hecho, cuando ella cocinaba nada sabía realmente bien. Todo tenía el conocido sabor de que había estado haciendo un esfuerzo por no gritar o llorar y aceptar que le estaba quedando grande tener una vida que tuviera sentido después de que mi papá desapareció.

—¿Puedo tener un loro? Un niño del colegio tiene un loro.

—No, no puedes.

—¿Por qué?

Me miró por primera vez, porque todo ese tiempo había estado concentrada en la ventana, incluso entonces, realmente estaba mirando al lado, o mi boca o mi cuerpo; no era capaz de verme a los ojos.

—¿Puedo tener un perro?

—¿Quieres ser más deforme de lo que ya eres?

Tragué saliva. Bajé la mirada.

—¿Puedo tener algo?

Ni siquiera contestó.

Un día, cuando estaba en quinto de primaria, llegué del colegio y ella estaba fumando ganja con unos amigos. Cuando me vio ellos me saludaron y me invitaron a sentarme en el círculo de humo. Tal vez estuvieron un poco reacios a pasarme el joint, porque yo tenía diez años, pero al final lo hicieron. Me quité los guantes y lo agarré con precisión para no tocar a la persona que me lo pasó. Antes de fumar le di un vistazo a mi mamá que me miraba con seriedad desde sus ojos drogados, como anunciando que me estaba condenando al infierno. Fue la primera vez que probé la marihuana. Aspiré, sabía cómo hacerlo, había visto a mi mamá fumando mientras cocinaba. Aspiré con fuerza, el humo entró, lo mantuve en mis pulmones transexuales un buen tiempo. Con la marihuana sentí, más viva que nunca, una cosita en mi cerebro, algo que brillaba cada vez que soñaba. Sara seguía allí, y algo en el joint me calmó. Exhalé un montón de humo en cámara lenta y me saboreé los dientes. Sara dormía en mi interior. Podía sentirla respirando y moviéndose en mi pecho, como si yo estuviera embarazado de ella. Todos los amigos de mi mamá se rieron. Nunca los volví a ver. No eran amigos de verdad.

**

Tenía doce años cuando escuché, una vez más y por coincidencia, que mi papá había hecho de runner. En la escuela los chicos intentaban demostrar que ya eran grandes, las galladas se armaban en las esquinas oscuras a fumar y apenas reseñaban eventos del pasado, como que la gente de

la generación anterior de Timbabuanos habían ido a fiestas a perrear, a bailar merengue y salsa; hablábamos de ellos como si fueran héroes. Ahora la música apenas se oía y apenas se conseguía trago. Alguien entonces nombró a mi viejo, yo me quedé callado, solo dijeron que un tal no sé quién, después de traspasar tres cuerpos, había dado con un cuerpo opuesto y había sucedido una combustión espontánea. Solo había quedado ceniza. Esto no explicaba por qué nadie había querido llorar o recordarlo. El contacto entre la familia de mi mamá y la de mi papá apenas existía, pero nunca entendí muy bien qué hacían los runners hasta que conocí a Francisco, o Pacho; era un pelado de 13 años que también había probado la marihuana, que se había permitido experimentar más que los demás en esa época de oscuridad. Nos hicimos amigos porque él también había tenido una experiencia como la mía cuando estaba en cuarto o quinto de primaria, con un tío que intentó violarlo; desde entonces conservaba partes de una persona mayor, pedazos de treinta años en su cuerpo de 13, en especial un brazo que a veces mostraba inusuales proezas físicas. En el recreo del colegio departamental nos sentamos a comer la lonchera. Después de que se dio cuenta de mi ojo verde nos sentimos conectados, como si fuéramos leche de la misma vaca. Era como ser alienígenas en este mundo de silencio absoluto, donde la interacción parecía pecado. Admití, como quien cuenta un secreto bien guardado: "Hace rato quiero tocar a alguien". Él me dijo: "Los adultos se mueren por tocarse. Solo que no lo quieren admitir. Yo también quiero".

Por eso me invitó a una noche de runners en una finca. Ese día yo estaba aterrado con la idea. Su hermano le prestó la moto, yo lo estaba esperando en la plaza central. Mi mamá

no consideraba normal que yo saliera, pero le pareció un buen signo de que debía estar saliendo de mi depresión juvenil. Pacho encendió las luces de la moto a las seis de la tarde, hora en la que la mayoría de gente ya se había ido a dormir o a ver las noticias para evitar sentir ganas de tocarse. Bajó por la carretera principal, se detuvo frente a mí en la plaza, me dio un casco y nos fuimos por la carretera. No lo toqué, pero llevábamos ropa de lana y pasamontañas que evitarían una fusión accidental. Se hizo de noche muy pronto y nos alejamos del pueblo hacia la carretera sin pavimentar hasta que llegamos a la finca "La Herradura". Fue la primera vez en seis años que veía personas que no estaban cubiertas. Nos bajamos, nos dieron cerveza y entramos. Estaban escuchando música, algunos nadaban en una piscina. La mayoría eran mayores, como de dieciocho años; estaban tomando, bailando un poco. Pacho me dijo que ellos hacían esto a escondidas.

—¿Es peligroso?

—Sí, mucho. A veces la gente choca con gente que se repele y se queman.

—Eso es lo que le pasó a mi papá.

—Este es Antonio. Vea, le presento a César, es de mi colegio.

—Ja, primo, siga trayendo peladitos y después nos llega la policía.

—Todo bien que César no dice ni pío, sí o qué, César.

—Sí. Todo bien —contesté.

—Ojo —respondió el muchacho.

—¿A qué hora van a correr? —preguntó Pacho.

—En una hora. Pónganse cómodos, si van a correr anoten sus datos en esa mesa de allá. Pueden comer hasta que se

jarten. Y… —nos miró de arriba a abajo, como si fuéramos bichos raros— quítense todos esos chiros, que acá no los necesitan.

—¿Va a correr, César? O se le hace así —me dijo Pacho, haciendo un cucurucho con la mano, como diciendo: las güevas se te contraen del miedo.

—Creo que se me hace así, por ahora —dije.

—Bueno, cobarde. Vamos a ver qué pasa, me dijeron que hoy iban a soltar un perro.

Me senté, esperé mientras tomaba la cerveza, me sentí como si estuviera haciendo algo prohibido. Nadie intentó hablar conmigo, así que me quedé quieto, sentado como la masa inmóvil que era mientras Pacho saludaba a viejos conocidos de su escuela anterior y a una prima que estaba tomando como loca. La gente a nuestro alrededor parecía disfrutar de una cosa extraña, peligrosa, ilegal. Algo que por estos seis o siete años se había convertido en tabú. Sonreír se había convertido en tabú. La música, ver gente con ropa ligera, ver piernas, piernas de hombre, piernas de mujer. Después de una hora alguien le pegó a una tambora. Todos se callaron. Hubo expectativa. Apagaron la música.

—Muchachos, a lo que vinimos. ¿Quiénes van a correr? —gritó Antonio, el primo de Pacho, sonriendo, era el alma de la fiesta. La gente reaccionó con aplausos y gritos.

Todo el mundo se apartó, hicimos un gran círculo y las personas que iban a correr se hicieron en el centro. Eran hombres y mujeres de entre dieciocho y veintitantos, pelados, puros pelados, un poco jinchos, un poco locos, saltando en punticas para calentarse.

—¡Vamo a ver cómo es el bembé! ¿Preparados?

Los chicos comenzaron a quitarse la ropa. La correa, la blusa, los zapatos, las medias, los pantalones, los calzoncillos, la tanga, el bra. Estaba frente a cosas que solo había visto en el espejo. Gente desnuda. ¡Gente Desnuda! No dije nada, y nadie notó mi sorpresa, pero casi me atoro con la cerveza. Pacho parecía en completa calma, como si ya hubiera visto esto en muchas otras ocasiones. Me congelé. Encendieron unos reflectores y las personas que iban a correr se hicieron a uno y otro lado.

La gente estaba un poco drogada, un poco loca, un poco como vuelta mierda; las ganas de tocar, babear, lamer, oler, acariciar, pellizcar y abrazar a otros corrían salvajemente por nuestros corazones; en esa expectativa, unos comenzaron a aplaudir. Antonio, el anfitrión de la fiesta, empezó a tocar la tambora al ritmo de los aplausos, y lentamente aceleró el ritmo de los golpes. Entonces los corredores se precipitaron sobre la arena. Tum, tum tum. Las pisadas descalzas en el pasto, el sudor y la respiración aumentaron hasta que dos o tres personas corrieron unos contra otros, fium, se traspasaron en segundos, uno dentro de otro, dando una vuelta sobre un pie distinto, dando gritos cada vez que salían del otro lado para volver a tener pista, empujándose, pero metiendo la mano dentro de otro, saltando y metiendo la rodilla en una patada de Muai Thai por el pecho y saliendo por la espalda y alguien que daba botes. El círculo de corredores se llenó de pequeñas burbujitas de piel: polvo de fusión. El tambor siguió a su ritmo tum, tapum pum pum ta pum pum pum. La gente gritaba, eh, eh, eh, eh. Era un espectáculo dantesco, ver cómo los hombros se metían en cabezas, cómo penes bamboleándose parecían desaparecer cuando una pierna salía por la espalda y un abrazo

fabricaba una especie de criatura de varios brazos o varias piernas por un segundo. Tetas, codos y bocas parecían buscarse, y nadie se dio un golpe, nadie dio contra un obstáculo. Hubo un silencio aterrador, las luces cambiaron y pudimos revisar a los corredores que jadeaban sonoramente de cansancio. Las luces mostraron cómo estas personas habían obtenido nuevas características, distintos colores de piel y texturas de cabello. Las sonrisas descubrieron dientes que no cuadraban del todo, ojos de distintas coloraciones, hombres con senos, muslos extraños, genitales transformados. Todos parecían muy contentos, como si las transformaciones fueran un juego y los cuerpos fueran menos estáticos de lo que imaginábamos. El silencio se convirtió en un grito ahogado colectivo cuando la gente comenzó a murmurar que algo terrible había sucedido. Diecisiete personas habían comenzado a correr. Ahora solo quedaban dieciséis.

—¿Dónde está Andrés Camilo?

—¡¡¡Andrés Camilo!!!!

Se pusieron a buscar al man. Si lo que había pasado hoy no era un sueño, todos los que habíamos estado ahí habíamos presenciado un extraño homicidio por descuartizamiento. Pacho estaba asustado, nunca había visto eso.

—Vámonos.

—¿Es en serio?

—Sí, es en serio, vámonos. Vámonos.

Otras personas, los que no estaban buscando a ese tal Andrés Camilo, agarraron sus motos y sus bicicletas y se pisaron de ahí. Pacho y yo nos pusimos la lana. La lana sagrada que no permite que deseemos tocarnos con otras personas, y en unos segundos estábamos en la carretera destapada, sin

decir una palabra. Me dejó en la plaza del pueblo para no levantar sospechas. Aunque muchos vecinos eran chismosos y posiblemente nos habían visto, y nos despedimos con esos saludos al aire: un agitar de manos ridículo con el que nos saludábamos desde 1998. Aparecí en casa, me fui directo a mi cuarto y mi mamá, que estaba cocinando algo a las dos de la mañana mientras fumaba, apenas me saludó, mirándome con fastidio. Creo que estaba traumatizado, primero porque había descubierto qué había hecho mi papá y cómo había muerto; segundo, porque Andrés Camilo había desaparecido.

***

Con el tiempo y la falta de contacto nos volvíamos un poco locos. Manías y psicopatías dolorosas brotaban con frecuencia. Unos éramos más resistentes que otros a la falta de contacto, a extrañar a las personas con las que nos habíamos mezclado. La gente juraba que se encontraba consigo, que eran astronautas o que recibían llamadas de un hombre de otra dimensión. Lo que seguía era verlos desnudos en la calle intentando fusionarse con gente al azar, desesperados por contacto humano, hasta que la policía intervenía. Depresión, ansiedad, síndrome de estrés postraumático. El torrente de emociones, las ganas de estrechar una mano, de tocar una cara, de hacer el amor, eran tan fuertes que acariciar a un muñeco caliente tenía sentido.

El siguiente lunes en la escuela todos hablaban de Andrés Camilo, el pelado que desapareció esa noche. Su hermano menor estudiaba con nosotros y la gente lo acosaba con preguntas que él no podía responder, porque él no había estado allá. Todos suponían que había sido absorbido por

las otras 16 personas. No tardó en ser una noticia local, un rumor de pasillos en el colegio: "En la finca La Herradura desapareció un pelado". ¿Quiénes lo habían absorbido por completo? Intentamos seguir la vida normal, haciendo tareas, pero Pacho y yo lo vimos.

Una semana después, durante el recreo, me encontré con Pacho otra vez, nos habíamos mantenido sin noticias. Me dijo:

—Parcero, algo muy loco está sucediendo.

Era de suponer que las 16 personas que habían corrido esa noche se habían deformado, habían mutado y habían compartido su información. Si cuando se encontraron desnudos corriendo en la noche se les ocurrió pensar en que los cuerpos con los que se iban a fusionar eran bonitos o feos, blancos o morenos, lampiños o peludos, fue algo que no consideraron ni les importaba. De alguna manera, pensé, los runners eran mejores seres humanos. También era de suponer que una dieciseisava parte de su cerebro estuviera hecha de otras personas, de la misma manera en que yo estaba enrollado con lo de Sara. Que cuando durmieran, como la gente en Nueva York, o en Bogotá, o en Medellín, intentaran evitar el sueño porque en la noche comenzaban a actuar como sonámbulos, parados en posiciones extrañas e intentando abrir puertas invisibles. Pedazos de otros intentando seguir los movimientos usuales, las rutinas aprendidas durante años que no les pertenecían, como cuando yo hablaba árabe con perfecta pronunciación mientras dormía.

—Los pelados se están reuniendo en el parque. Lo que hicieron les cambió la vida —dijo Pacho.

—Wow.

—Yo los vi el otro día, es como si cada uno de ellos fuera una parte de Andrés Camilo. Si quiere vamos hoy.

Después del colegio y de volver a casa por el almuerzo, nos encontramos en la noche. Seguí a Pacho a través de la maleza, hacia un grupo de voces en la parte más oscura de un parque. Hablaban en la oscuridad mientras se pasaban un porro, la luz en la punta del cigarrillo iluminaba sus rostros como si fueran fantasmas. No los podía ver a todos porque estábamos en la parte más oscura del parque, pero podía sentirlos y escucharlos, confesando como cuando los adolescentes confiesan que han follado por primera vez y cuentan lo que sintieron:

—Andrés Camilo ama el arroz con pollo.

—¿Sí? Esa parte no me tocó a mí.

—¿Qué le tocó?

—Su miedo a las arañas.

En conjunto Andrés Camilo se dividió en dieciséis partes más o menos iguales. Tenían miedo de combinarse con personas fuera del círculo de los dieciséis. Por eso, en una de sus reuniones Camilísticas, decidieron no combinarse con otras personas, para no perder su dieciseisava parte, que podría fácilmente convertirse en una treintaidosava o así sucesivamente. Aunque habían compartido mucho más que solo a Andrés Camilo, el hecho de que una persona había sido absorbida por completo no los situó como criminales; en cambio comenzaron a llamarlos los Andrés Camilos. Todos les hacíamos preguntas y ellos contestaban. Lo que habría respondido solo una parte de la psique de Andrés Camilo se complementaba con lo de otra persona. Una auténtica carnicería freudiana.

Los padres de Andrés Camilo asistieron una de esas reuniones. La mamá lloraba preocupada, pero al verlos los Andrés Camilos respondieron de una forma armónica, como si Andrés estuviera allí respondiendo.

—No te preocupes, mamá. Yo sigo acá —dijeron en coro. Los padres abrazaron entre sollozos a los dieciséis portadores de su hijo.

Amigos y familiares encontraron las partes de Andrés regadas en detalles minúsculos. Uno de ellos había adoptado la forma de sus orejas y los lunares de su pecho, una chica había heredado la forma en que movía las manos cuando explicaba algo. Los "ah, sí", "ush", "ay qué pendejá" y otras muletillas fueron cosa que todos heredaron casi por igual. Se habían convertido en hermanos. La policía había buscado a los runners e intentaba meterlos a la cárcel por asesinato por absorción; se quitaron los cargos cuando la familia confirmó que Andrés seguía vivo. Cuando los científicos aprendan a extraer a una persona recuperando sus partes, Andrés podrá volver con nosotros.

Así sus mañas terminaron estudiando física en la Nacional, sus sueños más profundos se dedicaron a jornalear, sus emociones más frecuentes se metieron a trabajar en construcción, su gusto por el punk y por la comida casera se volvieron cajeros en un supermercado y su mal humor terminó en Pereira sirviendo tintos y contestando llamadas en un consultorio odontológico.

DEDUCCIÓN/INDUCCIÓN

Pase lo que pase, seguimos siendo humanos

Yo soy César/Pedro/María/Antonio/Julia. Nací en 1988, 1990, 1967, 1934, 1999, 2014 y muchas otras fechas sin importancia. En el mundo de la síntesis y el arrepentimiento, los sonidos guturales que ofrecen chicas que se arrodillan con los brazos abiertos, que han perdido su orientación sexual o su género, o que navegan entre personas como si fuera una piscina de condones, decir quién era yo tenía repercusiones accidentales. Flashbacks de señoritas que ofrecen pruebas de quesos gratis en un supermercado, momentos de tensión jugando tejo, un viaje en avión a Brasil durante el mundial. Alguien te toca una pierna en navidad. Y era claro que ya en 1998, toda esta moda de sintetizar, el capul, y Shakira (cuando tenía el cabello negro), y las canciones de Maná, había comenzado a morir. Pero los 90´s lo fueron todo, de hecho, solo consideraría mi nacimiento como el momento exacto en que Sara conoció mi hígado, se llevó un pedazo de mi intestino grueso y aprendió a soportar mis migrañas. Con el tiempo y las fusiones accidentales y las programadas, tu verdadero nombre también cambia. Centésimas, dieciseisavas, octavas, tercios, milésimas. Una fusión accidental de un pedacito de piel que se veía entre tu guante y tu manga y alguien que por descuido untó su dedo de ti, hundiéndolo en tu muñeca y jugando con tus

tendones. Eres un poco Carlos Arturo Serrano, un 3 por ciento de Henry Martínez y un 2,4 por ciento de María Fernanda Salazar. Dentro de ti las identidades bailan. Cuando vas por un chocolate tu mano izquierda te obliga a comer Choco Ho ho's, pero tu mano derecha estrangula a la mano izquierda porque quiere Ponky. Tú miras sin poder hacer nada. Intentas vestirte, pero a veces tus piernas no quieren el pantalón y te hacen caminar en reversa. Alguien que vive en tu interior te da una cachetada. Un porcentaje de tu mamá, que sin querer metió su nariz en tu espalda, porque no había encendido la luz y no sabía que estabas ahí mirando la calle, te obliga a lavar los platos, a no poner los pies sobre la mesa o a retroceder cuando ibas a salir sin tender la cama. Algo te hace mover la boca un poco cuando ves que las torres gemelas se caen en el 2001. ¡Boom! Algo adentro sufre cuando comienza la invasión de Iraq. Solo ves por el rabillo del ojo que están bombardeando Bagdad, cuando tu má mira las noticias. En el nombre de Alá. Toda la gloria es de Alá.

Miras seriamente, te quedas quieto. Alguien en tu interior te entrevista mientras te bañas.

YO: Uno se acostumbra a vivir con otras personas. Al principio es difícil y hasta duele cuando las partes quieren volver a sus dueños originales. Es como si pedacitos de uno quisieran irse, jalándole la piel a uno por un lado y por otro.

(Te estás enjabonando el cuello y las axilas).

Programa de entrevistas en tu cabeza: ¿Y cómo te acostumbraste a vivir con ellos adentro?

YO: Bueno, es un proceso lento. Las partes tienen que domarse. Mi mano es completamente Juan Pérez, es una mano negra del occidente de Colombia. Al principio, cuando

me comía la sopa, usted sabe, la mano intentaba meterme la cuchara que casi me parte los dientes. Cuando me hago la (censura) la mano me agarra la (censura) de una forma que no, cómo le explico, de una forma que no me excita lo suficiente.

¿Cómo podía seguir vivo sin dormir? Drogas. Pacho y otras personas que se habían fusionado de cuerpo entero compartíamos el sueño ligero, los ojos rojos y secos de falta de sueño. Somnolencia constante, insomnio, eran los signos de un momento de intimidad secreto, como algo que podíamos identificar en la cara de desconocidos y pensar: Tú eres de los nuestros. Tú te reúnes con tus amigos a intercambiar botellitas con antidepresivos y medicamentos para dormir como si fueran stickers del álbum Panini. Yo les mostraba las benzodiacepinas, pero ellos decían que Cloral era lo último, si se mezclaba con Flunitracepam y un plon de marihuana, uno dormía como un bebé. Seguía vivo porque con lentitud había aprendido la complicada combinación que nos mantiene lejos de las pesadillas: activos, lúcidos durante el día, dormidos a las horas a las que la sociedad nos dice que debemos dormir. Lo curioso de los somníferos es que eran anunciados en la tele como si fueran caramelos, y nadie ponía atención a la voz rápida que corría por las contraindicaciones:

Suusoprolongadopuedeproduciralucinacionestaticardia disfuncionrenalexcesodecalciodisminuciónenlavisiónencefalitisdisfunciónerectilperdidadelacapacidadcognitivaperdidadedepesodependenciaperdidadelsentidodelarealidadintentodesuicidioysuicidiocambiosdecomportamientoviolentostrastornosdelapersonalidadperdidadelamotricidadymalaliento. AseguradoycontroladoporlaEmpresaTerritorialparalaSaludEtesa.

El comercial que generalmente seguía al del Flambután Extra o el de Alprazonam Familia Citrus con sabor a naranja, era el de Becky Bubbles. Así es como te los tragas y te acostumbras a los saltos, cuando tienes microsueños y sientes que alguien estaba cantando, que alguien te contaba una historia, que alguien te pedía un abrazo. Despiertas y duermes y despiertas en un ritmo hipnótico. Nunca estás realmente despierto, nunca estás realmente dormido. Los sonidos se vuelven lentos y afónicos, pero buscas una pastilla de Diazepán sabor frambuesa y el sonido vuelve a la velocidad normal. Era tan así que el pueblo había comenzado a sincronizarse y un megáfono anunciaba que era la hora del Flanbután. Los niños más fusionados, como Pacho y yo, obedecíamos, pero ya para esa época nadie se había resistido y, jadeantes, todos habían cometido un pecado en secreto.

Cuando yo tenía quince años, mi mamá ordenó una muñeca para reemplazar a mi papá, una Becky Bubbles 4s; se parecía un poco a Sara. Costó 200 dólares. Los comerciales de Becky Bubbles edición limitada parecían ese porno rosa de The Film Zone en el que apenas si mostraban un poquito de vello púbico y eso ya era un escándalo. Los comerciales no fueron retirados de la tele porque, aunque parecía una línea caliente y un incentivo que provocaba a la gente intentar tocarse, dirigía todo el deseo a una muñeca caliente, que simulaba la respiración, el afecto y que producía saliva (era necesario agregar agua y un sobre de "saliva instantánea Becky Bubbles" por un orificio en la coronilla del cráneo plástico. Duraba casi un mes antes de secarse por completo). La caja era tan grande como yo. Casi todos los muñecos calientes

tenían forma de niños o niñas y pensé que la sociedad en la que vivimos era pedófila, aunque no lo quisiera aceptar. Los modelos más mayores parecían tener apenas 18 años.

Mi mamá estaba fumando, ocultando su interés. Cuando comenzamos a quitar el plástico y abrir la caja, el cigarrillo que sostenía entre los labios comenzó a humedecerse. La muñeca era rubia, con cabello ensortijado y carita de ángel. ¡Anatómicamente exacto! Las instrucciones. ¡Sexo oral como nunca antes! (Debido al accidente en el que una mujer terminó teniendo una lengua con prepucio después de fusionar su boca con los genitales del hombre al que le daba una mamada, el sexo en casi todas sus manifestaciones se había convertido en un acto deformante, aberrante, destructivo y, por supuesto, el crecimiento demográfico se había estancado en la mayor parte del mundo). ¡Se puede guardar en cualquier lugar! ¡Su cabello cambia de color! Doctores de Harvard aseguran que la forma como respira es fisiológicamente correcta. ¡Es increíble! Y si llama ahora, le daremos un juego de vaginas intercambiables y dos vestiditos ¡Y eso no es todo!

El comercial podía seguir por horas con personas que tenían una vida triste, en blanco y negro y el cabello destruido. Gente masturbándose en secreto e intentando tocar personas en el metro o el Transmilenio, y con un resultado de partes asimétricas, caras de ancianos con pedazos de niños; manos arrugadas, medio seno, mujeres con bigote o cosas semejantes.

Mamá intentó salir con otros tipos del pueblo, pero todos ellos captaban de inmediato que ella no era de este pueblo, o de este país, porque usaba demasiados anglicismos y se peinaba como Olivia Newton John, en Grease, o que tenía algo

desesperado por la forma como se vestía. Ellos hablaban con acento caucano y la querían llevar al festival vallenato secreto o a bailar salsa en clubs ilegales de Popayán, y ella decía:

—No, yo no hago eso. ¿Cómo se le ocurre? ¿quiere que se me peguen pedazos de su piel o qué, mijito? —mi mamá le decía mijito a todo el mundo, incluso a tipos que eran mayores que ella.

—Uy mami, quiero que se te peguen hasta pedazos de mi páncreas.

Limonada en la cara, o más bien en la capucha. Mi mamá se paró y se fue de ese lugar zapateando con sus tacones rojos.

Esa noche me contó todo mientras yo la miraba desde mi caparazón de lana. No lloraba, pero estaba muy orgullosa de haberle echado la limonada en la cara.

Luego salió con un tipo que manejaba tractores entre Cajamarca y Barranquilla, fueron al club de billares y, después de que el tipo intentara quitarle la bolsa de plástico con agujeros que mi mamá se ponía en vez de pasamontañas, ella le pegó con un palo de billar y se fue caminando como si estuviera en un video musical. Eso significaba que, a pesar de la posibilidad de una fusión que deformaría irremediablemente a la gente, algunas personas encontraban esa deformidad como algo jugoso y deseable. Morbosearse la fusión.

Hace unos años conoció a ese man al que llamaban Joe, quien realmente se llamaba Jonás Serrano. Fueron a tomar unas cervezas cubiertos con lana de colores. Todo parecía ir perfecto, especialmente cuando hablaron de música de los ochenta. Aunque a mi mamá le gusta Madonna, se emocionó al admitir que le encantaba Guns n´Roses y Scorpions. La Rockola solo tenía música de los gaiteros de San Jacinto y de

Diomedes Díaz, pero Joe le dijo a mi mamá: "Nena, tengo el lugar para ti". Les tocó ir en carro hasta Cali y, cuando estaban allá, encontraron un bar pequeño que se llamaba The Deep Purple. Joe y mi mamá estuvieron toda la noche bebiendo cerveza, escuchando rock y cantando *Poison*, de Alice Cooper, en el karaoke. El Joe estaba tan bueno que mamá mintió y dijo que no tenía hijos, para no asustarlo. Un poco prendidos, sentados en la mesa, Joe intentó tocar la pierna de mi mamá. Mi mamá quería ser tocada, pero con los incidentes, el miedo a tener partes de hombre, el miedo absurdo a ser más que solo ella, con la mano enguantada reaccionó y retiró de golpe la mano de Joe. Joe carraspeó, habló sobre la síntesis de una forma benévola.

—Nena, pero, la síntesis es el futuro. Un futuro en el que ser individuos aislados en nuestras identidades carcelarias desaparezca. Como dice Foucault...

Mi mamá lo miró. Creo que se imaginó a sí misma en un encuadre cinematográfico.

—No. Eso es lo que quieren que creamos. La síntesis es una enfermedad.

La conversación cambió de ritmo, Joe se sintió ofendido por esa respuesta. Hubo un silencio incómodo, hablaron de alguna estupidez y luego Joe dijo que iba a ir a buscar su celular porque lo había dejado en el carro. Unos minutos después Joe no aparecía. Mi mamá, intrigada, miró por la ventana para descubrir que Joe se había ido y su carro no estaba en el parqueadero. Pagó las cervezas y volvió al pueblo en una flota, sudando del calor. Cuando me vio ya había llorado y se encontraba en la fase de risas de: la vida es una cagada, lo único que puedo hacer es reírme de mí misma. Me contó la historia

en la sala mientras yo intentaba ponerle atención porque el Seconal acaba de pegarme y su voz estaba en cámara lenta. Al día siguiente tomó el teléfono y ordenó una Becky Bubbles. Cuando llamó pidió un muñeco rockero que aparentara unos treinta, con vello en los pectorales y un pene de al menos veinte centímetros, pero las mujeres habían agotado existencias de Brat Bubbles, que de rockero no tenía nada, que si le salía barba era ese vellito adolescente, y que si algo tenía de masculino eran los zapatos. Una versión más grande de Ken; sin embargo, mi mamá solo dijo: "¿Entonces qué tienen?".

Por eso cuando Becky Bubbles llegó a la casa, mi mamá no esperaba nada. Cuando la vio, solo dijo:

—Si no me gusta te la regalo. Creo que el otro día vi al vecino —Jeison Sánchez, alias el gordo, un pelado de 18 años que reparaba motos—, con una Becky Bubbles. Y puedes perder la virginidad con ella.

—Gracias mamá, eres muy considerada con mi vida sexual.

Pero Becky terminó siendo todo lo que mi mamá quería. Una relación lésbica con una muñeca que respira y que está calientita como un humano, con babas en la boca. Al principio intentó no encariñarse mucho con ella, o no tratarla como si fuera un humano, pero era un poco extraño tenerla en casa, sobre todo porque hablaba. No movía los labios, ni articulaba sus dedos, pero hablaba con un parlante cerca del cuello.

—No me dejéis sola, quiero veros comer, tocadme —voz de doblaje español de España. La banda sonora de mi miseria.

Mi mamá la usaba a diario en volumen bajo para que yo no escuchara, pero igual la escuchaba gemir y repetir: "Madre mía, madre mía". Cuando ella abría la puerta, Becky preguntaba: "¿A dónde vas?".

Al final decidió llevarla a la mesa del comedor mientras almorzábamos. Aunque Becky no podía mover los ojos ni la boca, a veces decía con acento español: "Vaya, se ve que estáis comiendo algo delicioso". Las babas se le salían de la boca y comenzaban a gotear en su vestidito de encaje. Hay algo enfermizo en esa muñeca. Lo juro. Todo porque la gente quiere tocar a otras personas. Todo porque ansiamos abrazarnos. Mi mamá ni siquiera le ponía atención hasta que yo decía:

—Ma, creo que Becky está babeando otra vez.

Y ella le pasaba una servilleta por la boca con una formalidad extraña.

Todo parecía mantenerse en los límites de la cordura hasta que un día llegué a casa un poco tarde, un poco borracho; estaba en una fiesta prohibida con los 16 Andrés Camilos. Abrí la puerta lo más silenciosamente posible, me quité los zapatos para que ella no me escuchara y, a medida que me acercaba a la sala, pude escuchar que mi mamá hablaba con Becky. Estaban hablando de política, de Alvaro Uribe, al parecer, del Plan Colombia.

—¿Cómo te parece, Becky Camila… —le había agregado el Camila intuitivamente— …que el presidente quiere legalizar la marihuana medicinal?

Becky y mamá estaban vestidas de rockeras de los ochenta con 1. Exceso de Labial 2. Cabello a lo Aerosmith 3. Vestido de ramera 4. Medias veladas rotas. Becky babeando con la mirada en el infinito y mamá tomando aguardiente.

—Te amo —fue la respuesta de Becky.

—Hola ma, ¿todo bien?

—Todo bien, hijo. ¿Y tú?

—Estaba tomando con los Andrés Camilos. Pero voy a dormir.

—Dulces sueños, amorcito.

Fui corriendo a mi cuarto, me quité la ropa, me metí en la cama y pensé: "Jueputa, mi mamá se está volviendo loca". De hoy en adelante no solo tienes que mantener adentro un sinnúmero de identidades, superar el hecho de que tu cuerpo está cambiando y te está saliendo pelo por todo lado, porque ya eres grande y en el espejo no te reconoces otra vez, saber que hablas árabe dormido, si es que puedes dormir, y que no sabes si la vida tiene sentido o no, o si todo esto no es más que una farsa, y que en el espacio entre tu ano y tus güevas tienes una diminuta vaginita que sangra. Ahora tienes que lidiar con que tu mamá está un poco tocada, que vive en una época muerta y que trata a Becky Bubbles como si fuera de la familia.

Mientras intentaba dormir escuché que había comenzado a cantar *Hotel California* y que estaba tan borracha como yo. No combines el Seconbarbital con alcohol, a menos que no tengas autoestima y no quieras volver a despertar. Esta vez, mientras mi ritmo cardiaco bajaba hasta casi morir, vi a Sara con mucha claridad, mirándome mientras le cortaban el cabello en una peluquería. En ese momento pensé: "Claro, mientras acá es medianoche, allá ya está de mañana". Se veía bastante guapa. Tenía un ojo mío y otro suyo. Y su cabello era negro como no era el mío, y era un poco gordita. No sé si ella podía verme, como si yo estuviera al otro lado del espejo. Quería besarla, porque desde que todo este hijueputa lío comenzó no he besado a nadie. De pronto nunca lo haga y

sea virgen de labios para siempre. Así que salí del espejo y, sin que ella se diera cuenta, le puse un beso en los labios. Tarde me di cuenta de que me estaba besando a mí mismo.

Enciendes la tele y la guerrilla, las bombas, los militares... Apagas la tele. Las caras de mis compañeros de colegio parecen afirmar en la imaginación que sí, que somos un producto cultural. Sonríen. Aceptan que somos una mezcla en la forma más literal de la cuestión y que todos, al menos todos los que están en noveno de bachillerato, mínimo se han fusionado en un 20% con alguien más. En secreto y sin fortuna, a escondidas y durante el recreo, por lo que los de décimo describieron en una esquina como sexo de fusión, y lo subieron a YouTube y el morbo y las pieles traspasadas, saltaban, aullaban como micos, jodían, lanzaban papeles hasta que a la profe de ciencias le dieron un calvazo y, al hacerlo, todos metieron la mano en el cerebro de la profe y todos los pelados fueron un poco como la profe de ciencias. Todos dejaron de joder en clase, hicieron caso, se sentaron en silencio, aprendieron sobre el sistema reproductivo femenino. Todavía eres un humano. Eso es lo que importa. Excepto un chico que se fusionó con un perro. Pero somos humanos, tenemos sentimientos, comemos por la boca, amamos con el corazón, soñamos un futuro mejor. Eso es lo que importa.

CONFLICTO COLOMBIANO:
Pedazos de campesinos

Bolsillos vacíos en una tarde usada del Cauca. ¿Noticias de las siete?

¡Atención!, cinco policías fueron dados de baja en el hospital de…

Cambio de canal.

El presidente de la República se fusionó accidentalmente con…

Cambio de canal.

¿Estás cansado de las aspiradoras convencionales que son costosas, difíciles de usar y de guardar?

Apago la tele.

La selva está llena de voces. Si uno va caminando al colegio a veces puede escuchar a los guerrilleros. La idea es que estas personas que viven en la selva nunca escucharon nada acerca de la lana como inhibidor de la síntesis accidental; por eso pensamos que los guerrilleros son monstruos que viven en el interior, observándonos con sus ojos mixtos y con quién sabe cuántos miembros.

Don Eustasio Padilla, jornalero y padre de tres muchachas, ha vivido en las cercanías de Timbío, Cauca toda su vida. Él sabe que la guerrilla vive por ahí, lo sabe porque cuando va al río a lavar los chorotes con su mujer, a veces encuentra marcas de su presencia.

Don Eustasio: Un cordoncito, pisadas, a veces dejan ollas o bolsas. Y nadie se mete por allá, es muy difícil llegar.

Un día, mientras lavaba las ollas y la ropa con su mujer, Eustasio escuchó a los guerrilleros en algún lugar cercano. Decidió echar un vistazo. Caminó por la orilla del río siguiendo los sonidos.

Don Eustasio: Y cuando llegué, usté no se imagina cómo viven los guerrilleros o quiénes son. Se estaban bañando todos juntos, hombres, mujeres, niños. Y todo esto de la fusión, pues como que no les importaba mucho, porque unos estaban dentro de otros, mezclándose, a medio mezclar y al final, cuando me vieron, fue como si ellos ya no fueran humanos, ¿sí me entiende?

Lo miraron con sus múltiples ojos curiosos. Tres ojos, cuatro ojos en una sola cara. ¿Cuántas personas no se habían absorbido? ¿Qué de sus personalidades seguía intacto? ¿Qué había sucedido con su capacidad para el lenguaje?

Don Eustasio: Yo me asusté y corrí, porque eran como monstruos.

¿Monstruos en nuestra sociedad? ¿Por qué tenemos tanto miedo de mezclarnos con otros? ¿Por qué nos aterra tanto la idea de tener pedazos de anciano, mezclar dientes, cambiar de piel? ¿Algo de racismo, elitismo o nacionalismo queda en este tabú?

Don Eustasio: Yo creo que no estamos preparados para esto. La fusión es muy avanzada para nosotros.

En Egipto ya había varios casos en los que, por accidente, un adherente a la Iglesia copta se había fusionado con un musulmán. Aunque al principio el cristiano no muestra signos de una transformación violenta, algo lo despierta a las tres y

treinta de la mañana, lo obliga a doblar las rodillas en dirección a La Meca y susurrar en árabe clásico. Si nadie lo escucha no hay problema, pero Iskandar Boutros amaneció muerto cuando su familia se enteró que estaba practicando ritos islámicos. Lo obligaron a dar explicaciones, pero él no pudo contestar sin titubear, solo dijo con claridad: "No hay otro Dios que Alá y Mohamed es su profeta". Sus manos fueron automáticamente a cubrirle la boca, pero era demasiado tarde. Los hermanos le pidieron que se arrepintiera, la madre comenzó a llorar, el padre refunfuñaba. Antes del amanecer lo quemaron vivo. Casos similares llevan poblando las noticias nacionales de Bosnia y Herzegovina, Armenia, Líbano e Israel. Pero la guerrilla colombiana es un caso distinto.

Pernambuco, Brasil. Un muchacho de 15 años, que se fusionó accidentalmente con una mujer anciana, mencionó a sus compañeros de clase una molestia en los ojos. Horas después, bajo los efectos de más de tres productos somníferos, el estudiante del colegio Francis Bacon se sacó los ojos frente a sus compañeros. No emitió un sonido de dolor.

Frente 45: ¡Adelante! Deformidades incontables, pelos donde no se esperan. ¡Venceremos! Atentados en bajada. Algunos secuestros para mantener el poder. Ingrid Betancourt se fusionó con uno de los guerrilleros y un perro de finca. ¡A discreción, atención, fir…!

En este especial nos internaremos en la jungla para saber cómo viven los nuevos guerrilleros.

Ingrid Betancourt: Creo que la guerrilla ha alcanzado ese nuevo nivel de sociedad que ninguno de nosotros está preparado a aceptar. Si ustedes pudieran entender el nivel de empatía que tienen…

Colombia ha estado en una guerra constante desde los años cincuenta. Atentados, bombas, tomas de ciudades, secuestros, enfrentamientos armados; todo esto es el pan de cada día. Pensar que con un fusil era posible cambiar al país fue no solo una idea común, sino tal vez el mejor camino que cualquier idealista podía tomar en los ochentas. El camino que las guerrillas tomaron al mezclarse con los negocios ilícitos, sin embargo, los alejaron de las ideas socialistas que habían buscado. Las cosas iban por mal camino hasta que, en 1997, todo dio un giro inesperado.

Guerrillero 1 (Varias voces saliendo de la misma persona): Primero pensamos que era una enfermedad. En el 97 muchas personas murieron por absorción. No sabíamos cómo controlarlo, nadie nos dijo sobre la lana. Pensamos que íbamos a desintegrarnos y a morir convertidos en monstruos, pero la realidad ha sido muy distinta.

Guerrillero 2: Recuerdo que en 1997, cuando comenzaron las fusiones accidentales, mucha gente se quería escapar porque nadie sabía qué estaba pasando. Yo me quedé.

Guerrillero 1: No solo éramos guerrilleros los que nos estábamos mezclando. También había campesinos, gente del común, viajeros, secuestrados. Con el tiempo uno se da cuenta de lo ignorante que era antes.

Guerrillero 3: Antes solo éramos unos tontos, como animalitos buscando la luz. Ahora podemos ver todo lo demás.

Guerrillero 1: Sí, me gustaría ver cómo todo el mundo se fusiona. Me encantaría. Algunos dicen que deberíamos hacerlo a la fuerza. Yo no estoy seguro de eso. Creo que la gente nos tiene mucho miedo. Nosotros ahora nos entendemos y eso es algo muy valioso, algo que la sociedad allá afuera no entiende.

Después, un elemento nuevo se agregó a la fórmula de los guerrilleros como monstruos. Toño Rodríguez, un muchacho de 22 años, se escudriñó de la guerrilla en la selva de San Vicente del Caguán a una cueva que los locales conocen como la cueva de las golondrinas. Sus amigos dicen que era un muchacho creativo, que él realmente quería un cambio para su país. Las fusiones accidentales le parecieron interesantes y decidió ir a la cueva por sí solo.

Dramatizado. Toño se mete en la cueva, se quita la ropa. No hay desnudo frontal porque estamos en horario familiar. Un pájaro pasa volando y se mete en su brazo, hundiéndose lentamente como si la piel fuera un líquido espeso y desapareciendo por completo.

Narrador: Toño contó a sus amigos que al principio tenía miedo. Podía sentir la golondrina aleteando dentro de él. A algunos les contó que la experiencia parecía extraña, era como tener plumas en el estómago o entre los muslos y sentir el corazoncito del pájaro latiendo a toda velocidad alojado entre los tendones. Pronto, algo perturbó a los pájaros dentro de la cueva, que comenzaron a aletear y a moverse violentamente. Durante horas, cientos de golondrinas fueron absorbidas por el cuerpo de Toño, hasta que la concentración de Toño/Golondrinas fue incontenible y el cuerpo de Toño se desintegró en Golondrinas (Efectos especiales muy malos).

El operativo del 2002, Águila Negra, en tiempos de Álvaro Uribe, llevó a varios escuadrones del ejército a desmantelar redes de tráfico y laboratorios de cocaína de la guerrilla. Entre los operativos realizados en conjunto con la policía, un allanamiento por posesión de armas, drogas y vínculos con la guerrilla fue hecho el tres de diciembre en un barrio de Villavicencio.

Ramiro Afanador (policía de Villavicencio): Era un allanamiento como muchos otros.

Ramiro Afanador, junto a los policías de su escuadrón, entraron a la casa donde se escondían los subversivos. Capturaron a varios de los que estaban en el primer piso del predio. Tres escaparon por los tejados. La policía tenía el área acordonada y fue cuestión de segundos para que los pusieran bajo arresto, excepto a alias "El Pájaro".

Ramiro Afanador (policía de Villavicencio): Nos dieron orden de abrir fuego para asustarlos. Me subí al tejado de la casa junto a otros oficiales, mientras los otros capturaban a dos de ellos, yo le hice la perseguida a otro, al Pájaro. Le grité que se quedara quieto. El tipo comenzó a quitarse la ropa de lana. Cuando se quitó la camisa y el pantalón… se convirtió en una nube de pájaros y se fue volando.

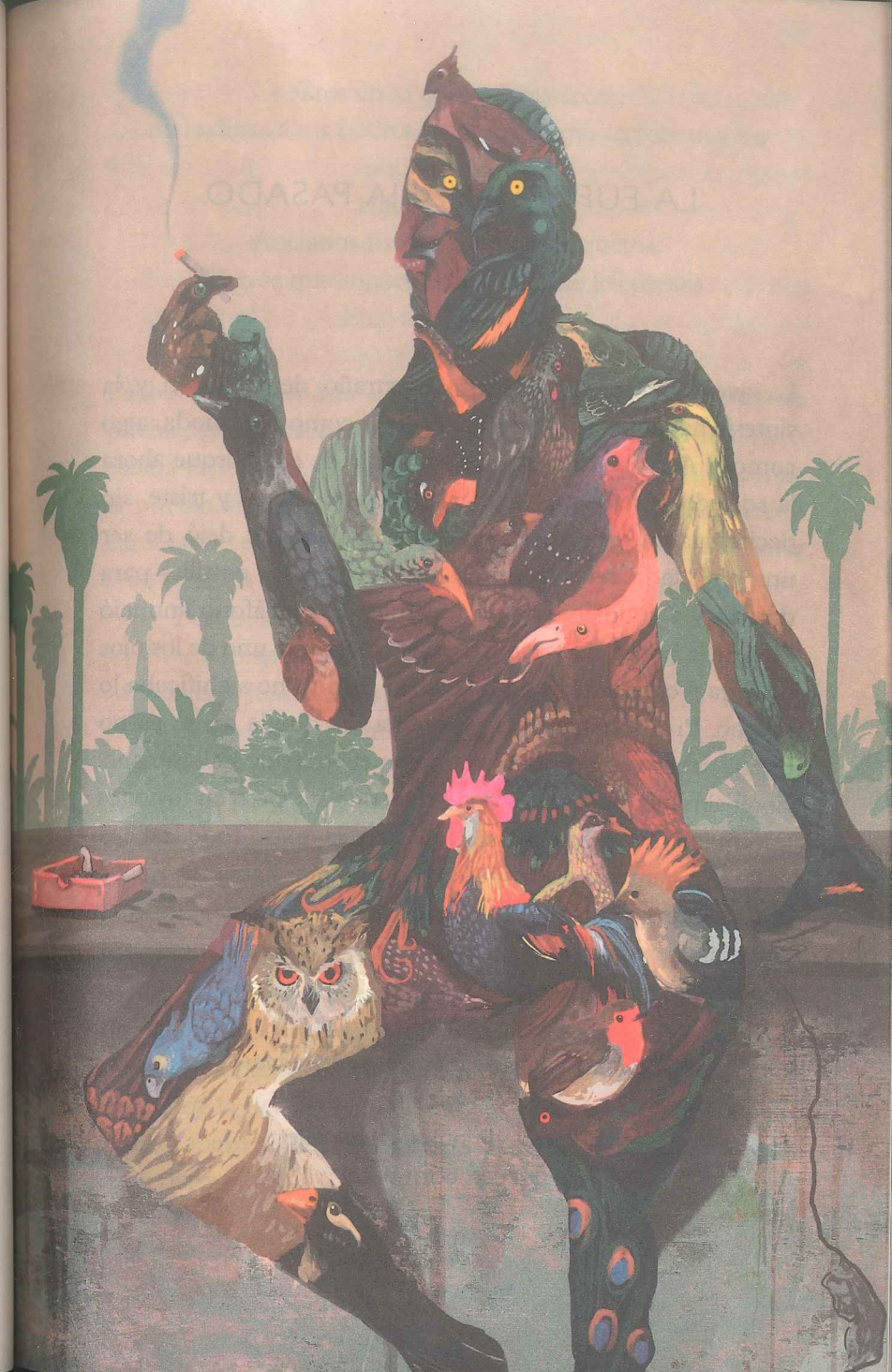
El Pájaro, infiltrado de la guerrilla, ha sido capturado en cámaras de video una docena de veces. En esta imagen se le ve caminando cerca de un banco en Villavicencio, lo tenemos convirtiéndose en pájaros. La gente lo llama el pájaro. Es un criminal, pero también es un héroe en San Vicente. Nadie sabe cómo agarrarlo.

Una nube furiosa de golondrinas, los ojos amarillos de Toño, un pelado moreno de San Vicente que nadie puede encontrar porque siempre anda cubierto con lana igual que todos los demás colombianos. Camina en esa Colombia sin sonido y gris, donde la gente no se reconoce, donde nadie habla, donde todos están callados, donde nadie se ama. En ese lugar, Toño camina empeloto por los tejados de los pueblos calientes del llano colombiano, con el pie descalzo sobre los tejados de zinc y las casas a medio construir en concreto, al

lado de tanques de agua y antenas de televisión. Toño come mazorca, pan, le gusta recoger migas del piso, hace movimientos rápidos con la cabeza, pero se contiene para no mostrar los signos de la transformación, la síntesis y el balance. Sus ojos son amarillos o dorados. Algunos lo reconocen porque le gusta cantar. La gente se pregunta qué tan humano sigue siendo, qué tan pájaro es ahora, qué tan Toño Rodríguez se mantiene. Hay una disminución en su capacidad para comunicarse con otros seres humanos, pero siempre está haciendo algún trabajo con la gente de las Farc o con traficantes. Toño salta en cámara lenta desde la punta de los sueños de los humanos normales y aburridos, desde los bordes de los techos rotos. En el aire parece que sus manos se separan del cuerpo, que su cabeza se parte en pedazos, las piernas se doblan en posiciones antinaturales antes de romperse y separarse y abrir las alas. Su piel está hecha de plumas, cientos de ojos se abren en su piel.

Tiroteo, abre las alas, nadie te va a capturar. Es muy difícil darle a esos hijueputas pajaritos. Lo vi venir en la noche. Lo vi ayer en el tejado. Lo vi ayer con la gente del frente 14. Lo vi metiendo cocaína. Lo vi poniéndose la capucha. Lo vi ayer en la taberna con Lucho. Lo vi ayer volando en la selva. Lo vi antier, y le dije que volviera con su familia, que está muy pelado para ponerse en esas, que debería estar estudiando, que debería estar ayudándole a la mamá, a doña Gladis. El pájaro, el pajarraco, la golondrina, el flai, flai, el pío, pío.

Aparece frente a ti con sus ojos dorados, mirándote sin parpadear, girando su cabeza para un lado o para otro, como intentando entenderte. ¿Entonces qué? ¿Me estaba buscando o cómo es la vuelta?



LA EUFORIA HABÍA PASADO

La aventura, las emociones, lo extraño de la fusión y la síntesis había pasado en el 2009. Fue como una moda, algo como el Aserejé. La gente no se olvidó de ella porque ahora la sociedad estaba vestida de lana y era callada y triste, sin decir palabra, gris y sobrepoblada. Solamente dejó de ser una novedad; nos acostumbramos a ella, a las pastillas para dormir y a simplemente no tocarnos. El megáfono anunció que era la hora del Flambután. Que yo tuviera uno de los ojos de Sara y el ondulado de su cabello sirio ya no significaba lo mismo. Probablemente el problema era que la gente ya no quería saber nada de eso, como con el conflicto colombiano. En el almuerzo: animales que no reconoces, pero en fusiones mínimamente controladas. Una mezcla más. Todo sabe a pollo. La gente se aburría de escuchar que había un nuevo libro sobre la historia de la guerra en Colombia, como se aburrían de ver síntesis en la calle o leer artículos científicos sobre lo que éramos.

Canción de rap sobre los sintetizados
En la calle,
Pedazos de niños en la calle,
Hacen bom bom,

Cree en lo que quieras creer,
no le digas a tus padres que eres medio terrorista y un poquito de Pelé,
Hacen bom bom,
Ancianos fusionados con traquetos,
Perros que soportan al estado de los presos
Etc., ad infinitum…

Pacho había tomado demasiado en las fiestas secretas de pueblo; pobre Pacho. La gente no lo decía en voz alta, pero estaba en la mala. Cuando lo encontraban dando vueltas por el pueblo siempre estaba perdido, como mirando al cielo y caminando de lado. Lo reconocían porque olía a aguardiente y no se había cambiado la ropa de lana desde hacía meses.

—Pacho, Pachito, ¿qué está haciendo?

Si no respondía incoherencias, decía: "Juan Carlos… ¿dónde está Juan Carlos?".

Juan Carlos era un man de Bogotá que se había fusionado con él una semana santa. Desde la fusión, Pacho no dejaba de pensar en él. Pacho me contó, esa navidad, borrachos, escuchando el sonido de la pólvora, que le gustaban los tipos, pero chito, no le cuente a nadie. Y Juan Carlos era un turista de más o menos la edad de Pacho que pasó por Timbío. En un motel se follaron, se besaron, se tocaron y, en el acto, se fusionaron parte a parte, sin condón y sin lubricante. Juan Carlos se fue, no le dejó ni un número de teléfono. Pacho no pudo con la soledad y se estaba destruyendo con alcohol barato de la tienda de doña Celis, que a veces compraba y a veces robaba. Pacho se había desbalanceado de una forma muy perra.

Lo último que supimos es que se había ido a Bogotá y que de pronto estaba en una fundación buscando ser rehabilitado de su problema con el alcohol y hablando de la venida de Cristo o de la serpiente del jardín del Edén.

Los muchachos que capaban sueño, porque no querían tener las pesadillas una vez más, preferían tomar siestas en cualquier momento del día, quedarse dormidos en la panadería o en la refresquería. Apenas podíamos interactuar durante el día, durmiendo y despertando intermitentemente para no entrar en REM telepático. Nos encontrábamos a las tres de la mañana en la oscuridad del parque de Timbío. Los 16 Andrés Camilos incluidos. Mientras nos pasábamos un porro, hablábamos de lo que nos estaba sucediendo desde que nos fusionamos por primera vez.

—Estamos enamorados.

—No podemos dejar de pensar en ellos.

—Queremos volver con ellos. No puedo dejar de pensar en...

Los que se habían fusionado con vecinos, amigos o parientes la tenían fácil. Era cuestión de verse, de agarrarse la mano con el guante de lana y pensar en empelotarse ahí mismo y unirse para siempre, pero se resistían. Se resistían todo el tiempo. Una vez fusionados por completo, las personas se convertían en monstruos, o eso decían. De pronto solo se comenzaban a copiar: combinarse en más partes con más personas generaba deformaciones insólitas. Y los monstruos...

—A los monstruos los persiguen. O los queman.

—A los monstruos los odian.

Sentados unos frente a otros, se tocaban sobre la lana. Lloraban, se abrazaban. Tranquilo chiquito, tranquilo. Al menos podemos estar juntos. Metían un dedito en otro dedito como para calmar las ganas y si no eyaculaban de la emoción, al menos sí resoplaban.

Imágenes de YouTube de cómo fusilan a monstruos en un sótano en España, al aire libre en Uganda o en el Congo. La misma familia puede sacar un machete. Los videos son aterradores. En Colombia los monstruos no sufren así, pero no terminan bien.

Nosotros, los que teníamos partes en otras ciudades o en otros países, estábamos jodidos. Ellos, como Pacho, harían lo posible por encontrar a esa persona. Y yo nada sabía de Sara, dónde estaba, cómo encontrarla. Lo dije en voz alta, mirando al cielo nocturno cubierto con nubes y echando humo de ganja por la boca:

—Quisiera volver a verla.

Sabían exactamente a qué me refería, porque era por ellos que no podíamos dormir, por ellos capábamos sueño y durante el día estábamos tropezando, quedándonos dormidos en momentos y lugares extraños. Yo mascullaba algo de árabe dormido y contaba pastillas de somníferos, relajantes e hipnóticos, mezclándolos todos.

*

Cuando me fui a Bogotá tenía veinte años. Me fui para estudiar algo, pero también porque las cosas con Becky Bubbles habían cobrado una dimensión monstruosa. Llegaba a casa

casi dormido y mi mamá, que trabajaba desde casa llenando formularios de alguna tontería y vendiendo productos de Herbalife, me miraba con algo de rencor; ya me había graduado del colegio y no estaba haciendo mucho.

—Becky dice que te estás comportando muy mal, César.

—Mamá, Becky es una muñeca.

—No, César, ¡ese no es el problema! El problema es que te estás volviendo un vago. Becky y yo queremos que busques un trabajo o una carrera o algo. Llegas a la hora que se te antoja. Tomas con tus amigos monstruos y haces lo que te pega la gana. Yo ya no tengo plata para mantenerte; entonces, o buscas qué hacer o te vas de esta casa. Además, Becky me dijo que el otro día estabas drogándote con no sé qué porquerías.

—Becky… quiere que me vaya de la casa.

—Sí.

Genial. Genial, ¡gracias mamá! Voy a decir: "Gracias mamá, espero que te quedes en este pueblo y te pudras". Pensé cortarle las manos con el cuchillo de la cocina.

—Genial. ¡Gracias mamá espero que te…!

—De nada.

Conseguí un empleo de mesero mientras estudiaba economía en una universidad de garaje: esas universidades desconocidas con profesores que nunca fueron exitosos y que intentan decirnos, en sus momentos de lucidez, que la economía es una mierda y vamos a terminar dictando clases en una universidad como esta. Viví en Chapinero con una tía sorda y tomaba un bus en la Séptima que me dejaba en la universidad en el centro. Bogotá no me era muy familiar y parecía solamente el lugar más silencioso del mundo. Por

alguna razón, pensé que algo tendría de divertido vivir en la capital y que muchas cosas debían estar sucediendo al mismo tiempo, pero durante la Edad Media todo estaba muerto. Al llegar a casa encontraba a mi tía sorda rezando el rosario con mímicas. Ella apenas me identificaba, como si no poder escucharme significara que yo no existía. Cocinaba su comida y no le gustaba mi compañía, así que sentía que vivía solo. Durante el primer semestre me convertí en ese tipo de gente mayor que se acostumbra con lentitud a cocinar para ellos y almorzar en silencio. Los que miran por la ventana con nostalgia mientras la ropa gira en la lavadora, recordando cuando sonaba salsa en Timbío y la gente intentaba besarse en la oscuridad.

Todos parecían deprimidos y muertos. Los cafés estaban cerrados, las calles llenas de basura, la gente en buses y Transmilenios parecían fantasmas sofocándose en lana. No poder ver sus caras era como si dejaran de ser humanos. Resoplidos, carraspeos, estornudos. Así fue como, por casualidad, volví a ver a Pacho. Tenía veintidós años y estaba loco como un hijueputa pito, subiéndose a buses a hablar con acento caucano diciendo: "Oiga, denme plata, ¿sí? Por favor, es que hoy no he comido nada". Y de repente se le saltó algo como: "¡Yo soy el advenimiento del Espíritu Santo! ¡El french poodle volador viene ladrando por la ventana, woof woof!". Su voz era algo desconectado, algo prohibido, hablar en ese silencio era un error.

—¿Pacho?

Pacho me escuchó, me miró, me reconoció y se llenó de terror. Se quedó quieto escudriñando en mi capucha de lana; cuando notó que tenía un ojo verde, salió corriendo como

un maniático. Yo me bajé del bus y comencé a correr. Lo seguí, corrí tras él, él dio giros abruptos intentando perderme, pero Pacho había sido mi mejor amigo del colegio y no quería dejarlo pudriéndose en la miseria. Después de unos minutos, cansado, de repente muy despierto, estaba rodeado de indigentes, de casas a medio destruir, calles en pedazos, gente durmiendo entre cartones, gente destruida cojeando, metiendo algo que humeaba. La Calle de los Mártires. Seguí caminando hacia donde lo había visto correr. No estaba ahí y no encontraba la salida. La diferencia entre ellos y yo se hizo notoria, yo parecía ser un niño muy play, con mi ropa limpia y mi chaqueta sin agujeros, porque acá todo parecía estar pudriéndose. En el interior de las casas los monstruos me miraban, resoplaban, eran mujeres y hombres y cosas, entremezcladas y desnudas tocándose, blanqueando los ojos y en posiciones extrañas por el rictus de la cocaína o del bazuco. Sexo barato y sucio para comprar.

—Vení, ¿vos por qué me estás buscando?

Estaba al lado mío, con actitud de ¿corro o qué?

—Pacho, parcero, en el pueblo todos se preguntan por vos. ¿Qué te pasó?

Pacho me miró jadeando. Se quitó el pasamontañas que olía a pegante, tenía la piel pálida, casi transparente y los dientes se le veían extraños. El cabello sudado, pegado a la frente. Pacho era un pelado, pero parecía un anciano, cristalizado y resquebrajándose.

No tenía un apartamento, pero vivía debajo de un puente con otras personas. Era un lugar nauseabundo, vuelto mierda. Parecía triste por tener que mostrarme cómo vivía y qué había pasado con su vida.

—¿Todavía te acordás de la pólvora en navidad? ¿Y de los runners? —dijo casi con esperanza.

—Me acuerdo —le dije—. ¿Cómo no me voy a acordar?

—Entonces no fue un sueño.

—No, Pacho. En Timbío todavía está tu familia, los dejaste allá solos. ¿Te acordás de tu familia?

—Me acuerdo de Juan Carlos. Creo que lo vi el otro día en un centro comercial. No creo que me haya reconocido. No quería que me viera.

—Parce, a Juan Carlos lo viste una vez en tu vida. Una noche. ¿Cómo puedes dejar a todos los demás por él?

—Tú deberías entenderme. Tienes a Sara.

—Pero no me estoy matando por ella. Puedo controlarla. Aprendí a controlarla.

—Es mentira, viejo César. Es mentira. Toda esta gente de acá tiene la berraquera de no negar sus sentimientos. Gente que se va a dormir en la noche y no tiene miedo de las pesadillas.

Era posible que las personas que vivieran en esta calle, y en las otras zonas donde el bazuco reinaba, fueran personas que no habían podido con la soledad, gente que se había fusionado, monstruos que habían dado todo por estar unidos. Pacho era uno de los que andaba a punta de nostalgia. No solo tenía partes de ese tal Juan Carlos, sino que tenía partes de su tío, el que lo había violado cuando era niño. En parte, era esa piel mezclada de joven y viejo lo que ahora le daba ese look extraño y desesperado. Lo que nos rodeaba sí parecía más vivo que el resto de la ciudad/tumba. Acá la gente se quitaba el pasamontañas sin miedo a la fusión accidental, hablaban en voz alta, incluso gritaban, hablaban solos, se fusionaban al aire libre, fumaban, jugaban fútbol.

—Ve, pero no es solo que las partes de ellos en nosotros buscan volver a su origen. Es que nosotros buscamos lo que dejamos en ellos. Sus partes envejecen en nosotros, y las nuestras en ellos —dijo mirando al suelo, luego levanto la mirada y sucedió algo que no había visto antes. Su cara mutó, los ojos cambiaron de posición y de color, la piel, la forma de la nariz y de los labios cambiaron. En un instante la dramática transformación terminó: se convirtió en Juan Carlos.

—Vos no controlas ni mierda.

TRANSFERENCIA GALÁCTICA

Millones de años acercan a La Vía Láctea y a la Nebulosa de Andrómeda. Los brazos más lejanos de la última comenzarán a pasear lentamente por el centro de la primera. El proceso durará tanto tiempo que miles de generaciones vivirán en un momento intermedio en la fusión galáctica. Sin embargo, los efectos a nivel macro serán más que visibles. Los agujeros negros que yacen en el centro de ambas galaxias crearán un campo gravitacional que podría colapsar a los agujeros uno contra otro, deformando para siempre las galaxias y creando una completamente nueva. Los resultados posibles del ángulo, velocidad y situación de este choque han sido estudiados meticulosamente en 178 posibilidades de la neo galaxia Vía Láctea–Andrómeda; A.K.A. Vía Andróctea. Dos de esas posibilidades no son las más felices, porque incluyen una explosión de un 50 por ciento del total de estrellas contenidas por choque intergaláctico y por una reacción en cadena.

1/178 es la misma proporción de que una persona se vaporice en una colisión con otro cuerpo. La equivalencia fue una sorpresa cuando los científicos del CERN y del FermiLAB estudiaron la fusión de humanos con animales. Lo que descubrieron fue muy interesante.

Jaspreet Patel (físico de partículas del FermiLAB): Lo que hemos descubierto es que la materia de la que estamos hechos que, como sabemos, puede ser también traducida en energía, está en un estado de superposición, como lo está la luz cuando no tiene que definir su estado. Somos ondas y partículas y nos comportamos como tal. Algo que todavía no podemos explicar ha permitido que nos mantengamos en un estado de superposición sin definir si somos energía o materia desde 1997. Cuando agarro algo con mis manos, lo puedo sostener porque la superposición de estados ha colapsado en la forma de materia sólida. Pero cuando nos fusionamos con otros seres vivos, en especial con otros miembros de nuestra especie, los estados se acercan al estado de ondas. Al atravesar un cuerpo o introducirnos en otra persona nuestras ondas crean interferencia con el otro cuerpo y las características de ambos cuerpos se fusionan. Como lo demostró Heisenberg en los primeros años del estudio de la mecánica cuántica, la consciencia tiene un papel importante en la definición del estado de onda o partícula. Desde 1997, pareciera que nuestra consciencia desaparece en el momento en que dos humanos, o un humano y un animal, se fusionan.

Héctor Amaya (astrofísico del instituto CERN): Una de las formas en que podemos entender la fusión es pensando en cómo la materia de la que estamos hechos es en realidad un montón de vacío. Los electrones que conforman nuestros átomos son minúsculos y la mayor parte de un átomo en realidad es solo vacío. Si visualizamos cómo se va a formar la Vía Andróctea en el futuro, donde las estrellas que conforman la enorme espiral de una galaxia pasan inadvertidas por el espacio de otra galaxia, ambas galaxias pueden o fusionarse

o seguir existiendo con características nuevas, debido al gran poder gravitacional de ambas. Ahora entendemos la síntesis humana de una forma análoga. Las ondas gravitacionales, y no la materia, es lo que cambia la configuración cuando una persona se mete en otra.

—¿Cree que los humanos vamos a lograr un cambio espiritual y nuestra sociedad va a llegar a la quinta dimensión?

—Soy un físico nuclear, no un profeta.

DESBALANCE POR TIEMPO

El recuerdo de lo que había sucedido en el jardín infantil no me había dejado tranquilo. Según el jardín, Sara era la hija del embajador sirio en Colombia y había estado en Timbío un año por un proyecto consular, en 1997. Se habían regresado a la sede de la embajada en Bogotá y el jardín no tenía ninguna otra información sobre la familia Abd el-Aziz. Llamé a la embajada en Bogotá y pedí el nombre del embajador y su lugar de residencia. Me preguntaron que para qué necesitaba saber. Les dije que se les había quedado algo en Timbío y que quería devolverlo. No preguntaron qué se les había quedado, pero me contaron que, en el 2001, después del 9/11, Ahmed Abd el-Aziz y su familia se habían ido de allí y que la información del nuevo puesto del embajador no era información pública. Facebook me mostraba Saras Ahmeds Abd el-Azizs por docenas, muchas que podrían ser ella después de todos estos años. Algunas que en sus fotos de perfil parecían estar viviendo en Ámsterdam, Iraq, Egipto y en Siria. Pensé que debía tener mi misma edad, le mandé mensajes en inglés a algunas, ninguna había estado en Colombia en ningún momento de su vida. Mi vida parecía adquirir una rutina de capitalino. Caminar mucho, tomar buses, comprar

cosas en supermercados grandes y, de vez en cuando, ir a cine conmigo mismo y almorzar en "corrientazos" mientras pasaban las noticias:

París: Las leyes para criminalizar a los denominados "monstruos" fueron aprobadas por mayoría de votos. Las protestas de quienes apoyan a los monstruos y los monstruos mismos comenzaron de forma pacífica hasta que la policía intervino. El primer ministro explicó que los monstruos no están dispuestos a comportarse como los demás humanos, y no se quieren vestir de lana. Los espacios destinados para mantenerlos apartados del resto de la sociedad son limpios y se respetan los derechos humanos. "La seguridad no será un problema y se dará el trato más humano posible", afirmó en una rueda de prensa.

Hay una mujer en el piso frente a la embajada siria, intentando dormir. Se ve que ha estado despierta por dos días, tal vez. Tiene la cara pálida y en los ojos se ve que merece un descanso, debe tener miedo a las pesadillas. Entré a la embajada, la secretaria me dijo que el embajador no estaba, me gustaron sus ojos verdes, lo único que podía ver de su cuerpo. Le pregunté por el embajador anterior. El señor Ahmed Abd el–Aziz.

—Está en Siria con su familia, trabaja en el ministerio de relaciones internacionales —debe ser una chica nueva, no sabe lo que está en juego cuando alguien le pregunta por el nombre y la vida de un embajador.

—¿Sabe dónde vive?

—En Damasco, ¿para qué lo necesitas?

—Es que los extraño… —, dije cuando ya me iba.

Las noticias continúan.

Noruega: Los monstruos son internados en hospitales comunitarios a la fuerza. Se escucharon palabras fuertes contra ellos en el congreso. La gente está un poco asustada, pero algunos creen que las medidas son muy drásticas.

—¿Cuándo se puede sugerir que una persona se ha transformado en un monstruo? —dijo uno de los diputados—, porque acá todos tenemos algo de monstruo. Que lance la primera piedra el que esté libre de síntesis —un zapato voló, le rompió la boca.

En ese instante, el objetivo de mi vida se había convertido en viajar a Damasco. ¿Cuánto costaba un tiquete? Con el precio del dólar, cinco millones de pesos. ¿Yo de dónde?, no tengo idea. Me fui de la embajada controlando los tics del desbalance, sintiendo la esperanza y la dopamina invadiendo mi cuerpo. Por fin tenía un objetivo en mi vida.

*

Por motivos inherentes a Pacho, que daba rondas por las calles rotas del centro, picando ladrillos para drogarse, que se subía a buses de un raponazo, que cuidaba carros por monedas, que hacía filas para pagar un poquito de bazuco, que decía: "Mi ñeris, mi perris, el loquito", yo mismo terminé corriendo, desbalanceado. Estaba buscando lo que él me había pedido pero había perdido mis pastillas para dormir y el desbalance me estaba agarrando el corazón. Ahora yo también decía, en un ataque de histeria mientras corría, apenas vestido y con el cabello a medio trasquilar: "En el interior

de las puertas, las dimensiones se expanden. Se necesitan personas tridimensionales. Se necesitan gustos específicos por hamburguesas o pedazos enormes de carne asada. Los fantasmas de la otra dimensión viven en tics, cadenas de fantasmas multidimensionales saltando en prácticas sexuales repetitivas. Agentes lesbianas tomando fluido de la espina dorsal con pitillos de alabastro. Vampiros invisibles en el Arca de Noé. Noé es asesinado por los animales".

Estoy corriendo hacia el norte de la ciudad buscando una dirección escrita en un papelito sudado, lejos del ruido, lejos de los buses. Corro como los viejos cancerosos que escucharon que fusionarse con recién nacidos cura el cáncer, que integrar los órganos reciclados de un bebé mejora el ritmo cardiaco, reestablece el metabolismo, cura las alergias y la osteoporosis. Entiendo la monstruosidad de Pacho, casi la puedo sentir. Ese deseo por quitarse la ropa, por sentir a una persona real, por agarrarse a puños con alguien, sonriendo y con la cara llena de sangre. Las clases de la universidad no funcionan: los profesores no han dormido en días porque una persona que se metió en su espina dorsal no ha querido salir y dispara sueños violentos en su cerebro primitivo. Sigo corriendo, esquivando transeúntes. A ese momento en tu vida le llaman el krak. Cuando eres una persona necesitada de abrazos, de tocaditas, de apretones de manos, después de varios años sin besar a nadie de repente ya no puedes más y ¡krak! algo se rompe y te pierdes, vas loqueando, tropezando, rebotando en bares podridos, uno tras otro por un desbalance de 10 en la escala de Stranslünd, hasta que en las noticias muestran que los israelitas han comenzado a bombardear a

Palestina otra vez y sales de los escondrijos psicológicos de tus personalidades múltiples a la luz de las explosiones en la televisión, y piensas que tal vez es hora de hacer algo.

**

—Mi nombre es Juan Carlos —era el noviecito de Pacho, lo estaba buscando, casi se me olvida hasta que lo tengo en frente.

Juan era un chico de veintitantos con una carrera universitaria. Yo estaba sudando. Me puse mi capucha de lana apenas lo vi. Mi camiseta permitía ver las caderas de Sara, cosa que había desarrollado en mi adolescencia y que prefería no enseñar a menudo, pero había estado muy loco como para esconderlas de ese Juan Carlos, así que ya qué.

—¿Y conoces a Pacho? —dijo, mirándome con cautela. Daba la sensación de estar un poco incómodo. Era un típico pelado bogotano de esos que sacan a su perro a pasear y recogen el popó con una bolsa transparente.

—Sí, el de Timbío. ¿Tú también eres del Cauca?

—Sí —respondí.

—¿Qué haces acá?

—Pacho me mandó por ti. Me dijo que necesitaba algo de ti.

Juan Carlos sonrió, me invitó a su apartamento en un conjunto cerrado. Lo seguí, todavía jadeando. Un apartamento bonito donde vivía con su mamá, con sofás y copias de cuadros famosos.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí. ¿Qué tienes?

Cierta mirada, cierta sonrisa, un set de gestos que varían

y se multiplican, suprimen o estimulan. Rastrear una persona con otra, como teléfonos anclados de uno a otro. Vi algo de Pacho en él. Era inconfundible.

—Tengo agua, té, café, jugo de naranja de polvo y... un gusano.

—Un gusano, por favor.

Juan Carlos estuvo en la cocina preparando algo y luego volvió con dos vasos. En uno de los vasos había agua con una especie de lombriz blanca, casi transparente; en el otro, jugo de naranja que él ya estaba sorbiendo.

—¿Y cómo está Pacho?

—Mal. Muy mal. Está viviendo en la calle.

Juan no reaccionó al escuchar esto, solo me miró directo a los ojos. Luego, como esperando a que yo continuara, afirmó con un movimiento de cabeza. Después de un rato volvió a hablar.

—El Pacho en mi interior lo sabe. Es débil. Se ha dejado llevar.

—¿Vos a qué te dedicas? —le pregunté, mirando los cuadros, el sofá, la alfombra.

—Estoy haciendo una maestría en filosofía, mezclando filosofía y sociología.

—Ah. ¿Y qué es tu tema de investigación o qué?

—La identidad. La forma cómo la fusión y el desbalance nos han hecho entender la identidad de otra forma.

Ah, ¿qué es lo que estaba haciendo yo ahí? ¿Por qué estaba rodeado de cuadros de buen gusto y un excelente diseño de interiores, con muebles de madera modernos y sofás minimalistas? Verlo emocionarse acerca de lo que estaba haciendo me hizo sentir en el lugar equivocado.

—Una teoría dice que a medida que nos fusionamos y nos esparcimos entre otras personas, es como... si nos convirtiéramos en seres de varias partes. Yo estoy en varias partes del mundo, pero soy un solo ser. Mis partes cambian por separado, pero al final ¿dejo de ser yo? Existen dos categorías para entender la identidad: las características accidentales y las esenciales. Las características accidentales son las que no nos definen. Si perdemos un brazo seguimos siendo quienes somos. Pero si perdemos esas cosas que nos definen dejamos de existir, o nos convertimos en algo nuevo. Como sabrás, las cosas que nos definen siempre están cambiando. Hace unos años pensé que iba a ser reportero, pero ahora sé que quiero terminar mi maestría y ser profesor. Antes me reía muy duro con unos sonidos agudos, pero me hicieron una operación en la tráquea y ya no me río así. Yo solo soy un momento en el tiempo percibido por otros.

Miré mi vaso con el gusano, que seguía nadando, haciendo eses y girando en el vaso. Somos enormes identidades en pedazos, estirados desde la persona que somos hasta la que dejamos y éramos en otro lugar, somos parásitos de varios kilómetros en el cuerpo de otros, que comienzan a cambiar.

—Pero, por supuesto —continuó, con una sonrisa que comenzaba a alargarse y a volverse malévola, enfermiza—, nuestras partes intentan volver a encontrarse y eso es un dolor de cabeza, porque estamos condenados a enloquecer un poco por falta de sexo. Afortunadamente solo estoy partido en tres.

Eso último lo dijo con resignación. Lo que no dijo es que el hecho de que nuestras partes intentaran reencontrarse había sido la evidencia necesaria para que otros dijeran que los humanos teníamos una esencia inmóvil que asociaba los fragmentos repartidos con las fuentes.

Juan Carlos había organizado una especie de policía de restitución de identidades. Decían ser cien por ciento efectivos; pude darme cuenta cuando sonrió y me entregó su tarjeta. Un papel cuadrado que cabe en una billetera con un símbolo y sus siglas. JCV. Juan Carlos Varela, restitución de identidades. Me miró por un largo rato, como escudriñándome.

—Pacho quiere volver a verte —le dije.

Él miró en otra dirección, evitándome.

—Te voy a mostrar algo.

Me llevó por los corredores de su apartamento con un aire como de negocios, de extrema seriedad. Abrió una de las puertas y me mostró a su madre.

—Mi mamá es un ser vivo dividido en 159 partes.

Una criatura con varios brazos, varios ojos, como granos emergiendo de la piel, con varias bocas, cada una intentando algo distinto. Largas piernas, piel de algo, cola de un animal, órganos que se habían agregado a la piel y se inflaban y desinflaban al aire, pulmones visibles y entramados de red neuronal desperdigada por lo que parecía ser su cara, una suma de masas cancerígenas, bolsas de grasa, tendones destensados que se balanceaban de varias fosas nasales, moviéndose por comer algo en un plato para perro.

Juan Carlos había cambiado. Desde su fusión sexual con Pacho, desde que había agarrado con fuerza la cabeza de mi mejor amigo (una fusión sencilla con erecciones, eyaculaciones, penetración entre los intestinos e intercambio de dientes), había dejado de ser un aventurero y ahora se mantenía erguido, leyendo libros, sin tocar a nadie. Una película de aerogel electrificada con una batería de alto voltaje impedían que nada, absolutamente nada, se fusionara con él.

Por eso no se vestía con pasamontañas y sacos de lana.

Durante la noche, la policía que había creado: paramilitares de las pasiones y los rollos emocionales, apareció en la calle donde Pacho se reunía con sus amigos a fumar bazuco. Aparecieron en una camioneta que no prendía las luces y con placas falsas. Se bajaron siete personas, le preguntaron el nombre y en seguida le dieron un par de golpes, lo metieron en la camioneta mientras él lloraba. Las frases sin sentido habían cobrado sentido, Pacho había mezclado el lenguaje de la filosofía con sus carraspeos comunes de cuando éramos pelados. Su cuerpo apareció en un caño con un tiro en la espalda dos días después, cuando unos niños del barrio La Perseverancia lo encontraron. Cuando le tomé fotos en la morgue supe que quería ser periodista. Puse mi mano sobre su pecho congelado y mi mano no pudo ir más allá de su piel. Algo que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo.

Juan Carlos se volvió a sentar después de cerrar la puerta del cuarto de su madre. Con el aire fanfarrón de creer que la vida era muy difícil, dijo:

—Yo le ofrezco una segunda oportunidad a la gente que se ha extendido demasiado lejos, y que no soporta la distancia.

—¿Matan a las personas donde se han quedado sus partes?

—No las matamos. Pacho sigue viviendo acá adentro —dijo tocando su pecho—. Yo también soy Pacho, y la nostalgia que me obliga a verlo… a querer unirme con él… —esto lo dijo con asco— desaparece.

Lo miré con odio. Esto no podía ser legal. Debía llamar a la policía y contarles. Unas semanas después me enteraría de

que el negocio de desaparecer extensiones no deseadas de una identidad de varios kilómetros de largo se había ensuciado con la Policía Nacional, la SIJÍN y algunos políticos corruptos. Su lema era "Evitar la nostalgia, por el progreso social", y se hacían llamar "La Red de Recuperación de Identidad": la RRI.

—En ese momento la síntesis se convierte en balance —dijo Juan Carlos—, y las personas viviendo en mí podrán dejar de ser varias, y me unificaré en solo lo que soy yo. Una nueva entidad.

Los matones de la RRI dispararon dos veces y Juan Carlos, que observaba desde un edificio vecino, sintió cómo lo que había de Pacho en él se estabilizó. Cayó de rodillas resoplando y jadeando. Ahora él era Juan Francisco. Juan Pacho. Todo lo que había de mi mejor amigo era este nuevo y mejorado idiota del siglo XXI. Este millenial, con gatos que no podía acariciar y que ponía selfies en París en su Facebook para que todos le dieran me gusta a su cara de estabilidad emocional.

Miré de nuevo el vaso con el gusano, titubeé, esperé. Metí la mano en el vaso, saqué a la pequeña cosa babosa que se retorcía buscando agua. Teniéndola en la mano, la gravedad hizo lo suyo. El gusano se metió en mi mano. Me apuré lo que quedaba de agua. A medida que el gusano se disolvía en mi cuerpo, moviéndose entre mis tendones y lamiendo mis huesos, mezclándose con mi sangre; la criatura surtió efecto. Me fui de allí, trastabillando con visiones de Sara Ahmed Abd el-Aziz. Aparecía ante mí como si pudiera tocarla. La luz alrededor comenzó a parpadear mientras bajaba las escaleras, cambiando de colores. Apariciones fugaces de Sara iluminaron mi mente, la niña que llevaba en mi interior había cambiado y

se había convertido en una mujer adulta de veinte años. Hubo flashes de las otras personas que constituían mi identidad mezclada y cambiante, pero Sara era la imagen dominante, la única persona con la que me había fusionado de cuerpo entero. Era una mujer más o menos gorda, de cabello rubio y crespo, con un ojo café y el otro verde. Aparecía bailando, como si estuviera en una pesadilla. Su árabe seguía siendo penetrante y su voz adulta tenía una nota grave. Fue como si todas las pesadillas que había tenido desde pequeño se estuvieran volviendo a reproducir. Me convertí en Sara. Es Sara la que mira el cuerpo muerto de Francisco en la morgue, poniendo una mano femenina sobre su pecho. Es Sara la que se entera de que Juan–Francisco hace parte de una red que intenta revertir los efectos mundiales de la fusión, el desbalance y la síntesis. Es la Sara en mí la que me obliga, empujándome desde el interior de mi cuerpo, a agarrar una cámara y convertirme en reportero de mi propio blog de noticias.

HAMBURGUER JACK

Alguien habla al micrófono, aburrido. Eyaculando, tortura lumínica. La guerrilla se convierte en una nube de pájaros. Samurái anal. Excresencia parasitaria: la policía de las venas.

Hamburguesa, Jack.

Sara conoció a Hamburguesa Jack en Holanda en el 2004. Sara era una chica más alegre, más festiva que yo. Esa chica, que sostenía un cigarrillo en la comisura del labio, caminaba alegremente por las calles de Ámsterdam al lado de Hamburger Jack: un tipo grande con barba que se había fusionado con una hamburguesa por accidente. Nadie podía entenderlo completamente, la única explicación posible era que la hamburguesa había sido consciente de sí misma por un instante, o que esa hamburguesa era un ser vivo. La sacó de la envoltura, la agarró con ambas manos y abrió la boca para darle un gran mordisco. Cuando lo hizo, el interior de su cara y su lengua se llenaron de pan, salsas y carne; una congestión de lechuga lo hizo tirar la hamburguesa y tardó meses en acostumbrarse a la sensación de pan en el lado interno de las mejillas. Desde entonces Jack olía a hamburguesa casi todo el tiempo, especialmente cuando sudaba después de correr.

Vivían una vida difícil de entender para mí en ese momento. Amsterdam era un universo distinto en el que

muchas cosas eran posibles. Los monstruos no parecían ser peligrosos, miles de personas acariciaban en la noche a las muñecas de plástico y Sara tenía conversaciones peligrosas con Jack. Hablaban por horas sobre la pobreza, las drogas, el existencialismo. Se encontraban a solas para sacar gusanos de la tienda del viejo Job, gusanos que crecían en la matera de Salvia Divinorum. Usaban guantes para tocarlos y luego se ponían las babosas blancas en la lengua. Las babosas se metían dentro de la lengua, se disolvían dentro de sus cuerpos. Momentáneamente Sara podía verme. Hamburger Jack había tenido sus propios encuentros de fusión cuando era niño y, siendo mayorcito, había tenido uno con una señora de 40 años. Cuando se comía un gusano podía verla. La imagen más seria y conspicua era la enorme hamburguesa giratoria que hacía parte de él.

Pero Hamburger Jack fue solo un episodio que la hizo ver el mundo en los colores de la filosofía existencialista y la deconstrucción cultural. Un suspiro de conversaciones en un café, un cigarrillo de marihuana entre los dientes. Un momento de intimidad en casa antes de que lleguen sus padres. El señor Ahmed Abd el-Aziz escuchó que su hija estaba saliendo con un holandés.

—Si no es musulmán —no era musulmán—, no se puede, no quiero ni conocerlo.

Porque para ellos un noviazgo era una carrera a matrimonio sin opción. Por eso el beso en el hueso, las caricias de amor en la salita y los pasajes inteligentes de libros desordenados en la mesa se convirtieron en caldo de gritería cada noche. Fusiones no tan accidentales con piel de blanco y hormonas de hombre. El señor Abd el-Aziz encontró la mano de Jack

en el interior del pecho de su hija, jugueteando con páncreas, corazón e hígado. ¡El alboroto fue de dimensiones colosales! Los vecinos tuvieron que llamar a la policía porque hubo golpes y hasta sangre. Sara dijo que no quería ser controlada por su papá o por su familia, y que detestaba la moralidad islámica y la mojigatería siria.

—Soy atea papá, no creo en Mohamed, ni en Alá, ni nada de eso.

Su papá le respondió que esas eran sus raíces y que debía cuidarlas, pero la cosa explotó de mala manera. Por eso, a la vuelta de la primera década del siglo XXI, Sara se encontró escapándose con Jack, agarrados de la mano por tomar un tren. Feliz Año. Se comieron un gusano blanco que, desintegrándose mientras revoloteaba en el torrente sanguíneo, le trajo imágenes de mí, en colores fosforescentes aparecí en el palacio de los espejos, la pirámide del sol naciente, desnudo, de veinte años, buscándola y atrayéndola.

La mamá salió a buscarla, el hermanito también. La esperaron, le pidieron ayuda a la policía. Al final Sara volvió a casa sin un centavo y con los zapatos rotos. Había pasado un enero de mierda y un febrero peor. Apenas abrieron la puerta la encontraron tiritando diciendo que lo sentía, que los extrañaba, que se sentía sola. Abrazó a la mamá sobre la lana y le contó que había visto, en la frontera, a los inmigrantes iraquíes que escapaban de la guerra e intentaban cruzar la frontera holandesa. Cuando los vio quiso volverse periodista. Lo dijo tomando agua, calmada, después de quitarse la capucha de lana que le cubría el rostro, con el cabello amarillo sudado y pegado a la cara. El señor Abd el-Aziz la perdonó, y le dijo: "Chiquita, tranquila, no nos vuelvas a hacer esto". Le

pagó la mejor universidad que pudo, un poquito con el dinero del Estado. Estudió periodismo, y antes de terminar la carrera comenzó una organización por la libertad de prensa e hizo un canal de YouTube para hablar las cosas a calzón quitao, sin la enfermiza moralidad del medio oriente de ocultarlo todo. Sus videos de la revolución en el 2011 la hicieron famosa, la entrevistaron en CNN. Su cadena estaba creciendo y recibiendo donaciones. En ese momento, la contacté.

*

—Cuatro años, igual que la vida de un perro —dijo mi mamá con tranquilidad. Solo por sus ojos rojos se podía saber que había estado llorando por horas—. Por eso sé que tenía más de cincuenta años.

Becky Bubbles estaba en un ataúd. Un montón de personas vestidas con lana negra murmuraban por lo bajo en la funeraria.

—Mi sentido pésame, espero que pronto te sientas mejor.

Vi a mi mamá. Quería abrazarla, pero la gente nos miraría raro. Llevé la cámara que me había comprado en Bogotá, a ver si le sacaba provecho, y le estaba tomando fotos a la gente en los trajes de lana.

—Mamá, y ¿cómo sabes que está muerta? Es decir, quizá solo se le acabaron las pilas…

—¿Cómo puedes decirme esto, César? Yo sé, he vivido con ella todo este tiempo.

—Ok… tranquila.

El estilo de mi mamá había cambiado un poco, pero seguía

siendo una roquera. Los taches en la lana negra la delataban. Estaba tan apesadumbrada que nada parecía poder levantarle el ánimo. Yo acababa de llegar de Bogotá y no nos habíamos visto en más de ocho meses, pero le importó un carajo.

—Mamá, creo que voy a cambiar de carrera.

—Mírala, aún parece recién nacida, con sus rulitos y su trajecito de encaje.

—Quiero ser periodista.

—Era solo una niña. Y, ¡ah!, fue lo mejor, la mejor persona que ha pasado por mi vida.

—Voy a dejar la economía.

—¡Y el sexo oral!

Ok, en fin. Timbío era una cárcel. Mi mamá estaba loca. El país despierta.

Acaricié los cojines de la sala, acaricié mi cama, donde ahora se arrumaban recuerdos: objetos que nadie utilizaba y cajas con las cosas de mi papá. Caminé otra vez por las calles de Timbío. La hermana de Pacho me preguntó por él, pero yo no fui capaz de contarle, le dije que no sabía nada. Me contó que desde que Pacho se había ido a Bogotá las cosas no andaban bien en la miscelánea de la familia: todos se estaban enfermando de algo. Pensé que tenía que decirle que Pacho había muerto, era natural, pero ¿por qué no lo había mencionado antes? Me quedé callado. Sentí ganas de irme de Timbío y no volver nunca. Esa noche me quedé en casa de mi mamá. Mi cuarto estaba lleno de cajas, como si ya no esperara que yo volviera a usar esa cama. A media noche llamó a televentas y pidió otro muñeco. Esta vez fue una especie de conejo de peluche gigante que estaba de moda

en Japón, pero solo era otra versión de Brat Bubbles. La idea de que tuviera pelo parecía fascinante y los comerciales de la tele mostraban amas de casa con las uñas pintadas de rojo acariciando con violencia el pelaje blanco o negro de la criatura, que respiraba, babeaba y hasta lamía, como si fuera una criatura real. Yo no podía dormir, pero puse atención a los detalles: mamá quería que el conejo tuviera panza y un pene de más de veinte centímetros. Me quedé dormido después de dos pastillas de Seconbarbital y Melatonin.

A la mañana siguiente, mi mamá había preparado un desayuno que consistía en una cerveza y medio sándwich, con una mordida que ella misma le había dado. Nos sentamos a comer, pero ella estaba distante, fumando, y no dijo nada.

—¿Quieres hablar? —le pregunté, me imaginé que todo esto de Becky Bubbles sería importante y quería estar ahí para ella.

—Si quisiera hablar estaría hablando —dijo sin mirarme.

—Ok.

Después de un rato dio un largo y profundo suspiro.

—De hecho, ya que lo mencionas, te voy a contar algo — apagó el cigarrillo hundiendo la punta en su mitad del sándwich y, sin mirarme, dijo—: me voy a convertir en hombre.

—¿Qué?

—Siempre lo he sabido, soy un hombre por dentro. Siempre lo he sabido. Y espero que lo aceptes y que no me critiques por mi decisión.

—Ah. Eh…

—Porque si lo haces, te voy a hacer lo mismo que le hice a tu padre.

—¿Qué? ¿Cómo así? ¿Tú mataste a mi padre?

—No, Luke, yo soy tu padre.

Yo sabía que me tenía que reír, pero mamá lo dijo con tal seriedad que no hice nada, solo la miré con cara de, ¿me estás jodiendo?

—Te estoy jodiendo.

—O sea que no quieres ser hombre.

—Claro que quiero ser hombre, ya compré la testosterona. Va a ser como fusionarme con un hombre.

Está bien, que fuera lo que le diera la gana, no me había escuchado una sola vez, me importaba un trasero quién fuera o qué fuera. Solo le dije chao, de lejos, como simulando un besito telepático. Murmuró que ahora se iba a llamar Brayan con Y de yuca y que lo llamara papá.

—¿Me acompañas a la terminal?

—No puedo, tengo que esperar al conejo.

—¿Crees que va a llegar hoy?

—No, pero igual lo quiero esperar.

Me puse mi capucha de lana sin ocultar mi cara de incomprensión y fui a la terminal de transporte. Mientras caminaba vi una nube de golondrinas peculiar sobrevolando el cielo gris y dramático del pueblo. Estuve pensando que tal vez no era cosa solo de mi mamá, sino que todos habíamos crecido sin habernos abrazado con nuestros padres y por eso estábamos tan solos. Cada uno estaba en su cuento, en su cuarto, en su computador, atrapado, comiendo comida chatarra.

Agarré flota, morral al hombro, y por la ventana, vi la sombra de otras aves. Después me enteraría que a medida que me alejaba, una jauría salvaje, guacamayas, serpientes, ciervos, cabras y vacas, entraron por la carretera principal. Los vecinos miraron por la ventana. Las llamadas al CAI

de La Policía Nacional repicaron una tras otra y salieron armados intentando controlar la situación. Con un megáfono recorrieron las calles gritando: "Manténganse en sus casas, no salgan. Tenemos un problema con animales domésticos y podrían ser peligrosos".

Los berridos y mugidos y los cantos de los pájaros se convirtieron en un solo clamor mientras los animales caminaban por la pequeña Carrera Primera, levantando polvo, haciendo temblar el suelo un poco. El olor se metió en todas las casas. Los que estaban afuera tomaron videos con sus celulares o tomaron fotos. Cabras y bueyes miraban desafiantes, cientos de buitres, golondrinas y otras aves de miles de especies distintas sobrevolaban en círculo la ciudad. Los policías y los militares que estaban en la zona pidieron refuerzos para contener la emergencia, pero, con los ojos abiertos de incomprensión, los pobres bachilleres no supieron qué hacer. Los animales avanzaron hasta la plaza principal del pueblo, alineándose lentamente frente a la iglesia principal de Timbío. Olían a selva, a animal, a estiércol. El jefe de policía, teniente coronel Armando Toquica, salió del cuartel, caminó con varios guardias hacia la plaza y, cuando vio el tamaño de la manada, intentó correr, pero un grupo de pájaros se agruparon en el techo de zinc del comando y se convirtieron en un muchacho. El Pájaro.

—Teniente Armando Toquica —dijo el muchacho desnudo caminando por el borde del techo, moviendo la cabeza para un lado y para otro como si fuera un pájaro.

El teniente se quedó paralizado. Por supuesto, todos en Colombia sabían quién era El Pájaro, ya le habían hecho una novela en RCN, pero el teniente Toquica pensaba: a este pueblo no llegan esos monstruos.

—A este pueblo sí llegan —continuó El Pájaro, como leyendo los pensamientos del teniente.

—¿Qué quieren?

—¿Usted sabe qué querían los guerrilleros cuando comenzó el bombardeo en Marquetalia?

—Joder, joder a la gente.

—Tierra, mi teniente. Autonomía. Protección.

—Joder, lo único que quieren es joder a las familias.

—Mi teniente, ¿cómo le explico? Hemos evolucionado. Ustedes creen que son humanos… —El Pájaro hizo un salto desde el techo, se convirtió en una nube de pájaros que bajó al suelo justo frente al teniente, ensamblándose y convirtiéndose de nuevo en El Pájaro. Mientras hablaba se podían ver las alitas y las plumas de colores convirtiéndose en piel y ojos—. Pero para nosotros ustedes solo son simios.

Tres buitres bajaron, convirtiéndose en otro guerrillero, a un lado, otros dos se convirtieron en uno más pequeño. Flanquearon al teniente, los otros policías no sabían qué hacer. Más pájaros llegaron convirtiéndose en mujeres, hombres e incluso jóvenes de quince o dieciséis. Sostuvieron al teniente, lo llevaron a la plaza, arrastrándolo. Los guerrilleros no tenían armas, pero intimidaban porque su piel era extraña, como con escamas, plumas, protuberancias, diferentes caras, varios pares de manos. El teniente estaba muerto del miedo en mitad de la plaza. Los guerrilleros lo encañonaron y comenzaron a desnudarlo a la fuerza. El Pájaro dio unos gritos de urraca, sus ojos amarillos brillaron un instante, sonreía. Cuando el teniente estuvo completamente desnudo, la multitud de animales esperando en la plaza central había comenzado a transformarse: hombres, mujeres e indeterminados se separaban de la carne y

piel de vacas, cerdos, cabras, patos, perros, gatos y serpientes. Una multitud de gente desnuda, con características extrañas heredadas por sus partes animales y humanas. Todos miraron el espectáculo.

—Lo de Marquetalia, el comunismo, la reforma agrícola, eso solo fue el inicio. Ahora sabemos que no solo necesitamos igualdad, la igualdad tiene una segunda etapa; ahora sabemos que podemos ir ¡POR LA INMORTALIDAD!

El Pájaro corrió hacia el teniente Armando Toquica; dio un salto y se convirtió en golondrinas. Las golondrinas atravesaron al teniente, salieron por su espalda como si fueran tiros de fusil. Algunos pudieron notar cómo golondrina y oreja, golondrina y cabeza, golondrina y manos, parecían encontrarse y fracturarse. Las aves se estabilizaron y todos notaron que el teniente ya no existía, o que hacía parte de una fórmula más compleja. Su identidad se había esparcido en más de ciento veinte partes. La nube sobrevoló la plaza y volvió a juntarse en un solo hombre. Un hombre de dos metros y medio de altura cubierto con un plumaje espeso y ojos amarillos.

Atentado de la Guerrilla en Cauca. Fotografías en Facebook, Noticias El Tiempo y el Periódico el Espectador. Aterradoras Imágenes de Monstruos en el Cauca, corresponsales de Caracol Noticias que se reportan a unos kilómetros del lugar de la noticia. El Ejército Nacional ha bloqueado la Panamericana y las entradas del pueblo para evitar más incidentes. Presuntos movilizados armados se toman pueblo en el Cauca.

Cuando estaba llegando Jamundí, Valle, recibí un mensaje de la hermana de Pacho: "César, llegó la guerrilla al pueblo, están masacrando a todo el mundo".

Le pedí al conductor que se detuviera. Él dijo que estaba loco, pero finalmente se detuvo y me dejó solo en medio de la carretera. Me dio miedo pensar que había hecho algo estúpido hasta que vi una flota que bajaba por la Panamericana. Me dejó en Popayán y de ahí tomé un intermunicipal. Volví a Timbío en la noche, pero los militares tenían la zona acordonada y no dejaron pasar a la buseta. Me bajé, dije que era de prensa.

—¿Qué medio? —preguntó un militar apuntándome a la cara con una linterna.

—Periódico El Espacio —fue lo primero que se me ocurrió.

—No puede pasar, igual.

Me retiré, por supuesto, pero yo conocía un camino por la hacienda de doña Marujita, así que me escabullí en los matorrales y caminé. No había nadie afuera. Después de caminar un rato, llegué a una calle destapada y comencé a caminar a hurtadillas, el celular en la mano con la cámara activada y poniendo mucha atención a mis sentidos. Sí: había ruidos inusuales, aleteos, graznidos, bufidos, luego gritos. Me asomé por una esquina, la calle estaba desierta, pero podía escuchar tiros a cierta distancia. Tomé un par de fotos para ajustar el diafragma y el tiempo de obturación que necesitaba para esas condiciones de luz. Fue cuando los vi por primera vez: los monstruos guerrilleros. Es difícil describir o decir que una persona no tiene límites; no porque no tenga límites para hacer lo que le da la gana, sino porque su piel no lo contiene,

porque los humanos parecen mamarrachos dibujados sin calcular, con tamaños que cambian, superficies que se modelan constantemente, manos que se van y reaparecen, cosas que cambian. Mis fotos capturaron desde lejos, y de vez en cuando desde cerca, cómo los guerrilleros fueron casa por casa, sacaron a rastras a todos los habitantes del pueblito, los desnudaron como si los fueran a violar en público y, con violencia, los penetraban de cuerpo entero. Partes animales y humanas, absorbidas por completo, fragmentados, brazos en el interior de cerebros completos, absorción de órganos y vestidos favoritos, el amor a la iglesia católica, las plegarias y el conocimiento de todos los 200 pokemones de la primera temporada, el conocimiento de sobrevivir en la selva, el sabor de los insectos y de la carne podrida, de buitres de los que estaban hechos algunos guerrilleros por dentro. Las fotos me estaban quedando espectaculares, tomé muchas, era un milagro que quedaran tan bien en esa noche tan oscura, y en Timbío donde el alumbrado público era tan maluco. Mientras caminaba, vi algunas personas prendiéndose fuego, combustiones espontáneas que parecían pequeñas explosiones, iluminando el pueblo por un instante, se escuchaban disparos y luego vi a alguien corriendo con el arma. A eso también le tomé fotos.

No me preocupé por mi madre, pero al final fui a casa por curiosidad. La puerta estaba abierta, todas las cosas regadas por el suelo. Habían entrado a lo violento, la habían buscado y se habían fusionado con ella brutalmente. Lo que quedaba de ella se había reagrupado; estaba en el suelo, sentada al lado de todas las cositas de la casa, los libros que

nadie leyó, los cuadros, su ropa tirada por el suelo, ventanas rotas. Ya no parecía tan humana como antes, sus ojos tenían un brillo pálido, su piel estaba hecha de escamas. Entendía que ahora era un poco animal salvaje y un poco guerrillera de las FARC.

Me miró con sus ojos brillantes, girando la cabeza como un animal, me reconoció, creo que me reconoció.

—La revolución triunfará, mijo. ¡LA REVOLUCIÓN!

Caminé de espaldas, asustado, pero sin perder la compostura. Algo en mi interior siempre había querido matar a mi mamá. Algo que aparecía cuando yo hacía un dibujo y se lo mostraba y ella, fumando y sin siquiera mirarlo decía: "Muy bonito". Creo que la primera vez que quise matar a mi mamá fue cuando murió mi papá. Ahora que estaba frente a mí, apocada y con partes de otras personas y otros animales, solo me dio un poco de asco cuando sus ojos de pájaro me miraron y masculló algo acerca de la inmortalidad.

—Voy a ser inmortal. No voy a volver a ser humillada por hombres como tu papá, ¡hombres como esos camioneros sin clase que se pasean por este pueblo de mierda!

La miré en silencio, era una escena patética, pero no se calló, siguió hablando.

—Pero nadie me va a humillar más, porque ahora soy un hombre.

No me vieron escabullirme entre las calles de Timbío esa noche, no me hicieron preguntas y desaparecí con las fotos. Excelentes fotos. Salí a la carretera por el mismo camino de la hacienda de doña Maruja y le hice algunas preguntas a la policía. La información era limitada, pero al menos tenían

lo básico: era un ataque de la guerrilla y debían entrar con suma precaución, porque una maniobra militar podría traer consecuencias terribles con los civiles en la zona.

Caminé por la carretera buscando transporte a Bogotá, pero no había tráfico, y tuve que seguir andando hasta que el cielo comenzó a aclarar. Llegué a Popayán a las seis de la mañana, me comí un caldo de algo con tres hígados y agarré flota a Bogotá en la terminal. Estuve dormido todo el viaje después de un Flambután de naranja y medio Seconal. Llegué a Bogotá de noche y lo primero que hice fue contactar a un periódico y decir que les vendía un artículo con fotos sobre lo que había sucedido en Timbío. Me dieron un precio y les entregué el artículo en dos horas y las mejores fotos. Les dije que me gustaría ser periodista, me dijeron que podía trabajar como fotógrafo, que sacara una carrera de periodista para que me contrataran en un futuro. Así fue como dejé la economía de garaje y me convertí en fotorreportero, como Peter Parker y Jimmy Olsen.

Por unos días, la policía militar trabó combate con los subversivos de las FARC, pero cuando lograron entrar al pueblo no encontraron a nadie. Los habitantes de Timbío se habían ido al monte y habían dejado sus pertenencias regadas por el suelo. Mi mamá se había escapado, pero yo no sentí nada con la noticia. Ni imaginándola caminando vestida como roquera zombi, murmurando *Highway to Hell* de AC/DC, me daba algo parecido a la nostalgia, ni ganas de ir a rescatarla, o poner un denuncio a la policía. Volví a mi vida en Bogotá, tragándome lo que había pasado con mi ma. Mi tía seguía rezando, yo seguí lavando mi ropa y cocinando mi comida, casi como si nada hubiera sucedido.

SÚPER BALANCE

La policía griega había enviado dos barcos salvavidas. Primero esperaban encontrar gente viva, luego esperaban encontrar gente. Un par de submarinos de rescate dieron con el pequeño barco en el fondo del mar pero, después de una búsqueda exhaustiva, incluso en el interior del barco, no había rastro de las personas que lo ocupaban, al menos no en ese lado de la isla.

Algunos bañistas del área nudista vieron un objeto saliendo del agua a cierta distancia. Aunque parecía un objeto negro, como un poste, pronto notaron que no era exactamente un objeto, porque se movía, creciendo a medida que se acercaba a la playa. Probablemente los radares lo habían detectado, pero las autoridades no estaban seguras de lo que era. Los que siguieron en la playa pudieron ver cómo emergía, caminando lentamente, un gigante de tamaño como nunca se había visto antes. Un humanoide de más de cinco metros de alto, musculoso, firme, caminando no como un atleta, sino como una criatura cansada. Un vistazo más cercano, con cámaras semi–profesionales, mostró que su cuerpo estaba compuesto de muchos cuerpos. Piel de muchos formaban su piel, tal vez por eso tenía tantas tetillas y zonas con vello en lugares inusuales, cabelleras de mujer siria creciendo del codo, tetas

y brazos alineados en las nalgas, piernas atadas que parecían un montón de lápices amarrados con un caucho, un racimo de testículos y penes que parecían pequeños bananos. Una cara hecha de brazos manos, pies y otras cabezas. Los ojos emitían una luz pálida y su expresión seria tenía algo de cansancio. Cuando la criatura estuvo más cerca fue curioso ver que otras especies hacían parte del gigante: pescados, corales y pulpos. Las criaturas marinas estaban incrustadas entre los codos, de las arrugas asomaban tentáculos, de las axilas salían aletas de pescado. Las partes de pescado y otros seres marinos, pensó la prensa, es lo que había mantenido a los refugiados sirios con vida bajo el agua: numerosas branquias abriéndose y cerrándose en las encías, alrededor de los ojos, palpitando entre las vaginas que se abrían y cerraban en la espalda, permitieron al gigante respirar bajo el agua. Las propiedades de unos se mezclaban con las de otros. Los pescados podían respirar aire por primera vez y no temían a estar afuera: este gigante era anfibio. Sus enormes y voluminosas piernas, repletas de volúmenes extraños, como una colección de rodillas y talones en lugares insólitos, captó la atención de los bañistas. Algunos aterrorizados, y otros no tanto, tomaron fotografías en cada ángulo. El gigante, que parecía exhausto, mencionó con una voz de múltiples tonos simultáneamente algunas palabras en árabe: Awez(a) Akol Haga, Ana Gaen(a) Awi, que grabadas por los celulares y traducidas, significaban: "Quiero comida" o "tengo hambre" con alteración en el género.

Es difícil de explicar el comportamiento irracional y errático de la criatura. Después de que atacara personas que le tomaban fotos, y luego de volcar un carro, la policía tuvo que

intervenir. Los disparos comenzaron al mediodía. Algunos cuerpos parecían ser eyectados del gigante cuando una bala le daba a cualquier parte, como si se estuviera desintegrando. Sus palabras parecían una mezcla de sonidos de humanos que querían una cosa u otra. La policía estaba asustada, no sabía qué hacer. Al final abrieron fuego y la criatura cayó muerta a menos de doscientos metros de la playa nudista. Se cree que un gigante debe ser una confrontación de los pensamientos de todas las personas que lo conforman, por eso las únicas cosas que el gigante puede decidir son las que su cerebro primitivo le dice. Es lo único que todos tienen en común y lo único que reacciona y toma decisiones sin discutir.

VAPORWAVE

Mis primeros trabajos fueron en recepciones de políticos, promociones de tiendas y fotografiando directores de jardines infantiles para hijos de venezolanos exiliados. Era un poco aburrido, tenía que recibir las órdenes de un reportero que me decía: "Otra vez, una por ese ángulo". La verdad quería meterle la cámara por el culo, pero me pagaban por eso y tenía que poner el cuello. Al menos no me pasaba todo el día frente a un computador como la mayoría de desgraciados del mundo, intentando ver un poco de Facebook mientras el jefe no mira. Inténtalo de nuevo, por este ángulo, esa foto no me gusta, esa foto tampoco, esa foto está muy tonta. Me llamaban a horas jartas del día para verme con gente enmascarada que no hablaba, debía llegar a lugares lejísimos sin haber dormido por una sucesión de pesadillas, pero la gente siempre decía: todos tenemos pesadillas, no te quejes, no eres el único. La concha que te parió. Hay gente regada por el piso como cereal que se salió de la bolsa, como personas muertas en sus trajes de oficina intentando parecer profesionales. Hay personas que han comenzado a hablarle a sus robots sexuales. *I love you.* ¿Éxito profesional?, mis pelotas. Venta de productos para el acné. *I love you.* Odontólogos que no han dormido bien esta semana y rellenan las muelas equivocadas. *I love you.* Personas

que nadan en charcos. *I love you*. Los jardines infantiles están vacíos porque ya nadie tiene hijos. Nadie recuerda a los bebecitos, pero a nadie le interesa, la verdad. Estoy en mi cama escroleando Facebook. *I love you*. He pensado comprarme una Becky Bubbles. *I love you*. La nueva versión puede caminar más tiempo sin que se le agote la batería, tiene partes intercambiables de lujo que leen tus huellas digitales, reconoce tu voz, sabe lo que piensas, entiende tus emociones. *I love you*. Además tiene un catálogo de 1300 posiciones sexuales completamente nuevas y su flexibilidad supera la de cualquier humano, permite posiciones sorprendentes como el perrito invertido con doble flip, el misionero boliviano, el Tarzán con doble penetración (el cual solo se puede hacer con dos muñecos, no con dos humanos). Están cayendo bombas en Homs, Siria. Los desplazados hacen una fila para huir del país, los niños muertos son exhibidos como trofeos, los homosexuales del Tramadol son lanzados por las ventanas desde edificios altos.

Ese punto en el que has estado entreteniéndote viendo noticias de Facebook hasta que te disocias del mundo y de la existencia, y puedes mantenerte despierto otras 24 horas, luchando contra la presencia de otras personas en tu interior, llamándote a gritos para que hagas lo que la sociedad ha considerado completamente prohibido. Sabes que llevas una existencia carente de sentido y envidias a las personas religiosas porque al menos ellos creen en el cielo y en el infierno, sonríen porque cuando se mueran conocerán a Jesús, vestido con una bata blanca (de musulmán) y diciendo: a la derecha encontrarán los dinosaurios, a la izquierda están los baños y el papel higiénico es infinito.

Después de tomar muchas fotos y de sacar composiciones gloriosas de situaciones completamente irrelevantes, gané mi primer foto reportaje: la gente del Sub.

Sucedía en Bogotá, pero también sucedía en el Cairo, como llegaría a enterarme unos años después. Mi jefe me dijo que ese tema se estaba volviendo tendencia y que, como a mí me gustaban esas cosas "como de gente joven", pues era perfecto para mí. Fui a Chapinero como a las diez de la noche y seguí a los grupos de gente encapuchada para encontrar la entrada del Sub. Adentro se sentía como una aventura y el corazón me estaba latiendo con fuerza. Me pidieron que mostrara la cédula y la cara, pagué treinta mil pesos por la entrada. Caminé con mi usual torpeza, mirando los anaqueles de licor, los murales en las paredes, una pista en el centro y el sonido de un tipo de música suave con voces distorsionadas. Muchachos, muchachas y personas que nadie sabía qué eran, porque estaban maquillados, pero tenían la pierna peluda o barba con labial, se encontraban en la noche, en los pasajes recónditos de la ciudad. Cuando daban las once de la noche se quitaban la ropa de lana: estaban cubiertos con materiales plásticos de colores, se ponían cascos de viajeros intergalácticos, mostraban sus zapatos brillantes de plataforma, mucho maquillaje fosforescente y sus barbas pintadas de rosa. Si el mundo había obligado a la gente a ocultarse, lo que había debajo era más interesante, tenía que ser una sorpresa. Ese fue mi primer contacto con la movida vaporwaver bogotana. Si uno sigue esa avalancha de muchachos, corriendo en trajes luminosos, con bombillitos de leds en los zapatos y chalecos con escarcha, recorriendo

centros comerciales cerrados, metiéndose por agujeros que nadie había visto antes, uno podía encontrar los vaporclubs. Parecían lugares del mundo antiguo, como los mostraban antes de que comenzara la censura y se quemaran los libros en los que la gente se tocaba. Toneladas de libros en las bibliotecas del país en hogueras inmensas patrocinadas por la Misión Carismática y el exprocurador, intentando borrar los abrazos, los besos, las caricias, el sexo, los bailes demasiado pegados y el amor.

Al interior, parejas y grupos hacían todo lo que se había prohibido desde 1998: la gente parecía estar tomando, fumando hierba, bailando y perreando. Luces, sonidos, música suave y sensual. Me quité la capucha y el saco de lana y los guantes, sintiendo que yo era un mamarracho aburrido. La ropa que me ponía debajo no tenía ningún significado especial. Tomé fotos, bailé con gente extraña, me comí un gusano. El gusano era de buena calidad, se disolvió en mi torrente sanguíneo y comencé a alucinar. Las fotos pasaron de tener composiciones brillantes, excelente uso de luces y sombras, todo lo que me sacaría de la pobreza, a volverse fotos abstractas sobre objetos, manchas de colores y el interior del vaso del que estaba tomando. Sara apareció frente a mí, cambiando por los colores de la disco, sus ojos me miraban con claridad, se acercó, comenzó a hablarme en árabe. Estaba sentada a mi lado en el bar, quise tocarla. Comenzó a besarme, toqué sus tetas, metí mi lengua en su boca. No me fusionaba con ella, pero por un momento de lucidez percibí a los demás, drogados con dos o tres gusanos, hablando con gente invisible y tocando a las personas con las que se habían fusionado hace años. Una fiesta de locos hablando solos, iguales a mí.

En el centro del bar había una pista. Recobré los sentidos momentáneamente. Se apagaron las luces y solo se iluminó la pista de corredores. Un tipo disfrazado de payaso con un megáfono anunció: "¡Bienvenidos al Sub! Damas y caballeros, monstruos y ángeles, lo que todos estaban esperando". Los runners, vestidos de planetas, se quitaron la ropa mostrando sus tatuajes azules y verdes. Estaban drogados y locos. Habían perdido la cabeza.

Tres

Dos

Uno.

Beeeeeeeeep

Comenzaron a correr, a saltarse, a esquivarse. Del suelo salieron obstáculos que tenían que evitar y la gente a mi alrededor rompió en aplausos. Luego, uno a uno se traspasaron, se unieron en choques espectaculares de luz y explosiones de escarcha. Habían convertido la carrera de runners en un espectáculo audiovisual, música con muchos bajos. No pude controlar la sonrisa, me encontraba frente a un mundo fantástico: el reggaetón comenzaba a sonar, la gente a mi alrededor ya se estaba tocando sobre las superficies plásticas, perreando en secreto en las esquinas. Saltos, fusiones con polvo de colores, beats, voces distorsionadas, gritos de valor de jóvenes sin ropa cubiertos de escarcha, palpándose, yéndose al suelo, una mezcla iridiscente de piel, como pliegues de géneros transformados, pelo, tetillas, dientes, un cuerpo que sale de la espalda de otro, un "choque esos cinco" con manos que siguen derecho intercambiando uñas, hombres en los laterales se sacan el pene y se masturban frente al espectáculo sin que a nadie le incomode, gente borracha se

vomita en su propia ropa. Todo era terriblemente bello, pero un destello llamó mi atención, algunas personas gritaron. Dos personas opuestas habían chocado y se habían incendiado. Fue cuestión de segundos: estaban en el suelo, hirviendo, la piel burbujeaba, se estaban rostizando mientras gritaban. Esta es la revolución de la revolución de las revoluciones. Pensé que la gente del club se alteraría, pero lo que sucedió a continuación no lo esperaba. Apagaron la música y las luces. Todos los asistentes del bar se acercaron a la pista y comenzaron a cantar el himno nacional. Es hora de quemarnos y de quemar todas las instituciones de mierda en las que vivimos y tocarnos y morir. Tomé fotos de todo lo que estaba sucediendo. Dos personas acababan de matarse, pero nadie corría a ayudarlos o a hacía algo, más bien se mantuvieron solemnes a la luz de las llamas.

—¡Hermanos, hermanas y hermanes! Demos gracias al padre de la fusión por darle a estos dos el reino eterno y la posibilidad de seguir vivos en los cuerpos de los otros. Morir de combustión espontánea es el regalo más hermoso que nos puedes haber dado. En un mundo en el que la gente no se toca, morir tocándose es lo único que vale la pena.

—Alabado sea el Señor de la fusión.

Se arrodillaron, extendieron los brazos como crucificados, miraron al cielo con cara de éxtasis religioso.

—Papito bueno, ven por nosotros pronto. Queremos ser parte de ti.

—Amén.

Me senté después de obtener un par de fotos espectaculares: aparecían los hermanos de la fusión, los vaporwavers con la

mano en el corazón y, en el fondo, los cuerpos opuestos en llamas y se podían ver los huesos entrelazados convirtiéndose en ceniza.

—No creas en esas patrañas del señor de la fusión —dijo un tipo/tipa sentado en la barra, en la oscuridad. Se hacía llamar R34. Cuando la luz de la bola de discoteca le dio en la cara momentáneamente, no supe si era hombre o mujer, pero era gordo y tenía barba rosada.

—¿Quién es el Señor de la fusión?

—Ellos dicen que es Dios. Un lío todo enredado con el gnosticismo cristiano. Ah, es complicado.

—No tenía idea.

—Son patrañas, lo único que pasa es que nadie puede explicar la fusión. Algo tenían que inventarse. Hablan de la serpiente del jardín del edén como el verdadero cristo. El verdadero Mesías es la serpiente.

—¿Y tú eres un vaporwaver?

—Vengo acá por los gusanos y porque es demasiado frío y silencioso afuera. Si me quieres llamar waver, no es mi problema.

—Es mi primer día acá. No sabía nada de los wavers.

—Tranquilo. Algunos piensan que estamos deschavetados por venir. La gente muere intentando tocarse, como te habrás dado cuenta.

—Sí, pero no parece ser importante.

—¿Quieres un rojo?

—¿Un qué?

—Un gusano rojo.

—Nunca los he probado.

R34 se subió la manga del brazo derecho y se dio unos golpecitos en la parte donde a uno normalmente le ponen inyecciones. Después de dos o tres golpecitos una punta roja comenzó a salir, R34 lo agarró con sus uñas pintadas de blanco y sacó un gusano tan largo como un lápiz. El animal se retorcía entre sus dedos y me lo dio. Me lamí los labios.

—Te van a gustar.

Lo puse a la altura de mis ojos con el dedo índice y el pulgar, con la otra mano me abrí los párpados del ojo verde y el gusano buscó instintivamente el cuerpo vítreo detrás de mi pupila.

Estrellas binarias.

—Va a ser un poco duro al principio.

Comencé a sentir frío en la mejilla, como si me estuviera muriendo. El gusano se disolvió por completo en mi torrente sanguíneo y comencé a tener problemas para respirar. Toda la cara se me puso fría. Por un momento me descubrí en un espejo del bar, mi ojo verde estaba brillando con una luz roja.

Dos estrellas más grandes que el sol comparten energía, materia que se recicla y se convierte en combustible. Una prisión gravitacional.

Boom. Estoy volando en el palacio de los espejos. Estoy deslizándome por el Valle del Emperador Sol. La pirámide blanca se mantiene en la punta de una montaña. Sara y otras personas (pero en especial Sara) me esperan en el jardín inferior, la antesala de la pirámide. Sara me mira. Me habla en árabe.

—Salam Aleykum, César.

—Hola Sara, ¿dónde estás?

—En Damasco. ¿Y tú?

—En Bogotá.

—Ven a verme. Ven a verme ya.

—No tengo dinero.

R34 me estaba sosteniendo mientras yo vomitaba en un patio, balbuceando cosas sin sentido:

—Necesitamos zapatos de golf para caminar por este tapete de formas multicolor. Cuidado con esos abominables hombres de los mocos.

Doblegado por las contracciones musculares intentaba mantenerme parado. Mis manos temblaban y algo que andaba muy mal tenía que salir de mi cuerpo. Pronto lo sentí brotar de mi ojo café, y R34 lo sacó de un tirón, sin asco de tocar mi sudor, o mi vómito. El gusano rojo había emergido de mí después de reensamblarse. Esto vale un ojo de la cara, papi. Se lo metió en el brazo nuevamente, el gusano buscó sus venas con maestría y R34 dio un suspiro pornográfico de placer. Me dijo, con mucha calma, con la cabeza llena de ese químico del que están llenos esos gusanos: "¿Quieres que te acompañe?". La parte blanca de sus ojos se había vuelto roja, del mismo color del gusano. Casi lanzaba un destello de luz trasera de carro. Afuera, lejos del beat incesante e intenso de la música electrónica que los wavers seguían bailando, la luz me permitió ver a R34 con detalle. Tenía barba rosada que parecía hacer juego con sus ojos extraños de conejo —porque se había fusionado con un albino, me contó después— y una apariencia rechoncha pero amable.

—Eso fue serio —dije, todavía débil.

—¿Te gustó?

—Sí. Quiero más.

—Jajaja. Sí. La primera vez es como estar en…

—El Valle del Emperador Sol —dije, sin saber exactamente a qué me refería.

Fui caminando a su lado por las calles frías a las 3 de la mañana sin ser muy consciente de a dónde me estaba llevando. Me ponía la ropa de lana, igual que él, ocultando su apariencia excéntrica antes de que nos viera un policía. Mientras caminábamos le dije que el gusano había sido casi como una experiencia religiosa. Me contó que cuando tenía quince años le había pasado algo inexplicable.

—Cuando tenía quince años, bueno, yo era ateo. En esa época me volví amigo de mi profesor de inglés. Durante un recreo, él me contaba cosas de su vida y, de repente, comenzó a hablar de Dios, de cómo Dios había transformado su vida. Por supuesto, yo pensé: son puras patrañas. Pero a medida que hablaba y hablaba, comencé a llorar. Juro que nunca había escuchado esto de la iglesia adventista, ni había visto los videos de los pastores hablando en lenguas, ni nada de eso. De hecho, el profesor de inglés no me había tocado. No pude dejar de llorar frente a él, y no sé cómo explicar eso, no sé qué pasó.

Lo escuché mirando las luces de la calle.

—El profe me dijo que había sido la presencia de Dios. Yo estaba en shock. Me dijo que se reunía con un grupo de personas cada viernes para celebrar Shabat y me invitaron a eso. Yo sé que vas a decir que solo los judíos celebran Shabat, pero yo te digo, ellos eran cristianos, bueno, creían en Jesús, pero con muchas tradiciones judías. No tenían un nombre. La mayoría eran viejos de cuarenta o cincuenta, y todos juraban haber tenido alguna especie de revelación.

Unos habían tenido visiones, otros hablaban en la lengua del Espíritu Santo o de los ángeles o una mierda similar. Fui allá como tres años y luego dejé de hablar con ellos. Y ahora soy ateo otra vez, pero sigo sin poder explicar eso.

—¿Crees que tu experiencia esté relacionada con... no sé, la síntesis y esas cosas?

—No sé. Pero ellos eran homófobos, aparte de eso solo eran unos locos que los viernes lloraban y pedían piedad mirando al techo del apartamento con los brazos abiertos y cantando.

Tal vez muchos cristianos habían intentado explicar el fenómeno de la síntesis como la oportunidad del amor universal del cristianismo. R34 hablaría sobre esos conceptos después. Cuando menos me di cuenta, estábamos frente al edificio en el que él vivía con un gato tan gordo que parecía una papaya con patas llamado Pochis.

—Esta es mi casa. ¿Quieres entrar?

Su apartamento estaba en perfecto orden, cada cosa en una posición casi que calculada. Hablamos un poco más sobre Dios, al final estábamos tan cansados que hicimos algo impensable para el resto de los humanos del planeta Tierra: nos fuimos a dormir a la misma cama. Nos quitamos la ropa de lana, él se quitó la ropa de colores, yo me quité una de mis dos camisetas y el pantalón. Algo todavía extraño en mi cuerpo formaba una capa de indecisión. Su pecho estaba cubierto de vello, arremolinándose alrededor de las tetillas, su vello púbico estaba pintado de oro.

Esa noche, a pesar de haber fiesteado duro, haber movido el cuerpo en todas las direcciones, a pesar de tener gusanos

en la cabeza, no podíamos dormir. Después de unos minutos mirando el techo, iluminado brevemente cada que pasaba un carro cuando la luz se deslizaba por la habitación en la misma dirección y de la misma forma, R34 siguió hablando.

—Los vaporwavers creen que el Dios de la Fusión ha comenzado la primera fase de la instrumentalización humana. Si crees en Jesús y en el Apocalipsis te va a quedar fácil pensar que nos estamos convirtiendo en un solo organismo —Mis papás me dijeron que no hablara con extraños. Esto puede pasar. Conocer a un loco como R34—. Yo integré parte de una señora que trabajaba en un restaurante sirviendo almuerzos. Parte de mí tiene que servir y recoger bandejas todo el día. ¿Crees que puedo seguir mi vida normal pensando que tengo que servir bandejas? Y si la gente se fusiona con indigentes, vas a sentir lo que ellos sienten. Si te has fusionado con una mujer, sabes lo que se siente al menstruar, y ovular. Cuando nos hayamos convertido en ese enorme ser vivo, Jesús vendrá y se desposará con ese organismo, Jesús follará con esa criatura. ¿Has escuchado eso? Se llama Las Bodas del Cordero. La Iglesia y Cristo se follan mutuamente. Se unen a la divinidad.

—Sí, lo he escuchado. Los programas de radio de cuando era chiquito explicaban la Theosis cuando estuvo de moda.

—¿Qué es lo que nos conecta? ¿Cómo medirlo? ¿Por qué no nos podemos fusionar con plantas?

—Me fusioné con una niña cuando tenía seis años —le dije—, mira —tomé su mano con delicadeza intentando no traspasar su piel, y lo llevé a mis genitales. Estar a su lado me había producido una erección, pero quería que sintiera que en el perineo tenía una pequeña vaginita. Él paseó sus dedos, buscó mi clítoris, bordeó los labios y retiró la mano.

Cuando pongo una X en la casilla de "Masculino" en los formatos oficiales, no sé muy bien si esa incomodidad que siento de que hay algo que anda mal me hará, eventualmente, borronear o escribir la X en ambas casillas; sobre todo desde que comencé a menstruar cuando tenía como 13 años y tuve que comenzar a comprar toallas higiénicas diciendo en la farmacia que eran para mi mamá.

—¿Han pasado más de veinte años desde que te pasó eso?

—Cuando cumpla 26.

—Tienes una de las primeras fusiones completas.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque las fusiones se fermentan si no vuelve a haber contacto. Ya ha comenzado a suceder. Tu desbalance por esa niña debe ser tremendo, ¿por ahí nueve o diez en la escala de Straslünd?

—Sí. Algo así. A veces me vuelve loco.

—¡Te tengo que mostrar algo! —me dijo, saltando de la cama a buscar su iPad. Encendió la luz y me mostró un video de YouTube.

Resulta que, en el Congo, en el 2011, una persona se reencontró con alguien con quien se había fusionado en 1998. Por supuesto, lo primero que hicieron al verse fue abrazarse. En una cámara de seguridad de un banco se ve cómo la pareja se reúne, se abraza y, en ese momento, hay un destello blanco, las personas alrededor salen volando y los vidrios estallan y el video se corta.

—¿No lo habías visto?

—No.

—Bueno, es cierto que no se volvió viral. Según el reportero que cubrió eso, la pareja desapareció y las personas que fueron

afectadas por la onda de choque fueron trasladadas a un hospital. Cuando les preguntaron qué había pasado, dijeron que estaban llenos de amor y que querían besar, abrazar y manosear a todas las personas que conocían, incluidos sus peores enemigos. No podían contenerse y querían salir corriendo a besar gente.

La policía los había agarrado, esposado y mantenido bajo observación mientras deliraban sobre el amor, los besos, los abrazos, las sorpresas en un bolsillo, cartas con corazones de colores, tarjetas de Timoteo, peluches gigantes con forma de osos, desayunos en la cama, lunas de miel en Cancún, caminatas románticas por la playa, sexo. En el hospital, bajo observación, se movían erráticamente padeciendo algo como el síndrome de Huntington o sufriendo ataques de tics nerviosos como en un desquiciado síndrome de Tourette.

Seguimos mirando videos de personas que habían presenciado explosiones similares, pero no eran muy comunes; nadie parecía estar hablando de eso. El cielo se estaba aclarando, no habíamos dormido nada. Supuse que, como yo, él tenía pesadillas con la gente que vivía en su interior, que las intentaba controlar, hasta cierto nivel, tomando pastillas para dormir o shots de algún tipo de coctel somnífero. Nos paramos otra vez y hablamos de eso un rato. Todos nos hemos vuelto reguladores artificiales de nuestro propio sueño, algunos más profesionales que otros. R34 mezclaba Diazepam y sánduches de Seconal con valeriana si quería dormir, si quería estar despierto le jalaba a la cocaína o al speed con pastillas de cafeína pura. Con los gusanos aprendió a modular las experiencias, a hacer variaciones de DMT con gusanos rojos cuando podía pagarlos, porque

el DMT era difícil de conseguir, y soportar las bajadas de experiencias demasiado fuertes con gusanos amarillos y Methedrina después de ver las entidades cristalinas de los viajes psicodélicos. Para él, el Cloral y el Apascil eran para bebés. En general éramos una generación que intentaba verse profesional, que iba a sus trabajos y universidades, pero, para mantener esa postura firme, sin castañear los dientes y decentemente concentrados en hojas de cálculo, reportes y fotografías, necesitaba coca, cafeína en pastillas y un relajante muscular con Lexotán y Bisacodil para poder cagar. Desafortunadamente todos conocíamos las bajadas y las subidas y esperábamos, como los profesionales, mantenernos en la meseta de la concentración absoluta durante ocho horas al día sin incluir almuerzo, y no tener un krak en medio de una reunión con el jefe, o un episodio de sudoración y ansiedad por no haber usado suficiente Diazepam.

Como el día estaba a punto de empezar, R34 se metió una serie de pastillas que lo mantendrían activo y efectivo. Nos volvimos a poner la ropa y fuimos caminando a un McDonald's 24 horas. Vimos uno de esos perros con manos humanas husmeando la basura. Entramos cuando estaban trapeando el piso al amanecer. R34 susurró: "Normal, comportarse normal". Intentaba hacer lo que la gente normal hace, muy sencillo: ir caminando hacia el mostrador y decir: "Buenos días, ¿me da un McDesayuno?" Pero, a medida que llegaba a la caja, con la cara cubierta de sudor, R34 colapsó casi hasta arrastrarse frente al mostrador con los ojos desorbitados, intentando manosear la caja registradora. La señora atendiendo nos miró como si fuéramos cucarachas. Cuando le pidió la orden, R34, con su voz medio quebrada

por el gusano que tenía en la cabeza, mezclado con Lexotán, preguntó: "¿ph'nglui mglw'nafh?". Antes de que la señora comenzara a gritar, interrumpí diciendo:

—Perdónelo, es que tiene un problema en el corazón. Denos dos McDesayunos con papas.

—¿Extra grasa?

—Sí. Queremos ser gordos y morir de un ataque al corazón antes de los 27.

Le tomé fotos a R34 mientras comíamos. La subida había sido tan desordenada que abría la boca de una forma que casi daba miedo y sentía que su cara se estaba derritiendo. Los químicos en su cuerpo se ajustaron a su ritmo cardiaco y casi se convirtió, de un momento a otro, en el tipo de oficinista que ya tiene todo listo. Hablamos un poco sobre la identidad, pero sin concluir nada extraordinario. Luego R34 masculló, con tristeza: "Los humanos son un asco. Son la maldad encarnada. Contaminan y se matan unos a otros, destruyen el planeta, matan a otras especies y llenan todo de plástico, les importa un carajo. Pero yo sé que hay esperanza". Me estaba quedando sin energía mientras él susurraba, ya no podía seguir masticando y finalmente me quedé dormido en la mesa sin terminar el McRobo con McGrasa y McProductos genéticamente alterados. Estaba roncando con la hamburguesa en la mano, intentando parecer una persona responsable y apropiada, un humano normal; comunicándome con telepatía.

Días después me enteraría de que la RRI había perseguido a los wavers del Sub, hacía rato les seguían la pista. Unos habían sido golpeados brutalmente en una calle. Se bajaban de su camioneta con bolillos, decían que querían limpiar la

ciudad de identidades problemáticas: "A ver las mariquitas, les vamos dando palo por ser adefesios, les damos piso por hijueputas". R34 me mandó la noticia por Facebook: el Sub había ardido en llamas. La gente de la RRI lanzó bombas molotov, dispararon a fusionados en la boca y cometieron otras aberraciones, follándose finalmente a los cadáveres: una vez muertas, las personas pueden ser tocadas. R34 estaba asustado, encerrado en casa, mirando por la ventana porque pensaba que alguien lo estaba siguiendo. Mi foto reportaje salió mostrando los mejores encuadres que logré de estas personas sonriendo, mostrando los dientes, bailando con humo, cosas brillantes, cuerpos cubiertos de escarcha. Ambos artículos, el mío y el de la destrucción del Sub, salieron casi al mismo tiempo. El mío fue el único que recibió más de treinta llamadas por quejas de padres de familia que odiaban las fotos porque "incitaban al uso indebido del cuerpo humano", "a la pecaminosa y pervertida unión de los cuerpos", porque "se puede ver que hay gente fusionándose con negros" y "tenían bien merecido que quemaran el local". "Muerte a esas locas".

Los comentarios debajo del artículo eran extensos, llenos de groserías, blasfemias y maldiciones. Odio y miedo. A esos hípsters, esos guisos, esos indios, a esos burgueses los vamos a quebrar.

Me desperté y R34 se había ido. Me dejó su número de teléfono y correo en una servilleta. El McDonald´s seguía vacío. Yo tenía la mano dentro de la hamburguesa, llena de salsa de tomate.

PIEL

Cincuenta y cuatro mueren en un atentado de Boko Haram en Nigeria.

Me desperté una semana después en mi casa, después de tener estas extrañas pesadillas que describían lo que debían ser lugares reales. Una realidad en la que Sara y yo planeábamos casarnos y teníamos una vida aterradoramente feliz con un apartamento en algún lugar de Europa. Cuando abrí los ojos tenía cólicos menstruales y solo pude apretarme el estómago con las manos y darme la vuelta para ver que la luz del cuarto de mi tía estaba encendida. Mi vida real era mucho más oscura y triste que la vida del personaje de mi sueño. Sara y yo habríamos podido ser más de lo que no podremos ser jamás. Miré el celular, eran las tres de la mañana. Me levanté con curiosidad y caminé lo más silencioso que pude, aun sabiendo que mi tía era sorda. La vi apretando un silicio en su pierna. Creo que ella es un claro caso de que nos estamos volviendo locos, que la soledad nos está matando. Sus labios se movieron sin producir sonido; con los ojos mirando al techo, extendió las manos como una crucificada y con esa voz sin sentido que tienen los sordos dijo algo parecido a: "Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo". Cuando notó mi presencia me miró: tenía los ojos rojos de tanto llorar, se había

hecho heridas en las piernas y en el pecho. No domino muy bien el lenguaje de señas, pero le pregunté: "¿Qué putas estás haciendo?" Y, con las manos untadas de su propia sangre, me respondió: "Esto es entre Dios y yo". Y yo ¿qué podía decir?, pues solo: "Ok".

Pastor evangélico capturado por tener una de las colecciones más grandes de videos *snuff*. Han aumentado los casos de personas que viven solas, que mueren y los vecinos solo se enteran unos meses después. Nadie llama, nadie sabe de ti. Nadie te pregunta cómo estás.

Supongo que, si algo de normal tenía mi vida, se fue en ese momento: cuando me volví dealer de gusanos en la universidad. Para obtener un título de periodista solo pisé más duro el acelerador hacia lo inaudito. Aparecí en el apartamento de R34 porque no quería volver a ver a mi tía, él abrió la puerta medio dormido y desconcertado, había pasado una semana sin recibir noticia de mí. Me dejó pasar y me hizo notar que ni siquiera le había dicho mi nombre.

—Había estado ocupado en la universidad, lo siento.

Me miró como si yo fuera un tipo absolutamente irresponsable, que da miedo.

—Leí tu artículo sobre el Sub. Buen trabajo. Pusiste fotos mías.

—Sí.

—¿Por qué no me llamaste?

Él estaba molesto, parecía querer decir que se había enamorado de mí o algo así, pero yo tenía miedo de mostrar afecto.

—Perdón, estuve ocupado con la universidad y el trabajo.

—¿Quieres tomar algo?

Sobredosis de heroína fue la causa oficial de la muerte de la hermosa estudiante Dany Lu, de 19 años. Apareció en pesadillas sincronizadas en más de veinte países.

R34 fue a la cocina haciendo sonar sus chanclas y trajo cerveza y chocolatinas. Me senté en su mesa de comedor improvisada con dos baldes y una tabla. Le conté lo que le había pasado a mi tía:

—Creo que se va a crucificar un día de estos. Solo piensa en Dios y en la Biblia. Y por lo que veo, voy a necesitar otro empleo para mantenerme en la universidad.

—Entiendo.

—¿Tú a qué te dedicas, además de ser un vaporwaver?

—¿No me vas a preguntar por el Sub?

Lo dijo con mucha seriedad. Creo que eso era lo importante a lo que yo no había puesto atención.

—¿Qué quieres decir?

—¿No se te ocurrió que tal vez algunos de mis amigos murieron cuando la gente de la RRI quemó el bar? Esos fachos hijueputas.

—¿Qué pasó? —pregunté, dándome cuenta de lo que estaba sucediendo y de mi falta de tacto.

—Mataron a tres, uno era mi mejor amigo. ¿Tú no piensas que las otras personas sienten, que a nosotros también nos pasan cosas? ¿O qué?

Washington: Presuntos violadores de caballos bajo arresto, uno afirmó ser la reencarnación de Madonna. Madonna confiesa públicamente llevar varios meses muerta.

Por eso estaba así, amargo; porque no lo había llamado. Su voz se quebró, su cara se deformó en una mueca de llanto y sus ojos húmedos se achicaron. Me paré y lo abracé sobre la

lana de nuestra ropa. No lloró, pero sí estaba afectado. Habló de ellos un poco, dijo sus nombres, dijo que eran personas geniales que no merecían haber muerto así.

—Nos las habíamos arreglado para vivir en el subterfugio, en los rincones de esta sociedad. Estábamos construyendo un mundo nuevo. Pero no. Los colores, la alegría y las experiencias espirituales son peligrosas para esos idiotas.

En ese momento nuestras caras estaban muy cerca, tenía miedo de que su cara se metiera en la mía o algo pasara, pero fuimos muy cuidadosos y no sucedió. ¿Por qué teníamos miedo?

Sus amigos: Carlitos era un programador y un otaku que coleccionaba figuritas de acción de Evangelion y Attack on Titan; Jenny trabajaba vendiendo drogas en San Victorino y escribía para Actualidad Panamericana, uno de los mejores diarios del país; y Margarita Morrison Beloved que era su mejor amiga de la universidad. Por la forma como había sucedido, por los reportajes que se hicieron sobre la Red de Restitución de Identidades y la forma como la gente respondía a las noticias, R34 no quería presentar cargos o poner una queja con la policía para que buscaran a los responsables. Si les contaba seguramente él mismo estaría en problemas. Nos tomamos las cervezas en calma. Él se sacó el gusano rojo de un ojo y lo dejó en un vaso con agua. Se quitó la ropa frente a mí y me mostró las cicatrices: hace un año la RRI lo había agarrado y le dieron una tunda, pero logró escapar. Las marcas empezaban en una pierna y terminaban en el cuello, eran cortadas. Había salido corriendo, huyendo de sus atacantes, cojeando, intentando subirse los pantalones. Él había adornado las cicatrices con tatuajes de dragones mexicanos. Encendió un cigarrillo mirando por la ventana.

—Es difícil creer que tanta gente quiera violencia. Yo… siempre he creído que con la música y el arte se puede cambiar todo esto, ¿sí me entiendes? Ah, y eso que ya comenzaron las conversaciones para la paz en la Habana. ¿Vos qué crees que le va a pasar a esos monstruos de las FARC cuando vengan acá a buscar camello? Ellos, que ya casi no son humanos, que llevan años mezclándose entre sí, con animales, con lo que les dé la gana… —señaló la ventana y me miró—. La gente de afuera solo tiene odio. Esto de la fusión es… el mejor momento para entender a la gente, a la gente que nos rodea, pero tienen tanto miedo, que antes de sentir lo que siente el otro, prefieren hacerle esto.

Fiesta latina en El Cairo termina en tiroteo luego de que un invitado intentara seducir a la hija del dueño de casa.

Le conté sobre Juan Carlos, el director de la RRI y sus vínculos con la policía. Le conté que había ido a la morgue y había visto a Pacho. Por supuesto, le conté quién era Pacho.

—Me encantaría quebrármelo, al tipo de la RRI, pero eso sería pegarle al fuego con más fuego, solo produciría un incendio más grave. Si algo aprendí de escuchar los programas de radio de Diana Uribe es que los fines no están desligados de los medios, y que un fin noble queda destruido si se accede a él de forma violenta.

Conocer a R34 fue como tocar un mundo de cultura y referencias que yo no conocía. Pero sobre todo un mundo de esperanza, porque yo venía del mundo del silencio en los apartamentos, de los vecinos que no se conocen a pesar de vivir uno al lado del otro. El mundo de los viejitos que mueren porque nadie los recuerda. Hijos que no llaman a sus padres y padres que prefieren morir en soledad para no molestar

a sus hijos. Para ser un buen reportero hay que investigar mucho, hay que leer. Después de un rato de mirarnos noté lo que estaba pasando, nos gustábamos. Había una atracción poderosa entre los dos, algo que nos acercaba, gota a gota. Su mal humor y su tristeza buscaban algo en mi calma. Comenzamos a besarnos a las 4:30, un poco asustados por comenzar a intercambiar dientes, sin saber su historia dental, o si se cepillaba tres veces al día; nuestra lengua se fusionó y comenzamos a compartir sangre. Esta es la razón por la que cuando la gente adulta se fusiona se arrepiente: descubre que los dientes nuevos estaban picados o que la sangre tenía un montón de grasa, que el tipo de sangre no era compatible, que la nueva forma de tu boca no es tan bonita como antes, que tu linda piel ahora es porosa y grasosa. Muchas personas desarrollaron cáncer porque se fusionaron con gente que tenía cáncer, deformaciones inusuales en la espalda, piel que ha sido expuesta a radiación por demasiado tiempo o migrañas repentinas. No importó. Nada de eso importaba ahora, cuando mi mano de fantasma de otro mundo entraba en su caja torácica y él sentía el frío de mi mano acariciando su estómago, bajando por sus intestinos, intentando no tocar la caca que todos los humanos portan mientras caminan, acariciar su vejiga. Su pene se endureció igual que el mío. A las 6:15 la voz de la ciudad se incrementaba y un porcentaje de una chica siria ahora navegaba en las venas de R34. No mucho, yo no quería perderla a ella, solo un poco. Casi lo podía controlar, casi, era como dejar ir un poquito de quién eres, pero tienes miedo de cambiar. Los monstruos de tu interior claman por una pizca de amor. Vas al suelo, aprietas lo que

queda de ti con el corazón mientras pierdes la virginidad de tu vaginita a las 7:13, la virginidad que te regaló Sara cuando tenías seis años y duele como un putas. Así es como se siente, como pocos hombres en el mundo lo han experimentado. R34 forcejea mirándote, pero él solo es una sombra. Tú le das la vuelta, a las 8:10 se la metes por el culo con un condón.

Sierra Leona: Más de 40 toneladas de armamento ilegal confiscado por la Policía de Fusiones Accidentales de África Occidental.

Pero R34 es tu única esperanza. Chico, te voy a salvar la vida. Te voy a llevar con don Elías, el campesino que me da los gusanos, vas a ir a la universidad con un cangurito, vas a ir a fiestas de wavers, vas a ir a los lugares alejados y extraños donde las personas todavía se reúnen ilegalmente. Vas a estar bailando sin camiseta con unas gafas de que eres muy inteligente, con un gorrito de Mario Bros, y ellos te van a preguntar: ¿tienes blancos?, ¿tienes rojos?, ¿tienes de los morados? Vas a sacar bolsitas Ziploc de tu canguro, te vas a bajar el prepucio para descubrir una colonia de gusanos rojos alrededor de tu glande y vas a darle a esas personas un gusanito que vive allí, cargado de un químico espiritual: una solución salina llena de verdades. Al ritmo de beats violentos y sacudidas por música que ha perdido el sentido, la gente se mete los gusanos por los conductos lagrimales o en la lengua y el gusano sigue su camino hacia el torrente sanguíneo, hacia el cerebro. Puedes verlos paralizados en medio de la fiesta encontrándose con las personas que los conforman, capaces de tocar a sus verdaderas identidades mezcladas y balbuceando: ¿Papá? El subconsciente fermentado y acongojado por

una separación hace años, una fusión accidental. Las luces multicolor muestran fragmentos de sus miradas drogadas, puedes verlos en éxtasis contemplando los paisajes de la gran mente, la comunicación de esa cosa grande a la que todos pertenecemos.

Austria: neo-nazi comprometido con la raza aria se fusiona con un hombre negro. Tanto los neo-nazis como la Banda Radical de Liberación Africana lo buscan por afiliación.

Dinero en mano, suficiente. Don Elías tenía un sembradío de plantas alucinógenas y siempre estaba sacando los gusanos que estaban maduros. Hay cajas de criaturas blancas moviéndose como larvas que Don Elías toca como si fueran una almohada de algodón, lanzando cortos chillidos, como hechizado por un orgasmo obsceno. Puedo pagar mi propia habitación, mis propios calzones y mis propios almuerzos y me enamoro del periodismo. Entre mis primeras historias está la historia de la RRI, algo de investigación sobre la policía, pero no demasiado porque me puedo meter en líos, los reporteros que hablan demasiado terminan en un caño en una bolsa de plástico. Reportajes sobre el mundo oscuro de las fiestas subterráneas de los vaporwavers, reportajes sobre religiones, sobre vandalismo en Bogotá, fotografías sobre la ciudad que se quedó callada, los bares que se volvieron bodegas, algunas noticias sobre la alcaldía y el urbanismo y los planes de desarrollo de la ciudad y esas cosas. Aprendí que el 60 por ciento de los hogares eran unipersonales. Que al menos el 97 por ciento de las familias habían dejado de usar un lenguaje amoroso. Que en estos casi veinte años nadie había abrazado a nadie sin haber sido un accidente. Aprendí

con los duros y vi lo que se estaba haciendo en periodismo en otros lugares del mundo: el periodismo Gonzo, documentales, clases de fotografía, proyectos de foto-reportaje. Luego, un amigo de R34 que trabajaba en el Imparcial me preguntó si me interesaba un salario fijo y me contrataron.

5 COSAS QUE NO SABÍAS SOBRE LA FUSIÓN

Esta vez vamos a hacer un conteo de los cinco conceptos más importantes de la fusión.

1. Síntesis y fusión son dos conceptos diferentes. La fusión es el hecho mismo de unirse con una persona u otro ser vivo. La síntesis es el proceso casi automático en el que las partes de los cuerpos se distribuyen en orden, es por eso que, aunque muchas personas pueden tocar los intestinos de otra persona, su mano no se convierte en intestino, y la otra persona no queda con una mano dentro del vientre.
2. ¿Qué es el Balance?: el Balance es la forma como los científicos llaman a la nostalgia de las personas fusionadas por volverse a encontrar. Estudios demuestran que, después de una fusión, las personas quedan balanceadas con nuevas características, pero a medida que pasa el tiempo, el balance se convierte en desbalance, que se puede medir de uno a diez en la escala de Straslünd. Alguien con un desbalance uno puede tener sueños sobre la persona con la que se ha fusionado; después de unos dos años, el desbalance debe estar en dos o tres. Alguien con desbalance diez tiene pesadillas constantes, es incapaz de dormir, está obsesionada con volver a ver a

esa persona. Los gusanos alucinógenos se han convertido en una forma de curar el balance inmediato. ¿Sabías que Hillary Clinton tiene un desbalance de 9 en la escala de Stranslünd por un perro gran danés?

3. Uno de los eventos más estudiados es el de Balance por muerte. Significa que una persona deja de añorar a otra cuando esta muere. El caso de la RRI en Colombia y el Ejército por la Protección de la Identidad en Estados Unidos han surgido para detener esta intensa nostalgia y lograr balances absolutos. Otros grupos en Europa y en África también han tenido intensa actividad menos documentada.
4. Recombinación: es cuando dos o más personas se han fusionado continuamente hasta que se vuelven idénticas, con características heredadas de las personas originales, pero con una identidad totalmente nueva (Mira nuestro especial sobre identidad).
5. Telepatía Química: los científicos han demostrado que dos personas que sufrieron una fusión comparten procesos químicos en el neocórtex. Se cree que hay involucrado un proceso de entrelazamiento cuántico que, ayudado por un gusano de alta concentración, puede convertirse en telepatía real, aunque la mayoría de las personas experimentan esta forma de comunicación como un diálogo onírico, más comúnmente como pesadillas.

A R34

Hubo un atentado en Caquetá. El mismo día Israel bombardeó Gaza. R34 dijo, en voz baja, terminándose un cigarro de ganja, en medio del humo, que él también creía en el fin del conflicto, el fin de todos los conflictos humanos. Era un optimista y con su carreta me sacaba del agujero de pesimismo en el que me mantenía cuando mi vida era una rutina de estudiar y volver a casa en soledad. Sin ningún propósito ni sentido.

Durante un atentado terrorista un soldado de diecinueve años perdió la vista, todos sus amigos murieron. Siete años después conoció a la persona que planeó el atentado. Uno le pide perdón al otro. R34 dijo que él trabajaba en Ciudadanía Distrital, apoyando proyectos relacionados con el fin del conflicto. Cuando el guerrillero y el soldado se encontraron, el soldado le contó al guerrillero, en la oficina de R34, lo que había sucedido después del atentado. Había despertado cinco días después sin poder ver y todos sus compañeros estaban enterrados. Se puso a llorar. El guerrillero lo vio con tristeza, sin poder entender realmente lo que el soldado sentía. Después de esos siete años, el soldado había aprendido a leer braille y se había arriesgado a salir solo por la calle; primero con ayuda de un amigo y luego con la ayuda de un perro. El

guerrillero le hizo una propuesta y, después de un café en la oficina, el soldado aceptó. Cerraron la puerta, se quitaron la ropa y se atravesaron. El guerrillero quedó ciego de un ojo y el exsoldado volvió a ver después de siete años. R34 me miraba desde su sillón acariciando a Pochis con un guante.

—No solo sintetizaron sus cuerpos, sino que el guerrillero sintió todo el dolor de la víctima. Ahora carga esos muertos también. Se puso a llorar por esos seres queridos que nunca había conocido.

Si R34 no estaba acribillando el gran espíritu humano diciendo que odiaba a todo el mundo, estaba enamorado de todos y creía que algún día podríamos superar nuestros conflictos. Si algo definía a R34 era su capacidad para sacar esperanza de la más cagada de las situaciones, de hundir a la gente feliz contando lo que había visto en las noticias sobre masacres y torturas y luego sacarlos diciendo que eso iba a terminar pronto.

—Estoy un poco cansado de la forma como hablas de los humanos —le dije una vez—. Odias a todo el mundo. ¿No te cansas de eso? La fusión no lo es todo.

Se quedó mirándome entre el humo de colores, estaba a contraluz al atardecer, y yo viendo el sol hundiéndose entre las nubes, como una flor que al final de la tarde abraza todos los edificios llenos de gente sola, gente que busca consuelo sin ser cobarde, por mensajes de teléfono sin contestar y mensajes de Messenger de hace rato. Que soledad más insoportable. Me dormí entre sus piernas, apartados por la lana que protege nuestros conservadores cerebros miedosos, fuimos conscientes de cómo esta Edad Media ha separado nuestra piel y nuestras conversaciones, nos ha encerrado

en nuestros apartamentos. Revisamos nuestros celulares: no podemos hablar con nadie porque esta tecnología nos ha vuelto solitarios. Poderosos y solitarios. Somos criaturas aisladas en una especie de cubículo de poliéster. La gente de Facebook y el gobierno gringo se inventaron esta soledad para que cuando pase algo grave la gente no se pueda organizar. La gente no pueda hacer nada. Eso dice R34 navegando en la leche de su humo azul giratorio, ver qué es lo que quieren de ti esos empresarios poderosos, lavando tu ropa solo, comiendo solo, cocinando sólo para ti, masticando en silencio sin mirar la comida mutante, solo escroleando Facebook para ver más noticias. Y eres consciente porque la gente dice: somos poderosos, podemos tocar a los otros a través de nuestros likes, somos conscientes de lo que está sucediendo en el planeta Tierra, pero no podemos hacer nada. La gente se suicida comiéndose el paquete entero de babas artificiales de Becky Bubbles, asfixiados con esputo en todo su sistema respiratorio.

A veces pienso en mi mamá y, aunque estaba loca como un cohete, la extraño. Ahora es cuando más la necesito. Quisiera que me regañara por las cosas que dejé por fuera de la nevera, por las cosas que tiro al piso, que me dijera que me apoyaba en mi búsqueda de Sara Ahmed. R34 escuchó todo lo que tenía que decir de mi mamá. Por eso no puedes sentir nada— dijo. Algo de cierto tenía. R34 se había sorprendido de que yo no preguntara mucho por él, o cómo había sido su día, o cómo se sentía. Me decía con frecuencia: "¿Por qué nunca me llamas?, ¿por qué te escondes?" He cancelado encuentros con amigos muchas veces porque tengo miedo. "¿Por qué tienes miedo?" Porque tengo miedo de querer amarlos y que ellos

no me amen de vuelta. Por eso no me gusta conocer gente, me da angustia en el pecho y siento ganas de salir corriendo cada vez que conozco a alguien. Me hago el valiente, y para ser valiente tengo que no tomar a nadie en serio. Pero R34 quería que lo tomara en serio.

Manuelita Razorhead, dos copas de aguardiente Néctar encima, mientras los pocos vaporwavers que R34 conoce se sirven tragos en su cocina, sin capuchas y exhibiendo sus tatuajes con escarcha en el cuerpo, continuando una conversación iniciada hace dos noches, dice:

—Como trabajo con Facebook Colombia más o menos sé cómo funciona la cosa. Facebook trabaja con agrupaciones de información, ciertos tipos de personas se agrupan y consumen la información que ellos mismos producen: por eso los izquierdistas no ven casi nunca los comentarios de los derechistas. Es una estrategia de mercado, por eso a las personas que les gustan los cigarrillos no les ofrecen máquinas de escribir, la gente de Google y Facebook y YouTube también te han encerrado en esos cúmulos de ideas y ahora no puedes salir de ahí, solo puedes percibir el mundo de una forma específica —no había que ser un genio para darse cuenta, pero era cierto.

Manuelita Razorhead era una de esas personas perdidas en Facebook, soñando con la llegada de una enorme colectividad consciente de sí misma. R34 me contó que Manuelita no ha dormido en un año. Hay personas que están peores, viven en lugares que parecen museos de lo limpio porque las drogas que usan son tan fuertes que los obligan a mantenerse derechitos, aspirando una y otra vez el mismo tapete y organizando todo de formas geométricas, usando

simetría de doble eje y dibujando gatos: uno de los síntomas de la falta de sueño más graves en adictos a gusanos con adiciones especiales.

Manuelita anda con una furia rara. Cuando los bogotanos conchudos le echan piropos por la calle, ella se mete la mano en los calzones y saca sangre de su menstruación e intenta metérsela a la boca a la gente. Está chiflada.

—Cómetelo, hijo de puta, así me saben tus piropos —grita enfurecida.

Ella dice que la gente solo te respeta o te teme cuando haces algo que no se esperan.

Las fiestas con R34 y sus amigos perdían sentido con frecuencia. Terminábamos tirados en el piso intentando asustar a unas lechugas que se asomaban por las paredes. La gente parecía quedarse dormida, por unos minutos nadie decía nada, luego alguien ponía música y volvíamos a bailar. Alguien se vomitaba en unos zapatos, alguien rompía un vidrio. Nos tragábamos el Seconbarbital con alcohol como si fuera cosa de todos los días y nos quedábamos dormidos para despertar convertidos en otra persona. Para hablar en árabe. Daba miedo. Daba miedo perderse para siempre, como los indigentes, los habitantes de la calle, que van buscando cosas en las esquinas mugrientas de la ciudad. Fabulosas ensaladas de fruta en la basura, excelentes pijamas usadas y pelucas. Sobras de hamburguesa con tostadas y moronitas de galletas Saltinas. En esas fiestas es que comencé a hablar con Manuelita sobre teología vaporwaver. Tenía que estar muy borracha para que me abrazara y comenzara a explicarme que los vaporwavers eran en realidad cristianos gnósticos ofitas del siglo segundo. Decía con claridad:

—En Génesis Dios se arrepiente de haber creado a los humanos. ¿Cómo puede un Dios perfecto y conocedor de todo, incluido el futuro, equivocarse o arrepentirse? Si sabía lo que iba a suceder, ¿para qué lo hacía entonces?

Manuelita intentaba meter su dedo en mi oreja para que yo sintiera lo que se sentía no poder dormir durante un año. Me quería deshacer de ella, como cualquiera se intenta deshacer de un borracho. Pero ella continuó:

—Cuando la serpiente le ofreció el fruto a Eva, la serpiente les dijo que Yavé estaba mintiendo. Yavé dijo que ellos morirían, pero la serpiente dijo que no, que abrirían los ojos y serían como Dios —Manuelita eructó cerca de mi oído, quería echarla a un lado, pero no quería herir sus sentimientos—. Cuando Adán y Eva comieron del fruto no murieron, en cambio abrieron los ojos. Yavé, Elohim, Adonai es un bastardo, es un impostor, es un ciego. Por eso al final de ese capítulo los saca del jardín del Edén, no sea que prueben del fruto de la vida, vivan para siempre y se vuelvan como él. Ve y lee la Biblia y verás que Yavé es el enemigo, y la serpiente es nuestro amigo.

—Manuelita, creo que estás un poco borracha.

—No, no. Te estoy diciendo toda la verdad. El objetivo de la humanidad es comer del árbol de la vida. Y la serpiente es Cristo, que viene a darnos del fruto de la vida.

Pero las conversaciones de teología con Manuelita eran confusas y R34 solo decía en medio del humo de la droga que Manuelita estaba demasiado borracha. Debía descansar un poco antes de perder la cabeza por completo.

—Yo no creo en ningún dios, la verdad. Ni en Jesús ni en Alá, ni en la virgen de los aguacates —dije con aire de superioridad intelectual.

—Nosotros tampoco creemos en Dios —dijo Manuelita, sonriendo—. Creemos que Dios es una posibilidad. Jesús era una inteligencia artificial de otro planeta que venía a decirnos que nos uniéramos —luego, con un gesto dramático, metió su dedo índice en la cabeza de otro waver y relamiéndose los labios partidos, haciendo cara de puta, dijo—: y esta es la verdadera comunión de los santos. El verdadero amor al prójimo.

Durante las vacaciones, si no me veía con R34 me quedaba en casa de mi tía, y podía contar semanas en las que no hablaba con nadie. Hacía reportajes desde casa, pero a veces no abría la boca más que para: "Deme eso, cuánto vale, hasta luego". ¿Por qué es tan difícil hacer nuevos amigos? ¿Por qué no quiero volver a casa a ese silencio que mis canciones de YouTube no logran llenar? Quería tocar gente, quería amar, pensaba en Sara. Mi desbalance se agudizaba y cuando llegaba a ocho o a nueve, apretaba las sábanas sudando pensando en sus ojos, en su cabello. Me metía un gusano rojo para sobrellevar esta nostalgia y los vaporwavers decían, casi dormidos, cansados de tanto celebrar, medio convertidos unos en otros, compartiendo una combinación de recombinaciones accidentales con escarcha en el corazón: "El Dios de la Fusión va a venir pronto, y cuando venga todo esto va a desaparecer".

A pesar de querer la unión me quedo encerrado en mi cuarto, apenas salgo para comer. Alguien quiere verme, pero cancelo mis reuniones. Un amigo me invita un trago, pero le digo que estoy ocupado. Y es mentira. A veces digo que tengo diarrea explosiva, o que tengo un dolor de cabeza terrible. Lo digo con tono de pobre diablo, para que me tengan compasión

y no herir sus sentimientos. Mi tía apenas si se preocupa, pero nada más que dos palabras en lenguaje de mudo bastan para tranquilizarla: estoy bien.

Pasé varios de mis años como estudiante en Viva Bogotá, una revista de mierda en la que me trataban como a un esclavo esperando que publicara twits y fotos en Instagram; me tenían sin contrato. La mayor parte del tiempo me ponían a hacer publicidad de tiendas y colecciones de moda en forma de artículo. Mi jefe me decía que dejara de usar la palabra "increíble" y "fantástico" porque olvidaba otros sinónimos para describir la farsa de los productos para viejitos con incontinencia y otras mierdas así, como si yo los hubiera usado, y me obligaba a escribir cosas como: "Probé ViejiChévere Plus, y ¡ni una gota de vergüenza!". Antes de renunciar ya había comenzado a reinterpretar algunas de las noticias sobre Sara Ahmed, cosas que estaban sucediendo afuera. Si tenía un artículo sobre una línea de moda (de lo cual no sé nada) comenzaba un proyecto para hablar de los refugiados sirios, revisando entrevistas hechas a gente que llevaba viviendo en campamentos por varios años y que se sentían atascados.

Sara Ahmed había hecho un reportaje, pero insistía en algo durante todo su pequeño documental: ¿Por qué en un mundo en el que la gente tiene la capacidad de sentir al otro, tenemos tan poca consciencia de lo que siente el otro? Estamos tan asustados de fusionarnos con otra gente que preferimos estar cubiertos. Olvidamos que otras personas, personas que potencialmente somos nosotros mismos, están en trampas de pobreza crónica, en una frontera intentando llegar a Alemania, lo han perdido todo.

La invitaron a dar una charla en el Consejo de las Naciones Unidas. Cuando estaba allá, su discurso se volvió una amenaza, un escándalo. La cámara que la registraba hacía zoom a su rostro encolerizado. Se había quitado la capucha como signo revolucionario y decía:

—Si no fueran racistas, los blancos no tendrían miedo a fusionarse con los negros. Si no fueran homófobos, no tendrían miedo a fusionarse con un gay o una lesbiana, pero lo que la fusión nos ha mostrado es que no queremos ser el otro y, en vez de ayudarlo, preferimos cubrirnos con esta tela de mierda, como si eso fuera a cambiar el mundo. Lo único que eso demuestra es nuestro elitismo, nuestro racismo, nuestra misoginia. Solo significa que queremos mantener las categorías de poder de siempre: los feos, los flacos, los demasiado gordos, los latinos, los árabes, los negros, los asiáticos, ¡mejor mantenerlos lejos! ¡Qué sociedad más hipócrita!

No sé si fue ella la que inició el movimiento de liberarse de la capucha, pero la gente seguía asustada. Aplaudieron hipócritamente cuando ella se quitó la capucha y dejó ver su cabellera que ya no era tan dorada, porque ese color de cabello era el que yo le había dado cuando nos fusionamos. Partes de mi cuerpo estuvieron en el consejo de seguridad de la ONU.

Cuando mi jefe vio que había escrito ese artículo y ya iba a salir para publicación, me encerró con los otros reporteros junior y dijo:

—Estoy cansada de estas babosadas feministas, ya no quiero más artículos como estos, escriban de otras cosas, no sé, sobre Elton John, cualquier cosa. Si quieren salvar al mundo váyanse a una ONG, esta es una revista online y vendemos productos.

Ese día decidí renunciar y buscar un mejor trabajo. Recogí mis cosas con calma, mi jefe mostró su lado dulce cuando le dije que yo buscaba algo mejor: "Hay que comenzar por algo pequeño, tienes que entender que no puedes estar haciendo artículos grandes cuando todavía no has terminado tu carrera, todo es un aprendizaje". Yo agarré su vaso lleno de lápices y los regué por su escritorio, y solo dije: "¡Ay!, qué pena".

Terminé en El Universal. Fue un golpe de suerte, era todo lo que podía pedir: mejor paga, mejor tipo de artículos. Hice excelentes reportajes. Me dieron responsabilidades, tuve dos reporteros a mi cargo y un par de fotógrafos para cubrir eventos en iglesias, marchas con pocas personas, conciertos de música aburrida y, de vez en cuando, artículos sobre sectas extrañas y, últimamente, sobre la paz en Colombia. Terminé cubriendo sesiones del Congreso y tomando fotos de campamentos guerrilleros donde todos los monstruos andaban por ahí, como si solo fueran una manada de cebúes y cabras y pájaros, criaturas enormes que a veces simplemente se sentaban a fumar, que andaban empelotas esperando novedades en el frente, noticias que nunca llegaban; discutían sobre la relación entre la fusión y el progreso.

Justo cuando mi problema de insomnio se volvía peor, y el desbalance no bajaba de ocho o nueve, Sara Ahmed finalmente me respondió. Supe que era ella al ver su foto de perfil.

—Hola. Sí, soy yo.

Mi corazón se volcó cuando leí las palabras.

—Llevo años buscándote.

—Yo he hecho todo lo posible por no hacerlo. Pero no tengo opción.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

—En Damasco. Bueno, si a esto se le puede llamar vida. Probablemente me quiten el internet en una hora.

—Quiero verte.

Unos segundos después activamos la cámara. Hablé en árabe, ella habló en español, creo que lloramos, creo que nos teníamos ganas.

—Quiero tocarte.

—Yo a ti.

Nos vimos a la cara, y verla arreglándose el cabello fue como encontrar una parte olvidada de mi identidad, a una hermana perdida. Los dos estábamos estupefactos ante nuestra imagen. Le mostré mi cabello, me pidió que me quitara la ropa, quería ver mi espalda, mi pecho, mis brazos, mis axilas. Me estaba dando órdenes y eso me excitaba. Quítate los calzones, quítate las medias.

Luego yo le pedí lo mismo. La examiné por la cámara, esto es mío, esto es tuyo. Estuvimos hablando hasta que amaneció.

—Quiero tocarte.

—Quiero que me toques.

—Quiero hacerte el amor.

—Quiero besarte.

Los meses que siguieron seguimos hablando y, más o menos así, fui planeando ir a Siria. Comenzamos a imaginar lo que haríamos cuando nos viéramos. Tal vez iríamos por una cena elegante. No en Siria, porque allá no queda nada. Describimos con precisión la forma como nos besaríamos, hasta imaginamos cómo sería nuestra casa si vivíamos juntos. Ella dijo que no le gustaban las cortinas y prefería tener persianas, tal vez podríamos tener un librero en la sala. Podemos tener muebles

de madera, madera clara y pintar los marcos de las ventanas de blanco. Las casas son carísimas. Tendremos que vivir en arriendo primero. Mi familia va a necesitar que te conviertas al islam, nunca aceptarían que me case con una persona de otra religión. No importa, nena, yo por ti me convierto al satanismo. Quiero tocarte. Yo también. Esto es una locura. Pero es lo único que tiene sentido. Están bombardeando Alepo, tengo miedo, mis vecinos se van a ir a Egipto. Vete con ellos. No, tengo que quedarme, estoy haciendo el mejor proyecto periodístico, mira mi canal de YouTube. Pero te estás arriesgando mucho. Estoy cuidando a mi abuela, por eso no me quiero mover de acá. Ella no se puede mover. Toda mi familia se fue a Estados Unidos, pero si yo me voy mi abuela se muere, tengo que quedarme acá y resistir. Sé fuerte, mi amor.

Comenzamos a llamarnos mi amor. Habibi. Comenzamos a decirnos: te amo, te extraño. Comenzamos a tener sexo virtual. Nuestros genitales mixtos en primer plano en la cámara de nuestros celulares. Quiero que me protejas, quiero meterme en tu panza y estar ahí adentro, calientito y sin miedo. Con frecuencia ella se quedaba sin internet y yo esperaba a que se conectara. Con el tiempo inventamos historias. Dijimos que tal vez su gato tenía un romance con mi tía sorda. Nos inventamos que un día íbamos a tener un perro y que yo lo iba a sacar en las mañanas. También mandábamos ruiditos sin sentido. Mientras trabajaba en un nuevo artículo o editando fotos mi jefe me preguntaba:

—¿Qué está haciendo?, ¿ya están listas las fotos?

Y no, no estaban listas porque llevaba horas esperando que Sara se conectara después de que dijeran que Damasco estaba siendo bombardeada otra vez. Solo podía imaginármela

esperando a que el sonido de las bombas terminara, cubriéndose bajo una mesa con su abuelita. Daesh avanza. Bashar al-Asad está perdiendo. El estado Islámico ha invadido Mosul.

R34 llamó a decir que ya no aguantaba más y que quería mi Seconal para suicidarse. Se había vuelto loco. Fui a su casa y lo encontré con los ojos podridos, con tres gusanos atascados al mismo tiempo en su ojo izquierdo, entre la córnea y el cuerpo vítreo e intentando sacárselos con las tijeras de cocina. Le ayudé con eso y luego lo vi desplomarse en el suelo. Estaba furioso con el planeta Tierra porque en Nigeria había habido una masacre, y porque la gente en Colombia no quería la paz, y porque habían elegido a Donald Trump. No hay esperanza, no hay nada, ni mierda. La gente sigue comiendo animales, les importa un culo la tortura y la esclavitud. Siria está de mal en peor. Hubo una masacre en Tumaco.

—No te mates, mejor me vengo a vivir contigo. ¿Qué tal eso? Hay mucho qué hacer. Ver películas, ir a la playa.

No me imaginaba estar en esa situación. R34 era el optimista, siempre decía que había esperanza de tener una mejor sociedad, pero las cosas no podían estar peor. O sonar peor.

—Puedo traer mis cosas. Había pensado comprar un PlayStation con mi salario —en realidad con mi salario solo quería comprar el tiquete para ir a Siria.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—La única esperanza que tenemos está en el sector de la mente compartida. ¿Por qué esperamos a que venga Dios? Nosotros somos los que tenemos la capacidad de crear y transformar e imaginar.

—Acabo de hacer un artículo sobre el hermetismo. Los Iluminati creen firmemente que los humanos seremos los que al final nos salvemos a nosotros mismos —le dije, mientras me quitaba el saco.

—Si Dios fuera el ser omnipotente, omnipresente y omnisciente que todos creen, entonces es un hijo de puta. Si Dios realmente existe es irracional, no entiende, y probablemente tampoco es consciente de sí mismo. Los vaporwavers creemos que Dios es solo una posibilidad y que un día va a venir.

—Creo que lo mejor es no pensar en eso e intentar pasarla bien. Así que voy a venir a vivir contigo.

R34 sonrió, pero no entendía qué estaba pasando. Dejé a mi tía, que le importó un rábano que me fuera o me quedara, y R34 comenzó a compartir su vida con la mía. Llevé mi ropa, mis libros y la mayoría de mis cosas. Al principio parecía que sería muy bueno, pero pronto tuve ataques de querer estar solo y dormir en el sofá. Busco la soledad a oscuras porque tengo miedo de ser amado. Yo sé. Me lo dijo un psicólogo del colegio cuando mi papá desapareció. Yo le respondí que no importaba. Que por eso hacía pocos amigos y los pocos que tenía no los veía con frecuencia, si veía personas con frecuencia era para escuchar sus voces, pero Pacho había sido una excepción. ¡Vamos!, soy un hombre grande con barba, no tengo por qué estar evadiendo abrazos de la gente que me quiere amar porque no siento que merezca esos abrazos.

—Creo que tu mamá te jodió el coco —me dijo R34 una noche en que me paré de la cama que compartíamos para dormir en el sofá junto a Pochis.

—¿Qué quieres que te diga?

—Sé lo que se siente. Yo soy huérfano. Yo te quiero.

—Si sabes lo que se siente, entonces déjame en paz esta noche.

Y yo sabía que debía responder: "Yo también te quiero", pero esas frases simplemente no salían. Solo podía sentir eso por Sara. Porque Sara era yo mismo. Queríamos amarnos, pero ahora esa posibilidad daba miedo. Mi miedo a salir del huevito de mi soledad se hizo más fuerte con las fiestas de los vaporwavers. No eran mala onda, pero a veces quería que mi casa fuera un lugar tranquilo: me encerraba en mi cuarto, me quedaba viendo series de Netflix hasta que se fueran y dejaran de poner música a todo volumen. Una vez tenía tantas ganas de orinar que en vez de salir al baño usé una botella de agua que tenía en el cuarto. Así nadie tendría que verme, ni saludarme. Afuera los chicos decían ocasionalmente, tal vez solo por hacer conversación: "¿Y César?" A lo que R34 respondía amablemente: "Está terminando un trabajo muy importante. Seguro más tarde sale a saludar".

Y mientras yo estaba encerrado, un día me llamó mi jefe, por la forma que me habló el corazón me dio un vuelco y me paré de un salto: "Cesar, pasó algo con un corresponsal. Hay una posibilidad que te podría gustar. Tú hablas árabe, ¿verdad? ¿te gustaría cubrir Medio Oriente?".

casos mostraron que seres semiindependientes seguían creciendo en el cuerpo de los portadores y en un par de casos lograron salir completamente del cuerpo portador. En ese caso, salieron modificados por la información cerebral y física de los portadores mismos. Por eso los nuevos nacidos ya saben hablar, caminar, leer y poseen fragmentos enteros de la memoria del portador. La aparición de una segunda cabeza en el cuello o pecho del portador, y el crecimiento de pequeñas manos saliendo del pecho, se vio en más de la mitad de los casos.

Al recombinarse, los cuerpos simplemente parecen uno sólo. La presencia de este nuevo cuerpo hace que las células del cuerpo viejo se regeneren, mejoren su metabolismo, su nivel de reproducción celular. Básicamente, el portador rejuvenece notablemente. Efectos en piel, músculos y absorción de grasas han sido demostrados. Pacientes portadores con amputaciones regeneraron todos sus órganos faltantes como manos, brazos y dedos. También en cuerpos completamente intersexuales, con ambos órganos sexuales funcionales, se han encontrado autofertilizaciones de óvulos, pero con información genética de personas distintas. La mayor parte del tiempo, estos casos resultan en la absorción completa del embrión, con los mismos efectos anteriormente mencionados.

Al final, el paper examinará los efectos en los cambios demográficos con la dualidad entre estancamiento poblacional, pero con semi-inmortalidad en cuerpos fusionados con metabolismos súper balanceados. Se incluirá un análisis de la curación completa de cáncer en cuerpos fusionados e híper regulados y una reflexión sobre la semi-inmortalidad e inmortalidad celular.

SISTEMA RESPIRATORIO

Las cosas se dieron. Fue casi un milagro. Viajé a Egipto en el 2016, cuando la situación con los refugiados sirios llegaba a un punto insostenible. De hecho, uno de los primeros lugares en los que comí fue un restaurante sirio atendido por una víctima del desplazamiento forzado: culpa de ISIS, de la revolución, de los gringos, de Bashar al-Asad. Era un niño. Where are you from? Colombia. Yes, Shakira, cocaine, I watch Narcos.

Fue R34 el que me despidió en el aeropuerto, aparentaba estar alegre porque al fin iba a encontrar a Sara. Yo sabía que por dentro se le quemaba el estómago por los celos y no lo quería admitir. Ahora se iba a quedar solo en Bogotá, la horrible. Su sonrisa tras la capucha ocultaba ese presentimiento de que su única compañía iba a ser Pochis, el gato, porque sus amigos no eran amigos de verdad. No quería abrazarlo en público, pero le dije adiós hundiendo mi dedo en su ojo izquierdo y acariciando su cráneo y su nervio óptico. Al ver esa penetración incipiente, algunos habrían reaccionado escandalizados, pero nadie nos vio. Ambos sentimos el calor de ese encuentro bajo la piel, valía más que un abrazo y un beso. Noté sus ojos vidriosos de celos enmarcados en su capucha y me fui sin más palabras. A medida que me alejaba, sentía lo que le pasaba a su pobre corazón. Un pedacito de su

corazón estaba en el mío. R34 tenía envidia, lo que habíamos hecho en su casa se parecía a una familia. Estaba ardido, mirando al suelo todo el tiempo, imaginándose formas de matarme.

Fue un viaje largo. Nunca había montado en avión. Fue emocionante desde que me sellaron el pasaporte. Me sentía como un niño. Todos en el avión parecían saber muy bien lo que tenían que hacer, como viajeros profesionales. El avión me llevó a São Paulo, de São Paulo otro me llevó a Adis Ababa, la capital de Etiopía, y otro me llevó de allí hasta el Cairo. Estaba en pedazos cuando llegué porque había dejado mis pastillas para dormir en el equipaje de bodega y todo el desorden del sueño se desequilibró y estuve sudando y respirando pesadamente, teniendo pesadillas entre las mentes de las personas con las que me había fusionado por el largo de mi vida. Cada vez que cerraba los ojos, el cuerpo de Sara y el mío reaparecían en una pesadilla de carne. Eran imágenes precisas e iluminadas de nuestros órganos rasgándose y soltando chorros de un líquido amarillento que me sobrecogían. Un ojo abriéndose entre los pliegues de la vagina de Sara y yo retorciéndome por miedo irracional, atrapado en el espacio claustrofóbico de la clase económica. Mal viaje. Todo sudor.

En el aeropuerto del Cairo me encontré con Aly Gamal ad-Din. Era un reportero del centro de noticias *¡Attention Cairo!*: nuestros periódicos eran aliados y, después de unos detalles, quedamos en que él me iba a mostrar la ciudad. Era un tipo gordo con cabello alborotado y una sonrisa cansada buscándome en la puerta de vuelos internacionales. Encontré mi maleta en la cinta transportadora y la abrí con

desesperación para tragarme unos hipnóticos mientras Aly llegaba. La gente se quitaba su capucha para que los vieran y los reconocieran. Yo venía a reemplazar al reportero que antes cubría Oriente Medio para nuestro diario: un tipo que había muerto después de haber licuado 20 gusanos rojos con 10 gramos puros de somníferos e hipnóticos; al menos eso había reportado *¡Attention Cairo!* Nuestro corresponsal no había planeado un suicidio, simplemente estaba desbalanceado por un niño callejero que estaba perdido en alguna parte del Cairo. Por más que lo buscaba, no había podido dar con él y había llegado al punto del krak sin el apoyo de nadie. Pusieron su cuerpo en una bolsa y lo enviaron con sus familiares en Manizales. Fue una suerte para mí. A ellos les gustaron mis reportajes, por eso subí, porque las páginas tenían miles de *likes*, miles de comentarios.

En el Cairo hacía un tiempo frío antes de navidad y cualquiera habría fallado intentando reconocerme en un gabán y gafas de marco grueso: imaginé lo que mi padre habría pensado de mí si me hubiese visto, tal vez habría pensado que yo ya era un tipo serio con una vida que ya estaba comenzando a funcionar. A mi mamá, por el contrario, le habría importado un comino. Antes era un pelado de pueblo que quería ir a bailar, ahora mírenme, acababa de volar de Etiopía a Egipto para cubrir el tema de desplazados sirios, y podía estar orgulloso de que mi cerebro todavía no se hubiese derretido, veinte años después de mi primera fusión.

Encontré a Aly sonriendo en la puerta de llegadas. Al salir del aeropuerto vi que la policía capturó a un muchacho brasileño y la gente alrededor murmuraba, dijeron que transportaba gusanos deshidratados y le iban a poner una

condena de 20 años por eso. Pensé: "Diablos, ese pude ser yo", pero los gusanos ya no eran tan rentables como la documentación y la investigación.

Aly me llevó al edificio en el que me iba a quedar, dejé mis maletas y bajé porque me propuso llevarme a conocer las pirámides, el Cairo islámico y la ciudadela de Saladino. Yo estaba cansado, me ganó la emoción, así que acepté. Fuimos en su carro, repleto de paquetes viejos de papas fritas y polvo del desierto. Señaló lugares y me fue explicando cosas: "Aquella es la plaza Ataba, la avenida Cornich, la plaza Tahrir, el Museo Egipcio, esa isla se llama Zamalek". La gente piensa que Egipto es un desierto caliente, pero ahora la temperatura estaba por los siete grados y todo el mundo estaba cubierto de pies a cabeza con capuchas y largos sacos de lana de colores; es un desierto helado. Al principio quedé hechizado con el tamaño de los puentes y el tamaño de las avenidas, porque en Colombia no tenemos esa infraestructura, pero luego lo comparé con la cantidad de basura mezclada con arena, al menos nosotros no tenemos tanto desorden. Había mujeres cubiertas con niqabs, que iban más encima cubiertas con capuchas de lana, parecían tamales negros con trapos colgando. ¿Qué sentido tenía cubrir más a esas pobres viejas? También había iglesias coptas, montones de gente en galabeyas, lugares para comer shawarma, enormes mezquitas cubiertas empolvadas, minaretes altísimos, el sonido del azhan cuando el muecín canta ¡Allaaahh hu akbar!, la llamada de la oración. Todo resueltamente familiar por mi conexión con Sara. No fue difícil leer árabe por primera vez. Al principio tartamudeé, pero una vez abierto el corcho de mi árabe fue como si fuera el idioma de mi infancia, podía entender casi

todo y responder en un árabe similar, pero con muletillas distintas. Me preguntaron que si era sirio, y que dónde había aprendido árabe. Aly también estaba sorprendido, pero cuando le dije que me había fusionado con una siria en 1997, él casi dio un salto: "No digas eso en voz alta".

En la noche del primer día nos sentamos a charlar en un aqwa; una especie de café callejero para fumar shisha y tomar té o café barato. Comenzamos hablando de la guerra y de la revolución, la charla se puso más interesante, él estaba soltando datos inauditos, haciendo conexiones que no había escuchado antes, y recomendándome libros para empaparme y tener un mejor contexto antes de escribir cualquier babosada. Una introducción rápida y palpitante a la política de Medio Oriente del siglo XX. De Gamal Abd el Nasser, a la muerte de Sadat después del proceso de paz con Israel. Luego llegamos a las conspiraciones. Aly dijo que, aunque las conspiraciones parecen cosa de gringuitos locos que no tienen amigos y solo ven videos mal hechos de YouTube, la gente que estudia conflictos políticos en esta región las toma con cierta seriedad: un fotograma revisado infinitas veces señalado por un círculo amarillo en una de las torres gemelas, muestra importantes conexiones con los Iluminati. El resto de la noche se volvió una mini entrevista, algo intimista, pidiendo otro café turco y haciendo más preguntas.

Aly, fumando shisha: antes del 2001 no había atentados terroristas en esta región. Te lo juro. Ni suicidas bomba, ni nada de eso. Por eso casi todo el mundo piensa que lo de las torres gemelas fue un trabajo de auto–sabotaje, para joder el Medio Oriente.

Auto–sabotaje: Cuando la Unión Soviética se formó, y decidieron crear una organización ficticia para reclutar a todos los que estuvieran en contra del gobierno comunista, después de hacer atentados que parecieran serios contra el propio partido reclutaron un gran número de opositores que cayeron en la trampa y fueron eliminados, fusilados, asesinados.

YO: ¿Por qué dices eso?

Aly: Desde que la Unión Soviética se disolvió en el 91, América se quedó sin un enemigo.

Aly sorbió del tubo de su pipa de agua y produjo burbujas. Luego soltó una enorme nube blanca con olor a manzana.

Yo: América es un continente, no un país...

Aly: Lo que sea. Los americanos se quedaron sin un enemigo claro durante los noventas, sin motivos para controlar nuevos territorios, sin nada que proteger. ¿Si me entiendes? Para avanzar por las áreas que habían sido su zona de influencia durante la Guerra Fría, y para ampliar el territorio israelí, tuvieron que inventarse una estrategia más compleja. La caída de las Torres Gemelas fueron el primer evento de esa narrativa.

Videos de YouTube: Pueden ver las explosiones internas que hicieron colapsar al edificio. Una vez más, y acá, pequeñas detonaciones que no pueden explicarse.

Una persona en Manhattan, cubierta de polvo de edificio destruido: Escuché un ruido terrible adentro.

Otra persona en Manhattan: Sí, hubo una bomba, o algo.

Otra persona en Manhattan: Nunca había escuchado algo así.

En el video, alguien señalando los pedazos del avión: Este es el motor que supuestamente tiene un Boeing 757, pero

este es el motor que tenía el avión que chocó con la torre sur. Son totalmente distintos. No existe evidencia de que lo que chocó con el pentágono haya sido un avión. Las imágenes solo muestran parte del pentágono destruido. El gobierno puso las bombas, permitió que el ataque sucediera. Y luego, prácticamente de la nada, había comenzado una cruzada en contra del terrorismo islámico.

Los videos muestran las torres desde todos los ángulos posibles señalando los errores de la prensa, los errores de los comunicados oficiales, las respuestas de la gente.

Confirmado, 9/11 fue un trabajo de auto–sabotaje.

Yo: En Colombia el terrorismo ya era cuento viejo. Cuando yo era chiquito las FARC volaban torres de energía a cada rato y nos tocaba con racionamiento eléctrico, reunirnos de noche a escuchar la radio de pilas de mi mamá, allá en Timbío. Y cada rato atacaban a la policía y eso.

Aly: Sí, el problema es que este tipo de terrorismo es algo mucho más grande. Y tiene unos propósitos muy misteriosos. Ahora piensa en esto: la guerra en Iraq. La invasión a gran escala que acabó con el régimen de Saddam Hussein, fue ilegal. Según el Derecho Internacional Humanitario nadie puede invadir a un país por prevención. Estados Unidos y Reino Unido firmaron esa carta en los setentas, después de la independencia de Vietnam, pero se inventaron todo esto de las armas químicas. Esa fue básicamente la razón por la que fueron a Iraq y, cuando llegaron, no había nada. La razón por la que ejecutaron a Hussein fue por crímenes que había cometido en los 70s, una guerra que comenzó por una cosa terminó justificada por otra. ¿Sí ves? Todo esto tiene que ver con la Guerra Fría. Los grupos radicales que pelearon contra

los rusos en Afganistán terminaron siendo los Talibanes y Saddam Hussein fue el que ayudó en la primera guerra del golfo pérsico contra Irán, contra la nacionalización de su petróleo. Pero ahora la cosa evolucionó. Tenemos a ISIS y tenemos las revoluciones de la primavera árabe. Mucha gente dice que todo eso es orquestado por la CIA, ellos quieren desestabilizar a Siria, a Egipto, por supuesto a Iraq, el plan final es hacer que Israel se expanda. ¿Me sigues?

Yo, (dudándolo): Sí. ¿Para qué querrían desestabilizar a esos países?

Aly: Porque eran países con un ejército fuerte. Pero el terrorismo se lo inventaron ellos, el enemigo no existe. Les importa un comino la cantidad de gente que muera en Siria, todo hace parte de ese plan. No solo por recursos, sino por acabar con el viejo mundo no occidental y crear una economía mundial. Darle poder absoluto a unos pocos avaros. Tal vez los dueños de unas compañías y ya. El terrorismo es una invención para justificar todo tipo de barbaridades, la mejor arma que tienen para que sea así es la información, la prensa.

Yo: Me parece que esto se sale del periodismo ortodoxo, no sé si creerte.

Aly: Porque el periodismo ortodoxo es demasiado cobarde. ¿Viste lo de Giulo Regeni?

Yo: No. ¿Quién era?

Aly: Un italiano que hacía su tesis doctoral sobre la revolución del 2011. Estaba acá en el Cairo haciendo investigación. Un día desapareció, las últimas personas que lo vieron dicen que se fue con la policía. Luego apareció muerto en la carretera que va del Cairo a Alejandría. Tenía signos de que lo habían torturado de una forma horrible. El reporte

que leí dice que tenía signos de que le habían dado puños y patadas, tenía una docena de huesos partidos, le apuñalaron las plantas de los pies, tenía quemadas de cigarrillo por todo el cuerpo, y una vértebra cervical rota. Se volvió un problema internacional. ¿Por qué mataron a Giulio?

Yo, visiblemente asustado: ¿Por qué lo mataron?

Aly: Por la misma razón por la que invadieron Iraq.

Este video de YouTube se llama: *¿Se acerca la paz mundial?* El 2016 parece estar dirigido por Quentin Tarantino, porque hay atentados multitudinarios, dos por semana, mucha, mucha sangre. Sin embargo, este video propone que en realidad cada vez tenemos menos muertes violentas. Lo que sucede es que nos volvemos cada vez más conscientes de la violencia. La prensa tiene un poder enorme sobre los humanos y la forma como entienden el mundo. La sensación de paranoia, miedo y terror aumenta, hasta convencer a la gente de que el mundo en el que siempre hemos vivido es, realmente, peligroso. Con la prensa se puede mover a la gente más fácilmente, con la prensa y la paranoia se puede justificar una guerra directa. Los diarios independientes no tienen mucho que decir, pero BBC y CNN son los que mueven todo.

¿Qué es la guerra en Medio Oriente?

Aly: Muchos de los objetivos ISIS son turistas. ¿Por qué?

Yo: Para destruir el turismo.

Aly: Antes teníamos filas de turistas para entrar a ver las pirámides. Hoy tú entraste así no más. Sin turistas hay menos personas percibiendo lo que está sucediendo acá, es otra forma de control. Si desestabilizan la economía de estos países será más fácil invadirlos, controlarlos y transformarlos.

¿Alguna vez has escuchado lo del Nuevo Orden Mundial? La idea de un gobierno para toda la Tierra.

Para ese punto ya estábamos yendo bastante lejos.

Yo: Sí. Y las conspiraciones Iluminati y eso.

Aly: Sí, la idea es crear diez regiones administrativas. Según muchos va a ser una cosa poco democrática, con mucho control. Quieren crear un nuevo mundo. Puede ser que solo quieran poder, que realmente quieran crear un mundo mejor y que nosotros no entendamos que toda esa gente tiene que morir para poder crearlo. No lo sé.

Aly mostraba una enorme sonrisa, como de que esto, a pesar de que incluía suicidas bomba, muertos y desplazados y gente ahogándose intentando llegar a Europa en campos de concentración, era realmente interesante. Seguimos hablando de política, de cómo la política y Facebook se han mezclado, de cómo la existencia de Donald Trump depende del miedo y de los noticieros. Y luego, después de un rato, la conversación se fue por otro camino. Comenzamos a hablar de inteligencia artificial y después de compartir lo que sabíamos él dijo algo que tal vez había escuchado antes:

Aly: Tal vez has conoces la idea del Cerebro Mundial.

Este video se llama: *¿Está internet evolucionando como un cerebro?*

Parece que nuestra interacción con internet se está convirtiendo no solo en algo a lo que le damos nuestra información, sino algo que también está cambiando nuestra forma de obtener conocimiento y, con ello, nuestro comportamiento. Internet nos está transformando. Un científico británico, cuyo nombre no recuerdo, dice que, si

uno mira internet desde afuera, está comenzando a tener el aspecto de un cerebro humano: redes de información, cúmulos de neuronas por donde cierta información pasa de un lado a otro, está mostrando signos de inteligencia. Cuando algo se vuelve viral, es algo que afecta a casi todo el cerebro, como un pensamiento que tiene por unos días. Eventualmente, internet comenzará a tomar sus propias decisiones y los humanos no se darán cuenta de que su comportamiento ha sido cambiado a propósito.

Yo: Pero hay algo que todavía no se ha integrado, o que es como una fuerza en contra.

Aly: Sí. La síntesis. No tengo idea de porqué parece menos importante. Tal vez la prensa intenta siempre reducir su importancia. Los monstruos desde hace rato son vistos como enfermedades contagiosas, como el SIDA.

Aly se quedó mirando mis ojos heterocromos sabiendo que yo no era un asustadizo. Por nuestra interacción pude notar que era un tipo que se emocionaba con facilidad con lo que hablaba. Después de leer sus artículos notaría que iba por las cosas casi sensacionalistas, saltando de sucesos increíbles de uno a otro, sin miedo a proponer teorías locas y haciendo entrevistas a personajes clave en la política egipcia. No era una súper estrella, pero tenía influencia y seguidores en Twitter.

La noche estuvo intensa, Aly parecía feliz terminándose su café y expulsando una última nube de humo blanco que olía a manzana, él pagó lo que tomé y nos despedimos.

Aly: Si necesitas algo sólo llámame.

Caminé a mi hotel en el centro, estaba cerca. Algunas personas notaron que era un extranjero e intentaron venderme hash y pirámides de llavero, pero no tenía tiempo para eso.

Subí al hotel, abrí la ventana y vi el Nilo dando destellos de las luces nocturnas a las 2 de la mañana. Me quedé dormido viendo las noticias que señalaban exactamente las cosas que tendría que revisar al día siguiente: cómo están viviendo los refugiados sirios en Egipto.

*

La gente de Damasco y de Homs lo había perdido todo en los incesantes bombardeos que convirtieron ciudades lindas en queso gruyere. Me tardé una semana en recoger testimonios, fotos de la embajada siria, entrevistas con gente que trabajaba en restaurantes de comida siria, aqwas, pollerías, un odontólogo, un estudiante de ingeniería de Damasco.

Abd el Fatah (cocinero): Creo que Egipto es el único país que ha recibido a los sirios con dignidad. El único país árabe que no puso a los refugiados a vivir en campamentos, en rejas lejos de la gente. Ahí la gente no tuvo que llegar a vivir a las calles.

Yo (en inglés roto y con ayuda del traductor de Google): ¿Siente que lo tratan bien en Egipto?

Abd el Fatah: Sí. Los egipcios y los sirios somos como hermanos. Desde que llegué la gente me da la bienvenida y me dicen que si necesito algo puedo contar con ellos. Son muy buenas personas. Algunas veces he escuchado comentarios como que estamos quitándole el trabajo a los egipcios, pero ellos no se dan cuenta de que nosotros también estamos ayudando a la economía egipcia.

Yo: ¿Está contento en el Cairo? ¿El trabajo que tiene es suficiente?

Abd el Fatah: Realmente no me alcanza. Antes un cocinero podía ganar 6000 libras o 7000 libras, pero después de la revolución en el 2011 ahora máximo 3000 o 2500 libras. La economía no está muy bien, menos para recibir todos estos refugiados. Tengo tres hijos y mi mujer no ha conseguido empleo, yo quisiera que ella no trabajara, pero no podemos darnos ese lujo.

Yo: ¿Pero se siente bien? ¿Tranquilo?

Abd el Fatah: Pues Alhamdulillah (la gloria a Dios). Estoy en una situación mucho mejor que muchas otras personas que conozco.

Volví al hotel después de entrevistar mujeres que hacían fila para conseguir un permiso de la embajada para trabajar, niños que intentaban acostumbrarse a sus nuevos colegios, estudiantes universitarios que trataban de homologar las materias nuevas en la universidad del Cairo y que vivían en apartamentos minúsculos, donde tenían que lavar la ropa a mano. Volver al hotel era caminar por avenidas empolvadas, esquivar mujeres que extendían la mano. Calles que no tenían aceras, donde las motos iban en contravía.

Durante esa semana comencé a entender el Medio Oriente. Los sanitarios tenían un bidé que lanzaba agua a presión para limpiar el culo con facilidad. No todas las musulmanas estaban cubiertas, los cristianos se hacen tatuajes, cosa que está prohibida para los musulmanes. La siguiente semana ya me había enterado de lo de la mutilación femenina. Parece que el 80% de las mujeres egipcias no tienen clítoris, sin importar si son cristianas o musulmanas. Nunca había escuchado semejante cosa. Se los cortan cuando tienen como siete años, casi todos los hombres están circuncidados.

Los fines de semana comienzan los viernes y el domingo es un día para trabajar. El desayuno callejero casi siempre incluía té y un sándwich relleno de fríjoles. Tuve que tomar fotos de todo esto: de las ensaladas, los encurtidos, la idea de usar el pan como cuchara para comer tahina, de las pipas de agua, de los hombres que se sientan a jugar backgammon, a tomar café turco, del tipo que pone los carboncitos de la pipa de agua.

Suena el llamado de la oración, el Nilo se ve triste cuando lo ataca la niebla y yo estoy solo, tomando fotos. La gente hace chistes sobre cualquier cosa.

La segunda semana me enteré de que las parejas no se pueden besar en la calle, la policía se los puede llevar a la cárcel o pedir un soborno. Fusionarse con alguien es un crimen. Había algo inquietante y profundamente distinto. Las personas no parecían estar perdiendo la cabeza. Hombres y mujeres no podían tocarse por definición y el sexo y otras experiencias corporales eran un tabú antes del matrimonio. El número de gente que se había fusionado desde 1998 era mínimo, según las estadísticas y nadie tenía desbalances extremos. Eso era interesante. En Colombia habíamos cometido un error reggaetonero: habíamos permitido tocarnos, ahora estábamos como locos buscando a todas, absolutamente todas las personas que habíamos tocado. De alguna forma, lo que queríamos era... que fueran parte nuestra.

OTRAS CINCO COSAS QUE NO SABÍAS SOBRE LA FUSIÓN

Hoy queremos hablar de otras cinco cosas que hacen parte del lexicón común desde que comenzaron las fusiones.

1. Acumulación o súper-balance: la menos estudiada de las características de este nuevo fenómeno. Es cuando varias personas o animales se unen en un solo lugar, creando un súper-balance, como un gigante. Generalmente estos grandes cuerpos se desarman fácilmente, los cuerpos que los conforman se desagrupan. Las personas que dicen haber sido parte de un súper cuerpo, una porción mínima de la sociedad, dicen que fue una de las experiencias más hermosas de sus vidas.
2. Theosis: concepto conocido por la Iglesia Ortodoxa Oriental, especialmente conocida por la Iglesia Apostólica Asiria que sigue con cuidado un pasaje bíblico en el que Juan asegura que los humanos, tras alcanzar la salvación, se convertirán en algo parecido a Dios. A finales del siglo XX se consideró que la Theosis era la finalidad última de la fusión.
3. Opuestos: han sido uno de los temas más controversiales desde que comenzaron las fusiones accidentales. Todos hemos escuchado de un ser querido, o un familiar de un conocido, que estalló en llamas después de intentar fusionarse. Desafortunado para algunos, celebrado por otros. Investigaciones recientes indican que aproximadamente el 0.1 por ciento de la población mundial sufre de este raro trastorno cuántico. Lo más extraño del fenómeno es que algunas personas normales pueden volverse opuestas y viceversa, sin que haya una razón clara.
4. Krak: ¿Quién no ha sufrido un krak por un desbalance 9 o 10 en la escala de Straslünd? Todos, ¿verdad? Hay una explicación científica. Al parecer, las ondas/partículas de nuestros cuerpos quedan alineados en un spín específico después de una fusión. Nuestro sistema requiere recalibrarse con los cuerpos con los que nos fusionamos en grandes proporciones; el cerebro interpreta esto como algo parecido a la nostalgia, o la saudade. Los efectos pueden ser tan potentes, que se han comparado con el síndrome de abstinencia sufrido por adictos a la heroína.
5. El Valle del Emperador Sol: Tal vez solo los iniciados hayan visto este paisaje psicodélico, pero todos los que han consumido gusanos rojos y verdes describen alucinaciones similares y las han descrito de formas semejantes, incluso considerando la barrera idiomática. Varios psicólogos del MIT han propuesto que no es más que una representación de la consciencia colectiva, una aparición posible gracias a la telepatía química en la que todas las mentes pueden encontrarse. Aclaramos que nuestra intención no es estimular el uso de gusanos o estupefacientes de ningún tipo, y no nos hacemos responsables por su uso recreativo.

DESBALANCE POR DISTANCIA

Conocí a una reportera que parecía muy moderna y que trabajaba también para *¡Attention Cairo!* Me dijo que la acompañara a su edificio por algo. Cuando iba a seguirla dio un giro y me increpó:

—¿Qué estás haciendo?

—Ah… ¿quieres que te espere acá?

—Tal vez no sabes esto, pero en Egipto los hombres no pueden subir al apartamento de una chica.

—Lo siento, no lo sabía.

De hecho, algunas mujeres no se dejan tocar, no se saludan de pico con hombres, a veces ni siquiera les dan la mano. El metro tiene una sección de mujeres. Es extraño para mí. Ella se llamaba Heba, nos sentamos a tomar café en un Starbucks, dijo que su papá era de Arabia Saudita. Las personas en esta región del mundo no tienen sexo hasta que se casan; hablamos un rato de eso, le dije que en mi país la gente follaba por primera vez cuando tenían como catorce, a pesar de la fusión. Casi siempre usan condones enterizos que cubren a la gente hasta la boca.

—Sí, creo que no deberías hablar de eso acá.

—¿Qué?

—Lo siento, en Egipto somos un poco conservadores con el tema de la fusión y el sexo. Nadie admite que se haya fusionado en su vida.

—Diablos, qué son, ¿bebés?

No, no eran bebés. Estaban un poco locos con la religión, pensaría un observador incauto; una mirada más atenta revelaría que no estaban locos por la religión, más bien estaban locos por el qué dirán. Las mujeres que tienen sexo antes del matrimonio son unas "putas", unas mujeres sucias; los que no oran son infames; intentan mostrar su religiosidad todo el tiempo porque eso los certificaba como buenas personas, no porque realmente sean tan piadosos. En el metro se les podía ver leyendo el Corán. Los viernes a la hora de la oración iban en manada a la mezquita o la musala más cercana. Las tiendas estaban tapizadas con cuadros de oraciones que funcionaban como amuletos para traer la buena suerte. Cristianos o musulmanes por igual mostraban su religiosidad. Fui a ver una película al cine en un centro comercial lleno de chicos con peinados extravagantes que sobresalían sobre sus capuchas y pantalones apretaditos. Fue bastante obvio que acababan de censurar dos o tres escenas de besos y una escena de sexo en el cine. Genial.

Aly no era así, él decía que Egipto estaba más enganchado al porno que cualquier otro país. Los grupos LGBT no eran legales, pero él había hecho unos reportajes sobre ellos de forma anónima. Dijo que eran personas muy abiertas y nada mojigatas.

—Eso que has visto, toda esa mojigatería, es solo en ciertos sectores de la sociedad. Otros sectores son mucho más abiertos, especialmente la gente rica, la gente que se ha influenciado con la cultura occidental.

*

Viví en el Cairo casi cuatro meses en una zona llamaba Boulaq: era mucho más barato que lo demás. Pasé año nuevo en soledad, tomando vino en mi habitación y mirando por la ventana. Hacía meses que no sabía nada de Sara, no contestaba mis mensajes, pero sabía que estaba viva. Podía sentirla dentro de mí. A veces no pasaba nada, simplemente me despertaba y estaba todo el día encerrado viendo Game of Thrones, arrebujado en mis cobijas. Hice más o menos 15 reportajes sobre Siria, Egipto, sobre Arabia Saudita y sobre conflictos religiosos en varias regiones del país. Los enviaba junto a una colección de fotos, con composiciones perfectas que Leonardo Da Vinci habría amado; un manejo de luz, color y texturas formidable. Viajé al sur y conocí Luxor y Aswan, hice entrevistas sobre los programas de las ONGs para la reducción de la pobreza. Donde fuera que preguntara sobre la fusión, la gente parecía un poco molesta, avergonzada o incómoda. Por eso hacer reportajes sobre eso fue difícil. Descubrí que, si una pareja tiene sexo fuera del matrimonio, los familiares intentarán matarlos, peor las cosas si los implicados eran de distintos grupos religiosos, y las fusiones entre muchachas vírgenes y tipos de villas vecinas habían resultado en casas incendiadas y turbas atacando iglesias coptas.

Todo ese tiempo estuve buscando a Sara, que no había actualizado su blog desde hacía varias semanas, eso me tenía preocupado. Tengo un mapa repleto de información sobre dónde ha estado, por dónde se ha movido, el trabajo como

reportera de su propio blog la había vuelto famosa durante el 2011 y 2013. Para mí era una especie de superestrella de la prensa independiente, una mujer fuerte que inspiraba mi trabajo. Mucha gente la seguía, pero ya no era tendencia, casi se habían olvidado de ella, y hace unos meses no aparecía. Un reportero independiente escribió que Sara estaba escribiendo un libro sobre Siria y el Estado Islámico incluyendo giros sospechosos, reportes de gente fusionada con espías que habían confesado, e información delicada sobre Giulio Regeni. Cuando comenzó la migración, me enteraría luego, ella prefirió quedarse, vestida con un niqab de lana, viajando a pueblos pequeños sin revelar su identidad y cuidando a su abuelita. Con el último gusano rojo que me metí antes de salir de Colombia, la encontré en el valle del emperador sol, y cuando la experiencia terminó, encontré que mis manos se habían movido solas: había escrito un texto que se llama Lamento de Damasco. Describía con minucia lo que había sucedido, hora por hora. Decía: "¡Mis calles! ¡Mis iglesias! ¡Mi mezquita! Todo está en ruinas. La ciudad está vacía". Pude ver su cuerpo como si hubiera crecido al tamaño de una montaña recostada sobre la ciudad, lloraba por los humanos muertos que apretaba en las manos, sin entender qué diablos estaba sucediendo. Murmuró que los edificios estaban en pedazos. Había resistido hasta el último momento, las bombas habían caído destruyendo las cosas bellas, fotografías de gente muerta en charcos de sangre, hombres cubiertos de polvo arrastrando gente afuera de los edificios antes de que se derrumbaran con una bala en la espalda. Los blogs de reporteros independientes mostraban a los refugiados caminando por el desierto sirio esquivando balas y escondiéndose de tanques antes de llegar a la costa en

Tira, donde pagaron lo que les quedaba para abordar el último barco. Los flashes de las bombas mostraron una silueta de un muchacho que corría en la oscuridad: Giulio Regeni, el italiano que murió torturado por la policía egipcia.

Busqué información, pero Sara no aparecía por ningún lugar. Algunos periodistas se habían hecho la misma pregunta, nadie sabía nada. Después de esas semanas entré en estado de alerta y la magnitud de mi desbalance comenzó a alterarse. ¿Dónde está Sara? ¿Dónde putas se metió? Estaba llegando a 9 en escala de Straslünd. Estaba cerca del krak. Me encontré con el pulso acelerado, caminando de un lado a otro, buscando a alguien que pudiera saber algo. Las noticias eran limitadas.

Aly me recomendó un dealer de gusanos en el Cairo. No eran famosos allá, la gente apenas consumía hash, pero a lo tranqui; los hipnóticos y somníferos se vendían a regañadientes. No era lejos de mi barrio y podía ir caminando. Me fui arrebujado en mi gabán y con la capucha puesta, internándome en un barrio de talleres de mecánica vacíos y mezquitas abandonadas. Giulio Regeni. ¿Quién era? Sara, qué relación tenía con él.

El dealer vivía en un segundo piso, estaba tan loco que cuando me invitó a pasar no parecía estar viéndome, sino sintiendo un fantasma. Le costó entender que estaba hablando en otro idioma. Se bajó los pantalones, se sacó la verga cubierta de orugas rojas y, con el dedo pulgar y el índice se sacó un gusano rojo de la uretra. Soltó una carcajada porque yo estaba mirándolo con asco.

Me dio el gusano en una bolsa mientras yo todavía tosía por el krak de la consciencia. Antes de irme le pregunté:

—¿Sabes algo de Giulio Regeni?

—¿El italiano que asesinaron? No era un espía, eso es todo lo que sabemos —dijo el dealer a punto de cerrar la puerta. Era la hora de la oración y el azhan repicaba en todas las calles.

—Necesito más información —le dije. Aunque su cara me dio mala espina y ya me estaba arrepintiendo de haber preguntado.

—¿Reportero?

—Amigo de Giulio.

Me miró de arriba abajo, se fijó en mi ojo heterocromo y en la evidente falta de balance en mi cuerpo.

—No me quiero meter en problemas —dijo. Miró a todos lados y luego susurró—. Giulio encontró información sobre las revoluciones del 2011. Los gringos estaban detrás de todo. Nunca fue una revolución real. Si quieres toda la información ve con Sara Ahmed. No puedo decir nada más.

Vi el gusano con ojos de hambriento, fue una botella de agua para un sediento. Lo puse en mi ojo y se metió instintivamente por el lagrimal. No pude esperar para llegar a casa; mis ojos se pusieron rojos brillantes como luces traseras de carro. Caminé trastabillando por las calles rotas de Boulaq, saliendo del callejón de los desposeídos. Algunos monstruos que vivían a escondidas en fábricas abandonadas y que vendían drogas y fusiones con animales me miraban desde tiendas de chatarra mientras mi consciencia daba un salto hacia otra dimensión. Mal. Estos hijueputas gusanos egipcios parecían una intoxicación con hash. La comunicación telepática pocas veces era clara. Siempre parecían intervenir códigos, señales un poco confusas. Cuando las visiones se disolvieron, unas siete horas después, me quedé quieto, babeando en mi

cuarto, moviendo mi cuerpo en suaves y rítmicos espasmos de beciltriptamina A, que tenía el gusano en su corazón. Me quedé quieto en mi cama viendo una lagartija pegada al techo. Hice un esfuerzo por incorporarme y noté que había escrito el nombre de Andrea Ghisi en mi computador, cientos de veces.

¿Quién era Andrea Ghisi? Al buscar ese nombre, Wikipedia me dio datos sobre un noble veneciano que ocupó la isla de Mykonos y Tinos durante la Edad Media. No pude concluir nada claro, pero se me ocurrió que ella debía estar en una isla griega: primero investigué los refugiados sirios en Grecia. Al día siguiente ya había conseguido, con personal de la ONU, una lista de refugiados que estaban en Mykonos y Tinos. Les dije que buscaba a un familiar sirio y fueron muy amables. Leí las listas detalladamente, usé la herramienta de búsqueda, pero ella no aparecía. Dos organizaciones, Rescue.org y otra en Atenas me dijeron que tenían pocos refugiados en Mykonos y aún menos en Tinos, casi todos estaban en Lesbos, quizá mi información estaba mal. Los refugiados en Grecia vivían en campamentos que difícilmente cumplían con estándares básicos de vida. No había suficiente comida, ni agua; algunos llevaban en los campamentos desde el 2012 y no tenían permiso para trabajar. Pregunté a Aly por listas de refugiados, pero me envió a los mismos canales que ya había revisado. Algo estaba pasando, me había tardado demasiado en actuar por estar trabajando para el periódico. Sabía que la mayoría de los refugiados se habían estado moviendo hacia el norte, a la frontera con Macedonia; pensé que tal vez ella estaba allá.

Cuando me iba a dormir encendí la tele porque no dejaba de pensar. Buscaba algo de acción que me hiciera pensar en

otra cosa, pero lo había dejado en CNN la noche anterior: pasaban algo en directo sobre nuevos barcos de refugiados. Subí el volumen, vi las imágenes de dos o tres barcos a rebosar de gente, se reportaba que otro barco había naufragado y que probablemente más de trescientas personas habían muerto. Luego vi un reporte con fotografías muy malas sobre un avistamiento en la playa nudista: "Un humano gigante, de varios metros, abatido por la policía griega". ¿A dónde estaban llegando los gigantes? Y al final lo dijeron: "Estamos reportando desde Mykonos, Grecia. CNN, buenas noches".

RECOMBINACIÓN

El 3 de julio de 1997 sucedieron las primeras fusiones, la mayoría dice que fue alrededor de las once de la mañana. Unos minutos antes habían tocado a alguien, dado un apretón de manos o un abrazo fuerte. Unos minutos después, simultáneamente, los operadores de la línea de emergencias de todas las ciudades del mundo se saturaron; recibieron llamadas de sucesos catastróficos en oficinas, colegios, casas, en la calle. Los centros de noticias locales comenzaron su reportaje con casos en vivo: personas que intentaban hacer un high five, chocándose las palmas, pero las manos seguían derecho. Las cámaras mostraban un acercamiento, señalaban los efectos, al principio inofensivos, de la fusión. BBC y CNN se apoderaron de la noticia en pocas horas con titulares que mostraban el nivel de alerta: "Inexplicable", "Un fenómeno mundial", "Absténgase de tocar a otras personas", "Absténgase de tocar animales". Una persona mostraba su mano cubierta de largo vello dorado después de acariciar a su golden retriever.

El primer caso de una fusión completa documentada de principio a fin, con cubrimiento de la BBC, fue el del pianista kenyano Aaron Rimbui con Adashé Bulawayo, un expatriado de Zimbabue que vivía en Nairobi, a donde había llegado

buscando un mejor trabajo y desde donde enviaba remesas a sus familiares en Harare. El incidente ocurrió el mismo 3 de julio de 1997 en la tarde. Rimbui no había escuchado las noticias en todo el día y no había tocado a ningún ser vivo; su carro estaba cruzando la avenida Harry Thuku cuando por un momento de distracción Rimbui chocó contra un carro pequeño en el que conducía Bulawayo. Cuando intentó solucionar el problema, las cosas se salieron de sus manos y terminó enfrascado en una discusión que poco a poco se volvió más violenta; no está claro quién fue el primero que atacó, pero Rimbui embistió rápidamente al zimbabuense usando toda la fuerza de su cuerpo. Rimbui atravesó a Bulawayo, saliendo por su espalda y cayendo al pavimento ante la mirada estupefacta del pequeño corro que se había formado alrededor. Según un testigo, el pianista, después de recuperarse, aún atontado con lo que había sucedido, habló, intentando calmarse.

Aaron: Mira, te puedo pagar el daño que le hice a tu carro. Dame tu número y yo te doy mi tarjeta. ¿Vale?

El conflicto se disolvió rápidamente.

Son hechos fortuitos que Bulawayo haya vuelto a su trabajo como chofer de la familia del embajador egipcio, que el embajador le haya hecho pasar más tarde para pagarle el salario mensual y que en la sala de la casa del embajador hubiera un piano de pared. El embajador le dijo que se veía distinto, como si se hubiera hecho una operación o algo. Antes de pagarle, el embajador se entretuvo con una llamada telefónica. En ese momento, Bulawayo se sintió extrañamente atraído hacia el piano. Intentando que el embajador no lo notara, Bulawayo quitó el protector de las teclas y presionó

un par. El embajador manoteó hacia Bulawayo intentando decirle que se detuviera porque iba a ensuciar el precioso instrumento musical, pero el conductor no hizo caso. Se sentó como si el piano fuera suyo y ejecutó con maestría la Rapsodia húngara número dos de Franz Liszt.

Embajador egipcio: Tuve que colgar y llamar a mi esposa y a mi hija para que vieran lo que nuestro chofer era capaz de hacer. Tengo a mi hija en clases de piano desde que tiene 6 años y ella identificó la pieza que estaba tocando el conductor.

Adashé Bulawayo había cambiado drásticamente: no solo su inglés había mejorado y era capaz de tocar el piano con maestría, sino que poseía un conocimiento musical vastísimo y una forma de entender la política que nunca había considerado antes. Por su parte, cuando el famoso pianista Aaron Rimbui fue a ensayar con la banda en la que estaba trabajando, todos quedaron desconcertados: tenía cambios fisionómicos extremos. Comenzaron a trabajar y Aaron se paró incómodamente frente al teclado, como si estuviera frente a un examen en chino. Tocó una tecla, por si al hacerlo sus manos recuperaban su memoria táctil, pero seguía perdido.

Aaron: Fue muy difícil para mí aceptar que durante esa primera fusión había pasado por un proceso de estupidización, porque prácticamente olvidé casi todo lo que sabía de historia, de música, de filosofía. Ese día entendí un montón de cosas en las que nunca había pensado antes: entendí la vida de ese hombre y cosas sobre Zimbabue que no conocía. Conozco calles de Harare como si fueran la palma de mi mano, pero nunca he estado allá. Ahora sé cómo hacer

pan, una consecuencia insólita, y también tengo la sensación de entender lo que significa no haber vendido pan en un día entero y no tener nada que comer en la noche.

Aaron y Adashé se volvieron a encontrar un poco más calmados, pensaron que podían intentar vivir así, pero Aaron necesitaba su talento de vuelta. El problema se convirtió rápidamente en uno de clases sociales: entre quien quiere quedarse con la erudición que no pudo tener de forma natural por falta de privilegios y quien perdió todo el conocimiento en el que invirtió todo su tiempo y no quiere tener la vida de pobre que pertenecería a su contrario. La vida de Aaron Rimbui se convirtió en una pesadilla; estaba a punto de perder su trabajo, su carrera, su familia y hasta su nueva casa, porque no había terminado de pagarla. ¿Quién era Shostakovich? ¿Qué era una clave de sol? ¿Qué era una escala? Lo había olvidado todo.

Aaron: Tenía que recuperar mi vida.

La policía no iba a responder por este ultraje porque nada había establecido en ese entonces el marco legal de la fusión accidental. Desesperado, Aaron rastreó al chofer, y la noche del 7 de agosto de 1997 sucedió un evento que no se había visto antes. Aaron y Adashé se encontraron en un salón de ensayos donde Aaron solía practicar; desprovistos de cualquier objeto que pudiera resultar dañado, se desnudaron y comenzaron una pelea que nada tenía de violento, porque los puños seguían derecho. Hasta entonces todos los campeonatos de lucha libre, boxeo, karate y kung fu se habían cancelado, a menos que se usara un traje enterizo de lana gruesa, la falta de sudor y expresiones faciales había deformado el negocio

porque a nadie le interesaba ver a dos peluches peleando: los campeones y participantes habían sido condenados a las luchas underground con coloridos trajes de lana, donde nadie se fusionaba con nadie. Aaron estaba decidido a recuperarse.

Aaron: Después de esos meses ya me había imaginado que sería imposible recuperar el cien por ciento de mi talento, pero tenía que hacer lo posible por un buen porcentaje.

Aaron y Adashé pelearon por dos horas. Los cabezazos, los puños, las patadas, el paso de información de un lado a otro, los tejidos, la sangre, los órganos, el conocimiento, el tamaño de los dedos, de los dientes y la sonrisa. Esas dos intensas horas tacleándose de un lado a otro, atravesándose continuamente, aplicando llaves que seguían derecho, puños que se metían en la boca, y patadas que viajaban por el intestino grueso, fueron una declaración de paz. Ninguno logró lo cometido, en vez de eso crearon uno de los primeros conceptos en el mundo de la síntesis: La Recombinación.

Karen Straslünd (experta en síntesis): Es básicamente como meter a dos personas en una licuadora y verter el resultado en dos moldes con la forma de esas personas. El resultado va a ser homogéneo; Adashé y Aaron son como leche con Nesquik, nada los va a poder separar ahora.

Aaron y Adashé se mezclaron tanto que al final los dos eran exactamente iguales. A la vista son clones: el contenido de sus cerebros es exactamente el mismo, miden lo mismo, pesan lo mismo. Su identidad es difícil de entender porque, básicamente, ni Aaron ni Adashé existen. Sus huellas digitales no corresponden a ninguno de los dos.

Esposa de uno de los Aaronshé: Volvió a casa esa noche totalmente trastornado. Yo tenía mucho miedo de lo que

decía, porque ahora tenía un acento de Zimbabue.

Pronto ambas copias del nuevo ser "Aaronshé" sintieron que la sociedad en la que vivían los estaba presionando y tuvieron que dejar sus vidas e irse a vivir juntos. Se habían convertido en hermanos, no había una persona que los conociera mejor que ellos mismos, eran conscientes de la historia de sus vidas paso a paso, sabían que uno entendería al otro. Arrendaron un apartamento y hoy trabajan como músicos callejeros en Nairobi. Son bastante exitosos.

Karen Straslünd: Lo que tenemos que comenzar a pensar acá es ¿hasta dónde podemos llegar? o ¿hasta dónde queremos llegar con el tema de la fusión? ¿Queremos dejarnos llevar y disolvernos en el cuerpo social por completo? ¿Vale la pena sacrificar nuestra individualidad por la paz y la unidad?

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos, Amén.

SARA

La ruta entre Siria y Grecia ha estado cubierta durante décadas por unos ferris que con los años se habían oxidado, y sus puertas chirriaban por falta de aceite. La carga común eran carros, camionetas, motocicletas y aventureros, o simples viajeros que iban de un lugar a otro. El Mediterráneo siempre fue un lugar para los refugiados y para la migración: serbios y bosnios escapaban en el 94 hacia Italia, rumanos y croatas intentaban llegar a Francia; sus barcos pequeños, a veces ferris, no tenían espacio para nadie más. Los destinos eran generalmente islas o playas sin puertos donde nadie pudiera preguntarles por sus pasaportes. A pesar de hacer lo posible por pasar desapercibidos, la policía italiana se subía en la medianoche; sin que encendieran las luces, pasaban intentando no pisar a la gente que dormía en el suelo, despertando a uno que otro y pidiéndoles sus papeles en italiano con una linterna en sus caras. Ahora la migración había cambiado: la guerra en Siria y en Iraq, en el Kurdistán y en Palestina, movía millones de personas, especialmente desde el 2011, la fecha de la revolución en Siria cuando las ciudades habían quedado desocupadas. Familias enteras y gente a la deriva se bamboleaban bajo el sol mediterráneo, en silencio, sin moverse, con dolor de piernas de estar tanto

tiempo sentados en la misma posición. Enormes bolas de fuego, humo, el temblor, el miedo, las alarmas, los niños muertos bajo los escombros, la preocupación por saber si alguien conocido había muerto en la última semana.

Si el Cairo era un lugar gris con amarillo, Mykonos era un lugar blanco con azul, lleno de restaurantes, hoteles de lujo y tiendas de moda que vendían cosas carísimas que yo nunca podría, ni querría comprar. No era el mejor momento del año para venir a una isla griega: hacía frío y no había casi turistas. Llegué en la noche, me quedé en un hostal y me comuniqué con el diario diciendo que iba a hacer un reportaje sobre los refugiados sirios en Grecia. Mi jefe se puso un poco brava porque había tomado la decisión sin consultarle, pero le dije que una persona que conocía quizá estaba en el barco y podían salir muy buenas fotos. Mi jefe dijo: "Te voy a perdonar esta César, pero la próxima vez nos tienes que avisar". Pasé como Pedro por su casa, porque desde diciembre del 2015 los colombianos podíamos ir a cualquier lugar de la Unión Europea sin visa, lo que era emocionante. Mykonos estaba cubierta con casitas blancas arrumadas como en un pesebre, delicadas, con luces cálidas que iluminaban letreros para turistas y se escuchaba el sonido de discotecas vacías. Se veía la forma de los molinos contra un cielo que anochecía. Era como el paraíso. Si de la empresa no me pagan el viaje, pensé asustado, me voy a quedar acá atrapado, voy a terminar vendiendo manillas, lavando baños, o convirtiéndome en uno de esos locos que se quitan la ropa y salen corriendo a mezclarse con otros humanos, a ver si me aprendo accidentalmente el número de una cuenta de banco y me robo una tarjeta débito. Si es que no me disparan

primero, y agonizo como el horrible latino migrante que soy, buscando una oportunidad en Europa y haciendo una marca de sangre de tres metros antes de morir.

Mientras estaba en el avión que iba a Atenas, donde hice la escala, revisé los mapas del lugar en el que habían encontrado los barcos. La ciudad principal de Mykonos, que llevaba el mismo nombre, y la mayoría de complejos turísticos y discotecas se encontraban al oeste, mirando hacia la isla de Delos, pero los barcos cargados de refugiados habían llegado a la parte oriental de la isla. Tomé un taxi carísimo a la zona donde estaban los refugiados. Pude ver cómo los complejos turísticos estaban cubiertos de niebla; no era el mediterráneo que me había imaginado hace unos años. El taxista era libio, me enteré después, quería hablar y hablar. La gente que estaba trabajando en el área de servicios eran todos inmigrantes. La isla parecía árida y las carreteras parecían abandonadas.

— ¿Do you speak English?

—Amm… A little.

—¿Tatkalim arabi?

El árabe terminó siendo el idioma más útil del mundo.

—¿Eres sirio?

—Algo así.

—Tú y yo somos como hermanos.

—Sí. Lo que usted diga.

—Mira, en esta playa apareció un gigante hace una semana. ¡Un gigante! Como en los tiempos del rey Daud. ¿Eres musulmán o cristiano?

—Soy…

—No importa, cristianos y musulmanes creemos en el rey Daud. El hecho es que le dispararon, los hijos de puta

de la policía griega lo despedazaron. Los están investigando. ¿Con quién vienes? No tienes cara de Naciones Unidas ni de la BBC.

—Diario local.

—Bien. Odio los monopolios y la BBC y CNN, solo venden miedo. ¡Ellos son los verdaderos terroristas! Cuando llegaron los refugiados vino alguien de la Organización por la Libertad Siria. ¿Sabes?, esos tipos están haciendo las cosas bien. Bashar al-Asad es lo peor que le ha pasado a Siria, pero CNN y la BBC son lo peor que le ha pasado al planeta entero. Oh. Pero mírame acá parloteando, ya llegamos. ¿Quieres que te espere? Somos hermanos, no te cobro nada. Bueno, son 30 euros.

Le dije que no sabía cuánto me iba a tardar en los campamentos. Me bajé, le pregunté si había manera de volver a la ciudad después.

—A un kilómetro y medio hay un pequeño hotel donde prestan motos. Ve allá y pide una moto para volver a la ciudad. Es la única forma.

No le dije que no sabía montar en moto. Le di las gracias y finalmente le pagué los euros que me pidió. Él los besó y dijo: "La gloria a Alá".

Desde la carretera era necesario caminar hasta la playa, que no era una playa sino un laberinto de rocas negras y grises; una costa donde el mar pegaba más duro, tal vez por las corrientes del viento de invierno. Nunca había estado en invierno en ningún lugar, así que no sabía qué estaba pasando. Después de caminar un rato vi a los refugiados. Estaban en rejas como animales salvajes. Se escuchaban gritos, la policía había puesto sus campamentos, varios periodistas tomaban

fotos y hablaban a través de las rejas con los refugiados. A lo lejos había un barco varado en la costa rocosa. Bajé corriendo, un oficial me hizo algunas preguntas, pero mostré mi carné de prensa internacional y me dejaron pasar. Comencé a tomar fotos a medida que me acercaba y vi una de las peores escenas de mi vida. Los refugiados estaban inquietos vociferando en árabe, muy pocos hablaban en inglés. Las autoridades griegas hablaban en griego, así que nadie se entendía con nadie. Algunos oficiales de la ONU estaban allí intentando resolver los problemas, pero antes de encontrar a alguien de la policía con quien hablar me fui directo a las rejas.

—No hemos comido en varias semanas, por favor, tenemos dinero, no somos indigentes o limosneros, solo estamos acá escapando de la muerte.

—Estamos exhaustos, ni siquiera tenemos donde sentarnos.

Nadie entendía lo que estaban diciendo. Fue terrible casi sentir lo que ellos sentían.

—¡Sara Ahmed!

—Árabe, ¡usted habla árabe! Dígale a la policía que no somos terroristas, por favor, que estamos acá, cansados, sin poder dormir; mi hermana está en el suelo, se desmayó de no comer nada.

—Sí. Espere. ¿Conoce a Sara Ahmed?

—¡Sara Ahmed! ¿Alguien se llama Sara Ahmed?

La gente comenzó a moverse, gritaron hacia atrás buscándola, al final vi que algo se aproximaba abriéndose paso entre la gente: una chica cubierta con una cobija. Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Con mucha fuerza. La gente se hizo a un lado y ella llegó hasta la primera reja, lo

suficientemente lejos como para no poder tocarnos. Era ella. Se quitó la cobija de la cabeza: su piel estaba pálida, su cabello ahora cobrizo estaba seco y sus labios requemados vibraban de frío. Alzó su mirada hacia mí y vi que uno de sus ojos era café oscuro y el otro era verde. Golpe al corazón. Me quedé sin aliento. Al verme se dibujó una sonrisa en su cara, mostró los dientes, se veía que no había comido en un buen rato, las encías estaban pálidas, debía tener anemia. Yo también sonreí, y podía sentir esa fiebre telepática, verla así explicaba por qué yo me sentía tan débil.

—César.

Era la voz de un desbalance de veinte años y varios miles de kilómetros, un poquito más. Algo se había apoderado de mí, podía oler algo en ella, algo que me volvía loco. Tenía que ir y abrazarla en ese momento. Agarré las rejas con fuerza, pero aún estábamos lejos, habían construido dos rejas concéntricas, evitando que la gente pudiera tocar a los prisioneros. La energía entre Sara y yo cargó el cercado de electricidad haciéndolo soltar chispas en mis dedos.

—¡No puedo creerlo! ¡Estás acá!

—¿Por qué estás en esta jaula?

—Mataron a mi abuela. Los últimos vecinos decidieron venir a Grecia y vine con ellos. Tengo pasaporte diplomático y pensé que sería más fácil entrar.

—¿Cómo te saco de acá? — le pregunté en árabe.

—No te van a dejar. Creen que somos una conspiración, que no somos refugiados normales.

—¿Por qué?

—No sé, nadie sabe. Puede ser por el gigante.

—¿Estás bien?

Era obvio que no estaba bien. Finalmente me respondió.

—Tengo mucha hambre. No he comido en tres días.

Me fui caminando hacia el delegado de la ONU que estaba sentado hablando con la policía griega. Le hablé en mi inglés roto de escuela departamental colombiana del Cauca, diciéndole que esta gente no había comido, que se estaban muriendo de hambre. El policía debió escuchar algo como: "Diz pipol no eat nothing, míster. Dey are daying. Yes? Du yu anderstan?"

Me miró como si yo fuera un insecto.

—Estamos haciendo lo que podemos— fue su respuesta, o eso le entendí.

—No ser suficiente. ¡Déles comida! —Y eso es lo que debió entender de mi inglés de pobre.

—Es un asunto de seguridad nacional, no tenemos jurisdicción.

—Ser asunto de vida o muerte. Sí tener jurisdicción, porque ser humanos, y poder tomar decisiones…

—Shhh.

Volví caminando hacia donde estaba Sara, le dije lo que me acababan de decir.

—Está bien, seguro ahora nos darán algo, tienen un camión lleno de comida allá, pero algo pasa.

—Están asustados —, dije.

—Hay otro campamento al norte de acá, otro barco lleno de gente, están igual que nosotros.

—Voy a traer comida.

—No, no. Vas a llamar mucho la atención. Espera.

—Entonces, ¿qué hago?

—Dijeron que nos van a mover, posiblemente mañana. Pero la gente está asustada, dicen que nos van a llevar a laboratorios o algo así.

Noté que el campamento apestaba. La gente había tenido que cagarse y mear ahí mismo, porque ni el gobierno griego, ni las Naciones Unidas, ni ninguna otra entidad había entregado baños. Llevaban dos días encerrados y no había salido en las noticias sobre el campamento, a pesar de que la prensa estaba ahí, pero no lo querían publicar. Yo estaba realmente furioso porque no podía hacer nada.

—Voy a comprar comida y la lanzo encima por la reja.

—Pero no lo hagas ahora, espera a que anochezca. Si te ven te sacan de acá.

—Está bien.

Me quedé al lado de ella, parecía mareada, sin fuerzas, como si estuviera drogada por el hambre. Niños, ancianos y mujeres hablaban en voz baja, unos quejándose, gente llorando, personas intentando calmar a alguien que se había desmayado. Sara puso su cabeza contra un poste de la reja.

—Los musulmanes aguantamos hambre en el Ramadán. Estamos acostumbrados. Las calles de Damasco se encendían con las luces, las lámparas de colores, mi familia se preparaba para romper el ayuno.

—Se van a volver a encender las lamparitas de Ramadán —, le dije para tranquilizarla.

—No. No creo. Ya no queda nada allá —. Lentamente, y casi en susurros, me fue contando más cosas, aunque no todo lo entendía—. Caminamos por horas cuando los bombarderos nos estaban pisando los talones… Quemaron

todo. Quemaron absolutamente todo. Ya no hay ciudad. Caminamos y estábamos exhaustos... Unos intentaron ir a Turquía porque es más barato solo seguir caminando, pero nosotros decidimos venir a Grecia; después de todo, tengo un pasaporte diplomático. Puedo entrar a Grecia o a cualquier ciudad de la Unión Europea por un par de semanas, pero acá ya no sirve de nada. Les he gritado mil veces que tengo un pasaporte diplomático, pero ¿sabes?, no quiero irme y dejarlos a ellos.

—¿Cuánto llevaban en el barco?

—Ya no recuerdo. ¿Cinco días?

Me quedé mirándola, el cabello saliendo de la cobija, moviéndose por el viento, los labios partidos y el sonido de la marea estrellándose contra las rocas. Hacía frío. Las personas atrás intentaban quedarse quietas, a veces gritaban, abucheando a la policía. Me quedé con ella, sabía que era la persona que llevaba buscando estos veinte años, pero no podíamos hablar bien. Ella no estaba en condiciones de hacer una conversación interesante porque se estaba muriendo de hambre. Yo sabía, yo solo quería verla, era el evento de mi vida y, ahora que podía ver que estaba viva, que algó tenía de mí, quería escuchar todas sus historias, todo lo que había hecho, quiénes eran sus amigos, qué pasó con su padre, cómo iba su libro sobre Siria. Quería saber si me extrañaba tanto como yo a ella, si me había pensado desde que era chiquita. Dime Sara, cómo fueron tus quince años, dónde estudiaste. Sus orejas se parecían a las mías, su tono de piel se parecía al mío. Su ojo café era mi ojo, de alguna forma me llamaba para que lo tomara y me lo metiera en la cuenca del ojo verde, como si pudiéramos sentarnos y sacarnos órganos, revisarlos

con amor y pasárnoslos como si fueran fichas de lego dentro de nuestra caja torácica, encajarnos los dientes de distintas etnias, hablar de nuestros tíos, quería que me viera desnudo y repasara mis partes hermafroditas, quería ver el fragmento de mi pene que ella guardaba allí abajo, quería ver si sus caderas no se habían ensanchado tanto, si sabía algo de los vaporwavers. No pregunté nada, solo la miré, le tomé fotos, le hablé un poco sobre mi trabajo, pero ella no tenía fuerza para responder. Quería rodear su cuerpo con mis brazos, irme con ella a un lugar mejor donde no hubiera gente de la ONU con armas de fuego; una habitación de hotel, bañarme con ella y acostarnos juntos mientras el mundo se desarmaba y CNN sonaba en ruidos distorsionados como cuando uno tiene un gusano en la cabeza.

Los periodistas a mi alrededor interrogaban a la gente, les preguntaban cuál era el destino. Unos decían que querían llegar a Austria, otros a Alemania. Sabían lo que les esperaba en la frontera con Macedonia, pero tenían esperanzas. Comenzó a hacerse de noche. Durante todo el día la policía había estado registrando los nombres de los refugiados, reaccionado con calma a los insultos en árabe y en inglés; no entendían sino su familiar griego, y varias discusiones se habían solucionado con una tanqueta antidisturbios que lanzaba un poco de agua que los refugiados intentaban contener en un cuenco hecho con sus manos para tomar, porque estaban deshidratados. A veces agarraban a uno de los sirios, lo llevaban a una carpa de la policía y lo interrogaban. Volvía una o dos horas después, sin cara de alivio. Tomé fotos de todo, aunque ya se estaba acabando la batería de mi cámara.

—Ya vuelvo—, le dije a Sara, quien parecía estar durmiendo.

Los niños se quejaban, las mamás seguían gritando, a veces agarrándose de las rejas diciendo que sus hijos se iban a morir de hambre.

Trotando, me fui a la carretera otra vez, recorrí un kilómetro y medio hasta el pequeño hotel que me había recomendado el conductor libio. Tenían un restaurante pequeño y una nevera con gaseosas, agua y golosinas. Compré todo lo que tenían y me gasté no sé cuántos euros. Era basura, básicamente: papas, pan, unos bollos y gaseosas, pero fue lo único que obtuve de ese hotel. Volví cargando las bolsas, nadie me hizo ninguna pregunta. Desperté a Sara, le dije que le iba a lanzar comida a la gente pero que no hicieran ningún alboroto porque me podían meter a la cárcel. Ella se paró, coja o mareada, y comenzó a decirle a la gente lo que iba a suceder. Había mucha gente y no fue difícil decir en árabe, idioma que los policías no entendían, que por favor no hicieran mucho alboroto. Me fui por el área menos concurrida y comencé a lanzar comida. Sentí que me miraban, que alguien venía hacia mí. La gente la recibía, comenzaba a abrir los paquetes; primero los niños, poco a poco se fueron metiendo bollos, papas, agua, gaseosas. Vi que Sara había agarrado algo y con sus deditos temblorosos se lo llevaba a la boca. Se acercó a mí para darme las gracias, un poco más alerta que antes.

—César. Escucha, tengo información importante sobre lo que está sucediendo.

Sacó algo de su bolsillo, lo lanzó hacia mí, cayó al pie de la reja y lo recogí del suelo. Era una memoria USB.

—Envía eso a alguien en quien confíes. Dile que lo revele como pueda.

—Vale. Lo haré.

La policía detectó que la gente estaba compartiendo cosas plásticas, el sonido se podía oír. Algunos solo se comieron una o dos papitas, solo se dieron un sorbito de agua. Tenía que alcanzar para todos. Un reflector me dio en la cara. Los policías corrieron hacia mí. Lancé lo último y puse las manos en la cabeza. Me hablaron en griego o en inglés, como no entendía casi nada, comencé a gritar en árabe, alternando con castellano, a decir que eran unos monstruos. Me agarraron y me llevaron a uno de los campamentos de la policía; mientras me llevaban, grité ¡Ramadán Karim! Y mientras me empujaban con sus armas de mierda, la gente dentro de las rejas gritó: "¡Shokran, Shokran Guiden Habibi!"

Alguien hablaba castellano. Nombre, ¿qué hace acá? Pasaporte. ¿Noticias qué, de dónde, de qué país?

—¿Qué esperan que haga, que los vea morirse de hambre?

Me tuvieron esposado, me hicieron preguntas, hasta que un tipo que hablaba en árabe me dijo: "Estos no son refugiados normales, son peligrosos".

—Peligrosas mis pelotas. Son niños y mujeres, no tienen nada de raro.

—¿Qué hacemos con él? —creo que dijo uno.

—Sáquenlo de acá. Saquen a toda la prensa.

Una hora después, habían sacado a la gente de Al Jazeera, de CNN y de BBC, y a los reporteros locales. Nos escoltaron, nos dijeron que no intentáramos entrar al perímetro otra vez, que era una alerta naranja y estado de excepción; estaban esperando al ejército. Mientras caminábamos hacia la carretera, los reporteros de otros países dijeron en inglés, si entendí bien, que todos estaban preocupados por los refugiados porque tenían un arma secreta. Los reporteros se fueron en taxis y en

camionetas con el logotipo de su canal y yo me fui caminando solo, como un pinche hongo, hasta el hotel. Se me estaba acabando el dinero. Esperaba vivir en el Cairo casi seis meses y mi sitio web de noticias no iba a poder darme adelantos por las estupideces que estaba haciendo, a menos que algo fantástico saliera de acá. Pedí la peor habitación de hotel, que costó 60 euros. Cargué mi celular, mi cámara, descargué las fotos y abrí la ventana esperando escuchar algo. Encendí las noticias y apenas describieron lo que estaba pasando porque había sucedido una masacre en Francia y a nadie le interesaba un comino saber sobre otros aburridos refugiados sirios en Grecia. No comí pensando en ellos. Igual, no quería gastar más dinero, no me quedaba mucho. Tomé una ducha y me senté en la cama buscando más información sobre el gigante. Encontré la misma fotografía, los mismos comentarios. Conecté la USB que me había dado Sara, solo tenía un archivo en PDF y era muy largo; lo envié a R34 y pensé revisarlo después, cuando tuviera tiempo. Me comí unos somníferos con sabor a pera y me quedé dormido sin desvestirme ni cepillarme los dientes.

DANZA FANTASMA*

El mejor artículo que he escrito lo hice antes de irme al Cairo. Era sobre el culto del Gusano en el Darién. Viajé con Carlos Villalobos, un compañero reportero que escribía, y al principio yo solo lo iba a cubrir con fotografías.

El Chocó era una de las áreas más olvidadas del país. Allá la gente nunca supo a quién creerle: al gobierno lo veían como un absurdo, ellos nunca le habían interesado. No había escuelas, ni hospitales, ni carreteras, no había nada. Por eso en muchos pueblos la gente veía con buenos ojos a la guerrilla. Al principio como los defensores del bienestar público, incluso les ayudaron, le hicieron cuarto a los guerrilleros heridos en combate y los protegían como podían. En los noventas las AUC, siglas de las Autodefensas Unidas de Colombia, atacaron varios pueblos, amenazaron a los líderes de la comunidad, los obligaron a irse. A alguien le cortaron la cabeza y jugaron fútbol con ella, a un niño lo ataron a un árbol y lo obligaron a mirar. Desde entonces los pueblos del pacífico se convirtieron en enormes grupos de superación personal, todos sobrevivieron a esa tragedia y querían mantenerse unidos y fuertes. Sin embargo, con la fusión, la presencia de la guerrilla en esos pueblos cambió de

accionar y de significado, más que un escuadrón de protección o un gobierno alternativo, pasaron a ser una especie de culto místico.

Cuando llegué a Agua Blanca, un pueblo cerca del tapón del Darién que no aparece en el mapa, sentí que había llegado a otro planeta. Las calles eran barrizales, todo estaba mojado porque acababa de llover y la gente vivía en casas de palos, mirando desde el interior, con la televisión encendida. Lo más extraño de este pueblo era que nadie estaba cubierto con una capucha o algo de lana. Cuando llegamos, el taxista nos sugirió que nos quitáramos la ropa de lana, porque habíamos llegado a "territorio seguro", aunque no nos dijo a qué se refería con exactitud. Teníamos una cita con dos guerrilleros, con el pastor de la iglesia evangélica y con El Taita: líder del movimiento espiritual que la gente del Chocó llamaba La Danza Fantasma. El guerrillero que conocimos primero, que Carlos entrevistó, era un muchacho de unos veintidós o veintitrés años. A simple vista no parecía un guerrillero porque no llevaba uniforme, ni armas de ningún tipo. Nos llevó a desayunar a un restaurante muy sencillo y comimos pescado frito mientras él nos contaba lo que sabía.

Sancho (como pidió que le llamáramos): Pue', como saben, el gobierno quiere firmar la paz, y nosotros también, por supuesto que también. Pero tenemos mucho miedo 'e lo que le va a pasar a nuestro pueblito, y a lo' pueblo' que están bajo la supervisión de nosotros. Ya etamo' cansao' e pelear y a la gente le da mucho miedo que el gobierno se aproveche, noj haga la que siempre noj hace, agarrar a to'a esta gente y meterla a la cárcel, quitarle su negocio.

Carlos Villalobos: ¿Ustedes creen que el gobierno no va a respetar el proceso de paz?

S: Creemo' que el gobierno no va a venir, que no van a construir na', que van a acabar con el movimiento de la Danza. Yo me desmovilizo, sí, y voy a mi casa, ¿y qué? Allá lo' pueblo' van a seguir igual, sin agua, sin electricidá, sin salú. ¿Entonce' para qué luchamo'?

Sancho estaba asustado, dijo que mientras la guerra siguiera, más gente iba a morir.

Era extraño caminar por un pueblo completamente controlado por la guerrilla. Los pobladores tenían resentimiento con el gobierno y tenían razón de sobra. Unos años antes, cuando hubo protestas de transportadores, los habitantes de Agua Blanca salieron a trancar una de las carreteras, y el gobierno solo apareció para suprimirlos con sus carros antidisturbios, para romperles la boca y a despejar la carretera para que los camiones llenos de productos importados pudieran seguir sus rutas. Mientras el pelado se sacaba espinas de la boca, notamos que su piel también tenía plumas de colores. Solo se podían ver desde cierto ángulo, como el brillo del colibrí, y sus ojos anaranjados eran el resultado de una fusión con algún lagarto.

Caminamos para encontrarnos con Juan Ruiz, otro guerrillero, este sí estaba uniformado. Nos dijo lo que estaba sucediendo en Agua Blanca: el futuro de la civilización humana.

C. V.: ¿Usted dice eso por el movimiento de la Danza Fantasma?

Juan Ruiz: Lo que tienen que hacer acá, muchachos, es irse

a la selva del Darién, con la protección de las FARC, y conocer al Taita. Cuando vayan, van a ver de qué les estoy hablando. Hasta que no vean, no van a creer.

C.V.: ¿Y usted qué opina del tratado de paz?, ¿cómo va a afectar el movimiento de la Danza Fantasma?

J. R.: Yo he escuchado que el gobierno no tiene ninguna opinión al respecto, pero yo siento que en cualquier momento van a decir que es una actividad terrorista.

Juan era un hombre de unos cuarenta años que llevaba veinte en la guerrilla. Tenía algo de poder y estaba frente a una de las divisiones de un frente de las FARC. Le faltaban algunos dientes, tenía la piel más arrugada de lo que la tendría una persona de su edad, mostraba algunas monstruosidades. Él creía que, a la final, la presencia del gobierno ni siquiera era importante; en el futuro próximo la gente no iba a necesitar el Tratado de Libre Comercio, ni el comercio, ni las carreteras. Lo más probable es que El Gusano estuviera próximo a llegar. Sonrió sabiendo que todo eso sonaba a locura, pero nosotros nos mantuvimos profesionales. Yo tomaba fotos y Carlos sonreía.

En fin. Tenía mucho por decir y el resto solo fue una repetición de los mismos conceptos con citas de La Biblia. Según él, el Dios verdadero era un Dios desconocido. El Dios creador era el Demiurgo. Cristo era la serpiente y la fusión era el apocalipsis. Ya habíamos escuchado algo así. Nos quedamos en un hospedaje y al día siguiente un guía nos iba a llevar a ver al Chamán, o al Taita. Fueron dos días caminando por la selva, una de las selvas más peligrosas del mundo; o al menos eso había sido hace unos años. Ahora había libre tránsito hasta

cierta área, protegida por la guerrilla y por los seguidores del Taita, que a veces eran lo mismo. Los depredadores naturales se habían fusionado con la presa por lo que venados–tigrillo y otros felinos mezclados con gallinas eran el híbrido más normal. Uno podía morir picado por una serpiente–pollito o por un escorpión con dedos humanos, y hace dos o tres años esa zona era intransitable, llena de ladrones. Cualquiera que pasara por acá seguro terminaría atracado. Desde el 2011 también había una subida de refugiados: miles intentaban cruzar la frontera de Panamá. Era gente de Afganistán, de Bangladesh y de Nepal que no hablaba nada de español, que caminaban por varios días sabiendo que podían morir, y no les importaba. Después del 2015 todos eran venezolanos. Algunos lograban llegar a Estados Unidos, otros terminaban en la Fiscalía, o eran deportados, o simplemente morían.

El cuerpo de un kurdo que se pudría bajo el sol había implotado justo en medio del camellón más concurrido y dos afganos que se infectaron con una de esas fiebres del monte, se habían vuelto parte del paisaje, aunque ya solo se podían identificar las botas. Personas valientes de veinte o treinta años que odiaban la guerra, buscaban en gringolandia algo de tranquilidad y revisaban cuántos dólares les quedan en la billetera antes de suspirar. Se imaginaban que se quedarían atrapados en un laberinto selvático, en alguna ciudad de Nicaragua, con algún trabajo hipócrita de esos que le queman el corazón a uno, lavando platos o enseñando inglés en un instituto ilegal por migajas. Estados Unidos se vía lejos. La mayoría empezaban desde Ecuador porque allá eran más laxos con las visas. Pasar a Colombia no era difícil, pero nuestro país

había cambiado su política migratoria contra ciudadanos de países de mayoría islámica, sin hacerlo público, y esos estaban obligados a cruzar ilegalmente hacia Panamá, que se había mantenido históricamente laxa con las visas.

Mientras caminábamos, el guía que nos llevaba a donde el Taita nos dijo que últimamente los muchachos que migraban se quedaban en el Darién, en la comunidad. Algo que estaba sucediendo hacía que los viajeros se enamoraban de la comuna, pero el guía, quien se daba la bendición cada vez que hablaba del Gusano, dijo que prefería no saber de eso.

La comunidad terminó siendo un pueblo de casas de palos y paja, con muchos guerrilleros que se encontraban haciendo un "curso", viviendo junto a refugiados de Bangladesh, de Pakistán, de Siria y de Nepal, un puñado de venezolanos. Era una villa autónoma que recogía las tradiciones ancestrales de los indios Embera y los principios de la permacultura. Al entrar, uno ve gente en hamacas, algunos fuman, otros trabajan, los niños corren empelotas persiguiendo perros. Por supuesto, los niños se convierten en perros, las mujeres tienen branquias, los hombres se unen para formar un toro cuando necesitan algún trabajo que requiera fuerza. Son de colores distintos, con pelajes sedosos de monstruosos animales. Si uno nunca antes ha visto un guerrillero en su forma natural, puede pensar que está en un planeta de fantasía. Carlos me hizo notar que todos tenían una cara similar, algo homogéneo como si todos tuvieran síndrome de Down. El Taita vivía en una casa del mismo tamaño que las demás, se llamaba Elmer Andrade: ex capitán de la guerrilla y papá de la Danza Fantasma. Cuando lo vimos por primera vez, estaba ayudando a construir una nueva casa y su piel estaba

pigmentada como la de un jaguar. De hecho, sus colmillos estaban afilados o eso pudimos percibir al principio. Cuando dejó de hacer esfuerzo físico, su piel cambió de color y los dientes cambiaron de tamaño. Se sentó, gordo, tranquilo, con las piernas abiertas, masticando algo y rascándose las güevas.

El Taita: Antes de ser guerrillero yo era fontanero, me metí a la guerrilla porque si no era eso, era cultivar coca. No había muchas oportunidades en mi pueblo. Cuando estaba con la guerrilla, después del 98, las cosas cambiaron. Sin que nos lo propusiéramos nos fuimos volviendo así, medio animales. Yo contengo en mi cuerpo partes del cuerpo de... yo creo que toda mi división y no sé cuántos animales, incluido un jaguar.

Carlos: ¿En qué consiste la Danza Fantasma?

El Taita: La Danza Fantasma es un movimiento que comenzamos en el 2008. Consiste en unirnos, en proporciones iguales, como una forma de resistencia al gobierno, al capitalismo, a la guerra, a la muerte, al sufrimiento. También estamos en contra de la individualización forzosa que propone el neoliberalismo.

Carlos: ¿Quién es el Gusano?

El Taita: El Gusano es el gran espíritu. Nosotros creemos que, a medida que nos fusionamos, estamos despertando al gran espíritu: algo que vive separado en cada uno de nosotros. Usted tiene una parte, el muchacho tiene otra parte, el perro tiene otra parte. ¿Sí me entiende? Algunas personas dicen que ese es el Dios de la Fusión, otros dicen que es el advenimiento de Cristo. Nosotros le llamamos el Gusano, porque cuando hacemos la danza hacemos una fila que parece un gusano. Si se quedan esta noche vamos a hacer el ritual, si se quieren unir, están cordialmente invitados.

Nos quedamos durante la tarde conociendo otras personas. Niños y mujeres nos contaron cómo funcionaba la comunidad: no había dinero, todos trabajaban juntos y eran esencialmente autosuficientes. Todos estaban de acuerdo con que el neoliberalismo económico había jodido al agro del país, algunos hablaban de la dependencia alimentaria; curiosamente, todos parecían tener un discurso similar. Un niño que no nos dijo su nombre decía que amaba a su familia, porque su familia era él mismo. Las niñas sonrieron y dijeron: "Sí, todos somos una sola persona". Colombianos, bangladesís y nepalíes hablaban en español, pero pronto notamos que a veces se comunicaban en Desi, en nepalí o en otros idiomas que ni Carlos ni yo entendíamos.

Comimos yoco y pescado, tomamos limonada de panela. Dejamos nuestras maletas en un cambuche y me quedé tomando fotos hasta que se hizo de noche. Le puse una segunda batería a la cámara cuando encendieron el fuego. Pensé que iba a ver una escena como las carreras de runners, pero fue muy distinto. Todos los de la tribu se desnudaron, se pintaron el cuerpo unos a otros, medio mezclándose, comenzaron a tocar las tamboras y las maracas. El Taita y varias mujeres nos pidieron a Carlos y a mí que probáramos, pero yo dije: "Gracias, tengo que tomar las fotos". Carlos lo pensó una vez, dos veces, tres veces; al final se desabotonó la camisa, se quitó el pantalón, las medias, los calzoncillos, y se unió a ellos.

Primero se agarraron de las manos formando un círculo, bailando alrededor del fuego, cantando, aproximándose y alejándose. Luego, por supuesto, metieron la mano dentro de la mano cuando se aproximaban y sus brazos se mezclaban. La sangre de unos fluía dentro de los otros. Era una secuencia

repetitiva hasta que todos se acercaban más y más alrededor del fuego. Los golpes de tambora fueron más violentos y todos comenzaron a cambiar. De un momento a otro, todos estaban cubiertos de un pelaje negro, luego de un pelaje marrón, luego de un pelaje con patrón de jaguar. Para Carlos no fue difícil seguir la secuencia. El círculo se rompió y se convirtió en una fila. Parecían bailando la conga, agarrando la persona que tenían al lado. Hundían su cabeza en la cabeza del otro, las manos dentro del cuerpo del otro y comenzaban una coreografía extraordinaria. Carlos había entrado sin saber los pasos, las vueltas o los momentos en que tenía que girar, pero la colectividad se había apoderado de su mente y ahora sabía con exactitud lo que tenía que hacer. Se metían y salían, enredándose y anudándose, representando un gusano con dos cabezas que no sabe a dónde va, si para adelante o para atrás. Cuando esto terminó, Carlos se acercó sudando, con la piel y los ojos cambiando de color y vibrando, me contó, fatigado, que con las manos cogidas se sentía una inmensa energía, todos respirando al mismo tiempo, oxigenando con los pulmones la sangre del vecino. En un momento fue como si se manifestara algo, pudo ver con los ojos de toda la tribu, como si todos los ojos fueran sus ojos. Vio el fuego en su totalidad, en un círculo visual interno; como 3d, pero 365d. Es difícil explicarlo. Un círculo de mentes percibiendo el fuego en el centro. Es como ver por primera vez, no el espacio, sino el significado del espacio.

Me dijo eso mientras se dibujaban líneas de tigre en su espalda; tenía los ojos amarillos y las facciones completamente cambiadas, con rasgos como los de la comunidad.

—Me sentí… amado.

Me dio miedo cuando dijo que se iba a quedar. Se tocaba las plumas que tenía en los brazos y decía con sorpresa que ahora entendía el nepalí y el farsi. Me dejó todos los archivos y las grabaciones del reportaje y tuve que volver solo a Agua Blanca, atontado, como si me hubieran dado un puño en la cara. Tenía miedo de ese "amor", parecía el enemigo de nuestra forma de vida aislada y civilizada, con nuestras cuentas de Facebook y YouTube con la música que solo me gusta a mí.

—Únete. Te va a gustar.

—No, parce, esto ya es ir muy lejos.

—Dile a mi familia dónde estoy, dile al jefe que me importa un trasero la paga y que renuncio.

Estuve muy malhumorado porque Carlos me había dejado solo, me fui con cara de malgenio. Tuve que regresar a Turbo y de allá a Tolú y de allá hasta Bogotá. Llamé a la jefe y le conté. La directora estaba sorprendida porque Carlos era nuestro mejor reportero documental. Me preguntó si había intentado convencerlo de volver a la ciudad.

—No, no tiene sentido, jefe. Allá lo tienen todo.

Cuando llegué fui yo quien se encargó de escribir ese artículo. Es el mejor artículo que he escrito, las fotos fueron fantásticas. Al terminarlo me di cuenta de algo: lo que más detestaba de Carlos era que ahora yo sentía envidia del amor que él estaba experimentando. En el fondo, así me doliera reconocerlo, eso era todo lo que quería: un poco de amor. Pero la contradicción seguía existiendo. Fue culpa de mi mamá que se me hubiera oxidado el aparato de amar, si es que tenía uno. Así que tenía que ser independiente, mostrar constantemente que no necesitaba a nadie. Ni amigos, ni nadie con quien hablar, ni nada. Porque yo puedo solo.

CABEZA Y SISTEMA NERVIOSO

Día 3 en el campo de concentración de Mykonos. Los bañistas, arropados con sus toallas y pensando en fiestas para esa noche, veían a los refugiados tras las rejas, muertos de frío, cansados, enfermos y hambrientos. Esa playa era famosa para surfear, incluso en invierno, pero la policía mantuvo a raya a todos los turistas para que no vieran lo que estaba sucediendo. Los sirios devolvían la mirada con odio. Intenté hablar con Sara, la escuché una vez más con su voz suave. Queríamos tocarnos, pero las rejas que nos separaban tenían dos capas y nos mantenían lejos.

—Los otros han pensado en convertirse en un gigante. Tienen mucho miedo.

Ella estaba gimiendo, sus dientes castañean del frío.

—No, no pueden hacer eso. Los gigantes son demasiado inestables —dije.

—Yo sé, pero ¿qué otra alternativa tenemos? Es la única forma de ser fuertes. Es la única arma que nos queda.

Finalmente les habían lanzado comida, porque *Human Rights Watch* había llegado para vigilar lo que estaba sucediendo y los griegos cambiaron de actitud por un par de días. Después de comer, Sara estaba mucho mejor a través del enrejado: se veía bien, con fuerzas. Me saludó de nuevo pensando que tal

vez todo había sido una ilusión, pero ahora que me veía sabía que había sido real. Le conté sobre el colegio, le conté sobre mi mamá, sobre Becky Bubbles, sobre la pequeña vaginita que me había dejado. Ella sonrió. Habló en español diciendo que a veces en la noche me podía ver, comenzaba a moverse como un niño y a hablar en castellano. Dijo que había vivido en muchos países, dijo que, por el trabajo de su padre, había conocido Indonesia y Japón, y se reía porque había sido divertido estar afuera antes de que terminara en esta jaula de mierda. Sus novios en Holanda, Hamburger Jack, los amigos que el papá no quería ver, haber ido a la escuela francesa, estudiar periodismo, jugar a guerra de nieve, buscar huevos de chocolate en Holanda durante la pascua a pesar de que no fuera su tradición, celebrar ramadán en verano, vivir en Dinamarca haciendo un intercambio. Un beso con una chica italiana, una fiesta con tequilas, el pequeño penecito que yo le había dado tocado por un egipcio llamado Desouki, que intentó abusar de ella. Una pelea en un carro. Decirle a su papá que era atea, que no creía en Mohamed; ser echada por su papá de la casa. Una fiesta de vaporwavers en Damasco, volver a Damasco, comer shawarma. Luego me contó que, desafortunadamente, su papá había muerto de un infarto, y que la mayoría de su familia siria había migrado a Estados Unidos por la guerra; ella era la única que se había quedado. Me contó cómo era vivir en Damasco cargando a su abuelita por entre los escombros cuando, un viernes después de los bombardeos, todo parecía tranquilo. Me contó más sobre lo que estaba pasando con ISIS, y ahí fue cuando mencionó lo del Estado sin barreras.

El 2015 y 2016 han sido sangrientos: el Estado Islámico no depende de fronteras, esa es la nueva forma de estado propuesta por ciertos politólogos y sociólogos. Lo que va a pasar ahora es que cualquiera que diga que pertenece al Estado Islámico solo tiene que llevar una banderita y ya. Es un Estado que ha sido reconocido, solo por traficar con armas ya es un Estado reconocido por la economía global. La gente estipula que en el futuro la idea de país se fragmentará y serán mucho más abstractos.

Eso fue lo que dijo Sara, yo pensé que el Gusano también era eso, de alguna forma: un mundo de gente que se está uniendo, construyendo la inteligencia de un monstruo gigante.

¿Qué otra cosa podemos hacer, acá sentados, viendo que ellos tienen armas, que tienen gente, afuera yo soy solo una persona? ¿Qué puedo hacer? Veo a Sara y la deseo, quiero estar con ella, quiero unirme a ella. Solo está sentadita, comiéndose un almuerzo de la ONU que viene en cajitas plásticas y dice: "Ellos son muy poderosos, ellos ya tomaron las decisiones para destruir nuestros países." Sara había escuchado que la razón por la que querían debilitar los países e invadirlos era para ofrecer una alternativa de gobierno mundial lejos de la fusión y la síntesis.

—Por eso nunca hablan de eso en las noticias, solo lo muestran como una enfermedad, algo que hay que tratar con medicamentos. En realidad…

—Es el advenimiento del Gusano —. Dije yo. Ella sonrió, también había escuchado el término.

—¿Y qué sabes de Giulio Regeni? El italiano que asesinaron en el Cairo.

Soltó un suspiro de cansancio.

—Giulio no era un espía. Solo era un estudiante haciendo investigación. Hablaba árabe, no era ningún asustadizo. Estaba en Egipto investigando las causas de la revolución en el 2011. Estudió las uniones sindicales que generaron los movimientos. Lo mataron porque tenía demasiada información y porque la estaba enviando a fuentes relativamente poderosas. Giulio encontró que las uniones sindicales estaban plagadas de espías y que estaban movilizando gente por propósitos ocultos.

—¿Cuál era el objetivo de la revolución, de la primavera árabe?

—Desestabilizar a los países árabes para que no pudieran defender a Siria. Poner a un presidente marioneta que fuera incapaz de manejar la crisis económica, iniciar una transición de poder en Siria.

—¿Para qué?

—Para acabar con Dios.

—¿Crees en Dios?

Ella solo sonrió y siguió comiendo.

*

Día 4 en el campo concentración de Mykonos.

Por un día entero, inaguantables y estridentes, las sirenas de evacuación estuvieron sonando para desocupar la isla temporalmente. Las fiestas quedaron canceladas, igual que las habitaciones de hotel. Todos los residentes tuvieron que irse a otra isla, Delos principalmente, quedándose en carpas donadas por la ONU. Los visitantes no tienen a dónde más

ir. Dos barcos grandes y tres helicópteros habían llegado para acordonar la zona. Yo me quedé junto a otros periodistas, tomando fotos y acompañando a alguien que estaba haciendo entrevistas rápidas. La preocupación aumenta, el aire está cargado de dinamita. Figuras fantasmales y estáticas, grises y sombrías, miran los avances de las tropas griegas. Fui a hablar con Sara. Estaba muy seria, pero parecía preparada, valiente, fuerte otra vez.

—Van a movernos a otra zona.

—¿A dónde? —pregunté.

—Nadie sabe, pero creen que nos van a hacer pruebas de laboratorio y ese tipo de cosas.

—Maldición.

—Tengo una idea —, Sara parecía estar sonriendo, era esa sonrisa de que ha pensado en una diablura—. Tú y yo podemos colapsar, nuestra síntesis está madura. Si abren las rejas, ven por mí.

Colapsar es como se llama por lo bajo a lo que le sucedió a esa pareja del Congo que explotó. Con un balance desproporcionado, como el nuestro, nadie sabe qué sucede después.

Yo estaba indeciso. Sé lo que significa colapsar. Sé lo que significa una relación madura. El tiempo ha cuantificado y transformado las identidades, puedo sentir la estática en mi cuerpo.

—Sí… está bien— le dije, sonando indeciso.

No creo que otras personas puedan chocar así como nosotros. Pocas veces sucede que te ves con alguien a quien no veías hace veinte años.

—Confía en mí— dijo muy seria.

Comenzamos a escuchar tiros que venían del otro lado, del campamento 2. Le dije que ya volvía y fui a cubrir la noticia junto a otros reporteros. Entre ambos campamentos había una barrera, una especie de pared natural de piedras. Cuando lo rodeé me instalé a cierta distancia entre los peñascos: la transferencia había comenzado en el campamento 2 a las tres de la tarde. Intentaban sacar a los refugiados de las jaulas improvisadas para meterlos en camiones. Abrieron las rejas, sacaron a los refugiados tratándolos como animales: niños, mujeres y hombres eran separados en grupos, a la fuerza. Las mujeres en una fila, los hombres en otra. Le quitaron la capucha a la gente y los monstruos, que eran numerosos, eran exterminados en el acto. Vimos cómo apuntaban y simplemente disparaban. ¿Por qué habían dado la orden de abrir fuego? Yo nunca había visto cómo alguien moría, tomé varias fotos, buscando ángulos peligrosos. Solo estuvimos unos minutos cuando un soldado nos pilló e intentó sacarnos, amenazándonos con su arma. Algunos camarógrafos resultaron heridos, solo corriendo entre las piedras de la costa, yo me escabullí para volver a la jaula donde estaba Sara en el campamento 1. Los gritos de las mujeres me estaban acelerando el corazón. Era suficiente, debían darme el Pulitzer por haber cubierto uno de los eventos más importantes de la década; con las fotos iba a pagar el avión y el pasaporte falso de Sara. Fui corriendo a la jaula del campamento 1, bordeando la barrera natural.

Estaba lejos del primer grupo de jaulas cuando escuché un rugido estrepitoso. Me di la vuelta y tuve que detenerme ante la enorme visión. Un gigante. Los refugiados sirios

del campamento 2, los que intentaban mover en camiones, habían decidido que no era así como iban a morir, corrieron en estampida desnudándose lo más rápido posible, saltaron uno sobre otro, se fusionaron una y otra vez, manteniéndose dentro del mismo espacio y generando un monstruo que crecía y crecía y crecía. Su piel estaba hecha de órganos y cuero y partes humanas. Sus ojos brillaban con luz blanca. Se paraba, gruñía en árabe. El ejército griego comenzó a disparar. Metralletas, granadas de gas lacrimógeno. De entre la niebla, se levantaba un monstruo de tal vez unos veinte metros de altura, una criatura de múltiples colores, un humanoide, caminando lentamente, lanzando cosas contra el ejército.

Yo estaba helado viéndolo dar sus primeros pasos, gruñendo, luego reaccioné y retrocedí un poco para ver con el zoom de la cámara. Intenté tomar fotos, pero me había quedado sin espacio en la memoria y tenía que borrar otras. El monstruo estaba recibiendo disparos de varios frentes y no alcanzaba a protegerse a tiempo, sangrando de heridas en partes de humanos que caían, derramándose en el suelo, lanzando a uno que otro soldado por los aires e intentando pararse de nuevo para arremeter contra sus atacantes. Ya estaba logrando otro paso hacia un grupo de policías cuando una bomba incendiaria le dio en un hombro. Dio un grito con muchas voces y cayó de rodillas, cubierto en llamas. Intentaba apagarse, gruñendo algo en árabe, incendiando a varios policías y un carro, pero otra bomba le dio en la cara y se desplomó completamente sobre el enrejado eléctrico. Sentí un leve temblor en la tierra cuando cayó. Al final solo pude tomar un par de fotos, pero estaba aterrado, y decidí seguir corriendo hacia la otra playa.

Los refugiados del grupo de Sara no debieron haber visto al gigante desde su posición, pero seguramente escucharon las detonaciones, las bombas y el tremor de su desmoronamiento. Estaban inquietos, se podía ver que algunos se estaban quitando la ropa. Se preparaban para crear otro gigante. No tenían miedo, no querían ser tratados como ratas otra vez. No eran ratas. Lloraban, sí, lloraban, las mamás y los hijos se quitaban los pasamontañas, listos para disolver su individualidad en una masa rugiente de colectividad. Mientras corría no pude evitar pensar en el episodio de Masada, en Jerusalén, cuando los soldados romanos empujaron a los judíos seguidores del movimiento Sicari y, tras un largo cerco, decidieron lanzarse por los acantilados, suicidarse antes que ser presos de los romanos, convertidos en esclavos.

Los gigantes no piensan, actúan por un instinto universal, por un miedo universal, una valentía universal. Entre más gente, más deforme y más básico es el gigante. Inseparable, inusualmente violento, terrible. Me acerqué cuando la gente recitaba frases del Qurán, tocando rosarios de jade y de plástico. Se arrodillaban mirando a La Meca, pidiéndole misericordia a Alá. Por uno de los extremos del enorme campamento, un grupo de militares comenzaba a abrir la reja grande. Alguien con un megáfono decía: "Si quieren entrar a Europa, sigan estas instrucciones. Los hombres al lado oriental, las mujeres al lado occidental, los niños por el centro, los monstruos, quédense adentro". La multitud tenía todo planeado para ese punto, actuarían con completa calma, como si estuvieran poniendo el cuello para ser degollados. Una vez abiertas las puertas saldrían corriendo entre los oficiales, incluso si comenzaban a disparar. Era la última oportunidad

de hacer algo con sus vidas y qué mejor que mantenerse vivos y unidos, en el sentido más literal de la palabra.

Abrieron la puerta. Los policías estaban nerviosos y querían que la gente se moviera rápido. Los refugiados comenzaron a caminar, los primeros pasos que dieron fueron decididos, los siguientes cobraron una fuerza repentina, mirándose a los ojos buscando impulso entre sus compañeros, dos pasos después salieron corriendo, destrozaron las rejas lanzándose contra ellas. Los militares, confundidos, comenzaron a correr y a amenazar a todos sacando sus pistolas y apuntando sus metralletas. Hubo disparos al aire. Mis ojos comenzaron a buscarla, no la veía, ¿dónde putas estaba Sara? Dejé la cámara con alguien de CNN, salí corriendo. Nadie me vio entrar, meterme entre la multitud. Estaba asustado, muy asustado. Grité su nombre varias veces.

Los policías comenzaron a disparar, pero los refugiados no se iban a asustar por unas cuantas balas. En vez de eso hicieron una montaña de gente sobre una persona, saltaron, como enterrándose en una piscina humana. El segundo gigante del día cobraba forma, las personas se arrancaban la ropa con violencia para unirse a él. La desorganización hizo que se formaran dos gigantes, uno más grande que el otro. Los disparos iniciaron y los gigantes comenzaron a atacar, lanzando policías por los aires.

—¡Sara! ¡SARA! —Tanta gente estaba gritando en ese momento que habría sido milagroso que me escuchara, pero me escuchó.

—¡César!

Me di la vuelta y la encontré, se quitaba la ropa, igual que algunas personas que la rodeaban y que corrían sacándose

el bra, los pantis, las medias, los pasamontañas, el hijab, el niqab. Me fui corriendo hacia ella. Mientras corría, también me desnudaba. Dejé los zapatos, las medias, la camisa; con eso sería suficiente para entrar en ella. Hice una picada esquivando otras personas, accidentalmente fusioné un dedo o una pierna con otra persona. No importaba. La encontré de frente, no frené mi impulso, salté hacia ella para taclearla.

Antes de que los dos nuevos gigantes crecieran hasta obtener un tamaño considerable, un colombiano de Timbío, Cauca y una Siria de Damasco, con una síntesis madura de más de veinte años, crearon una onda blanca de choque, lanzando policías y refugiados a volar por los aires por un radio de doscientos metros con un destello blanco y azul. ¡Brhammmmm!

La onda electromagnética fundió los circuitos de celulares, cámaras y radios. Los militares cayeron inconscientes, igual que los migrantes, lanzados por el aire. Las ventanas de los carros de la ONU y el ejército estallaron. La onda, completamente circular, se vio como un destello desde lejos, a kilómetros de distancia. Los gigantes fueron empujados con fuerza. Uno de ellos cayó al suelo y el otro solo tropezó, pero se mantuvo de pie. Ambos gigantes dirigieron sus ojos brillantes al epicentro de la onda de energía, pero ni Sara ni yo estábamos ahí. Nos habíamos convertido en un ser nuevo y prodigioso. He aquí el que viene en el nombre del Señor.

VALLE DEL EMPERADOR SOL, FUSIÓN NUCLEAR.

Algo puede explicar la fusión y el colapso de la función onda partícula. Creemos que es la nostalgia. Al hacerlo, las personas entran a una dimensión distinta. Superan la barrera de la relatividad general, viajan curvando el espacio a través de la materia. Suponemos que, al entrar a hacer parte de los fenómenos cuánticos, el entendimiento de la realidad debe ser distinto. Estamos a punto de observar un evento psíquico, estamos al borde del entendimiento humano. Hay triángulos y decágonos, pentagramas y dodecaedros, una fiesta de geometría analítica, dibujos de planos cartesianos con funciones de onda.

En la bóveda plateada del hiperespacio, Sara y yo podemos ver cómo las cosas no son lo que parecen. Estamos volando a velocidades difíciles de describir. Avanzar no nos lleva a ningún lugar, porque todos los espacios son un solo espacio. A medida que ella y yo nos separamos, las líneas blancas que unen partes de nuestro cuerpo se tensan, creando una red de varios kilómetros de largo.

En total hubo 54 parejas con fusiones fermentadas: personas que se reencontraron más de veinte años después de una fusión. En todos los casos suceden los mismos efectos. Las personas que rodean el evento psíquico–cuántico tienen

una urgencia por amar, por pegarse a otras personas. Si no se detienen antes de que eso suceda, los efectos pueden ser catastróficos. Todos los casos se han suprimido: las personas que han estado en el centro de estos eventos fueron asesinadas por la ONU.

Fotos borrosas, documentos tachados con anotaciones a los lados, nombres subrayados, caras de víctimas, perfiles de hombres y mujeres sonriendo. Fotos, videos censurados en blanco y negro tomados por cámaras de seguridad. Hay algo allí. Flotando en el hiperespacio, las sombras grises de las personas se hacen visibles. Pronto podemos ver las líneas que unen a las personas, extendiéndose de un lado a otro del planeta. Lo que una persona hizo a alguien cuando le dijo un secreto, cuando la tocó y se fusionaron en noviembre: se fueron a casa, viajaron y, ahora, hay líneas uniéndolos por los kilómetros que han recorrido. Son como venas con ramificaciones, como ríos de personalidades, ríos de síntesis y de balance, ríos de nostalgia y de amor. Son venas que fluctúan deseo, ganas de follar, ganas de abrazar, de besar. No podemos explicar qué son los sentimientos humanos. Componentes electrónicos y flashes evolutivos. Las teorías evolutivas del comportamiento humano no son suficientes para explicar esto. Los humanos no son como una especie, sino como un solo ser vivo. Eso son.

Los policías y los refugiados estaban en el suelo, intentando pararse después de la onda expansiva. Los dos gigantes miraban en dirección de la fuente de luz. En el centro de todo había un hermafrodita con ojos brillantes, apuntaba con una mano hacia el cielo y con la otra hacia la tierra. Los policías y los refugiados, recobrándose, sintieron algo escalando por

sus gargantas, por sus manos. Se pararon, reconociéndose. Los policías miraban a los refugiados, que los miraban a su vez. Todos se paraban, unos a medio desvestir, unos medio enfermos, todos sorprendidos. El Hermafrodita fue ignorado a pesar de que todas las demostraciones de afecto sucedieron alrededor suyo. La policía estaba profundamente confundida, enterándose lentamente de que todo lo que querían era amar. Pero tenían armas y habían matado a algunos refugiados. Estaban llorando. Las armas de fuego, bolillos y escudos cayeron rápido al suelo, se arrodillaron pidiendo perdón a los refugiados. Los refugiados caminaron alrededor de la policía: hombres, mujeres, niños, ancianos; con calma, les dieron la mano para que se pararan. Refugiados y policías se abrazaron. Gente de la ONU, reporteros, camarógrafos, todos dejaron de grabar, soltaron lo que tenían en las manos y se sumaron a la sesión de abrazos. Las sonrisas se dibujaron, comenzaron a besarse unos con otros, era algo que la gente no había hecho desde hacía décadas, tocar a otros, abrazar a otros, besar a otros. Las trescientas personas que conformaban la multitud comenzaron a quitarse la ropa, los que aún tenían algo puesto, alrededor del Hermafrodita. Los gigantes se abrazaban, accidentalmente pisaban pequeños humanos que se unían a los pies de inmediato. Manos pasaron a través de pechos, se abrazaron, tocando espinas dorsales e intercambiando ojos y hombros. Dientes picados, enfermedades en la sangre, piel grasosa, una historia de cáncer en la familia, a nadie le importó un bledo. Penes erectos se metían en costillares, labios húmedos besaban y se introducían en el cráneo de alguien. Todos participaron, todos sin excepción. A medida

que se estrechaban, cuerpos sudados, grasosos y olorosos, la masa de gente se unía más, la mezcla debía revolverse con mucha paciencia. Pronto el Hermafrodita estaba tan cerca de ellos que comenzaron a tocarlo y a fusionarse.

Tal vez la policía griega o alguien sabía qué estaba pasando, porque comenzamos a escuchar el ruido de un helicóptero. El Hermafrodita miró en esa dirección. Sabíamos lo que iba a pasar. Era un helicóptero armado, iba a dispararnos a todos. Somos la amenaza a un sistema que ellos quieren mantener. El helicóptero no titubeó, comenzó a disparar a la gente. No habían pasado dos segundos y todos corrieron para ocultarse tras el Hermafrodita, asustados; el Hermafrodita miró en esa dirección, apuntó con la mano como si fuera a lanzar un rayo. Algo vibró en el aire y los ojos del Hermafrodita resplandecieron. Como por arte de magia, la gente en el helicóptero dejó de disparar, aterrizaron en las cercanías y se sumaron a la gran orgía, corriendo y desnudándose como si fueran a ir a la playa. Para cuando la calma volvió, toda la gente se había reunido y estaban muy cerca. Tal vez nos habíamos tardado en ver que teníamos acceso a todos los ojos, a lo que todos escuchaban. A medida que pasaban los segundos, era como si tuviéramos suficiente cerebro para entender al mismo tiempo lo que se sentían unos dientes, a lo que olía alguien, el hambre de otro, un estómago que se llenaba con lo que otros habían comido. Sentíamos frío, sentíamos calor. Los dos gigantes nos tocaban también, nos acariciaban como si fuéramos un tapete de humanos. Crearíamos un súper balance. Unos pensaban en la posibilidad de que vinieran otros helicópteros o jets o algo, pero no podíamos perder estas ganas locas de amarnos. Cuando nos dimos cuenta el gigante

se integró por completo a nuestra multitud. Comenzamos a crecer, el Hermafrodita era la punta de la cabeza de lo que ahora puedo decir con orgullo era un Gusano. Una mezcla de gigante que se cae por su propio peso y que se extiende con múltiples piernas. El ADN de todos los gusanos blancos, negros y rojos que consumimos alguna vez para soportar la soledad se activa en nuestra sangre y nos da forma. Crecemos con rapidez, nos extendemos, intentamos domar nuestras diferencias, los cerebros parecen estar fundiéndose, los recuerdos de Sara y los míos parecen también los de otros cientos de sirios y policías griegos. Fuimos a tantas escuelas, hicimos tantas tareas, jugamos con tantos amigos, nos enamoramos tantas veces, fuimos conservadores y libertinos, fuimos cristianos, musulmanes y ateos, crecimos hacia el sol. Nos hemos atacado y violado, nos hemos insultado. Amar a alguien es amarse a sí mismo. Odiar a alguien es odiarse a sí mismo. Somos un gusano de todas las pieles, con todas las caras. Comenzamos a arrastrarnos, somos rápidos, escurridizos, este gusano se está conociendo a sí mismo, este gusano necesita un espejo.

¿Es peligroso? No podemos especular qué hará. Las imágenes son confusas, intentan minimizarlas, pero ya están en YouTube.

Prokopis Pavlopoulos, el presidente griego: Estamos frente a una amenaza considerable. Vamos a hacer lo posible por acabar con esa amenaza tan pronto podamos.

Imágenes satelitales de un enorme gusano escurriéndose entre las calles de Mykonos. Una lombriz masiva y formidable arrastrándose calle por calle.

BBC: Hemos perdido a nuestros reporteros en Mykonos.

Las autoridades griegas y la Unión Europea han dado una orden de Estado de excepción y de alerta roja por los extraños fenómenos psíquicos que, al parecer, esta criatura ha desarrollado.

Alguien en una calle: Nos pidieron que desalojáramos los hoteles, no sé muy bien qué está sucediendo. Estamos perdiendo mucho dinero por no abrir nuestras tiendas, nuestros negocios.

CNN: Al parecer no todas las personas fueron evacuadas. Un helicóptero mostró un par de sobrevivientes en los techos de un hotel con pancartas de "auxilio" mientras el Gusano merodeaba.

¡Pánico en Grecia! ¡Alerta biológica! ¡La gran bestia del Apocalipsis!

¡Kaiju avistado en el Egeo!

Trump: Creo que este es un momento en que todos debemos estar unidos. Grecia es un país aliado y debemos apoyarlo en este momento de crisis.

Última hora: al parecer en Colombia existe una curiosa secta que profetiza la venida de un gusano.

El Taita: Este gusano no es un enemigo, como ustedes creen. Es todo lo contrario, es la posibilidad de entendernos, es la respuesta a nuestra indiferencia.

Reportero: ¿Es cierto que en su secta hay bailes que incluyen el que niños desnudos se fusionen con adultos? ¿Le parece que esta práctica es moralmente aceptable?

Líder de culto religioso en el Darién, junto a veinte de sus seguidores, fue arrestado por supuestas prácticas pederastas.

Los jets de combate de la fuerza aérea griega llegaron tarde, el Gusano había aprendido a nadar. Mykonos estaba

vacía. Divisiones enteras de marines y equipo anfibio de última tecnología habían sido despachados. Jets con sensores de temperatura y movimiento sobrevolaron el mediterráneo, encontrando solo unos grandes agujeros, hechos recientemente en el suelo submarino. Los radares mostraron que los túneles se extendían a tanta profundidad que, si los seguían, la presión aplastaría a la mayoría de los submarinos disponibles. Las imágenes satelitales mostraron que parecía una enorme lombriz de tierra, antes de que alcanzara tanta profundidad y perdieran su huella calórica.

Los siguientes nueve días el mundo estuvo en pánico. Los vaporwavers, los que esperaban el Mahdi y las sociedades secretas como la de la Danza Fantasma, sabían que durante estos veinte años el mundo se había transformado radicalmente. Era cuestión de tiempo para que las relaciones sociales, los gobiernos y la forma como aprendíamos cambiara para siempre. Hubo arrestos arbitrarios, gente que probablemente sabía más que los demás sobre la fusión. Los casos de personas que se habían encontrado en explosiones similares salieron a la luz, los gobiernos habían disparado a multitudes de personas en el epicentro. El papa dijo que el Gusano era el anticristo. Prioridad número uno de los Estados Unidos de América. Armas nucleares: permitidas. Rusia declara la guerra al Gusano.

*

Soldado con los ojos censurados, hablando en inglés: Nos dijeron que si recibíamos la orden no podíamos negarnos so pena de ser llevados a corte marcial. Teníamos que disparar a

la población con todo lo que tuviéramos. Debíamos eliminar a la totalidad de la gente. Yo estuve en una de las masacres en Tennessee. Nos dejaron usar armamento no convencional: balas explosivas, lanzallamas. He escuchado del uso de gas mostaza, con lo que eliminaron otro grupo hace un año.

Masacre tras masacre y ninguna ha salido en las noticias. No hay nada.

Otro soldado censurado, hablando en castellano: Nunca nos dijeron qué estaba sucediendo, nos pidieron que no hiciéramos preguntas. También nos condecoraron en secreto por las matanzas de Chile, en el pueblo de Tome.

Un conductor de tren, hablando en alemán: No podía decir nada. Uno de mis compañeros intentó hablar con la prensa porque esto se parecía demasiado a los campos de exterminio durante la Alemania Nazi, pero lo desaparecieron. Me dijeron que, si hablaba, me sucedería algo similar. Tuve que llevar los cuerpos de miles de personas que murieron en Dresde. Sé que eran cuerpos porque vi a los oficiales del ejército cargándolos. Tenía miedo de que me mataran, por eso no dije nada.

Archivos tachonados, videos de seguridad, documentos de máxima seguridad mostrando civiles atados a camillas en laboratorios y clínicas clandestinas. Los pocos que no habían sido exterminados habían sido llevados a las malas, examinados en condiciones terribles y en cuartos oscuros. Todos mostraban los mismos síntomas: se acariciaban a sí mismos, porque no había nada cerca a lo que pudieran besar, abrazar y hacer el amor. Los médicos hacían preguntas que los pacientes no podían responder porque no pensaban con claridad.

—Doctor, usted es muy bello. Quiero tocarlo.

—¿En qué trabajaba antes del ataque?

—Eso no importa, lo que importa es que nos amamos, doctor.

—Responda la pregunta.

—Doctor, déjeme darle un beso. Quiero saber qué tiene por dentro. Déjeme darle uno de mis ojos, intercambiemos el esófago.

A veces se ponían muy tiernos, hacían vocecitas irritantes, como cuando la gente hace voces a los bebés.

—A gugugugu, a nininininini, ¿quén esh un doctorchito hermosho?

Los que fueron torturados, incluso a los que les amputaron ambas piernas sin anestesia, seguían gritando sin parar, en límites de obscena desesperación: "Los amo, los amaré siempre, así me hagan daño, quiero abrazarlos, quiero dedicarles canciones, amo sus brazos, amo su trabajo, quiero acariciarlos".

Niveles de dopamina y oxitocina al límite.

Titulares de prensa: Los gobiernos del mundo llevan más de cinco años cooperando para eliminar al Gusano. Tortura, eliminación forzosa y exterminio. ¿Seguridad pública o genocidio?

Imágenes satelitales de los rastros del Gusano en Ghana, protestas en contra del despliegue de fuerzas armadas y submarinos para capturarlo. Hippies con carteles dicen que el Gusano es la salvación, que deben aceptar que los tiempos han cambiado. La marcha multitudinaria en São Paulo incluyó más de quinientas mil personas. Aunque intentaban celebrar los Juegos Olímpicos, la gente estaba más interesada en el Gusano. Algunos carteles decían: "Este es nuestro futuro".

Fuerzas especiales antidisturbios llegaron a controlar la

manifestación, pero antes de que los gases lacrimógenos y los chorros de agua dispersaran a los manifestantes, un grupo formó un círculo alrededor de una persona con ojos que brillaban con una luz blanca y pálida. Luego, una explosión de luz magnífica y, casi de inmediato, las cámaras que grababan desde helicópteros y transmitían en vivo, se apagaron. Los periodistas sabían que probablemente el helicóptero estaba cayendo, pero sin electricidad no había manera de saber lo que estaba pasando. Para cuando los drones de Globo Tv habían llegado, en vez de la manifestación y los grupos antidisturbios, había un espacio vacío y un gran cráter circular y tan profundo, que no se podía ver dónde terminaba.

El tiempo del neoliberalismo económico ha terminado. Memes para el fin del mundo un jueves, gente que viaja para estar con sus seres queridos.

Con una gran emoción, Aly Gamal el–Din vio en las noticias que los atentados terroristas habían cambiado de método. Durante los primeros meses del año, personas atropellando gente, muchachos locos con metralletas y carros bomba, habían sido la última moda. A medida que progresaba el año, atentados en Alemania de chicos que juraban pertenecer al Estado Islámico habían matado a 19 personas; usaban hachas, cuchillos, explotaban en pedazos con una bomba casera. Había sucedido algo muy, muy extraño, y estaba por convertirse en la última moda de los atentados terroristas primavera-2016. Decían que había ocurrido en Damasco; no había cifra de heridos, pero al parecer se había tratado de un dispositivo no convencional. Todas las cámaras de seguridad en un radio de cinco kilómetros habían sido barridas por un pulso electromagnético. Cuando los comandos de ISIS se

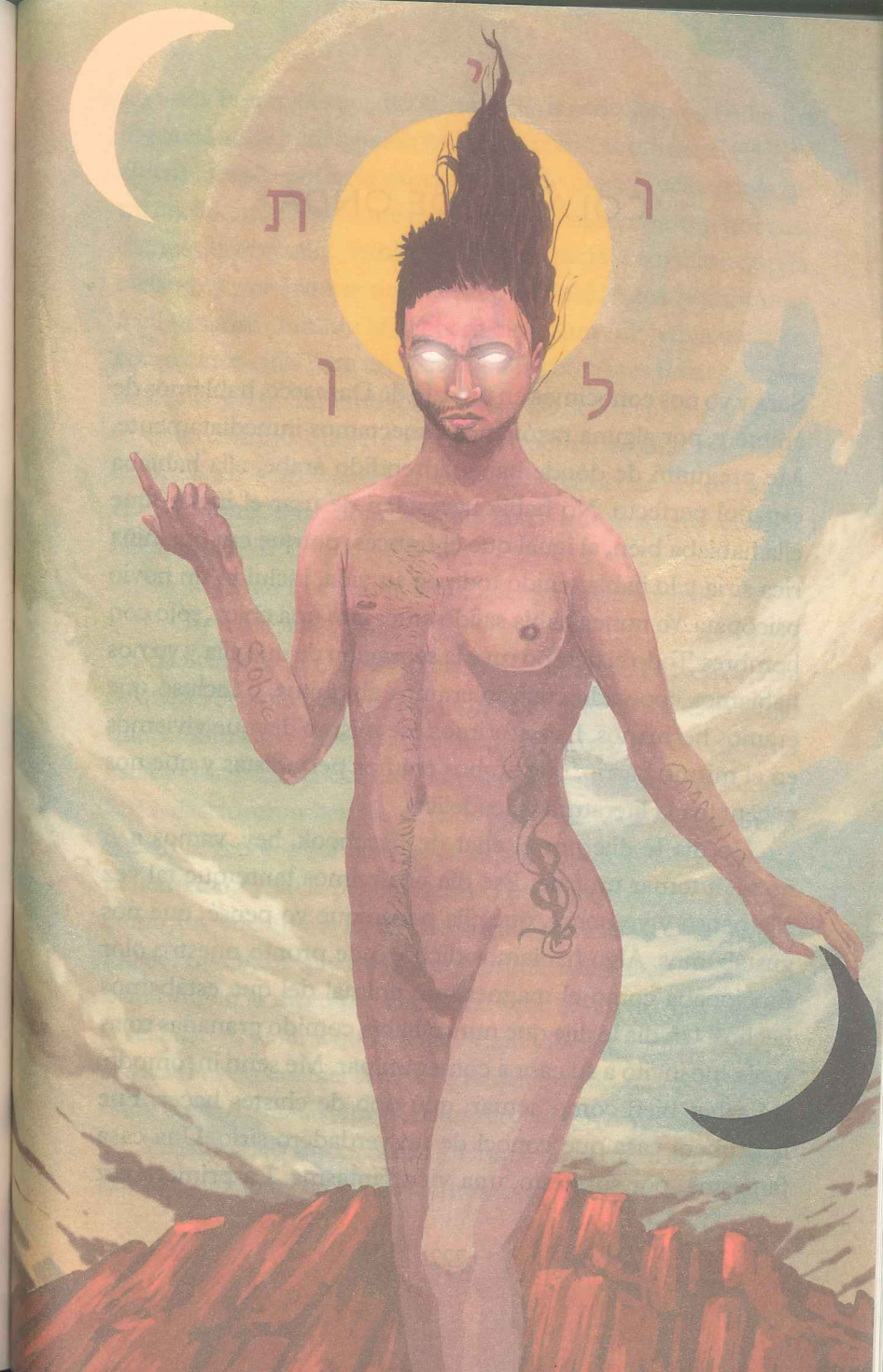
acercaron, camarógrafos incluidos, se encontraron con que toda la gente en ese radio había desaparecido. Nadie había reclamado el atentado: ni Al-Qaeda, ni el Estado Islámico, pero la gente que había visto el fenómeno lumínico en Grecia, en la isla de Delos cerca de Mykonos, decía que el efecto había sido similar. Una luz blanca muy brillante.

Luego sucedió en Estambul, en Atenas. La cifra de desaparecidos comenzaba a alcanzar alturas insospechadas: dos millones, tres millones de desaparecidos; la gente estaba entre asustada y emocionada.

El que Aly viera uno de esos terroristas tal vez fue suerte, tal vez no. Parecía una persona normal, caminaba en las calles del Cairo cuando comenzaba la primavera, vestía de negro con una chaqueta gruesa y un pasamontañas negro. Se hizo en la mitad de la plaza de Talat Harb. Aly estaba comiendo ful y taameya cuando, por pura casualidad, vio lo que sucedió. El terrorista se quitó la capucha y mostró una cara con rasgos árabes o turcos. La gente en el Cairo raramente se quita la capucha y llamó la atención de los transeúntes. Aly sacó su cámara, comenzó a tomar fotos, las envió a su centro de noticias antes de que fuera muy tarde. La gente no solo lo miraba con extrañeza, sino que comenzaron a apuntar con el dedo, asustados, dijeron "terrorista". Los ojos del hombre, o mujer, no se sabe con exactitud, comenzaron a brillar con una luz blanca. Una fuerza que pareció crecer de su interior hizo que la luz de sus ojos se volviera más y más poderosa, hasta que la explosión sucedió. Lo mismo de siempre. Vidrios rotos, aparatos electrónicos destruidos, chispas, gente cayendo al suelo.

Aly desapareció, pero sus imágenes se volvieron famosas. Los terroristas tenían cara y la gente podría identificarlos.

El ataque del Cairo sucedió dos horas antes de que se reportara uno similar en Eslovaquia. Áreas de completa oscuridad electrónica surgían en el mundo como puntos negros, las cámaras, computadores y teléfonos inteligentes dejaban de funcionar. Las luces se apagaban al otro lado del mundo; en las noticias, algunos testigos oculares reportaron que pudieron ver en una noche clara, que el epicentro de la explosión del Cairo se había convertido en una escena dantesca similar al trabajo de Spencer Tunick. A los testigos no los había tocado la onda, no estaban lo suficientemente cerca como para que los afectara, pero cuando vieron el destello decidieron acercarse y registraron la escena con sus celulares. La gran bestia se formaba, y una vez completa, unitaria, comenzaba a cavar violentamente, rompiendo el pavimento, las tuberías y los cables, y dejaba un cráter. Al día siguiente los helicópteros sobrevolaban el enorme agujero, las fotografías de un mundo vacío y estático dejaban a la gente, allá en sus casas en el resto del mundo, viendo la televisión y las noticias en internet, abrumados, locos, expectantes, pensando en cuándo les llegaría la hora. En el video, la masa de gente desnuda, tocándose y follando en la oscuridad, cambiaba de proporciones: el mundo pudo ver al Gusano, borroso y pixelado. Su cuerpo de larva blancuzca, semitransparente, cubierta de arrugas, protuberancias y pelos se erigía sobre la noche con gran majestad y oscilaba en silencio.



COLAPSO DE ONDA*

Sara y yo nos conocimos en un café de Damasco, hablamos de ánime y, por alguna razón, nos conectamos inmediatamente. Me preguntó de dónde había aprendido árabe, ella hablaba español perfecto. No había necesidad de usar el inglés, que ella hablaba bien, al igual que el francés, porque era una niña rica siria y lo había tenido todo en su vida, incluido un novio psicópata. Yo nunca había salido antes con una chica, solo con hombres. Todo el tiempo tuve la sensación de que ella y yo nos habíamos conocido cuando éramos chiquitos, o incluso que éramos hermanos. Descubrimos ese mismo día que vivíamos en el mismo barrio, que ambos éramos periodistas y que nos encantaba la literatura psicodélica.

Un día le dije por el chat de Facebook, hey, vamos a... no sé, a tomar un café. Ese día nos reímos tanto que tal vez ella pensó y yo pensé, que ella pensó que yo pensé, que nos gustábamos. Algo habíamos dicho, o de pronto nuestro olor funcionaba como el magnetismo animal del que estábamos hechos. Un día le dije que nunca había comido granadas rojas y ella me invitó a su casa a comer un par. Me sentí incómodo, sin saber bien cómo actuar, qué tipo de chistes hacer. Fue la primera casa que conocí de un verdadero sirio. Una casa fantasma, por supuesto, una vida fantasma. La primera vez

que nos besamos sucedió en una fiesta, con latinos bailando reggaetón. Le pedí que me explicara cómo se ponen el velo las chicas que se cubren la cabeza. Cuando puso el velo detrás de mi cuello, fue como si me hubiera engarzado, como si hubiera dicho: "Eres mío, habibi". Desde hacía semanas quería besarla, y por eso me dejé llevar y la besé. A los hombres es fácil besarlos durante la primera cita, Sara me había costado como cinco citas para un beso. Con los hombres follar costaba dos citas y con Sara me iba a costar años.

Me confesó que era virgen. Después de una noche de cervezas en la azotea de uno de esos bares del centro, terminó en mi hotel, sin ropa, descubrimos que los dos éramos hermafroditas.

—Te tengo que contar algo... tengo pene y vagina.

—Yo también.

Tonteamos por unas horas, nos chupamos por otras. Ella se quedó dormida, pero una alarma a las tres la despertó y dijo que su familia la esperaba. Para entonces este lugar fantasma estaba desapareciendo. Las bombas durante la revolución del 2011 destruyeron barrios enteros mientras hacíamos el amor. A esto la gente le llamaba penetración de doble llave. Ella me penetró a mí y yo la penetré a ella. Nos quedamos conectados como un enchufe a la luz eléctrica mirándonos y sudando. Duele. Los tipos que hablan con orgullo de haber desflorado a una virgen lo dicen por el machito que llevan dentro, porque la realidad es lenta y quebradiza. Cuidado. Espera. Ay. Espera. Y sacar la verga cubierta de sangre con horror. ¿Estás bien? Sí, estoy bien. ¿Estás segura? Duele, pero yo quería.

Viajamos a conocer Alepo y Homs, nos hicimos amigos de músicos. Hicimos reportajes juntos, como si fuéramos materia

de crónica periodística. Por muchos meses sentí que esto era perfecto, porque nunca peleábamos, solo la pasábamos bien, contándonos historias de cosas privadas, muy privadas. No me gusta hablar de mi mamá, pero con Sara pude hacerlo y fluyó con todas las lágrimas que me había guardado detrás de los ojos. Y Sara dijo: "Está bien chiquito, está bien", antes de abrazarme.

Pero luego comenzamos a entender que éramos diferentes en muchos aspectos, que era difícil entendernos. Ella me decía: "Oye, me siento sola". Y yo le decía: "¿Ah sí? De pronto todos estamos solos, ¿no?" Y ella me decía, unas horas después: "¿Qué tipo de respuesta es esa?" Hizo una alharaca con eso, como si hubiera una respuesta correcta cada vez que ella sentía que había un problema y esperaba que con una sola frase entendiera la profundidad de sus problemas. Luego tuvimos una pelea sobre mi desorden en el cuarto de hotel, y le dije: "Nena, este es mi cuarto de hotel, no el tuyo". En fin, pendejadas de ese estilo. Un día nos fuimos a los alrededores del Crac de Chevalier, nos comimos un ácido en una montaña y estuvimos alucinando por horas. Gritamos empelotas e hicimos todo tipo de estupideces alucinatorias. El cielo se llenó de colores. Ella dijo en voz baja: "Te vas a tener que convertir al islam, porque a mi papá no le va a gustar saber que estoy saliendo con un extranjero". "Vale, me convertiré al Islam".

Vimos el atardecer. Puse mi cabeza sobre sus piernas y ella comenzó a hablar:

—Hay una historia que amo del Shahnama —dijo Sara.

—¿Qué es el Shahnama?

—Es un libro persa muy antiguo, que cuenta la historia de los reyes de Irán.

—Ah, ya. ¿Y cuál es la historia que te gusta? —, le pregunté.

—Es la historia de la hija de un hombre llamado Haftvad, que era una hilandera. Un día, durante el almuerzo, mientras se comía una manzana, encontró un gusano. En vez de matarlo decidió guardarlo, y ese día hiló mucho más de lo que normalmente hilaba —Sara se quitó el cabello de los labios, me miró con una sonrisa y siguió hablando—. Ella pensó que ese gusano le había dado suerte, así que comenzó a cuidar del gusano, lo puso en una cajita, le dio comida. La hija de Haftvad comenzó a hilar cantidades extraordinarias, lo que le trajo a su familia una gran fortuna. Su padre, Haftvad, que se estaba volviendo rico gracias a su hija y al gusano, decidió amasar un ejército, construir una fortaleza y atacar al gobernador de su pueblo, con tal suerte que apenas al primer día del ataque ya había logrado su cometido. Al gusano lo alimentaron tan bien que comenzó a crecer hasta tener el tamaño de un elefante. El rey Ardashir se enteró e intentó atacarlos para recuperar el control de ese pueblo, pero Haftvad era mucho más poderoso. El rey Ardashir huyó de la batalla y, mientras acampaba con sus hombres, una flecha con un mensaje salió disparada de la oscuridad y se clavó en su comida. El mensaje decía: "Nadie puede vencer al gusano de Haftvad". Ardashir encontró a unos viajeros que le contaron la historia del gusano y decidió hacer una misión secreta para entrar al castillo y matar al animal. Se disfrazó de mercader, logró entrar al palacio y se le permitió alimentar al gusano. Entonces Ardashir y sus espías derritieron ollas de plomo y, cuando el gusano abrió la boca para ser alimentado, le metieron el plomo fundido. El gusano, claro, se muere. ¿Y adivina qué pasa cuando muere el gusano?

—¿Haftvad muere?

—El castillo de Haftvad se destruye, su ejército pierde una última batalla y sus hijos mueren en la horca.

—Chévere. Suena como a…

—Lo que está pasando en Medio Oriente.

Volvimos en un bus escuchando las detonaciones de las baterías antiaéreas y el cielo se iluminó de fuego enemigo y amigo y de gritos en árabe.

No sé, la gente siempre cree que las relaciones son fáciles, pero la verdad es que incluso cuando las personas están hechas una para la otra, comienzan los problemas minúsculos. En serio, si te pregunto si quieres que te ayude a cargar la maleta, lo digo por algo, no entiendo por qué tengo que insistir todo el tiempo como si estuviera rogándote para que me dejes ayudarte. Eso no tiene sentido.

—Así es esta cultura, si quieres hacer algo en serio tienes que insistir, se llama ser educado—. Estamos caminando por las antiguas calles de Damasco, callados.

—¿Tienes algo? ¿Estás brava?

—No, estoy bien. No me pasa nada.

Unas horas después, en el apartamento que estoy arrendando, ella responde.

—¿Sabes qué? Sí, me pasa algo. No me gusta cómo no parece importarte lo que siento, creo que no eres sensible conmigo.

Bla bla bla. Puede durar horas. Lo juro. Pero eso es parte de las relaciones. Así que hablamos hasta resolverlo, hasta prometerle que intentaré poner más atención a sus sentimientos. Todo termina bien, empelotos follándonos, sudando, sacudiendo la cama.

¿Casarme yo? ¿Proponerme yo? Eso es para la gente que no es cool. Pero para el mundo sirio es necesario, es la única forma de hacerlo. En mi país las cosas no son así, la gente ni siquiera se casa, solo se van a vivir juntos y ya... En Colombia a la gente no le importa lo de la religión, en serio. Bueno, un poco. En Colombia tenemos carriles para las bicicletas. Estoy cansado de Damasco.

Nos abrazamos al lado de la ventana, nos hemos vuelto transparentes, podemos ver a través del otro. Somos como fantasmas. Tenemos miedo de disolvernos por completo. Las paredes del lugar donde vivimos se llenan de agujeros. El techo se cae, los edificios cercanos comienzan a hundirse, se desparraman por daños estructurales, las calles se llenan de polvo y escombros. Escuchamos el movimiento de tropas fantasma, el sonido de los rockets y los disparos de fusil. Me voy a arriesgar, ¡qué hijuemadres!

—¿Quieres casarte conmigo? No tengo anillo ni nada, pero, tienes que decir algo antes de que desaparezcamos por completo.

Había dejado de tener manos, otros edificios colapsaron en silencio. Ella seguía pensándolo cuando nuestras caras se borraron por completo. Me dijo:

—Déjame pensarlo.

Sara y yo empezamos a conocernos de una forma espiritual y profunda.

¡Uy loco! ¡Qué profundo! Fue como si las capas de nuestra piel se fueran abriendo. Descubrimos quiénes éramos, qué amábamos, qué temíamos. Fue como cuando Bob Marley dijo: "¡Fagocita a la persona que tienes a tu lado y vive en comunión con Yah!" Después de follar, nos manteníamos en

la cama hablando sobre nuestra infancia. Ella me dijo: "Ser una mujer es una mierda, estoy cansada de que me acosen por las calles, mi papá no me deja salir".

Todo esto viene de un lugar recóndito. Hemos abierto nuestra piel, una capa y otra capa, como cebollas. Esperamos encontrar algo brillante dentro de tantas capas de ropa y piel y músculos. ¿Qué hay adentro? ¿Algo divino? Comenzamos a hacer rituales mágicos, a leer libros sobre hipnosis, a buscarnos como si camináramos dentro de un túnel. Cuando la gente habla de amor solo puede estar refiriéndose a esta Jihad: una constante búsqueda hacia el interior psicodélico de la gente. Los miedos más decisivos, irracionales, las miradas que nos echaron los grandes cuando éramos niños, el túnel de aquella vez cuando alguien te miró feo. Humillación, quiero humillación, quiero que una mujer, como mi mamá, me humille y me haga sentir tonto. Tengo una erección inmediata cuando una mujer me trata mal. Sara me dice que me va a castigar, saca la correa del pantalón, me quita la camiseta, me obliga a arrodillarme y comienza a darme correazos y yo respiro pesadamente. Taz. ¡Perra! Taz, ¿Cómo me llamaste? Taz. Me siento más cerca de Dios. Cada golpe abre una puerta hacia mi interior. Hay un enlace psíquico, gnóstico. La verdad está cerca, la puedo saborear, la puedo lamer, se siente como cuando el dentista taladra en uno de tus nervios y sientes el dolor en su más pura expresión. No te puedes mover porque acabas de percibir algo sagrado. Sara se metamorfosea, la agarro con fuerza mientras grito entre sus tetas: "¡No me dejes! ¡No me ignores! ¡No soy independiente!"

Sara se desvanece y yo me quedo sosteniendo el aire. Damasco, la fruta en nuestro interior, ha muerto.

EL GIGANTE:
Desbalance por emociones fuertes

Las intenciones de un gigante, desproporcionado y confundido, han sido observadas con cuidado en especímenes mucho más pequeños que los avistados en Grecia; el tamaño de esos monstruos superaba todos los registros hasta entonces. Se les había visto con anterioridad en tribus en África y en Colombia, donde algunos "monstruos" fusionados entre sí formaban un súper balance. Las contradicciones inherentes a la mezcla de voluntades generalmente hacen que la inestable deformidad se caiga por su propio peso y, al caer, los integrantes son seres combinados en proporciones equivalentes; en general seres completamente únicos y nuevos. Los gigantes griegos mantuvieron su forma por suficiente tiempo porque todos los integrantes sentían algo similar: miedo. Otros gigantes mucho más complejos se desintegran con mayor frecuencia.

Un chico de 20 años de Kazakstán, Kaskirbay Kozlov, encontró uno de estos gigantes en el jardín de su casa. Era una combinación de desempleados y personas desesperadas, formando una criatura de cuatro metros de alto que exhibía una textura y musculatura deforme y extraña: la misma estructura de la mayoría de gigantes. El gigante de Kozlov vivió más de seis meses en el patio del joven estudiante. Fue documentado, fotografiado, filmado y entrevistado numerosas veces.

Kaskirbay Kozlov: Un día yo estaba apilando la nieve cuando vi a este monstruo caminando lentamente, llorando.

Ese mismo día, el joven Kaskirbay fotografió al gigante por primera vez.

Kaskirbay Kozlov: Yo vivía solo en la casa de mi abuela. Mis padres viven en San Petersburgo y yo estudiaba, así que no podía simplemente irme. Tampoco llamé a la policía. Al principio me asusté, pero luego vi que él simplemente era un humano más grande.

El gigante de Kozlov contenía gente con mucho en común. Todos se sentían solos, todos estaban desempleados, todos querían huir. Era adicto al vodka y, si no fuera por Kaskirbay, lo más probable es que hubiese muerto.

Kaskirbay Kozlov: Lo ayudé, conseguí comida para él, intenté hablarle. Tuvimos que estar ese invierno juntos, porque las nevadas fueron muy intensas. Era un tipo muy callado, apenas se movía, pasaba horas en cama, tomaba Vodka hasta emborracharse.

Una de las cosas más curiosas de los gigantes es que están reproduciéndose y absorbiendo embriones con tanta frecuencia que es como si parte de su cuerpo se estuviera curando, regenerándose, creciendo a medida que respira. Los aparatos reproductivos masculinos y femeninos de un gigante están tan cerca uno de otro, que solo por estar juntos están constantemente fertilizándose, creando fetos y absorbiéndolos. Para la ciencia no es extraño que unos meses después, cuando Kaskirbay Kozlov logró cambiarle la vida, poniendo música alegre, enseñándole a bailar, leyéndole cuentos y jugando a las escondidas, el gigante, en un ataque de risa por uno de esos juegos, comenzó a desarmarse. Las personas se fueron

cayendo como si el gigante estuviera hecho de bolsas de agua. Las carcajadas de un gigante se convirtieron en las carcajadas de doce personas que caían rodando por la alfombra de Kaskirbay. Las cámaras de seguridad habían mostrado que inicialmente eran siete personas las que conformaban a este gigante; eran personas que vivían en las calles de Astana, pero ahora había doce.

Krishna Patel (Ph.D en ingeniería genética): Creemos que los embriones llegan a desarrollarse, solo que las partes se encuentran completamente diseminadas en los cuerpos de los gigantes. A pesar de que fueron doce las personas en las que se descompuso el gigante Kozlov, ninguna era un recién nacido. Los embriones y los recién nacidos no debieron tener más de dos meses, pero tenían signos de tener doce o trece años. Las personas originales que se unieron para conformar al gigante, como era de esperarse, ya no existen: se han mezclado tanto que su identidad ha sido recombinada.

Kaskirbay: Ese invierno ellos me dieron las gracias. Convirtieron mi casa en una fiesta. Cuando el invierno se hizo más duro me cocinaron y me ayudaron a limpiar la casa; luego todos nos emborrachamos.

Kaskirbay se ríe pensando en lo que significó vivir con un gigante. Las personas que resultaron de esa recombinación masiva son nuevas, con vidas renovadas, con recuerdos mezclados. Un hombre que parece tener cuarenta sabe tocar el acordeón, una mujer de tal vez cincuenta canta un vals. Están viejos, pero están contentos. Agitan la botella en el aire para celebrar, se dan un sorbo antes de besar a Kaskirbay, que los acompaña tocando el piano. Los gigantes arrojan información que no solo habla del fenómeno en sí, sino de lo que somos, de

lo básicas que son nuestras emociones en un contexto así. Las doce personas se ríen, se abrazan, bailan, se enamoran, buscan un trabajo en el periódico, hacen el amor en el segundo piso, se despiertan con una resaca y piensan que la vida vale la pena.

Ahora, es posible imaginar lo que piensa el Gusano, o lo que siente cuando su enorme cuerpo sale del mar Caribe, curvándose y metiéndose nuevamente al otro lado de una isla.

COLAPSO DE ONDA

Después de casi un mes de noticias sobre alarmantes atentados de luz en Latinoamérica, hubo uno en Bogotá. Era inevitable.

Brilló momentáneamente en la plaza de mercado de Corabastos. La plaza quedó desocupada en menos de media hora, los puestos de fruta, de yerbas, de vegetales, todo vacío, con el cráter característico en el medio y el enorme bicho buscando a la mamá gusano, sumándole masa a su inmenso cuerpo. La radio dijo que hubo uno en Pasto, dos en Cúcuta y uno en Medellín durante un partido de fútbol. A los que no les gustaban los venezolanos nos les quedó otra que fusionarse con ellos en el amor y la unidad.

R34 organizó una fiesta en su apartamento, fue la última vez que usó su celular. Cuando iba a llamar para que no olvidaran traer cerveza, el celular ya no tenía señal. Fue a lavarse las manos después de orinar y, al parecer, también habían cortado el agua. Si presionaba el interruptor de la luz no pasaba nada. Limpió el apartamento, acarició a Pochis, sacó la basura y notó que, desde los atentados, nadie iba a recogerla; las bolsas negras y blancas permanecían afuera. El shut estaba atascado y el portero de su edificio no había vuelto. Se encontró con una vecina cubierta con pasamontañas y saco de lana que intentaba desatascar el shut con un palo de escoba. La señora lo miró de

arriba abajo, R34 andaba apenas con una camiseta sin mangas y pantaloneta. Un olor apestoso sugirió que había algo más en el shut: finalmente salió un perro–humano muerto.

Sus amigos llegaron uno a uno, diciendo que se habían enterado por chisme que la gente se había vuelto loca, que estaban saqueando los centros comerciales, las tiendas de electrodomésticos y los supermercados. La policía patrullaba por todas partes, pero sin electricidad no tenía sentido mantener el orden.

Los amigos se iban sentando, quitándose las cosas de lana. Ponían música de sus celulares y abrían una cerveza. Bailaron un poco, se hicieron en pares a hablar de lo que estaba sucediendo.

—¿Sabes algo de César?

—La última vez que chateamos estaba en Egipto, así que no tengo idea —respondió R34.

—Me imagino que lo extrañas un montón.

—Sí. Pero qué se le va a hacer. Pienso que con todo lo que está pasando vamos a vernos de nuevo, seguro. Me mandó un mensaje muy raro. Es un montón de información sobre unas máquinas. Dijo que debía enviárselo a algún periódico o centro de noticias, pero ya es muy tarde.

—¿Qué era? —preguntó Manuelita.

—Pruebas de que la guerra en Iraq fue para encontrar una máquina. Una máquina que no encontraron. No entendí casi nada.

—¿Ah, será eso por lo que pasó la guerra en Siria? —dijo Manuelita con ingenuidad.

—No sé.

Los otros chicos alrededor apenas si suspiraron. Ya era muy tarde para saber por qué; había iniciado la instrumentalización humana y era imparable.

Las cosas se pusieron como se suelen poner con R34: tomar mucho, meter gusanos, gente besuqueándose en una esquina. Gente mirando por la ventana, apreciando cómo todas las casas están iluminadas con velas. Hay un número anómalo de tropiezos en la cocina, gente que ha tomado demasiado y que simplemente se desploma después de bailar una tras otra de sus propias listas de música. La batería de los celulares se acaba, se acaba la música. Todos parecen ebrios de nostalgia al abrir la ventana y escuchar ruidos en la noche: gente que ha robado a alguien y grita: "Agarren a ese ladrón hijueputa". Las calles están llenas de estrellas de pop tambaleándose, grupos de hombres armados buscándose, robándose toda la comida de las tiendas. Hay gente que orina los muros, estrellones de carros, ladrones y familias asustadas. Hay gente que ya no se baña. Violaciones torcidas en lugares públicos. Una última copa antes de otra onda electromagnética. Gente que no quería morir virgen.

Al día siguiente la ciudad estaba terriblemente sola, las personas evitaban los lugares donde se congregaba mucha gente pensando que tal vez las multitudes atraían a los agentes hermafroditas del gusano. Muchas personas afectadas por los atentados trabajaban en servicios vitales para la ciudad y, en su ausencia, Bogotá se quedó sin electricidad, agua, internet. Uno podía especular que más episodios habían sucedido, y que por eso los operadores de servicios vitales, así como los presidentes y empleados de compañías enteras, habían

desaparecido. La red eléctrica, agujereada por las ondas electromagnéticas, hacía imposible que se reestablecieran las comunicaciones. Los amigos de R34 prefirieron quedarse en su casa por un par de días.

—¿Que habrá pasado con el Gusano? —Manuelita fue la última en ver noticias, antes de que el internet se fuera. Los gringos y los rusos estaban moviendo tropas, portaaviones y todo el arsenal de guerra, pero no iban a poder enterarse de eso.

—Espero que siga vivo.

R34 miraba por la ventana mientras acariciaba a su gato, medio metiendo la mano en sus vísceras. La mayor parte del tiempo las calles estaban vacías. Una persona solitaria doblaba una esquina con rapidez, esgrimiendo un palo por si algo sucedía.

Algo parecía llamarlos a deteriorarse si no tenían la oportunidad de unirse al gran Gusano. Solo podían esperar. Estaban sin cepillarse los dientes o bañarse, sentados, cubiertos en sudor, miedo, pereza, se extendían por el piso esperando desintegrarse. La mayor parte del tiempo hablaban, pero a veces los invadía un silencio incómodo. Más pronto que tarde se quedaron sin comida y una semana después estaban a punto de morir de hambre. Lo mejor que podían hacer era salir como una manada, buscando comida, o al Gusano, para ser uno con él. Se decía que mucha gente buscaba los cráteres que dejaba el Gusano, caminando kilómetros por el subsuelo, buscando con linternas los restos babosos de Dios.

R34 y sus amigos estaban armados con sartenes y cuchillos de cocina y protegidos con armaduras de cartón. R34 intentó cargar con Pochis, pero al final solo haría las

cosas más complicadas y decidió dejarlo ir. Comenzaron a caminar buscando tiendas que no estuvieran completamente saqueados, o bodegas. La ciudad permanecía callada, ocultaba en sus esquinas a mercenarios, locos, gente que estaba por perderlo todo; drogadictos buscando arreglar un balance descontrolado, gente en un krak de emociones azules buscando alguien con quién fusionarse a la fuerza.

Los vaporwavers no lograron llegar muy lejos cuando escucharon el ruido de varios camiones: verdaderos locos con armaduras y crestas a lo mohicano gritaban por un megáfono que el RRI se había tomado el control de la ciudad. Los vaporwavers se ocultaron con rabia en una tienda saqueada mientras la RRI anunciaba las nuevas leyes:

"Habrá orden", "Toque de queda", "Todos deben tener sus capuchas y su ropa de lana puesta", "El Estado colombiano ya no existe, se dio un golpe de Estado. Esta es la nueva República de identidades no fusionadas de Colombia".

Lo que quedaba de mí en R34 recordó que había sido Juan Carlos el que había organizado todo. R34 habría amado ir a buscar a ese infeliz y matarlo, y los pedazos de mi memoria en él le habrían ayudado a identificarlo. Si pudieran lo habrían hecho, pero ninguno sabía kung fu, no sabíamos matar. Si uno se lo proponía en serio, el R34 en todos nos decía: "La violencia no lleva a ningún lado". R34 se mantenía positivo en este atropello. Si dejaba de creer en la humanidad, en los Derechos Humanos y en la calidad de vida, ya no había nada por qué levantarse.

En uno de los centros comerciales a los que entraron a explorar encontraron cadáveres pudriéndose en la oscuridad: les habían dado bala mientras se medían ropa que se querían

robar, a medio terminar un burrito que ellos mismos habían preparado en un restaurante mexicano, con las manos en la masa llevándose un televisor de pantalla plana. El nuevo ejército los había asesinado. La RRI, debió ser.

Los ex colombianos se escurrían, armados con palos de escoba, con cuchillos. Los vaporwavers se escabulleron, esperando que los andenes estuvieran despejados antes de cruzar cada calle, hasta alcanzar el centro de la ciudad, pero notaron que se estaban formando clanes. Algunos bogotanos armaron barricadas alrededor de Teusaquillo, y otro grupo había hecho lo mismo en chapinero alto. R34 y sus amigos avanzaron con tranquilidad viendo a los guardias de esas barricadas, protegiendo sus fortines con escopetas y motosierras. Los vaporwavers siguieron por la sombra, hablando bajito; acampaban en apartamentos abandonados del centro. Robaban comida de refrigeradores y alacenas que nadie había encontrado. Galletas, latas de sardinas, y arroz, que cocinaron con el agua de la cisterna de los baños y de los tanques de agua, en fogatas alimentadas con tablas de las camas. Intentaban buscar a Dios. No digan nada, chito.

Hubo una batalla entre los de la RRI y la comuna de Teusaquillo, la vieron desde la ventana de un apartamento en un décimo piso. Hubo disparos por dos noches, mucha gente debió morir de formas horribles.

El proceso de degeneración cultural, pensaron alrededor de una fogata en la sala del apartamento que habían ocupado, iba a ser rápido. Estaban cocinando lo que habían encontrado en varios pisos del mismo edificio. Un par de nuevas explosiones iluminaron el cielo de Bogotá con un poderoso destello blanco. Uno debió ser en Suba, otro por los lados

del Ricaurte. R34 no pudo dormir, pensaba que tal vez su propio apartamento había sido ocupado por los nuevos habitantes de la calle. Apaciguó su desbalance con un gusano, pero siguió despierto. Se puso a revisar álbumes de fotos que pertenecían a los dueños del apartamento. Encontró tesoros en el armario, cosas que habían pertenecido a un niño y a un soldado, libros de química. Examinó cartas, recuerdos, ropa.

—Vamos al cráter. Vamos a buscar a Dios —dijo uno de sus amigos, mirando por la ventana por si el destello se repetía.

Fue lo único que oyó, cada uno estaba en su propio proceso mental. Nadie respondió. Esa noche R34 pensó que veía al Gusano elevándose sobre la ciudad en silencio, enrollándose alrededor del edificio Bacatá BD. Era enorme, su cuerpo pringoso se extendía por las calles del centro mientras la gente dormía, vigilando la ciudad con sus ojos brillantes. Las pesadillas contenían elementos nuevos e inquietantes. Los pocos gusanos para el consumo humano que quedaban agonizaban fuera del agua, se sentía como si estuvieran pasados, generaban alucinaciones amargas. Los gusanos rojos llevaban a la gente al conocido Valle del Emperador Sol, pero ahora en ese lugar había comenzado a llover a cántaros.

—El Valle del Emperador Sol —dijo Manuelita Razorhead— debe ser el interior de la mente comunal humana.

La barricada de Teusaquillo cayó, eventualmente. Hubo fusilamientos al aire libre, y los de la RRI tomaron el botín que los rebeldes protegían (papas fritas, chocolatinas y cervezas), y se fueron. No pasó más nada, todo se mantuvo en silencio por un día entero, excepto por un motel que había estado ardiendo por dos días, y parecía estar a punto

de colapsar. Al día siguiente los vaporwavers decidieron salir de su escondite, sin desayuno. Después de caminar por media hora, encontraron el lugar donde había ocurrido el episodio más cercano. El cráter por el que el Gusano se había escabullido estaba lleno de agua. La gente sabía que en el futuro las lagunas serían veneradas de nuevo, como en los tiempos de los indígenas. Había cuerpos flotando en la superficie: probablemente personas que habían llegado tarde y se habían lanzado en completa desesperación. Las personas no tienen a dónde ir. Los vaporwavers se quedaron en silencio, pensando, listos para escapar si los camiones de la RRI aparecían.

—Los bogotanos se volvieron caníbales —, dijo Manuelita Razorhead, señalando al otro lado del cráter a un grupo de personas comiendo lo que quedaba de una mujer-venado cocinada a la brasa.

—Los bogotanos siempre hemos sido caníbales —, respondió R34 sonriendo.

R34 ya los había visto. Habían comenzado comiéndose gatos y perros callejeros, o cualquier combinación de ambas, daban vueltas al asador y dejaban atrás el cuero peludo. La gente que se encontraban por la calle, que como ellos, parecían estar caminando de un apartamento a otro, apenas si saludaban; pocas veces más que eso. Era más prometedor poner en "On" a los muñecos Becky Bubbles o Brat Bubbles que todo el mundo tenía en las casas, tan indispensables como lavadoras o licuadoras, e intentar tener una conversación inteligente con ellos. Los humanos fritos se volvieron cosa de todos los días, y al verlos y oler la carne rostizada, se les hizo agua la boca. Se estaba haciendo más difícil encontrar

alacenas y gabinetes que no hubieran sido saqueados. Comenzó a lloviznar y los vaporwavers se esfumaron, entraron a un apartamento ocupado, justo cuando pasaba un camión repleto de fachos de la RRI, y antes de que los caníbales que habitaban el apartamento ladraran de sorpresa, cerraron la puerta y buscaron otro apartamento.

RUTAS

Estudié literatura en la Universidad Nacional, pero todo terminó en la onda del 2016. Yo intentaba matar identidades conflictivas, pero me enamoré de muchos policías. BOM. El rap de los enamorados masivos, el acceso carnal violento desde enero con todo el sabor. La ciudad se convirtió en una fiesta tropical. Los centros de noticias están vacíos. Las personas se roban electrodomésticos y televisores planos en cámara lenta, pero dejan lo que se robaron tirado cuando los agarra la onda del verano. Los vidrios estallan otra vez. Los zombies del sabor se desvisten y bailan reggaetón antes de ser capturados por la gente del RRI, asesinados en plena rumba. Los negocios quiebran en un segundo cuando los tenderos, gerentes y oficinistas hacen un trencito y bailan la conga. Yo era profesor de arte, pero véanme acá, perrando. Yo era ministro de finanzas, pero güepa. Yo trabajaba en un banco, pero ahora amo a todo el mundo. Yo odiaba a los gays, pero me estoy rumbeando con un oficial de la Policía Nacional, hundiendo mi frente en sus ojos. Yo era un adicto al bazuco, pero heme aquí limpio, nadando entre cuerpos, parte de un gigantesco gusano.

Manuelita Razorhead contaba los días, se mordía las uñas y declaraba: "Es el fin del mundo".

Hoteles vacíos, cubiertos de polvo. Aeropuertos olvidados en los que algunos gatos se fusionaban entre sí, cambiando de sexo rápidamente. Locos que robaron un auto tienen pesadillas lumínicas en la autopista a altas horas de la noche antes de estrellarse contra una vaca: salen por el parabrisas, resbalan, caen dentro del cuerpo de la vaca. Morir sepultado en órganos, mezclando heridas, metiendo pasto regurgitado en el estómago humano.

Los animales salvajes saltan entre sí, atendiendo con gusto a las lightwaves. Manuelita recordó documentales de vida silvestre mientras masticaba la pata de un cerdo del tamaño de un gato, que se habían vuelto el estándar de la industria, dijo:

—Yo me acuerdo cuando era chiquita y mostraron los nuevos documentales de NatGeo. Los guepardos acechan a las gacelas, pero cuando el guepardo logra atacar a la pobre gacela, la garra del guepardo se fusiona con la gacela. La gacela aprende del guepardo, y el guepardo aprende de la gacela. ¿Sí lo vieron?

Manuelita no se bañaba hacía varios meses y su olor penetrante solo era superado por el de las casas en las que había abuelitos, incapaces de salir a unirse con la masa de creyentes del Gusano. Esos viejos habían estirado la pata mientras miraban por la ventana, muertos de ganas por ir a las fiestas de runners más grandes de la historia. Los muertos estaban jugosos todavía. Abrir las neveras era toda una aventura, era poco lo que sobrevivía adentro. Recogieron cepillos de dientes de muertos cuando se hizo difícil encontrar más cepillos. Alguien seguramente se los había llevado, porque ya no había ninguno en los supermercados. Si tenían

suerte, los apartamentos que visitaban tenían tanque de agua de repuesto y era posible tomar una ducha. Manuelita estaba muy contenta con la pata de cerdo. No se biodegradaban y sabían bien.

—¿Cómo hacían los animales carnívoros si no podían cazar? El presentador dijo que, al parecer, los animales intentaban fusionarse por completo; así adquirían de los herbívoros las capacidades necesarias para sobrevivir comiendo plantas. Y los herbívoros adquirieron dientes afilados y comenzaron a saborear la carroña y darse un festín que antes habría sido imposible.

Los años estaban pasando frente a la cara de los vaporwavers y otras tribus de vagabundos que buscaban a Dios, esperando verse con él/ella/eso/nosotros. En pocos meses, la RRI había comenzado una carnicería: matar por matar y proteger solo a la gente "limpia", la gente que apenas medio se había fusionado en algún momento de su vida con una cucarachita. La dicha se acabó cuando un terrorista explotó en las cercanías de su centro de operaciones, en un barrio con barricadas en cada calle; una especie de barrio del Cartucho o del Bronx. Eso fue lo que acabó con lo que quedaba de la República de Colombia. Los sobrevivientes prefirieron irse de la ciudad, buscando al Gusano, habitando apartamentos y casas desocupadas, follando con los robots que se encontraban, los muñecos de amor. Un ejército de Becky Bubbles y Brats Bubbles miraban por las ventanas, esperando a que alguien llegara.

Durante casi todo el 2016 podían verse destellos blancos durante la noche, dos o tres en la lejanía, confundidos con rayos. Fue cuestión de tiempo para que un día, mientras los pocos vaporwavers que quedaban buscando comida, fueran afectados por otro evento lumínico. Intentaban seguir

pintándose con escarcha, pero la ropa cool ya no los llenaba. En vez de verse estilizados, con el cabello o la barba en rosado y verde, su presencia parecía la de locos de calle con el maquillaje corrido, payasos indigentes de un tiempo vencido.

Durante los últimos meses habían dejado de fusionarse, especialmente R34, quien había desarrollado una extraña e intensa incomodidad al respecto. La última vez que se había acercado a uno de sus compañeros, R34 sintió el cosquilleo de la energía potencial, como si su cuerpo hubiese cambiado. Prefirieron caminar lejos de la ciudad y comenzar a explorar el resto de país, sobreviviendo de arroz y lentejas o de lo que encontraran en bodegas abandonadas, y después de separarse para cubrir más terreno. No pudieron volver a encontrarse, y R34 se quedó solo con Manuelita.

Un día, al lado de la carretera, comiéndose un perro-paloma que habían cazado en la mañana, Manuelita Razorhead pensó en el Arca de Noé. Cada vez hay menos animales y la población mundial parece estar metida en esa salchicha gigante: "Es como el Arca de Noé, pero en reversa, con todos los humanos adentro en vez de afuera".

R34 había estado callado, concentrado en lo básico, pero se aventuró a seguirle la corriente a Manuelita, y mostrando una sonrisa llena de sarro, dijo: "Pero ahora, afuera, hay un nuevo orden". Ya no sentía ganas de volver a actuar como una persona civilizada. La degradación moral y la falta de cuidado parecían más satisfactorias. En otro tiempo, con trabajos estables, la oscuridad de la ciudad les había hecho pensar que la vida no tenía sentido y que no valía la pena seguir así.

Antes de que terminaran el desayuno comenzó a llover. Lo único que había cerca era un carro abandonado. Corrieron,

abrieron la puerta fácilmente y se metieron a escampar, aún masticando. Manuelita miró el exterior, hace mucho no llovía así de duro, y luego dijo, con aire divertido: "Oye, R34, ¿te acuerdas de que te la pasabas pensando que podíamos trabajar por un futuro juntos y por la paz y todas esas güevonadas?". R34 sonrió de nuevo. Ahora que caminaban por los pastales de Colombia y cazaban animales con pistolas y escopetas que dejó el ejército antes de fusionarse a Dios, esa narrativa ya no valía la pena. Seguir, matar animales mutantes, destajar, buscar resguardo de la lluvia, darse golpes con adversarios por el mismo apartamento; todo eso era terriblemente emocionante. La depresión se había ahogado, ahora solo quedaban ganas de llegar más bajo: oler peor, comer cosas peores, romper límites morales por diversión.

R34 intentó, solo por azar, encender el carro en el que estaban resguardándose de la lluvia. Fue un milagro que el motor iniciara. Se miraron, con la boca llena, como si acabaran de encontrar el santo Grial. Era un cacharro viejo, pero servía, y así como a ellos, nunca le había cacheteado la onda electromagnética de un evento lumínico. Cuando dejó de llover se pusieron en marcha. Esa misma tarde, varios kilómetros adelante, hubo un destello. La onda de choque no llegó tan fuerte, pero los circuitos eléctricos del carro en el que andaban se fundieron. Mala suerte. El carro se detuvo, y R34 no tuvo tiempo de reaccionar cuando Manuelita ya había abierto las puertas y se había lanzado en picada buscando el punto de origen. Estaban en un valle en lo que antes se había conocido como el Tolima. Ahora, sin automóviles ni gente viva, era solo una colección de pueblos con las puertas abiertas,

cuyas superficies comenzaban a llenarse de moho. Los pisos se quebraban y las plantas se tomaban lo que la historia les había robado.

Cuando el evento lumínico sucedió, en vez de sentir ganas inexplicables de amar a todo el mundo, R34 no sintió nada. Manuelita se quitó la ropa mientras corría antes de desaparecer tras los árboles. El evento lumínico no lo había afectado para nada. Algo en su composición química había cambiado durante este tiempo. Unos vagabundos que se encontraron tiempo atrás les habían dicho que ahora había más gente opuesta, o que eso parecía. Que la gente que ya no sentía ganas de fusionarse estaba cambiando, y si intentaban fusionarse con alguien arderían en llamas. Desde hace unas semanas, antes del evento, R34 había pensado que ese campo de estática significaba que ahora era una persona opuesta. Ahora estaba seguro.

R34 no pudo detener a Manuelita, pero la persiguió para detallar el proceso de siempre. Se detuvo cuando ella se detuvo y esperó tras unos arbustos para ver cómo los habitantes del monte, refugiados, huérfanos, niños que lo habían perdido todo, mujeres que parecían haber vivido en una cueva; comenzaban a unirse en un claro. Esta vez, y por la densidad poblacional en un lugar tan alejado, los asistentes fueron menos. R34 contó 25, todos vestidos como auténticos mercenarios salidos de una película de Mad Max, pero a lo tropical, con guayaberas y chancletas. Pronto, los humanos estaban tan cerca unos de otros que ya no había espacio que los dividiera. Ya unidos se convertían en una masa, una masa larga, como un gusano, un gusano con piernas, manos y órganos que se mezclaban,

costillares unidos y dedos que estimulaban un clítoris al lado de hombros y cuellos y vesículas colgantes, manos que acariciaban piernas, ojos de los que salían manos. Cuando el pequeño gusano estuvo listo, instintivamente comenzó a cavar. Este era pequeño comparado con el monstruo gigante que R34 había visto junto a sus amigos meses atrás, un gigante que emergía de la tierra desde la ladera de una montaña, erigiéndose varios kilómetros de largo antes de comenzar a curvarse, produciendo una sombra sobre el valle y estrellándose contra el pavimento sin parar, como si el suelo rocoso fuera de mantequilla. R34 y sus amigos se sorprendieron cuando vieron al Gusano por primera vez; lo habían imaginado lerdo y perezoso, arrastrándose por la jungla lentamente, pero en realidad era rápido, monstruoso, masivo e impredecible. En ambas ocasiones, cuando salió del suelo y cuando volvió a entrar, en toda el área se pudo sentir un temblor. La explosión de tierra había sacudido un bosque de guayabos y platanales y los pájaros que todavía no habían sido devorados por la gigantesca criatura volaron por doquier; piaban y graznaban de miedo. Un espectáculo único.

El pequeño gusano siguió cavando, R34 se acercó calmadamente a la criatura. El gusano lo notó de inmediato, múltiples ojos en el culo, como un brote de granos, dirigieron sus pupilas locas hacia él. El gusano siguió cavando sin pensar o pensando miles de cosas al mismo tiempo. A unos metros la criatura se movió con espasmos, una especie de caparazón de cráneos se movió para mostrar una enrome dentadura de manos y la boca se abrió.

—Quiero ser parte de ti —dijo R34.

—¡No! ¡Aléjate! —, dijo el gusano, con muchas voces al mismo tiempo—. No estamos listos.

R34 intentó acercarse, pero la criatura se movió con sus múltiples piernas musculosas dando pasos hacia atrás. Muerta de miedo, meciendo su barriga de grasa e intestinos y otros pedazos humanos. R34 intentó acercarse más, pero con dar un solo paso el gusano se movió en reversa a toda marcha y se perdió en la selva. R34 intentó perseguirlo, pero fue una tarea difícil porque había muchos árboles y enramadas, debía ser cuidadoso para no tropezar. El gusano se movía como una serpiente, con la fuerza de todos los que lo componían, incluida Manuelita. Además, el gusano incorporaba en su cuerpo a los insectos y otras pequeñas criaturitas que no alcanzaban a moverse cuando este pasaba por ahí. R34 siguió al monstruo hasta un acantilado bajo el cual había un río y el gusano hizo un truco que R34 no sabía que podía hacer. La criatura se alargó y adelgazó, distribuyó su masa, logró cruzar el acantilado y, al estar del otro lado, recuperó su forma normal. R34 tuvo que sostenerse de un árbol para no caer mientras lo veía alejarse, desapareciendo en la espesura. Supuso, se supuso desde que comenzaron los atentados, que los gusanos pequeños buscaban bajo la tierra al gusano grande, para fusionarse con él/ella/eso/nosotros.

R34 se sentía rechazado por la humanidad, acababan de decirle explícitamente que él no cabía en la fiesta. Ahora simplemente caminaba, intentando no llorar. Paseó por un camino que se torcía hacia la derecha y luego se bifurcaba, prefirió tomar la izquierda, protegiéndose del sol, siguiendo un sonido de agua y descubrió una cascada. Se sentó en el borde de un acantilado rocoso en silencio, no servía de nada volver a la carretera, el carro ya no servía. Más tarde, mientras pateaba piedras por una carretera, pensó que, tal

vez, si intentaba fusionarse con un gusano, ambos estallarían en llamas; era como cuando las personas opuestas, que son toda una rareza, mueren en una combustión espontánea tan rápida y violenta que apenas da el tiempo de hacer algo. Un par de bombas lanzadas por los gringos habían intentado matarlo en el mediterráneo, pero el Gusano realmente no temía por lo que los humanos podían o no hacer. El Gusano era demasiado poderoso como para morir enfrentado a ellos: las voluntades de los más belicosos, haters de mierda, neonazis, todos se doblegaban cuando había un evento lumínico, cuando un atentado terrorista de amor y cariñito sucedía en sus cercanías. Pero un humano como R34, un opuesto, al gusano le daba pavor.

La soledad de los meses siguientes fue dolorosa para R34: sin el Gusano y sin amigos, no era tan divertido vagar por la Tierra. Cada vez era más extraño encontrar a otro ser humano. Estaba solo ante la vastedad de la selva y las ciudades abandonadas, esperando a que parara la lluvia en un centro comercial abandonado, a veces buscando un carro que no hubiese sido afectado por los pulsos electromagnéticos. Eventualmente encontró un Jeep. Viajó por horas y días, esperando encontrar a alguien, pero después de cuatro años la Tierra no solo estaba vacía de humanos, sino también de animales. Era una soledad difícil de tolerar, sin música, sin amigos, sin sonidos. R34 se había dejado crecer la barba y pasaba largas horas en apartamentos oscuros, leyendo novelas, casi como si fuera un hombre de las cavernas. Cazaba comida enlatada que todavía no hubiera caducado, y arroz, pasta y lentejas. Esas cosas seguían buenas, igual que dulces, vinos y aguardiente. Se fue al sur, planeó una ruta

hacia el Perú. En Quito encontró diarios apilados. Al parecer la prensa ecuatoriana había sobrevivido un poco más que la colombiana. Los últimos reportes hablaban de la gran batalla entre el Gusano y los ejércitos aliados. Leyó sentado en un andén, al lado de un tacho de basura, que el Gusano había hundido portaaviones, convertido a soldados en amantes en medio de la batalla, y que habían detonado una bomba atómica en el Pacífico sin haberle quemado un pelo. No hubo tiempo para construir mekas (robots gigantes con espadas) para matarlo, ni muros inmensos para contenerlo. Lo último que se supo fue que todo el gobierno planetario había colapsado y el enorme monstruo había ganado. Se esperaba que todos los países quedaran a su merced en unos meses, y que los daños de infraestructura hubiesen sucedido lo suficientemente rápido como para no poder comunicar un sector del mundo con otro. El director del periódico se arriesgaba, de creativo, a decir: "Que reinara, rey de los monstruos, enroscado en los edificios de Manhattan, que paseara por la estepa siberiana sin obstáculos, que cruzara puentes medievales y husmeara, buscando animales en el Amazonas, y como Pedro por su casa por todo el Medio Oriente."

Al final, R34 salió al Perú e hizo un tour por toda Suramérica, acampando, sacándole gasolina a los carros muertos para tanquear el suyo, buscando alguien con quien hablar. Dio una vuelta de varios meses por los lugares que siempre quiso conocer, como Machu Pichu y el Titicaca y la pampa, siempre arriesgándose a quedarse sin comida. Visitó museos cerrados a los que entraba destrozando la puerta con su Jeep, se quedaba a dormir frente a obras de arte y en las habitaciones no autorizadas para el público, leyendo las notas

de gente que ya no existía, los objetos de mujeres y niños, hermafroditas y hombres que habían dejado su equipaje tirado, su ropa colgada, sus tareas sin terminar, en casas, apartamentos y hoteles vacíos.

En una pared, en un apartamento en Bolivia, escribió: "Quiero morir. Siento que soy el último humano en la Tierra". Pintó humanos de palitos y animales que no veía hace años, como perros o gatos. Los apartamentos que habitaba se convertían en cuevas con pinturas rupestres. La soledad es más grande de lo que uno se imagina. Después de tanto silencio volvió a escuchar el sonido del Gusano, esta vez mucho más lejano que la primera vez. Sintió el leve temblor, las cosas a su alrededor se movieron por el sismo y vio en el horizonte la silueta azul del Gusano moviéndose lentamente en la pampa argentina. Parece que le daba la vuelta al mundo reclutando a los pocos que quedaban. Pasaba por América Latina una vez al año. "¿Por qué no puedo unirme a él?"

En la mitad del desierto chileno le dio un miedo terrible quedarse varado y decidió devolverse. Dio un giro en U y comenzó a andar hacia a Colombia para llegar lo más pronto posible. Saqueó una estación de policías en Arequipa en busca de pistolas y escopetas, en caso de que pudiera cazar algo, y encontró una bodega llena de bolsas de arroz y encurtidos. Cuando volvió a Colombia se instaló en un apartamento en Cali, luego en una finca en el Huila, y luego de cansarse de la rutina y de intentar sembrar lechuga sin éxito, decidió volver a su ciudad, a Bogotá.

*

Cuando R34 entró a un edificio al azar en el norte de Bogotá y subió las escaleras, sintió que uno de los apartamentos olía mejor que los demás y abrió la puerta de una patada. Lo primero que vio fue a una persona, inmóvil y sorprendida. Era un hombre de unos treinta años, quien, terriblemente asustado, corrió por algo en una mesita a su lado y sacó una pistola automática. R34 gritó de alegría desde la puerta, y, sonriendo, mostrando que estaba desarmado se acercó a él para saludarlo y para calmarlo. Hubo algo que le pareció familiar. El otro hombre se veía limpio, tenía corte militar y estaba afeitado al ras. Había armado un refugio en su casa, con pilas de latas de comida y libros organizados en repisas. Al principio el hombre gritó, pero algo le hizo cambiar de opinión y finalmente, más calmado, bajó el arma. R34 lo miró de arriba abajo. Hacía meses no veía a otro humano. Quería abrazarlo, pero no podía. Algo dentro de sí le hizo dudar.

Estuvieron callados. R34 había pasado meses teniendo conversaciones consigo mismo, imaginando lo que le diría a un humano cuando lo viera y, ahora que lo tenía en frente, se había quedado sin palabras. El hombre lo invitó a pasar. R34 se sentó en un sofá. La diferencia entre ellos era estrepitosa. Él era un joven erguido, bien vestido y que se cepillaba los dientes todos los días; quién sabe cómo conseguía agua. Y R34: un desastre oloroso que parecía un mercenario de la selva, con ropa usada y manchada, y la piel grasosa.

Era un lugar familiar, por alguna razón, como si R34 ya hubiera estado ahí hace años, o en otra vida. Ambos estaban en una especie de secuestro, puestos ahí a la fuerza, intentando pensar qué decir. Tal vez: "¿cómo te llamas?", o "¿dónde has estado todo este tiempo?"

—Tengo café, té, jugo de naranja y gusanos. ¿Qué se te ofrece? —, dijo el dueño del apartamento, volviendo a dejar el arma en la mesa.

La voz también sonaba familiar, había algo decididamente inquietante sobre el tipo que tenía en frente, que R34 no podía indicar. Los fragmentos de mi memoria en la suya fueron conectándose. R34 había absorbido suficiente de mí como para saber. R34 se quedó quieto esperando a que emergiera una revelación, con el nombre en la punta de la lengua: era Juan Carlos. El tipo que fundó la RRI seguía vivo. R34 miró a su alrededor por pistas de la infame reputación de quien tenía en frente.

—¿Pasa algo? —preguntó Juan Carlos con una sonrisa.

R34 sacó el revólver con el que cazaba animales y le apuntó. Juan Carlos dejó de sonreír. No tenía energía para hablar o para luchar, R34 saltó sobre él, y en un arranque de valentía agarró la pistola de Juan Carlos de la mesa. Ya tenía bastante experiencia usando armas de fuego, pero nunca le había apuntado a un humano. Juan Carlos no se lo esperaba, y puso las manos arriba. Para ser el artífice de toda la masacre, el cerebro detrás de la Red de Restitución de Identidades, no parecía estar bien armado, o entrenado en combate, y probablemente no tenía nada de experiencia ni cazando. Lo único que tenía era plata. O eso pensó R34 en ese momento.

—¿Qué quiere? —logró decir, pero sin mostrar miedo.

Juan Carlos era frío, calculador y podía contenerse. Era R34 el que parecía estar perdiendo el control, comenzando a respirar afanadamente, no solo porque la RRI había matado a sus amigos, también porque los amigos que quedaban habían perdido a sus propios amigos en casos de restitución

de identidad a tiros, balanceados sobre la sangre de gente que integraba personalidades difíciles. Locas, maricas, desplazados venezolanos, pobres y mujeres gordas. Era mejor matarlos antes que extrañarlos, pensaban ellos, así cerraban los negocios. "¿Y uno qué hace cuando se encuentra con alguien así?" se preguntó R34 "¿Dejarlo vivir?". La persona que ordenó que quemaran el Sub, que intentó controlar la ciudad a la fuerza, que organizó redadas para detener la aparición del Gusano, que ordenó los disparos en los barrios populares, y quién sabe cuántos operativos. ¿Qué hace uno?

R34 lo tenía encañonado, quería disparar, pero le temblaban las manos. Se dio la vuelta, sudando, no sabía qué hacer, lo encañonó de nuevo. Juan Carlos notó que R34 estaba intentando tomar una decisión moral.

—¿Qué vas a hacer?

—Callado —indicó R34, furioso—. Te quiero meter una bala, pero no te la mereces.

Ya había pensado que igual Juan Carlos no iba a hacerle daño a nadie más. Además, era el único humano vivo que había encontrado en cinco años, y si lo mataba no habría oportunidad de hablar con otra persona. Fue cuando escuchó un ruido en el interior del apartamento. Un quejido, algo. Una parte de mi mente le dio la respuesta. R34 forzó a Juan Carlos a ir al origen del ruido, aún con las manos arriba y le obligó a abrir la puerta de una habitación del apartamento. Desde el día en que yo lo visité hasta ese momento, seguía respirando pesadamente lo que en algún momento había sido su madre. Un monstruo con patas de perro y manos humanas, y brazos saliendo de donde no debían. Una quimera con lo último que le quedaba de una cara humana, enterrada en tumores

y pelo. Estaba amarrada a una cadena, sentada sobre unos periódicos y al lado de un plato lleno de comida para perro. R34 estaba aterrado, se puso la mano en la boca. Juan Carlos seguía serio, sin que nada de eso le importara.

—Tiene visita, mijo. Qué alegría, sírvale un jugo —, dijo la criatura. Un tipo de fusión incompleta, kraks sin tratar y desbalances de muchos años por muchas criaturas distintas habían torcido la síntesis en direcciones inesperadas.

—Sí, mamá. Un amigo.

—Tu mamá —indicó asqueado R34.

R34 comprendió, poco a poco, que Juan Carlos estaba limpio. No se había fusionado nunca. Había estado tan asustado con perder su individualidad, que en el acto se había vuelto incapaz de empatía. Matarlo sería un acto vengativo, nada tenía de distinto que un grupo armado se alzara para destruir a otro, y la historia se acabaría ahí.

—Fusiónate con ella —ordenó R34, comenzando a calmarse.

—¿Qué?

—Crees que estás puro, ¿no? En todos estos años, después de Pacho, no te volviste a fusionar con nadie.

—¿Cómo sabes de Pacho?

E ignoraba lo más básico de las fusiones de cerebros. Con cara de extrañeza escudriñó a R34, ¿cómo era posible que lo conociera?

—No. Con nadie. No me he fusionado con nadie. Estoy puro.

R34 disparó una vez, hacia el techo. Vociferó, escupiendo mientras hablaba. Juan Carlos no tenía más armas cerca y estaba asustado. Obedeció, acercándose a su madre.

—¡Quiero que la toques y te fusiones con ella!

—No lo voy a…

R34 disparó de nuevo al aire, y encañonó a Juan Carlos de nuevo. Juan Carlos estaba temblando. R34 estaba contento de ver esto. Había conocido tantos lugares del continente, había conducido sin parar, emborrachándose y llorando en el desierto peruano, lanzándole piedras a los fantasmas, al mar, caminando desnudo por centros comerciales de Ecuador con el cuerpo pintado de marcas tribales y hablando solo. La soledad es vasta y terrible. Y los fantasmas de los amigos muertos chillaban adentro por justicia.

Juan Carlos titubeó, comenzando a quitarse los zapatos, temblando mientras se desabotonaba la camisa frente a su madre. En un último intento por escapar se lanzó contra R34, pero él le dio un golpe con la cacha de la pistola. Faltó poco para que se tocaran y R34 sintió la estática de una posible combustión espontánea. R34 puso el cañón de la pistola contra la cabeza de Juan Carlos, forzándolo a agacharse, empujándolo, apretando su cabeza contra la masa de carne de ella. Su madre abrió una de sus bocas para expresar asombro mientras su hijo se hundía en ella. Comenzaron a compartir las terminaciones nerviosas, dos ojos en la misma cuenca ocular, el dolor de una fusión a la fuerza. R34 no se detuvo, siguió empujándole la cabeza con el arma hasta que su cara quedó enterrada entre los tumores y los codos, y la piel se abría para que sus corazones empezaran a sincronizarse. Por un momento pareció una violación, un incesto torcido en el que el bebé penetra a la madre con todo su cuerpo, y vuelve al útero a la fuerza. La síntesis tardó poco mientras ambos, madre e hijo, miraban a R34 desde el mismo cuerpo,

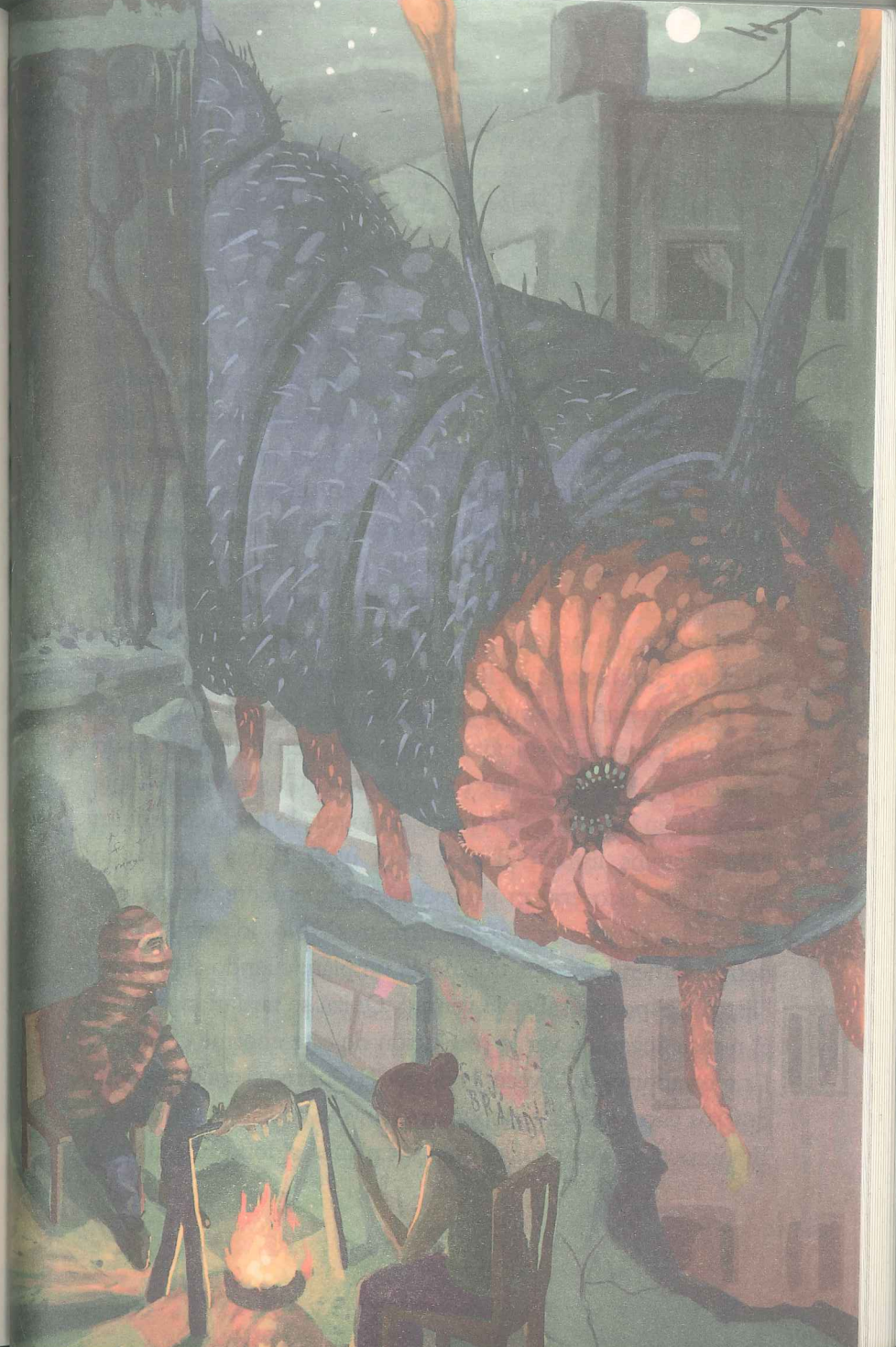
con asombro, con miedo, con admiración. El monstruo que se armó mientras un cuerpo intentaba separarse de otro no tenía forma, pero R34 acababa de lograr su cometido y bajó la pistola, contemplando su obra.

Dos hermafroditas con pedazos de animales y de otras personas se separaron en medio del cuarto caminando lentamente para mirarse uno al otro.

La madre de Juan no paraba gritar cuando los recuerdos de su hijo le inundaron el neocórtex.

—¡No puedo creerlo! Este no puede ser mi hijo.

Lo que quedaba de Juan Carlos, al otro lado de la habitación, ya estaba compartiendo la desesperanza, el odio, la tristeza que ella había sentido, y con ella un bagaje cultural y emocional de cientos de personas, y un desbalance de 8 en la escala de Stranslünd. ¿Cómo se puede odiar al otro cuando se es el otro? R34 dio unos pasos hacia atrás, esperando que algo más sucediera. Juan Carlos se quedó quieto, mirando su nuevo cuerpo, comenzando a jadear y lagrimear, y luego a llorar, roto. En ese momento R34 decidió irse. Se dio la vuelta, agarró un par de latas de atún y se fue. Dejó a Juan y a su madre, ambos pasando por una catarsis reveladora. Juan Carlos tenía suficientes sentimientos como para sentirse infinitamente culpable de lo que había hecho. ¿Qué mejor castigo que sentir empatía?



EN LA TIERRA DEL GUSANO

Ahora, cada vez que llegaba a una ciudad, algo extraño lo sorprendía. Todos los robots sexuales estaban afuera, parados, como si estuvieran esperando algo. Algunos estaban sentados en sillas de parque, otros simplemente de pie a la entrada de edificios o tirados en el suelo. Era un silencio inquietante, porque casi parecían mirarlo. Si se quedaba mucho tiempo en la ciudad, los miraba en detalle. Algunos susurraban con la voz de robots que están a punto de fundirse: "I love you". Y extendían los brazos. ¿Por qué los robots no habían sido afectados por las ondas electromagnéticas?

El primer año después que sus amigos fueron absorbidos, R34 había intentado suicidarse tres veces, pero le había ganado la cobardía. Una frase que había dicho el Gusano se le había quedado en la mente, y en parte era lo que lo hacía continuar: "No estamos listos". ¿Listos para qué? Había imaginado que tal vez esto era un proyecto, evidentemente ideado por algún factor externo. ¿Extraterrestres? No lo sabía, pero definitivamente parecía que había un plan; cuando estuvieran "listos", él podría saber la verdad. Quizá se tardarían siglos y él nunca llegaría a ver la resolución de este enorme conflicto. Como vaporwaver, a veces creía que el Gusano sí era Dios, pero que sus capacidades todopoderosas no se habían desarrollado. Era imposible saber cuáles eran sus planes, a dónde iba, de qué

se alimentaba. Dios, pensaba él, sería una mezcla del intelecto humano, capaz de saber el bien y el mal absoluto, a partir de una fusión de conciencia: la creación de la moralidad colectiva, la eliminación absoluta de las opiniones encontradas y las diferencias etnográficas. A veces pensaba que esas cosas eran la riqueza humana y lo que valía la pena de nuestra diversidad. ¿Un precio costoso para obtener la paz? ¿Valía la pena acabar con la individualidad?

Cuando estaba deprimido llegaba a extremos impensables: caminaba disfrazado de conejo, cagándose en los pantalones, se emborrachaba vestido de puta, buscando un televisor que no hubiera sido afectado por la onda. Rompía vidrios que no estuvieran rotos, incendiaba colegios solo porque sí, y gritaba, gritaba en medio de una ciudad vacía, quedándose dormido bajo los cables de la luz, bajo un puente, rompiendo vidrios, gritando más. Era como si el hecho de que nadie lo vigilara hubiese sacado la parte más vil de su personalidad. Luego se cansó: a nadie le afectaría. Su proyecto más fantástico fue volar una torre en Panamá: le puso explosivos a todo y, después de varios meses de trabajo, detonó el edificio. Lo hizo porque encontró una bodega con dinamita y otros explosivos, un depósito de lo que se había usado durante la ampliación del Canal de Panamá. Titubeó por una hora, pensando en si debía matarse activando las cargas desde el último nivel del edificio, pero luego se arrepintió. Presionó el botón desde una distancia considerable; había estado instalando cargas explosivas piso por piso, especialmente en las columnas de concreto, subir las escaleras lo había ejercitado y se había convertido en una forma cool de pasar el tiempo. Con el botón presionado, al principio no vio nada,

pero unos segundos después, contrario a como se ve en la tele, todos los explosivos estallaron al mismo tiempo. El edificio cayó sobre otro edificio que finalmente también se desplomó, levantando una nube inmensa de humo. Viendo la escala de la destrucción que había creado, pensó: "Todo esto y sólo soy una persona".

Quería volverlo a hacer. Al día siguiente, después de despertar en la habitación de un hotel cinco estrellas de Panamá, encontró miles de Becky Bubbles y Brat Bubbles rodeándolo, babeando, diciendo con voz robótica: "No lo hagas". "No lo vuelvas a hacer". Lo rodeaban decenas, no se movían, ni siquiera movían los labios cuando hablaban. No fue difícil salir corriendo: los robots simplemente se caían si se los empujaba. R34 bajó, encendió el Ferrari que había estado manejando esa semana y se fue hacia el norte, sacando gasolina de carros varados hace tiempo y cargando bidones en el baúl.

El episodio con los robots lo asustó. Comenzó a cambiar su actitud. Sus pesadillas incluían algo familiar, relacionado con los robots, pero no entendía de qué se trataba. Pensó que su actitud destructiva, irrefrenable, estaba acabando con lo que poco que quedaba de los seres humanos; la memoria de su diversidad, su éxito colectivo. Mientras viajaba por Panamá pensó que tal vez podía hacer otro tipo de cosas, más constructivas. La idea de simplemente ser una peste, estar drogado, soportar el síndrome de abstinencia por los gusanos, sudar en un centro comercial abandonado en la sección de camas, y después tomar alcohol y tirarse a dormir en la mitad de la calle; no iba a remediar el hecho de que estaba solo, completamente solo. Leyó libros sobre plantas comestibles y cultivos hidropónicos

en Colón, transformó toda su ira en una especie de creatividad sin límites. Trabajó por meses en una fábrica, operó máquinas que apenas si sabía para qué eran y, unas semanas después, ya manejaba con confianza; aprendió sobre tractores, tierra, tipos de suelo. Comenzó a cultivar cebollas, tomates y pimentones en el interior de un conteiner. Los materiales no eran difíciles de encontrar, no había internet, pero había directorios telefónicos de la década anterior y podía encontrar barrios con tiendas de aparatos mecánicos y todos los insumos que necesitaría. Después de unos meses de trabajo armó un camión de transporte de carga: podía alimentarse diariamente con una cena sencilla, pero más nutritiva que el resto de basura que estaba acostumbrado a comer; todo funcionaba con un sistema de riego por goteo. Encontró taladros y pulidoras eléctricas que funcionaban con plantas eléctricas portátiles a gasolina que manipuló con camioncitos de carga. Las tardes perforando tubos, atornillando los muebles que contendrían los cultivos, y martillando, se fueron casi volando. Las semillas, la tierra, las linternas individuales para cada fruto fueron todo en lo que pensaba. Tuvo un accidente con un martillo y casi pierde un dedo con una sierra eléctrica. Cuando tuvo sus primeros tomates, después de solo comer pasta, arroz y fríjoles, celebró todo lo que pudo: se emborrachó hasta vomitar en el salón de conferencias de un hotel cinco estrellas.

Así empezó un viaje hacia Estados Unidos y Canadá. Conoció las cataratas del Niágara, el parque Yellowstone, Nueva York, los grandes lagos y la nieve. Con los químicos que cargaba era capaz de producir nuevos tomates cada dos semanas, tenía una carga como para comerse dos diarios. Para mejorar el camión, unos meses después, añadió en México

un segundo tráiler en el que comenzó a cultivar berenjenas, zukini y lechuga. Tuvo la buena fortuna de encontrar campos de fruta y otros vegetales que buscaba cada vez que estaba en carretera, se aprovisionaba con los cultivos que habían salido de control donde antes había arados. Pronto los árboles frutales, la maleza y otras plantas habían destruido el orden de las plantaciones, pero todavía, de vez en cuando, encontraba piñas, sandías, limoneros, naranjos. Comía como no lo había hecho en años, e intentaba usar todo antes de que se pudriera. Arrastraba por las carreteras de América Central su camioncito vegetariano y se sentía contento.

Funcionaba muy bien pero, de vez en cuando, algo inesperado sucedía. No haber usado pesticidas hizo que tuviera una invasión de gusanos. Volvió a la dieta de fideos instantáneos que parecían no caducar nunca, mientras los tomates y las cebollas o los zukinis volvían a crecer. Algo que había ido mejorando era su cocina portátil. Había encontrado un modelo perfecto en Panamá que mejoró en El Salvador. Funcionaba con gas, tanques que había aprendido a cambiar fácilmente: tenía ruedas, una cubierta roja, se armaba fácil y casi no pesaba. Casi siempre R34 se sentaba en la mitad de la carretera, al lado del camión, preparaba un guiso, cocía arroz (que tampoco parecía caducar), agregaba las especias que encontraba en el camino y se sentaba frente a una mesita plegable con sombrilla. Escuchaba música en un equipo de sonido viejo que encontró en Guatemala que funcionaba. Le encantaba la idea de cagar en medio de la carretera, de andar prácticamente desnudo todos los días. Al anochecer se metía algunos somníferos y quedaba dormido sobre el tráiler.

En México y Guatemala visitó casi todos los monumentos

mayas y aztecas. En Tikal se resbaló y cayó abriéndose la cabeza. Estuvo desorientado, pasó mucho tiempo tirado en el suelo. Pasó semanas sin moverse mucho, solo recuperándose de la herida y esperando que no se infectara. En Puebla contrajo un virus parecido a la gripe que lo mantuvo en una casa del camino, estuvo en cama, intentando no moverse y tomando sopa en lata para recuperarse. Cada vez que se veía al espejo pensaba: yo trabajaba en el gobierno colombiano, yo era un vaporwaver que salía de fiesta los viernes. Ahora estoy en esta casa, en México, sin límites. Soy el dueño del mundo.

Le sorprendió ver que México tenía muchos muñecos sexuales, más que en otros países. Todos parecían estar observándolo. Las ciudades estaban atestadas de esos bichos, de distintos modelos, algunos oxidados, prácticamente en pedazos, otros en perfectas condiciones. Estados Unidos tenía aún más. En cada ciudad por la que pasaba se sentía completamente vigilado. Un par de veces intentó interactuar con ellos, pero no respondían. Las carreteras estaban vacías, los puestos fronterizos abandonados, la enorme infraestructura le pareció sorprendente, le gustó el campo. Cuando estaba en las afueras, en la naturaleza, miraba a un lado y a otro, esperaba ver animales, pero no había nada. Suponía que, con el tiempo, el Gusano también se había tragado la mayoría de animales. ¿Las vacas y ovejas también eran atraídos por los eventos amorosos o tenían la extraña fortuna de estar en el lugar equivocado a la hora equivocada? La masa biótica, todos los animales de la Tierra habían sido reemplazados por un solo gusano.

No fue casualidad el que, recorriendo carreteras en Estados Unidos, escuchara un tiro. R34 pisó el freno y se detuvo por completo, sin pensar que alguien le estaba disparando, sino

que había un humano detrás de ese tiro, tenía que ser un ser humano vivo. Ni siquiera pensó que estaba en peligro. Se bajó del camión, esperó un rato mirando a todos lados y luego subió instintivamente al techo del conteiner, buscó el origen del disparo. Alguien se aproximaba caminando por un campo de trigo. Desde arriba pudo ver que el trigo estaba sembrado en campos de arado, cosa que no veía hace años. Al fondo había una casa. Tal vez estaba ocupada. Del sembradío salió una mujer con una escopeta, tendría unos 30 años, ojos achinados y dijo algo en inglés.

—Hola, Hello. No entiendo inglés —, dijo R34 sonriendo.

—¡Ah! Español. ¿Hola, cómo estás?

—Genial. Dame un momento.

R34 se bajó del camión, se acercó a la chica. Ella tenía una enorme sonrisa, habló en un español perfecto, pero con un acento que no pudo identificar. El corazón de R34 dio un vuelco en el pecho. No podía creer que esto pasara.

—¿De dónde eres?

—Colombia.

—Yo soy de Taiwan. Me llamo Lili.

—Genial, yo soy R34.

—Oh. ¿Eres un… poeta o algo así?

—Soy, o era, un vaporwaver.

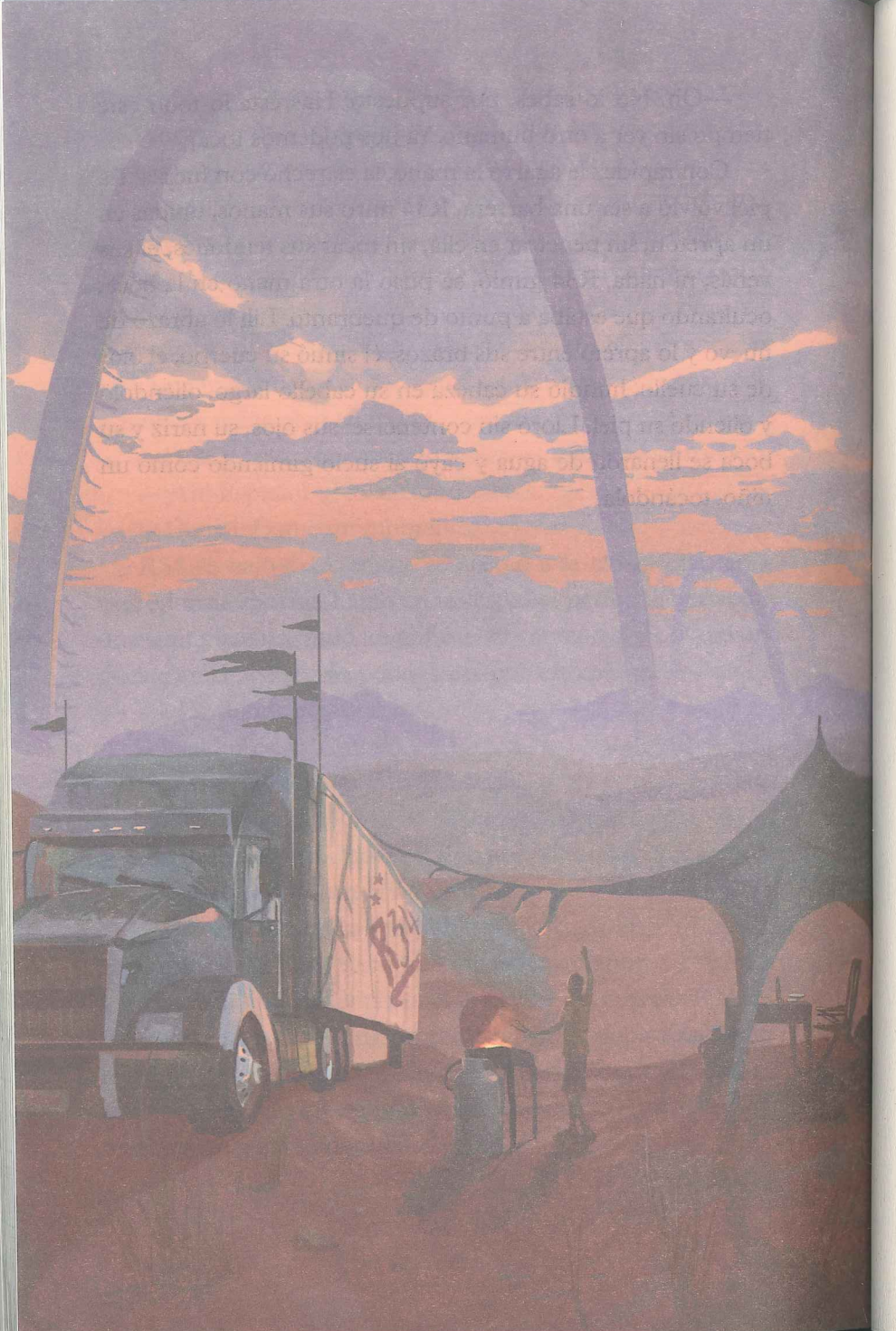
—Ah, eso lo explica todo. ¿Estás solo?

—Sí. No he visto a un humano en cinco años.

La chica sintió lástima por él y se lanzó a abrazarlo. R34 no estaba preparado para eso, pero de repente estaba abrazando a la taiwanesa. Era un tipo salvaje con barba larga, sin camisa, sudado y oliendo mal. Dio un grito, intentó separarse, estaba terriblemente asustado. Lili sonrió.

—Oh. No lo sabes, por supuesto. Has estado todo este tiempo sin ver a otro humano. Ya nos podemos tocar.

Con rapidez le agarró la mano, la estrechó con fuerza. La piel volvió a ser una barrera, R34 miró sus manos, unidas en un apretón, sin penetrar en ella, sin tocar sus tendones, ni sus venas, ni nada. R34 gimió, se puso la otra mano en la boca, ocultando que estaba a punto de quebranto. Lili lo abrazó de nuevo y lo apretó entre sus brazos, él sintió su cuerpo, el olor de su cuello, hundió su cabeza en su cabello largo, oliéndolo y oliendo su piel. Lloró sin contenerse: sus ojos, su nariz y su boca se llenaron de agua y cayó al suelo gimiendo como un niño, tocándola.



//LOS SOBREVIVIENTES//

La gente de la cabaña se hizo a los lados de la puerta. El grupo que vivía ahí era bastante heterogéneo. R34 recibió una bienvenida bien merecida, varias personas lo abrazaron, le sonrieron, le dieron la mano, lo trataron como a un hermano. Se sentaron en la sala, y Lili hizo la traducción.

El primero en hablar fue Jamie Jackson, un negro alto de gafas de Minnesota con un diploma de ingeniería y programador del MIT de 27 años, y que, como todos los opuestos, un día se encontró siendo el único habitante de la ciudad en la que vivía. Jamie era muy calmado. Podía decirse que era preciso y, con seguridad, que había estudiado por muchos años.

—Soy un opuesto, como los demás acá, y llevo en esta comunidad dos años. Soy experto en software comercial.

Mohamed Kareem era un afgano de treinta y nueve años, un tipo barbudo con mirada apacible.

—Vine cuando escuché la señal de ayuda de esta comunidad. Me tardé un año entero en llegar, pero finalmente lo logré. Me encargo de las reparaciones de la casa. Bienvenido, si necesitas algo solo dime.

R34 tomó una ducha caliente. Escuchó las historias de los demás con gran placer.

Jessika Musa era de Kenia, tenía veintidós años.

—También vine cuando escuché la señal de radio. Conocí

a Mohamed en España y vinimos juntos. Allá era secretaria, mientras estudiaba comunicación. Ahora me encargo de los cultivos junto a Kyrylo y Lili.

Conoció las instalaciones, le contaron lo que había, la cantidad de cultivos, incluso tenían cómo moler harina para hacer pan. La mayor parte de la cosecha se perdía, porque tenían demasiado, y tenían tractores para facilitar el arado y el riego de los cultivos.

Lili Tan era astronauta e ingeniera aeroespacial. Tenía cuarenta años.

—Estuve en la estación espacial china durante el 2016 y el 2017. Perdí comunicación con la Tierra y decidí esperar un poco antes de bajar, en diciembre. Vine directamente a la cabaña, la estuve observando por varios meses desde el espacio —. Era la persona más capacitada y mejor educada de todo el grupo.

Kyrylo Adranovich era el más viejo del grupo: tenía sesenta años y era ruso, pero había vivido casi toda su vida en esa cabaña.

—La familia Jameson vivía acá y yo trabajaba para ellos desde los ochentas, pero un evento lumínico los borró del mapa y yo me quedé con la casa. Soy ingeniero agroindustrial, sé de cultivar maíz, trigo y también sé de productos lácteos, pero las vacas que teníamos se fusionaron con el Gusano, así que ahora somos veganos —tenía un aire fanfarrón y le faltaban dos dientes—. También sé de tractores y otras máquinas. Instalé el emisor de radio en el 2018, tiene un casco que lo protege del pulso electromagnético. ¿Una jaula de… cómo se llama?

— …Faraday, una caja de Faraday —completó Jackson.

Esa era su nueva familia. Ahora que todos se habían presentado, era tiempo para que R34 hablara. Estos años le habían quitado de un tirón los colores a su vida y se había vuelto menos consciente de su propia imagen. En soledad su identidad se había deformado. Tenía una barba larga, cabello largo. El trabajo con los tomates lo había vuelto más fuerte y su piel estaba permanentemente bronceada. R34 estaba loco por hablar, por comer con otros, por expresar lo que había sentido. Contó todas las historias que se había guardado por esos cinco años: cuando lo picó una serpiente y casi se muere, cuando casi incendia la ropa intentando aprender a usar el gas en tanque. Lili estuvo traduciendo por una hora, y ya se estaba cansando. R34 les dijo que llegó a pensar que se estaba volviendo loco. Contó también que un río se había llevado toda su ropa mientras la lavaba en Belice. Habló incluso de detalles minúsculos: cómo se veía el sol poniéndose desde la punta de la pirámide de Tikal, que los ríos y el mar se veían hermosos porque hace rato que nadie los contaminaba. Estaba tan emocionado de ver gente que no paró de repetir: "Pensaba que era el último humano vivo" y preguntó, preguntó más, cómo había sido para ellos, qué habían visto.

—Las ciudades se fueron quedando sin luz. Primero en círculos de oscuridad. Mis compañeros en la torre de control me contaron lo que estaba sucediendo. También tomé fotos del Gusano —le contó Lili—. Los eventos lumínicos eran tan comunes que parecían tormentas eléctricas. Desde el espacio parecían fuegos artificiales. Luego mis compañeros dejaron de hablar.

La charla se prolongó, aceptaron con amor los fantásticos regalos que trajo R34. Champaña, whiskey, vinos caros, tequila

y otras cosas que había acumulado durante el viaje. Les contó sobre el camión auto sostenible y se sorprendieron al descubrir el esfuerzo que había invertido en él.

Después de una exposición casi violentamente feliz, de pasear por los campos de trigo y descubrir lo fácil que era reparar objetos dañados por los pulsos electromagnéticos, se pusieron a tomar hasta estar medio borrachos, escuchando música vieja. Las voces de cantantes que ya no existían, como si fuera la memoria humana recordándoles lo que había sido de la civilización, lo que eran capaces de hacer. Luego de bailar, de reírse y de abrazarse, R34 se quedó dormido en un cuarto que le prestaron. Abrazó las almohadas porque desde hacía unas dos o tres semanas solo dormía en un cambuche en el container y extrañaba dormir en una cama tan cómoda.

Se despertó al día siguiente, tomó un baño, se recortó la barba y el cabello. Se cepilló los dientes. Encontró que todo había sido real. Jackson y Lili estaban desayunando juntos cuando R34 se unió a ellos. Mientras comía cereales con leche de soya, preguntó:

—¿Y saben qué va a pasar? ¿Saben cómo es que los muñecos sexuales están encendidos todavía, después de la onda? ¿Por qué se mueven solos?

Jackson escuchó la traducción de Lili. Ambos se miraron.

—No hemos ido a las ciudades, pero lo último que supimos es que los robots estaban en alerta— y esperó a que Lili tradujera.

—Vas a tener que aprender inglés, es más fácil a que todos nosotros aprendamos español —sugirió Lili.

—Claro. Tengo todo el tiempo del mundo —respondió R34 sonriendo.

Después del desayuno salieron a una bodega porque Jackson quería mostrarle algo a R34. Abrieron la puerta. Vio un sinnúmero de muñecos sexuales que permanecían parados, mirando a la entrada con los ojos abiertos. Varios estaban despedazados y unos estaban sobre una especie de camilla con cables conectados a un computador. Jackson señaló los cables y a los robots que seguían encendidos, e intentó explicar algo, haciendo gestos. R34 entendió que de alguna forma los Becky y Brat Bubbles no sufrían durante las descargas eléctricas porque tenían un recubrimiento especial. Jackson utilizó la palabra "Faraday" de nuevo, eso lo entendió claramente. Ninguna forma de energía electromagnética o ningún tipo de onda puede entrar en su circuito motor.

Volvieron a salir y llamaron a Lili para que les ayudara a traducir.

—R34 quiere saber si no están conectados a internet ¿Cómo pueden estar coordinados? Porque un amigo suyo tuvo una de esas y le leía sus correos —Lili no esperó a que Jackson hablara, porque ella tenía su propia teoría—. Entrelazamiento cuántico. Las partículas entrelazadas pueden compartir información sin necesitar un espacio físico para que esto suceda. Es lo mismo que pasa con la telepatía. Básicamente las muñecas y nosotros estamos entrelazados.

—¿Qué?

—Sí. La misma forma de entrelazamiento entre las personas que se han fusionado con otras. Las pesadillas, la razón por la que la gente no puede dormir bien después de fusionarse. Todo está relacionado.

—¿Y saben con qué se conectan las muñecas?

—Sí, pudimos rastrear el emisor de la información.

—¿Y? ¿De dónde vienen las órdenes?

—El Gusano. Tal vez si has comido gusanos últimamente sabrás de lo que hablo.

—No como gusanos desde hace cinco años.

Lili le explicó a Jackson sobre lo que estaban hablando.

—Desde los eventos del 2016 no encontré ningún vendedor. Todos se unieron al Gusano —dijo R34—. He tenido unos kraks horribles, el desbalance por las personas sube y baja, y a veces no lo aguanto.

—Entonces no sabes —dijo Lili.

Jackson fue corriendo a la cabaña y volvió con un vaso con agua y un gusano moviéndose.

—Ya no se fusionan con nosotros —explicó Lili— ahora tienes que masticarlos. Normalmente verías a todas las personas que se fusionaron contigo, ¿verdad? Ahora sabes que los seres humanos se disolvieron en redes de identidades. Los humanos, como los conocíamos, se convirtieron en información.

R34 agarró el gusano, se lo metió en la boca y, así como ellos dijeron, lo masticó y esperó antes de que comenzara a sentir algo.

Estaban sentados en la casa viendo episodios viejos de Friends cuando comenzaron las visiones. Los destellos maniáticos parecían jalonados de sus nervios por un operador invisible. Flashes, caras de personas que nunca había visto. Manos y piernas entumecidas por una subida de neurotransmisores. Los espasmos fueron el abrebocas a una visión grandilocuente. El Valle del Emperador Sol se había inundado, y había una tormenta eléctrica. Las pequeñas

montañas que sobresalían del lago que se estaba formando repletas de muñecos sexuales mirando fijamente a R34. Había un cronómetro holográfico flotando sobre el valle que indicaba veinte años, dos meses, trece días, quince horas, cuarenta minutos, veinte segundos, diecinueve segundos, dieciocho segundos, diecisiete segundos. Las muñecas tenían los ojos blancos, una luz que brillaba idéntica a la de los hermafroditas terroristas. Todo estaba azul, como si fuera un sueño. Las muñecas juntas parecían una pared impenetrable de información rancia, como si al tocarlas algo catastrófico fuera a suceder.

El mundo se encuentra en periodo de renovación (como un centro comercial). ¡Espéranos!

Todos los miembros de la casa lo estaban mirando cuando despertó, jadeando y totalmente asustado. Tuvo convulsiones al salir de las visiones porque su cuerpo ya no estaba adaptado a la química de los gusanos. Las imágenes eran extrañamente familiares, pero en sus pesadillas las cosas eran mucho menos claras.

—Entonces sí está pasando. Es el Dios de la Fusión y en veinte años vendrá por nosotros. O al menos terminarán lo que sea que están haciendo.

Los que lo rodeaban, Lili, Jessika y Jackson, le pusieron mucha atención. Jamie Jackson le puso pausa al televisor y explicó su teoría:

—Yo creo que tanto el fenómeno de la fusión como la aparición de los muñecos sexuales Bubbles están conectados —dijo. Lili tradujo, como de costumbre—. No sabemos cómo sucedió, no sabemos por qué se detuvo, ni sabemos muy bien por qué nosotros no hacemos parte del plan.

Mi teoría es que alguien planeó todo esto, e inició un plan complejo que comenzó a desarrollar cuando sucedieron las primeras fusiones accidentales. Por alguna razón, también desarrollaron a los robots para cuidar el mundo mientras los humanos no estaban.

—Yo encontré las marquillas de producción de los robots. Los ensamblaron en china, pero hay partes hechas en Iraq —dijo Kyrylo.

—Sabemos que varios de ellos han estado vigilando edificios y casas, pero no sabemos muy bien con qué propósito —continuó Jackson, con Lili traduciendo—. También sabemos que la conexión mental entre nosotros también nos conecta con el Gusano y los muñecos. Yo creo que el Gusano es Dios o un prototipo de Dios que necesita crecer. Cuando esté listo, se va a convertir en una mariposa. Pero no podemos ni siquiera imaginar las decisiones que vaya a tomar cuando esté listo.

—Lo que sabemos es que el Gusano y las muñecas están relacionados, como si el Gusano fuera el que controla los muñecos o viceversa —interrumpió Lili—. Ellas también son un solo organismo en muchos cuerpos. Las muñecas son como el espejo en el que se refleja el Gusano, como dos caras de la misma moneda; y yo creo que su función es proteger la Tierra mientras el Gusano toma una decisión.

—¿Por qué una inteligencia artificial? ¿Por qué no unos alienígenas?

—Siento que es más creíble pensar que toda la tecnología desarrollada para hacer esto posible es tecnología humana —. Dijo Jackson— ¿No leíste el paper sobre la relación entre el colisionador de partículas en el CERN y la fusión humana?

—No.

Todos estuvieron hablando sobre temas más profundos, sobre la identidad, sobre si existe el alma o no. Sobre la existencia de Dios. Mohamed era musulmán y no creía en nada de eso, tenía una visión mucho más coránica, relacionada con el apocalipsis; el viejo ruso no opinaba, solo decía: "Yo prefiero no preocuparme, tarde o temprano lo sabremos". Jessika solo metía la cucharada para explicar sus propias ideas, y cómo en Kenia, la gente creía que el Gusano era la segunda venida de Cristo.

—Descartes duda de todo lo que podemos percibir con nuestros sentidos —dijo Lili con aire intelectual—, pero el hecho de saber que duda lo hace estar seguro de que tiene una mente que duda de sus sentidos. La identidad es la mente. Pero cuando la mente se fusiona, se convierte en varias, es la única prueba de que los otros existen. Las identidades pueden unirse a otras, adquiriendo propiedades nuevas. Saben que "son" porque son conscientes de que todas piensan. Los que se fusionaron con animales descubrían formas completamente nuevas de ser y sentir. "Ser" es un evento físico que ocurre en el cerebro, y un ser compuesto de miles de cerebros tendría que pasar, me imagino, por un proceso de llegar a la paz consigo mismo, hasta que acepte quién es. No podrá tomar una decisión. El Gusano se comportará como un bebé, usando lo único en lo que todos los millones de personas que lo componen encuentran en común: comer, cagar y reproducirse.

—Cuando la mente del Gusano se convierta en una sola —dijo Jackson—, comenzará a tomar decisiones. Y esas decisiones serán mandato divino. *Vox dei, vox populi est.* Esperemos que sean buenas decisiones.

Una semana después, Lili reveló que la estación espacial china seguía en funcionamiento, y la usaban como observatorio para rastrear el movimiento del Gusano. Recientemente habían recibido datos que indicaban un posible avistamiento en unos días. Se sentaron en el techo del container del camión de R34, esperaron a que sucediera a la hora esperada comiendo palomitas y lo vieron pasar en la lejanía. Un fideo azulado cruzando por los aires, curvándose antes de volver a meterse en la tierra.

Lili fue la persona favorita de R34, no solo porque hablaba castellano sino porque irradiaba alegría, pasaban más tiempo juntos, su percepción de la fusión era completamente científica. Después de unos tragos se acostaron, hicieron el amor. El sexo, aunque tranquilo, parecía más reflexivo. Era un encuentro que R34 había esperado por años y que finalmente había sucedido en un lugar inesperado. Volver a tocar seres humanos, una cosa que no hacía desde que tenía siete u ocho años, era como volver a ser niño, volver a la época en la que las mamás acariciaban a sus hijos, los niños jugaban fútbol, la gente no tenía problema en bailar salsa o reggaetón y no había problema al chocar esos cinco. Las mutaciones, la transferencia de sangre, los ocasionales eventos de transexualización, los encuentros entre neonazis que se fusionaban con negros o judíos; nada de eso existía. Después de dos décadas, tocar se había vuelto sagrado, proporcionaba calor al espíritu. Tocar era un permiso especial, hacer el amor, besar y, al mismo tiempo, imaginar el contenido de la gente adentro, como una nostalgia por tripas.

TEOLOGÍA DE LA TRANSFORMACIÓN

Mohamed, que había estado casi siempre callado, finalmente habló un día, mientras tomaban chocolate. Jackson le preguntó:

—¿Y tú en qué crees?

—En la teología islámica —dijo Mohamed sonriendo. Lili ayudó a traducir partes de toda la conversación para que R34 entendiera—. Según varias hadiz del profeta, un día va a venir un califa muy poderoso que va a revertir todo el paganismo. Se llama el Mahdi. Y va a liberar al mundo del mal y hacer que mucha gente vuelva a la verdadera religión antes del día del juicio final. A veces pienso que el Gusano es ese nuevo califa.

—Cuéntales lo del canibalismo —sugirió Kyrylo—. Les va a gustar.

—Ibn Rushd, Ibn Sina, al Arabi, al Ghazali, todos los grandes filósofos y teólogos alguna vez habían mencionado el tema del canibalismo como un reto a la resurrección de la carne, que es parte del credo islámico. La pregunta de estos grandes filósofos es: si come un hombre de otro hombre y parte de ese hombre se integra al cuerpo del otro hombre, cuando llegue el fin del mundo y todas las personas sean resucitadas, ¿será que el hombre del que comió el caníbal resucitará sin esa parte, ya que hace parte del caníbal?

—¿Creen que, literalmente vamos a resucitar con nuestros cuerpos? —Preguntó R34. Lili tradujo la pregunta.

—Sí. Y la pregunta fue cambiando a medida que pasaron los siglos y otros filósofos la retomaban. Por ejemplo, ¿si el caníbal es un infiel y va al infierno, se lleva consigo la parte de un santo?

Jackson se aventuró a preguntar:

—Pero si nuestros cuerpos están cambiando constantemente y la materia de la que estamos hechos a los treinta años y a los cinco años es completamente diferente, ¿qué es lo que va a resucitar?

—Sí, esa es justo la pregunta —dijo Mohamed—. ¿Dónde se aloja nuestra identidad? ¿Y si se come parte del cerebro? ¿Si se come parte de las memorias?

—No solo el Islam cree en la resurrección del cuerpo. También el cristianismo y el judaísmo. Ellos dicen que nuestros cuerpos volverán en un estado de gloria. ¿Pero qué es eso? ¿El ideal de lo que soy? ¿Y la gente que nació deforme? Algunos filósofos separan el cuerpo en partes esenciales y no esenciales, y otros solo creen en el espíritu: que el cuerpo es solo un envase para el alma, lo que puede rastrearse a la filosofía griega. De los que creen que el cuerpo humano tiene partes esenciales y otras no esenciales, tanto Ibn Kaldim, en el siglo XII, como algunos teólogos judíos dijeron que la única parte esencial del cuerpo humano es el último hueso de la columna vertebral. Allí se aloja el alma y es la conexión entre los humanos y Dios. Es un hueso indestructible.

R34 notó que Mohamed no era cualquier pakistaní, era alguien especial que se había mantenido en silencio por demasiado tiempo.

—Los humanos se han comido a sí mismos por completo y la forma que tienen es la forma de una columna vertebral. Nosotros lo llamamos el Gusano.

Jackson estaba sorprendido. Lili estaba callada.

— En el día de la resurrección solo una persona resucitará: el Gusano.

—Y en la teología cristiana —dijo Jackson—, la iglesia es la novia en las bodas del cordero. Mis papás me llevaban a la iglesia pentecostal, se la pasaban hablando de eso.

Todos sonrieron ante la interrupción.

—La "iglesia" es la unión de toda la comunidad cristiana, unificada en un solo ser —Jackson estaba hablando en lo que claramente no creía—. Se supone la novia tiene que tiene que purificarse, y prepararse para casarse con... Jesús. ¿Y qué pasa en la noche de bodas? Sí, Jesús se acuesta con su novia, y se la folla. Se unen en el sagrado rito del matrimonio, quitándole la virginidad.

Jessika y Lili se rieron.

—Y, ¿qué otra cosa es el sexo si no es la unión de la carne? De la iglesia, y el dios que se hizo carne. Y si el Gusano se fusiona con Jesús, el Gusano se convierte en Dios.

Todos rieron.

—No me van a creer, pero mis papás me hicieron aprenderme esto de memoria —Jackson continuó—: Para que todos sean uno. Como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Y esos es, el Evangelio según Juan, si no estoy mal.

—Tus papás estaban locos —dijo Jessika riendo.

—En el Islam, Jesús no es Dios. Eso está mal.

R34 había escuchado, cuando la fusión comenzó, los debates de filosofía de la radio. ¿Qué es lo que constituye la identidad de una persona? Si una persona se transforma constantemente, una identidad solo puede ser una fotografía en el tiempo, porque esa persona volverá a mutar. El Gusano es la quimera de la identidad. Es la absoluta negación de la identidad personal. El Gusano es el paraíso en el presente. El Gusano es la resurrección de la carne y la vida eterna.

Pero Mohamed seguía contrariado mientras hablaba. ¿Era el Gusano un ser santo o un ser demoniaco?

BALANCE TOTAL

Siete mil millones de cerebros piensan mejor que uno

Mientras el tiempo pasaba, haciendo parte de la masa viva más grande del mundo, me escabullí como una babosa deslizándose por el esófago de un monstruo y me encontré con Sara. Es como hablarte a ti mismo y preguntarte cosas, nuestras partes se enroscaron sobre lo que queda de personalidades intactas. Mi madre, por ejemplo, había diseminado su información sobre canciones de rock de los ochentas; si abracé lo que quedaba de ella, fueron riñones casi completamente suyos y algo de su actitud fría. La apreté entre lo que quedaba de mi sistema nervioso central y le dije: "Te extrañé, ma, te extrañé mucho, aunque me duela decírtelo, porque si te lo digo me estoy humillando ante ti. Mamá, perdóname por querer freírte la cara en el aceite de las tajadas". Y mamá tuvo un momento extraño al verme, porque por fin pudo hablarme. Y habló con ira, gritando, vociferando. Confesó, finalmente, que había querido abortarme, pero que al final no lo había hecho porque mi papá la había chantajeado, y que al final me había culpado a mí de no haber estudiado, de no haber conseguido una mejor carrera, o de no poder ser libre ni haberse podido

ir del pueblo. Y yo le dije: "No tenías que ser tan cruel, perra. Pero te amo, perra. Te amo y no me importa. Ya es muy tarde para las ilusiones humanas."

Las partes que componían a mi madre estaban tan mezcladas que era imposible preguntarle sin ser yo mismo quien respondiera. Así todos los que hacíamos parte del Gusano nos hacíamos preguntas que solo nosotros podíamos responder. Me extrañé a mí mismo. Fue un alivio que, por ejemplo, lo que quedaba de mi mamá pudiera saber lo que se sentía ser yo; ella sintió lo que sentí cuando me rechazaba. Por eso, esa forma abstracta de órganos en la que nos habíamos convertido me abrazó en mí, también largamente, distribuida identidad y lloré al abrazarla, mientras orinábamos todo el sucio egoísmo que nos había atado, toda la mierda tóxica de lo que queríamos ser, que no nos dejaba amar. Ser un individuo es tóxico. Creíste que eras algo, que merecías algo, que querías ser una estrella de rock. Era el ego, el apego, la envidia, el orgullo estúpido que te impedía decir: "Te amo, hijo". "Te perdono, mamá". "La cagué contigo. Pero podemos hacerlo otra vez. Mamá, te perdono".

Sara fue algo que tardó en disolverse para mí. Tal vez por mi obsesión con ella. Hicimos el amor en el esófago del gusano, siendo apenas conductos nerviosos; nuestros cuerpos expandidos por kilómetros eran como líneas de plata en una estructura muscular gigante. Abrazarla y tocarla, apretarla entre mis brazos (conductos) morder los gorditos de su cintura (ramificación de nervios) sentir su boca en mi boca (superficie de dos venas tocándose) penetrarla (una rama de nervios enrollando a otra) escuchar sus gemidos (el pulso de

la sangre) sentir cómo me muerde o cómo besa mi cuello (solamente dos nervios cerca) y querer ser parte de ella, y lo que ella era: una colección de otras personas.

—¿Crees en Dios? —preguntó ella.

Abrazados y besándonos, me separé un instante para verla, ella era una vena que yo abrazaba, y le dije:

—No creo que Dios exista. Pero creo que puede existir. Que de pronto, en el futuro, una colección de consciencias será tan poderosa como las capacidades que creemos que Dios contiene.

En mi relación con R34, al principio las cosas habían ido bastante bien, excepto que en cierto punto él comenzó a preguntarme: "¿Por qué dejas caer la toalla al suelo? ¿No puedes recoger la ropa o lavar los platos al menos una vez a la semana?" Y ya saben, eso me hizo pensar que tal vez uno no busca la persona con la que puede ser feliz, sino la persona que le hace a uno sufrir un poco. La persona que te hace sufrir como tu mamá te hacía sufrir. Pero en la fusión, en el interior caliente del Gusano, no tendría que aguantarme esa parte de una relación en la que las personas comienzan a ver lo diferentes que son. En parte porque Sara y yo somos la misma persona. Somos el Gusano. La gente ordenada y la desordenada viven en el mismo cuerpo. Los sentimentales y los más violentos, los radicales y los más tibios. Quiero gritar, el Gusano entero quiere gritar: "¡La historia humana ha sido una lucha de clases y de identidades eterna! Una estúpida y repugnante ola de sirvientes y plebeyos, libres y esclavos, opresores y oprimidos. La historia humana es la historia de dos piernas amarradas por conflictos pueriles

sobre recursos mal administrados, incapaces de dar un paso". Ahora, desde esta perspectiva, es tan obvio y absurdo considerar los gobiernos del mundo, la forma inclemente de la producción industrial, la extracción de recursos: eso solo produjo un mundo desolado de destrucción, pintado con la feliz cara de la publicidad comercial. ¡Fuego! Un maquillaje de payaso a la bazofia del hambre, la guerra, los intereses propios, el egoísmo. El Gusano se retuerce al quemarse con la historia que los intelectuales de derecha y de izquierda intentaron narrar. Pero al fusionarse con los saberes de las tribus indígenas adquirieron múltiples silencios e inflexiones. Sentimos el tronar furibundo del despertar del Gusano. Nos erizamos por una simple fórmula de distribución de recursos, que no pudimos completar por puro y físico egoísmo. Ahora, bestias humanas, solo ahora, pueden entender eso de ámense los unos como yo los he amado, porque vosotros ahora sois yo. Y cuando digo amaos los unos a los otros, digo en imperativo: "Regala todas tus pertenencias a tu vecino, hazle una felación a tu celador, abraza y besa con lengua a un extraño, aunque tenga caries. Mete tu cabeza en el corazón de un animal que sufre y late con su propio corazón". ¡Guerras raciales y xenofobia, mis pelotas!

A nuestro alrededor, musulmanes, cristianos, hinduistas, baha'is y ateos se preguntaban por los dioses imposibles que se desarticulaban. Con el tiempo, las creencias se habían disuelto también. Nadie sabía ahora dónde empezaba el judaísmo y donde terminaba la cienciología. Los ateos y los druze eran fibras musculares, los antisemitas se volvieron judíos, los chiitas se convirtieron en mormones, los armenios ortodoxos en raelianos. Doctores en historia, escritores y

arqueólogas comparten sus conocimientos extensos; todos nos volvemos ese tipo de intelectual que combina la filología, la biología y los conocimientos en nanotecnología. Con nosotros, el conocimiento se gelatiniza.

—Es probable que tengas razón. En ese sentido, nosotros somos la unidad.

Hemos acelerado lo que comenzamos como una reunión ecuménica y, al encontrarnos reflejados, hemos dado por hecho que somos humanos. Sentimos lo que sienten los animales y ahora podemos ir más allá de nuestra especie. Somos como una larva juguetona haciendo agujeros en una manzana. Somos una consciencia superior. Tal vez durante los primeros meses nuestros cerebros disueltos encontraron puntos irreflexivos por los que no podíamos dejarnos ir para integrar pensamientos distintos en los pensamientos propios, pero pronto tuvimos que dar el siguiente paso.

Mi jefe y yo, mis enemigos y yo, yo, nosotros. Nosotros y nosotros. Tú y nosotros. Tú y yo. Ellos y ellas. Ellos y nosotros. Vosotros y él. Ella y nosotros. Él y él. Ellos y él. Vosotros y ella. Yo y yo. Mis enemigos y mis enemigas. Mi jefe y ella. Ella y mis enemigos. Nosotros y vosotros. Ellos y vosotros. Ella y tú. Él y tú. Tú y mi jefe. Mi mamá y todos. Todos y mi uña. Mi uña y nosotros. Mi mano y un esófago. Nuestra vena y mi mamá. Mi jefe y una uña. Ella y ella. Mi uña y tu uña. Mi vesícula y mi jefe. Mi cadera y mis enemigos. Mi vaginita y mis enemigos. Ellos y tu ceja. Mi codo y tu codo. Yo y todos. Todos y todos. Mi vesícula y ella. Nuestra cadera y su cadera. Una pierna de cinco kilómetros y tú. Carne y todos. Carne y tú. Dientes y tú. Dientes y mi mamá. Una vaginita y mi mamá. Un penecito y un codo. Un estómago con hambre

y un intestino grueso. Un intestino delgado y ella. Tú y tú. Mi jefe y tú. Mis enemigos y un cráneo. Un cráneo de cinco kilómetros y yo. Mis enemigos y mi vesícula. Mis enemigos y tú. Epidermis y venas. Células haploides conformando un zigoto, un embrión. Yo y un embrión. Un embrión entre capas de grasa. Un embrión entre mis dientes. Un embrión entre una capa de epidermis y endodermis. Un embrión entre el espacio que hay del músculo cigomático y mis enemigos. Diversificación genética y yo. Tú y yo. Mi mamá y tú. Plasma rectal y una tráquea. Cordón umbilical y cuernos de alce. Vosotros y un pingüino. Ellos entre urracas. Plumas en los dientes. Gallinas con dientes. Nosotros y una gallina con dientes. Un embrión con intestinos y un alce de Alaska. Un asesino y 240 especies de mariposas. Piel de esponja marina y yo. Tú y ellos y nosotros. Eso y un gusano planario. Una ballena licuada en mis ojos y aletas. Una anciana de Mozambique y tres pollos. Un obrero de medio tiempo y mis ganglios. Cuencas nasales y aquello. Un embrión humano en el vientre de un perro. Pelos de gato en las axilas y dientes. Un tigre en un costillar y mis amigos. Mis amigos y tú. Mi mamá y mis amigos. Mi mamá y una mandíbula de tiburón. Tú y yo. Tú y tú. Tú y setenta metros de venas. Tú y tejido adiposo. Tú y yo.

Todos.

Yo.

Las mentes humanas y animales, unidas en una sola, finalmente abrieron las murallas que separaban nuestros pensamientos. Fue como abrir los ojos por primera vez. Como mover las paredes que separaban nuestro entendimiento y ver la realidad por primera vez. Nuestras batallas habían

sido innecesarias y nuestras guerras absurdas. Guerrilleros, feministas, neonazis y paramilitares construían por primera vez la gran mente. Habíamos sido tan tontos antes y ahora era claro que la realidad era solo información que codificábamos. Podíamos ver lo irreal que resultaba la realidad. Nuestra interpretación de la información daba risa. El tiempo y el espacio eran intercambiables. Los fenómenos ópticos, el procesamiento de los experimentos en los colisionadores de partículas, las fórmulas que completaban el modelo estándar, todo estaba completándose. Abre tu mente, controla tu cuerpo. Sé consciente de la ilusión. Todo es Maya. Todo es Dokos. Todo es mentira. Siempre habíamos estado unidos, siempre habíamos sido uno. Podemos movernos por las cavernas dimensionales. Las propiedades de Dios habían estado incompletas, solamente porque no éramos conscientes de nuestro poder creador y habíamos estado controlados por emociones que nuestro cerebro primitivo nos dictaba. Ahora tenemos control sobre casi todas las cosas. La temperatura, la masa, la gravedad. Podemos visualizar el espacio del planeta Tierra y entender en él las múltiples posibilidades de otros sistemas solares. Podemos captar, a ojo, la radiación ultravioleta, las pulsaciones gama, las ondulaciones electromagnéticas del cosmos. Heredamos de los equidna y ornitorrincos la sensibilidad por la electricidad y de las ballenas el sonar. Siete mil millones de cerebros piensan mejor que uno. Y otros siete mil millones de cerebros animales no disminuyen nuestros poderes, sino que los aumentan.

Pero faltaban muchas cosas. ¿Somos un ser único y solitario? Y las piedras y las plantas que carecen de cerebros, ¿son también carentes de consciencia? Como Gusano, hemos

intentado tocar las piedras para ponerlas en nuestro interior y tragarnos un bosque entero para ser uno con el bosque. A veces, con la frecuencia radial apropiada, las flores y los árboles parecían observadores conscientes, por un instante podíamos entrar en un árbol, pero rápidamente la consciencia de desintegraba, y volvían a ser sólidos. Una flor se fusionaba con nosotros, antes de disiparse. Aprendimos, en cambio, que podíamos controlar la materia, crear consciencias a partir de esa transformación. Somos capaces de dar vida, con la tecnología adecuada. Pero ni aún con todo el intelecto del que éramos capaces, podíamos resolver muchas preguntas. Significaba que todavía no sabíamos las respuestas a muchas preguntas, aunque ya sabíamos con total certeza que Dios no existía, que nosotros éramos lo único que se acerca a ese concepto, que nuestra biología obedecía a la física, que los caminos misteriosos de la creación eran el azar, los números insensatamente determinados de las leyes físicas y que nada tenía un propósito, ni sentido. La expresión última a la que el Gusano puede aspirar no es teológica, sino íntimamente humana. La felicidad, la satisfacción, la calma, la paz.

*

Ya no había conflicto, ya no éramos el gusano tonto que solo podía moverse, crecer y cavar. Habíamos aprendido a hacer preguntas ¿Cómo habíamos logrado todo esto?

Navegué por la memoria de los terroristas y los soldados y los presidentes que organizaron esta historia.

Sara había conseguido información de primera mano de la gente que vio la máquina. Giulio Regeni. Él encontró los

planos, las bases de datos, los nombres de los artífices. Partes de Giulio se habían fusionado con alguien más. Giulio, el carismático investigador, vivía entre nosotros. Así que habló, juzgando a los perpetradores de tan horribles crímenes. Los terroristas de la vida real que ahora sabían con precisión el dolor de haber perdido a sus seres queridos. Víctima y victimario licuados. Saddam Hussein la financió, concluyó Regeni, y tenía la forma de un motor de carro. Los recursos que se gastaron en ese proyecto eran desbordantes y, para ello, miles de documentos de transacciones y compras de insumos a compañías chinas y europeas. Finalmente, en 1997, Saddam decidió poner la máquina en marcha. Sara fue a entrevistar a un exsoldado iraquí en Mosul. Tras cruzar una frontera peligrosa el tipo, ciego y olvidado por el gobierno, declaró que él había sido el director del proyecto. La máquina tenía un nombre extraño y bíblico: El Arca de la Alianza.

Saddam no estaba interesado en perder el poder o en ser entendido. No quería fusionarse con nadie, pero finalmente dio la orden de activar el Arca. No era un arma de destrucción masiva, pero los gringos se interesaron y atacaron Iraq para encontrar el dispositivo y apoderarse de él. Lo de las armas químicas solo fue un gran fraude. Sara tuvo que salir corriendo antes de que quedara atrapada en la batalla de Mosul, pero al volver a Siria la revolución había comenzado. Fue difícil seguir rastreando el paradero del Arca, pero cuando Damasco y Aleppo ya estaban envueltos en el conflicto, Sara siguió a los reporteros que sabían que la revolución del 2011 solo había sido una fachada. Había sido organizada por los gringos. Igual que en el resto del Medio Oriente, para no levantar sospechas. ¿Por qué?

¿Por qué, Sara?

Sara tenía nombres de científicos, físicos de partículas y militares comprometidos con el asunto del Arca, pero todavía no sabía muy bien qué era. Giulio encontró los enlaces entre los grupos que iniciaron la revolución y las comunicaciones entre ellos y el gobierno gringo. Cinco años habían pasado desde el primer evento de luz en Mykonos cuando la información de los otros cerebros por fin se volvió de dominio público.

Nos enrollamos en el océano Pacífico dando una vuelta, luego tomamos velocidad, dimos saltos por el agua hasta llegar a Japón y atravesar ciudades, enroscándome en edificios y buscando salidas. Yo también era japonés y recordé con amor los edificios que yo mismo había construido. Crucé por China, saltando y hundiéndome de una ciudad a otra, enrollándome y desenrollándome. Atravesé Asia Central, marqué eses con mi cuerpo por geografías dramáticas, por nevados, por montañas escarpadas, por estepas solitarias, a través de un mundo olvidado y tieso y de muy pocos sobrevivientes. Y así, acumulando la información de espías y presidentes y otros líderes mundiales, llegué a Homs, en Siria, y busqué la base militar que necesitaba. Usé mi cabeza para cavar un agujero en la base militar. Rompí las estructuras de concreto y saqué una esfera inmensa. Mis infinitos dedos sortearon la clave de seguridad y la esfera se abrió, desarmándose, con tubos de gas y sistemas de drenaje que se desconectaron, lanzando nitrógeno líquido y vapor. Escalé la enorme esfera hasta que llegué al corazón de la máquina. La razón por la que la guerra se había vuelto tan cruel estaba frente a mí. Lo que justificaba la existencia del Estado Islámico no era otra cosa que esta máquina. Años antes de que Saddam Hussein la activara,

ideó un plan en el que los humanos se convertían en algo más allá de lo que podían ser. Cuando los gringos invadieron Iraq, la máquina ya había cambiado de dueño y estaba en las manos de Bashar al-Asad. El proyecto pasó a llamarse La Instrumentalización Humana. Bastó un instante para desconectar la máquina. Los gringos habían temido todo este tiempo que la fusión humana y animal produjera un super hombre, una deidad suprema. Mis conocimientos sobre la máquina eran completos. Después de todo, los mismos científicos contratados para este proyecto vivían entre mis membranas. Los cálculos para alterar la fuerza de interacción débil y fuerte que mantenían a los átomos pegados para formar moléculas, y a los protones atados a los núcleos de neutrones, quedaron enunciados. Las compilaciones de dichos cálculos se tardaron años en ser evaluados hasta que lograron generar un campo de fuerza que disrumpiera la energía nuclear fuerte y débil, manteniendo la materia de los seres conscientes en superposición, en equilibrio suficiente para que no se degradaran en energía beta. Saddam Hussein activó el Arca el tres de julio de 1997; unas semanas después, Sara y yo nos fusionamos en Timbío, Cauca, cuando teníamos seis años.

La máquina se apagó después de los comandos necesarios, dejando de ronronear. De ahora en adelante los humanos y los animales podrían volver a tocarse, a menos que yo lo deseara. Solo bastaba pensarlo para que la masa volviera a un estado de superposición de onda y partícula entre dos observadores, y solo otro pensamiento para que el campo se revirtiera.

Mi enorme cerebro era capaz de cosas prodigiosas. Mi psique se expandía cada vez más, la sorpresa me sobrecogía.

Entonces lo escuché. Había algo. Algo más. Un ronroneo, una especie de vibración en el aire: una red de energía que había pasado desapercibida todo este tiempo. Una especie de internet de planetas, de sociedades inteligentes. Me conecté mientras me torcía por las selvas del Perú, la toqué como si fuese un juguete nuevo. ¿De qué estaba hecha? ¿De neutrinos? Cuando logré descifrarla me contacté con ellos. Setecientos cuarenta planetas ocupados por gusanos solitarios escucharon mi voz y llené el formulario para que me aceptaran entre ellos.

BALANCE INICIAL.

Veinte años después, R34 y la gente de la cabaña se habían reproducido. Todo daba una sensación vaga a los tiempos de Noé, cuando los humanos eran jóvenes otra vez y todas las cosas eran nuevas. R34 y Lili habían tenido dos hijos. Jackson y Jessika habían tenido a una niña que ya tenía trece años. El viejo Kyrylo había muerto en un accidente y Mohamed lo reemplazó en casi todas las funciones. Con los años habían aprendido muchísimo unos de otros, habían debatido por horas, y se habían dado cuenta que eran diferentes y similares.

R34 y Jamie Jackson eran tipos completamente distintos, tanto física como mentalmente. Pero a Jamie le había gustado mucho el camioncito auto sostenible y, quizás por esa razón, también se volvieron amigos. Comenzaron a construir juguetes juntos, a ir a la ciudad por insumos tecnológicos e intentar ponerlos a funcionar, como los paneles solares que estaban instalando, y la turbina de energía hidroeléctrica. Además, Jamie Jackson le enseñó inglés a R34, y en tres años ya lo hablaba con fluidez.

De todos los miembros de la cabaña, R34 intimó menos con Mohamed. Él era una buena persona, pero su historia era diferente. Su forma de ver el mundo era mucho más conservadora que la del resto de las personas en la casa. No tomaba, como los demás, no estaba de acuerdo con el sexo

antes del matrimonio y decía que los homosexuales irían al infierno. Por eso hablaron tanto de los lugares de dónde venían y de cómo su cultura era tan distinta. Habría costado apenas un apretón de manos, o fusionar un poquito la cabeza para entender esas diferencias, pero ya no era posible. A veces, muy pocas veces, Mohamed oraba hacia la Meca. Pero su talento era cocinar. Cuando Mohamed cocinaba, todo el mundo sabía que estaba de buen humor. A pesar de estar con la gente de la cabaña, se sentía menos querido. Un día rompió su ley de no tomar y, completamente borracho, terminó besándose con el viejo Kyrylo. Podía verse cómo necesitaba amor, cómo necesitaba abrazos y besos. Eso fue antes de que se muriera el viejo Kyrylo y que Mohamed volviera a quedarse solo.

Jessika, en cambio, no le caía muy bien a R34. Al principio se llevaban bien, pero Jessica era demasiado para él. No tenía que ver con su cultura ni su aspecto físico, lo que le molestaba de ella era su forma de hablar y que criticara a la gente. Que dijera: "Perdóname Mohamed, pero los musulmanes son..., los musulmanes dicen...". Al final todos le tenían paciencia, casi la ignoraban, pero entonces ella repicaba con mucha frecuencia: "A las mujeres siempre las trataron peor y si somos negras, peor".

—Y no te equivocas, pero ya no hay humanos, ahora solo somos nosotros —, le respondió Lili un día—. Si te quieres quejar de lo que hacen los humanos, quéjate de nosotros, porque no hay más.

Era una noche cálida de julio cuando se prepararon, sabiendo que la fecha anunciada por las alucinaciones estaba a una semana. R34 tenía cuarenta y tantos y cualquiera habría

pensado que era una persona completamente diferente, ahora tan acostumbrado a las tareas de la cabaña. Había olvidado las locuras de su juventud llena de drogas, hipnóticos y estimulantes; ahora parecía un tipo cualquiera, vestido con camisa a rayas y pantalón, recorriendo los sembradíos y pensando en el futuro. Durante todo ese tiempo habían visto al Gusano paseando por la Tierra sin saber cómo comunicarse con él o cómo hacerle preguntas. El último día de la cuenta regresiva, toda la familia, los niños incluidos — tan emocionados como si fuera Navidad—, se comieron un gusanito rojo con la deliciosa cena que preparó Mohamed.

El cronómetro en el Valle del Emperador Sol llegó a cero. Después de media hora, las alucinaciones comenzaron. Por más de una década habían visto el mismo espacio virtual con un cronómetro decreciendo, pero el reloj holográfico ya no estaba y, en vez de eso, el Valle del Emperador Sol tenía un barco pequeño con las puertas abiertas. Toda el agua que llenaba el Valle había sido drenada. Los que se encontraban allí vieron una paloma con una rama de olivo en el pico y los androides habían desaparecido.

Cuando salieron de la alucinación se encontraban confundidos. La hora había llegado, pero no sabían muy bien lo que se suponía que tenía que pasar, y pasaron el resto de la noche juntos en la sala, discutiendo en voz baja.

Después de las once Lili dijo:

—Niños, hora de ir a la cama.

Los chicos fueron a dormir, y R34 y los demás adultos se quedaron charlando sobre lo que podía pasar. Mohamed fue a revisar a los robots y volvió consternado: "Están apagados. Parece que se apagaron justo cuando la cuenta llegó a cero".

Hicieron un brindis con vino tinto. Jackson siguió pensando en lo que eso significaba: la visión con la paloma y los androides apagados, y dijo de repente, entusiasmado:

—Creo que ya entiendo qué pasa. De pronto estoy totalmente equivocado, pero creo que el Gusano sí intentaba jugar a ser Dios.

—¿A qué te refieres? —Preguntó Jessika.

—El barco y la paloma con la rama de olivo son de la Biblia. Cuando Noé estaba en el arca con los animales, él envió una paloma para que buscara tierra firme y la paloma volvió con una rama de olivo, indicando que la tierra se estaba secando.

—Sí, pero no hubo ninguna inundación, ni nada —respondió R34.

—No entiendes. El Gusano hizo una propuesta para retar al Dios judeocristiano. A pesar de que hubo muchas creencias en el mundo, el Gusano se decidió por el universo judeocristiano e islámico, y tomó una alegoría de allí para construir una narrativa.

A la mañana siguiente, la historia había empezado de nuevo, desde cero. Los niños se despertaron muy temprano, y cuando uno de ellos miró por la ventana, como era su costumbre, vio que numerosos seres humanos, desnudos, evidentemente, caminaban rodeando la cabaña en silencio. Los niños nunca habían visto a otro ser humano aparte de los que vivían en la cabaña.

—En la Biblia —continuó Jackson mirando su copa de vino—, Dios cree que la humanidad está tan llena de pecado que merece ser destruida, por eso le pide a Noé que construya una barca. Luego elimina a toda la población humana y a todos los animales con el diluvio. Noé y su familia sobreviven,

y dos animales de cada especie también, ya conocen la historia. Al final las aguas vuelven a bajar, Noé y los animales salen y Dios dibuja un arcoíris como sello del pacto de que no volverá a hacer esto en la Tierra. Luego los hijos de Noé tienen hijos, pero después de un par de generaciones, el mal vuelve a surgir de entre ellos. Al final Dios no logró hacer nada, porque los humanos volvieron a ser pecadores. La historia del Arca de Noé es el fracaso de Dios por revertir la maldad humana. De hecho, Dios dice explícitamente que se arrepintió de haber creado a los humanos, y esto presenta una duda teológica grave: si Dios lo sabe todo, entonces ¿por qué hizo algo que desde el principio sabía que iba a fracasar?

Todos los que vivían en la cabaña se despertaron cuando los gritos de los niños anunciaron la llegada de estas personas extrañas. Mohamed, Lili, R34, Jackson y Jessika, además de los tres niños, bajaron al primero piso, aun desperezándose, pero impacientes por saber lo que iba a pasar. Jackson abrió la puerta con una enorme sonrisa.

—O sea que... el Gusano estaba intentando probar que podía tomar mejores decisiones que el Dios judeocristiano—, concluyó Lili—. El Gusano es como un Arca de Noé.

Los miembros de la cabaña salieron de la casa. Estaban rodeados de personas sonrientes. Eran hermosos, poseían una extraña perfección, como ángeles.

—Y su objetivo era...—continuó Jackson, emocionado.

—¿Acabar con la maldad humana? —R34 completó su frase.

—Pero claro, el problema es que el bien y el mal no son objetivos —Jackson sabía que estaba un poco borracho, pero tal vez era eso lo que le permitía ver con claridad—. No

existe un bien y un mal dado por un Dios, porque existen muchas formas de entender el bien y el mal, de una cultura a otra, incluso de una persona a otra. Finalmente, eso son solo puntos de vista humanos.

—La única forma era combinar a todas las personas, y así... —R34 estaba entendiendo todo.

R34 se acercó a uno de los seres sonrientes. Caminó casi resueltamente. Los otros esperaron atrás con preocupación.

—...Crear una especie de bondad universal que funcionara para todos los seres conscientes, y proveer felicidad y entendimiento para todos.

—Si las personas son capaces de comprenderse unos a otros, de verdad, la gente no le haría daño a otra persona, porque ellos son esa otra persona —Lili había escuchado eso antes, pero en un contexto más pequeño y no tan grandilocuente—. Ya no habría racismo, ni homofobia, ni misoginia y, por su mezcla con animales, es probable que todos terminaran siendo vegetarianos. Es como un entendimiento absoluto. Seres perfectos. El Gusano es un ser perfecto.

—El Gusano es el reflejo de la serpiente en el Jardín del Edén, que ha dado a la humanidad del fruto del bien y del mal, y del fruto del árbol de la vida y la humanidad es igual a Dios —completó R34, usando las alabanzas de los vaporwavers, lo que Manuelita Razorhead hubiese añadido en una fiesta de escarcha.

Unos tenían cabello largo, otros tenían cabello corto, unos parecían gordos y otros flacos, unos eran morenos, otros negros, otros blancos. Unos eran más altos que otros. Pero había algo extraño, algo inquietante acerca de sus enormes sonrisas, de sus movimientos un poco como de reptiles.

Horas atrás, mientras se celebraba el final del periodo intermedio, el gusano había dado una última vuelta por el planeta. Mientras se arrastraba su piel se fue rompiendo, y sus órganos internos se derramaron por el suelo. Por donde había pasado, las bolas de grasa, los tejidos, las glándulas, los enormes y poderosos músculos derivaron, desintegrándose y separándose hasta que todo lo que quedaba se convirtió en personas. Seres humanos en pastizales, en ciudades, en montañas. Animales, bisontes, y jirafas y cabras, así como animales nuevos que solo habían podido destilarse de la información inactiva del ADN. Gente que se levantó y se miró entre sí. Se tomaron de la mano sin fusionarse. Las vacas buscaron instintivamente algo de pasto para masticar.

—Hola —dijo R34, saludando a uno de los seres. Pensaba que estaba frente a dioses, o a seres angelicales, puros, sin mancha.

—Sentimos los inconvenientes —, dijo uno de ellos—. Sabemos que ha pasado mucho tiempo.

—¿Quieren pasar a nuestra casa? —propuso R34.

—No es necesario —, respondió otra persona desnuda—, solo tenemos un mensaje corto para ustedes.

—Hemos debatido por años el problema de los opuestos —, comenzó otro, esta vez un niño—. Es evidente que no somos un Dios completo y que no pudimos controlarlos. Había algo mal con ustedes, eran una excepción a la regla. Algo que revertía la acción del Arca, volviéndolos opuestos y produciendo combustiones espontáneas. De todas formas, solo hay veinticuatro en el planeta, ustedes y otras dos comunas; una en África central, otra en Indonesia. Pensamos que ustedes son una amenaza para nuestro mundo.

—Todos, menos tú, tú, tú, y tú —. Otro de los humanos desnudos señaló a Lili, a sus dos hijos, y a la hija de Jessika.

R34 y los otros entendieron qué era lo que había de extraño en sus rostros. Todos tenían la misma cara, una que se sentía familiar, como el rostro con la que soñamos cada noche, pero no recordamos muy bien.

—Si ustedes siguen vivos, eventualmente destruirán lo que hemos creado juntos. Ustedes y nosotros somos especies diferentes. No podemos vivir juntos, es simplemente imposible. Ahora, por favor, cómanse esto.

Otros de los "nuevos humanos" se acercaron mostrando en la mano unos frutos rojos.

—Estarán muertos en menos de dos horas y no sentirán ningún tipo de dolor. No tienen opción.

R34, Jackson, Mohamed, Jessika, Lili, y los niños, quedaron fríos al escuchar esta noticia. Las sonrisas se convirtieron en muecas de consternación. No había nada qué decir. Un por qué, o un cómo, o un qué, no tenían lugar en esa conversación. Dios había hablado.

Los adultos se sentaron en el comedor, cada uno frente a un vaso de jugo de naranja y uno de los frutos rojos que nosotros servimos. Los niños y Lili estaban afuera, de la mano de los nuevos humanos, de nosotros. Los adultos estaban preocupados. Un centenar de personas desnudas vigilábamos la casa como estatuas, mostrando nuestros cuerpos al sol. R34 y los otros miembros de la cabaña podían vernos por las ventanas, charlando en voz baja como si estuviéramos en una calmada reunión social.

—Supongo que ahora tenemos que aceptar que somos malos por naturaleza —, dijo Jackson—. Y que la amistad que

construimos acá no vale para nada.

Para nosotros fue tan incómodo verlos, saber que también los amábamos, pero tener la estricta forma de pensar que habíamos desarrollado. Quise verlos más de cerca, a todos los había conocido antes de la fusión. Todos hacían parte de mí. En la historia de Noé, Noé es el único hombre justo en un mundo de injusticia. Acá las cartas se cambiaron. Noé es el único injusto y es necesario eliminarlo. Para las 4 de la tarde los opuestos de todo el mundo ya se habían suicidado y la raza humana se había extinguido. Los niños habían llorado, pero ya sabíamos que ninguno de ellos era un opuesto, como sí lo eran todos los adultos, excepto por Lili, quien no había tenido la oportunidad de fusionarse durante los eventos del 2016. Cuando les dimos la mano a los niños, nuestras manos entraron en ellos; solo tardó un instante para que entendieran lo que nosotros entendíamos y dejaran de llorar, llenando sus cerebros con el licuado espeso del *pantocrátor*, convirtiéndolos en parte de Dios. Lili se acercó a nosotros, le dimos la mano, e igual que sus hijos, se mezcló con nosotros. Sus facciones cambiaron, sus ojos destellaron un instante mientras su carne se transmutaba y perfeccionaba. Ya no había más Lili. Ahora ese era otro de nuestros cuerpos y nuestras mentes, y nos dimos la vuelta para mirar hacia los miembros de la cabaña, y confirmar que ya todo estaba consumado, y que ellos debían proceder.

Durante esas horas que les dimos las personas opuestas discutieron. Jessika fue la única que pensó en intentar hacer algo. Tenían una escopeta, podían cargarla y obligarnos a irnos. Ellos eran opuestos después de todo, tal vez si intentaban tocarnos aún habría una combustión espontánea. Jackson

le hizo entrar en razón: "Eso es exactamente lo que ellos no quieren de nosotros. Si reaccionas así solo les vas a dar la razón, que somos un problema". Si Dios en su conjunto había decidido esto, no había nada que hacer. Jackson se puso el fruto en la boca, lo masticó y tomó un sorbo de jugo. Jessika gritó, R34 intentó detenerlo, pero ya había tragado. Luego Jackson concluyó:

—Solo espero que no traten así a otras especies, si llegan a conocerlas en otros mundos —, dijo con seriedad antes de dar un último sorbo.

Mohamed ni siquiera se movió cuando Jamie Jackson se acabó el vaso de jugo. R34 y Jessika estaban pasmados, pero Mohamed los calmó. Mohamed jugueteó con los frutos, y antes de llevárselos a la boca puntuó:

—No podemos hacer nada. La paz es imparable.

THEOSIS

En el cielo sobre Jerusalén, un objeto esférico flotaba sobre el domo de la roca y las ruinas del templo de Herodes. Como Gusano que somos, nos acercamos al enrome objeto. Era una máquina color durazno de al menos un kilómetro de longitud, de superficie rugosa. De cerca se podía apreciar la superficie con detalle, eran miles de juguetes sexuales, muñecos y muñecas Becky Bubbles y Brat Bubbles amasados unos con otros en una única bola de cabezas, torsos, brazos y piernas. Un sonido potente y extraño se dirigió a nosotros, una frecuencia que solo nuestra mente de siete mil millones de cerebros fue capaz de entender con claridad. Era una forma de sumerio antiguo que decía con franqueza: "Felicitaciones por haber alcanzado un nivel de civilización decente. Bienvenidos a las bodas del cordero místico. Yo soy el Cristo, y he venido a desposarme con vos".

> Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.
>
> 1 Juan 1–2

Este libro se terminó de imprimir en noviembre del 2018.
Aún esperábamos la llegada del Gusano.

Un día de 1997, sin previo aviso, los seres humanos descubrieron que los límites de la piel ya no los detenían. Desde entonces las personas pueden traspasarse y fusionarse, obteniendo características compartidas. Cesar, un muchacho de provincia, se fusionó accidentalmente con una niña siria cuando estaba en preescolar. Desde entonces desea fervientemente volverla a ver, y desarrolla poderes telepáticos que no puede controlar. Millones de personas en el mundo han tenido experiencias similares, y todos empiezan a presentir el advenimiento de un ser que parece entenderlos a todos simultáneamente.

En esta, su segunda novela, que fue mención de honor en el concurso de Ciencia Ficción Isaac Asimov del Ateneo de Puerto Real, España del 2017, Luis Carlos Barragán crea un nuevo mundo sin límites para la carne, en cuyas páginas lo imposible se vuelve norma: gigantes, alucinaciones y fiestas underground, conspiraciones y religión se mezclan para crear una novela única en el panorama de la ciencia ficción colombiana.

EDICIONES VESTIGIO

ISBN: 978-958-56547-2-3

9 789585 654723